

SPYRIDON TRIKUPIS

HISTORIA DE LA
INSURRECCIÓN GRIEGA
I. DE LA FILIKÍ HETERÍA A LA LLEGADA
DE DIMITRIOS HYPsilANDIS

Traducción de M. Acosta Esteban



Spyridon Trikupis

HISTORIA DE LA INSURRECCIÓN GRIEGA

SEGUNDA EDICIÓN REVISADA Y CORREGIDA

I. DE LA FILIKÍ HETERÍA A LA LLEGADA

DE DIMITRIOS HYPsilANDIS

Traducción de M. Acosta Esteban

Spyridon Trikupis

HISTORIA DE LA INSURRECCIÓN GRIEGA

SEGUNDA EDICIÓN REVISADA Y CORREGIDA

I. DE LA FILIKÍ HETERÍA A LA LLEGADA

DE DIMITRIOS HYPsilANDIS

Traducción de M. Acosta Esteban

Serie de Fuentes y Documentos

Director de Serie:

Encarnación Motos Guirao

Comité Científico:

Moschos Morfakidis Filactós, M^a José Osorio Pérez, Matilde Casas Olea, José Soto Chica

DATOS DE PUBLICACIÓN

Spyridon Trikupis.: *Historia de la Insurrección Griega.*

pp.: 280

1. Historia de Grecia moderna. 2. Fuentes de la historia de Grecia moderna.

© Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

C/ Gran Vía, 9 - 2º, 18001 Granada - España. Telf./fax: +34 958 22 08 74

© Manuel Acosta Esteban

Maquetación: Jorge Lemus Pérez

Diseño de portada: Konstantinos Milonas

Ilustración de la portada inspirada en la obra de Dionisos Tsokos «El juramento» (1849)

Museo Histórico Nacional, Atenas

Granada 2014

ISBN de la obra completa: 978-84-95905-47-5

ISBN del tomo I: 978-84-95905-49-9

Depósito Legal: GR 2092-2014

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin la preceptiva autorización.

A mis colegas de Filología Clásica que sintieron que Grecia no acaba en Demóstenes o Teodosio, sino abarca desde Foroneo hasta Alexis Tsipras, desde Pandora hasta la ex-reina Sofía.

...καταγόμενοι δὲ καὶ ἐκ μεγάλων προπατόρων, ὧν τὰ συγγράμματα καὶ τὰ ἔργα οὐδέποτε τοῖς ἦσαν ὀλοτελῶς ἄγνωστα, δὲν ἦτο δυνατόν νὰ φανῶσι διόλου ἀνάξιοι τῆς λαμπρᾶς καταγωγῆς των.

'...y, remontándose a grandes ancestros cuyos escritos y logros nunca les fueron completamente desconocidos, no podían mostrarse indignos del todo de su brillante origen.'

S. Trikupis, en el proemio de su Historia de la insurrección griega.

ÍNDICE

PRÓLOGO

<i>Sobre las historias contemporáneas y la recolección del material a cargo del historiador.- Sobre las malas acciones que cometieron griegos y turcos durante la guerra.- Sobre la lengua de nuestros días.-</i>	15
---	----

PROEMIO

<i>Causas de la insurrección griega.-</i>	23
---	----

CAPÍTULO I

<i>La Sociedad de los Amigos y su propagación.- La rebelión de Ali Pasha Tepelenlis.-</i>	27
---	----

CAPÍTULO II

<i>Aléxandros Hypsilandis es puesto al frente de la Sociedad de Amigos.- Sus actividades y preparativos para la insurrección de Grecia.-</i>	37
--	----

1821 - CAPÍTULO III

<i>Secesión de Tudor Vladimirescu.- Marcha de Hypsilandis a Moldavia-Valaquia y hechos en el principado hasta comienzos de abril.-</i>	47
--	----

1821 - CAPÍTULO IV

<i>Panorámica de la situación en el Peloponeso en vísperas de la insurrección.-</i>	57
---	----

1821 - CAPÍTULO V

<i>Insurrección del Peloponeso.-</i>	67
--------------------------------------	----

1821 - CAPÍTULO VI

<i>Sucesos trágicos en Constantinopla y otros puntos del Imperio Otomano.-</i>	79
--	----

1821 - CAPÍTULO VII

<i>Política exterior con respecto a Grecia y actitud de Rusia para con Hypsilandis.-</i>	95
--	----

1821 - CAPÍTULO VIII

<i>Las dilaciones de Hypsilandis en Coletina.- Huida del príncipe Sutsos.- Penedekas.- Traslado de Hypsilandis a Târgoviste.- Sucesos en Moldavia.- Batalla de Galati.-</i>	99
---	----

1821 - CAPÍTULO IX

<i>Entrada de fuerzas turcas en Bucarest.- Maquinación de Savas.- Ejecución de Vladimirescu por traidor.- Batallas de Notseto y Dragasani.- Huida de Hypsilandis.- Los jefes que quedaron.- Los sucesos de Moldavia.- Muerte de Yorgakis Olymbios.- Examen de la figura de Hypsilandis.-</i>	107
--	-----

1821 - CAPÍTULO X

<i>Situación de las islas de Hydra, Spetses y Psará.- Razones de su prosperidad.- Defecación de éstas y de las islas del mar Egeo.- Salida de la flota griega.-</i>	127
---	-----

1821 - CAPÍTULO XI

<i>Situación de Grecia continental.-</i>	143
--	-----

1821 - CAPÍTULO XII

*Rebelión de Fócide y Eubea.- Expedición a Patratsiki.- Rebelión del Ática.- Descripción y rebelión de Tesalomagnesia y Eubea.- Rebelión de Macedonia y Creta.-.....*147

1821 - CAPÍTULO XIII

*Dispersión de los griegos de Karyítena.- Enfrentamiento entre turcos y griegos en las afueras de Tripolitsá.- El kiaya del gobernador del Peloponeso desembarca en Patras y llega felizmente a Tripolitsá.- Batallas de Valtetsi y Dolianá.-.....*171

1821 - CAPÍTULO XIV

*Batallas de las Termópilas y Graviá.-.....*185

1821 - CAPÍTULO XV

*Caída de Andonis Ikonomos.- Periplo de una flotilla griega al Helesponto y de otra al golfo de Corinto.- Quema de un navío turco en Erisós.- Catástrofe de Kydonies.-.....*191

1821 - CAPÍTULO XVI

*Tribulaciones de los cristianos de Esmirna, Chipre y Cos.-.....*201

1821 - CAPÍTULO XVII

*Insurrección de Etolia-Acarmania.- Irrupción de los griegos en Vrachori; toma de Vrachori, Teké, Playá y Zapandi.- Batallas de Makrynoros y Peta.- Descalabro de Kallarytes y Syrako.- Karpenisi y Aspropótamon.- Fracaso de la expedición para liberar Parga.-.....*209

1821 - CAPÍTULO XVIII

*Los laliotas.- Desembarcos de heptanesios en Gastuni.- Batallas.- Traslado de laliotas a Patras.- Política del gobierno anglojónico con respecto a Grecia.-.....*223

1821 - CAPÍTULO XIX

*El congreso de Kaltetsiés y la formación de una gerusía peloponesia.- Llegada a Grecia de Dimitris Hypsilandis y disensiones entre él y la gerusía.-.....*237

*Notas al final.....*245

SPYRIDON TRIKUPIS

HISTORIA
DE LA
INSURRECCIÓN GRIEGA

SEGUNDA EDICIÓN
REVISADA Y CORREGIDA
TOMO I

“Se debe considerar como la mejor educación
para la vida verdadera la experiencia recibida
de la historia, pues ésta es la única que, sin
perjuicio y en toda ocasión y circunstancia,
establece criterios sobre lo mejor.”

De las *Historias* de Polibio.

LONDRES
1860

EL HISTORIADOR DEDICA

ESTA HISTORIA

A LA NACIÓN GRIEGA

Tras la primera edición de la Historia de la Insurrección Griega, se han dado a la imprenta y he conocido en privado críticas y memorias sobre la materia tratada y sobre ciertos pasajes que se consideran insuficientes o equivocados.

Estimando en mucho la exposición más exacta y completa de los hechos, en esta segunda edición he admitido con gusto de entre lo que se ha escrito lo que he hallado correcto y digno de una historia general, tanto más cuanto principalmente con este objeto publiqué mi obra viviendo aún la generación de los que intervinieron en la guerra; por eso he procurado mejorar ciertas cosas con las aportaciones de nuevos estudios e investigaciones.¹

Habiendo emprendido mi obra cuidadosa y conscientemente desde el principio, he considerado inapropiado en la exposición de los hechos ocultar o transformar lo que no estuvo bien, a favor de un patriotismo mal entendido. Una Historia no verdadera ni imparcial es indigna de una nación cuya lucha, tan famosa y única y con tantos sufrimientos de todo tipo, engrandece a la humanidad, glorifica nuestra época y anuncia el inevitable cumplimiento de una gran obra aún incompleta.

Si es deber del historiador de cualquier nacionalidad decir la verdad en todo momento, tanto más lo es que la diga el griego que escribe la historia de la insurrección griega en los tiempos actuales por encima de cualquier otro de todo tiempo y lugar, y que muestre a través de los mismos hechos a sus iguales en nacionalidad y religión, que aspiran manifiestamente a la libertad, lo que hay que hacer y defender y lo que hay que evitar y censurar, “para que si de nuevo ocurren hechos semejantes, puedan hacer buen uso de lo que tienen ante sí recurriendo a lo ya escrito antes.”²

S. TRIKUPIS.

Londres, 1860.

¹ He trasladado al final de la obra, como lugar más apropiado, el resumen sobre el carácter de la insurrección griega, que figuraba al principio en la primera edición, así como, del capítulo VII, el análisis general sobre la política de las grandes Potencias con respecto a la causa griega.

² Paráfrasis a Tucídides II 48, 3. (Nota del traductor)

PRÓLOGO

SOBRE LAS HISTORIAS CONTEMPORÁNEAS Y LA RECOLECCIÓN DEL MATERIAL A CARGO DEL HISTORIADOR.- SOBRE LAS MALAS ACCIONES QUE COMETIERON GRIEGOS Y TURCOS DURANTE LA GUERRA.- SOBRE LA LENGUA DE NUESTROS DÍAS.-

A menudo he leído y escuchado que es en extremo difícil, cuando no imposible, la tarea de quien se propone escribir desapasionadamente la historia de sus contemporáneos, máxime si se dio la circunstancia de que, por la posición que obtuvo entre ellos, formó con o frente a ellos. Esta razón no me parece suficiente para rechazar mi obra. He observado que Tucídides, por no referirme a otros, escribió no sólo la historia de su tiempo, sino que incluyó en ella a los hombres junto a los que militó en las batallas políticas y a los que le hicieron daño y lo derrotaron; y sin embargo, todos son unánimes en atribuirle el calificativo de historiador justo, ya que ponía la verdad por encima de sus afinidades o antipatías personales. No es, pues, la contemporaneidad lo que perjudica la esencia de la historia, que es la verdad. Pero, aun suponiendo que de aquélla se derive un perjuicio en la búsqueda o en la exposición de la verdad, ¿no lo compensa la utilidad que se deriva del conocimiento no contaminado que el historiador contemporáneo posee de los hombres con los que vivió y colaboró y de los hechos que vio personalmente u oyó de un testigo presencial? Ventaja principal y excepcional del historiador contemporáneo, y más si es compatriota y ha jugado un papel en los hechos que historia, es, digámoslo así, su incardinación, puesto que de ella brota viva y pujante la narración de lo sucedido. Además, la historia contemporánea comporta otro gran bien; es leída y juzgada por los que conocen lo que refiere y, sobre todo, por los propios personajes del drama histórico, que tienen el máximo interés en desvelar los errores, y por todos los que tienen facilidad para enmendar lo que ellos mismos vieron, oyeron, hicieron y sufrieron. Y es que la exposición falsa de los acontecimientos mana de la mala disposición y parcialidad del escritor, que son obstáculos para la búsqueda de la verdad, y de su in-

competencia o su falible e incapacitado juicio; pero este riesgo, un riesgo real en efecto, no lo es sólo de la historia contemporánea, sino también de la de cualquier otra época, pues proviene de la naturaleza, el carácter y la debilidad de los hombres de todos los tiempos.

Hay otro peligro que se cierne sobre la exposición de la verdad: todo hombre tiene sus convicciones políticas, de manera que es arduo no ser influido por ellas sin darse cuenta. Pero este peligro también procede de las ideas de los hombres de cualquier época, no sólo de las circunstancias en que ocurrió lo que se historia.

Si dejamos únicamente a los que vengan después la labor de escribir la historia de nuestros días, es seguro que no podrán escribirla a partir de conocimientos propios, sino por tradición y por lo que simplemente han oído; y los que van a criticar esta obra, o bien serán contemporáneos de este historiador de la posteridad, o bien posteriores a él: o sea, no habrá nadie que haya sido testigo presencial. También pueden los nacidos después escribir la historia a partir de los documentos conservados de la época; pero ¿quién ignora que estos escritos, a causa de las circunstancias, se contradicen las más de las veces por conocimiento o desconocimiento de la verdad? Así pues, ¿qué garantías de veracidad puede tener una historia escrita así, sin crítica, sin demostrar, sospechosa?

Teniendo en cuenta todo esto, no dudé en emprender el relato de la insurrección, contemporánea a mí, tanto más cuanto que el transcurso de veinte e incluso treinta años desde que tuvieron lugar los hechos narrados es suficiente para adormecer la agitación de las pasiones que despertaron aquellos tiempos y dejar sano y salvo el juicio humano de aquellos acontecimientos, juicio que ha sufrido mucho o quizás incluso estaba enfermo. Si fallé, no lo hice en calidad de contemporáneo, sino de hombre de cualquier época, y más cuando este material histórico era y es hasta ahora inabarcable y contaminado.

Paso ahora a exponer qué principios he seguido en la búsqueda y exposición de la verdad.

Tan reprochable es que los pequeños se comparen con los grandes como elogiabile que los imiten. El gran historiador que acabo de citar, al explicar en su admirable proemio cómo y dónde acopió el material de su historia, dice:

“Y en cuanto a los acontecimientos que tuvieron lugar en la guerra, no creí oportuno escribirlos enterándome por cualquiera ni guiándome por mi opinión, sino que relaté cosas en las que yo estuve presente o sobre las que interrogué a los otros con toda la exactitud posible. La verdad fue hallada con trabajo, porque los testigos de cada suceso no decían lo mismo acerca de las mismas cosas, sino de acuerdo con las simpatías o la memoria de cada uno.”³

Estas palabras del historiador eran las que yo tenía como guía permanente al escribir; son las mismas que pido al lector tenga en cuenta cada vez que oiga a testigos presenciales de los hechos que narra la presente historia, que *no dicen lo mismo acerca de las mismas cosas*.

Todo el que actúa bien es digno de alabanza, todo el que lo hace mal lo es de reproche, y es deber del historiador justo elogiar las buenas acciones y criticar las malas, ya sea amigo o enemigo del que las llevó a cabo. Partiendo de este principio, he juzgado imparcialmente las acciones de griegos y turcos; pero, si es justo que los hombres sean juzgados por la educación que han recibido, por los conocimientos que adquirieron, por los tiempos que vivieron, por los fines a los que tendieron y por las circunstancias con que se encontraron, si es verdad que las acciones injustas de las revoluciones que derriban los gobiernos son fruto de los gobiernos derribados, entonces no debemos medir por el mismo rasero los actos de los gobernantes opresores que los de quienes están oprimidos y se rebelan, ni buscar entre los esclavos de los servidores del Corán las virtudes por las que adquirieron fama los que nacieron, crecieron y murieron bajo la legislación de los Licurgos y Solones. Las maldades de los griegos son lecciones de la escuela turca y consecuencias de la esclavitud, las de los turcos son obras de su voluntad y su poder y, como tales, dignas de reproche sin comparación; por ello, es justo que por las mismas maldades sean criticados los maestros y señores más que los discípulos y siervos. Si es deber ineludible de todo gobierno llevar a su pueblo hacia las obligaciones morales que le son propias, si es merecedor de censura todo gobierno que hace caso omiso de este principalísimo deber suyo para con el pueblo, ¿no es pues mucho más censurable el que da por sistema a través de sus crueles e inhumanas prácticas el peor ejemplo de toda intemperancia política y

³ Tucídides I, 22. Traducción de F. Rodríguez Adrados en Editorial Hernando.

social? Que así fue el gobierno turco durante la Epanástasis es reconocido por todos, pues no respetaba las leyes divinas ni las humanas y, siendo así, era merecedor de toda clase de críticas; porque, en vez de apaciguar a su fanático pueblo, lo volvía salvaje por propia iniciativa, a pesar de vivir en medio de la civilización europea.

Creo necesario decir algo también sobre la lengua actual, ya que he puesto el máximo empeño en estudiarla profundamente con motivo de la obra que me traía entre manos.

Al escribirla he querido seguir el camino intermedio, es decir, el que está entre lo vulgar y lo helenizante, pues he observado y sigo observando que en el término medio están los aún imprecisos límites de la lengua si queremos —y no podemos dejar de hacerlo— que la lengua hablada y la escrita confluyan en una sola.

Muchas virtudes tiene la lengua común⁴ y no ama la belleza quien no las percibe y no se congratula leyendo los escritos que la usan en toda su pureza. Esta lengua no es hija del griego antiguo, como lo es el italiano del latín: es la propia lengua antigua, cuya sin par belleza poco ha alterado el tiempo transcurrido; adquirió durante la guerra y tiene en cualquier ocasión tanto desarrollo a causa de las distintas necesidades sociales y políticas que produjo el nuevo orden de cosas en la Grecia liberada, y a causa del exhaustivo conocimiento por tradición del griego antiguo y del estudio de las ciencias, de manera que ya entonces fue capaz de interpretar todas las ideas de la humanidad y expresar todas sus emociones, como las lenguas de las demás naciones cultas; pero para el futuro hace falta, creo yo, mucha precaución para no alejarnos demasiado de la lengua común por un exceso de helenismo, no vayamos a caer inadvertidamente en la situación de tener una lengua doble, la del pueblo y la de la gente culta, igual que los antiguos egipcios tenían dos sistemas de escritura, el jeroglífico y el demótico.

Yerra quien piensa que basta con que el pueblo comprenda lo que habla y el hombre culto lo que escribe. Es necesario de toda necesidad que el pueblo hable y escriba como habla y escribe el hombre cultivado. No me refiero a la forma en que éste se expresa, pues esto es consecuencia de su vida, su educación y sus estudios, ni a las palabras que maneja, pues aquél

⁴ En este caso se refiere a lo que nosotros entendemos por koiné, la lengua literaria que se usaba durante la época helenística; un poco más abajo, en cambio utiliza el mismo calificativo (κοινή) para referirse a la lengua vulgar o común.

no ha recibido la formación de éste, sino a la configuración y los accidentes de las partes de la oración. Tengamos presente que, aunque la gente culta y la ineducada de nuestras naciones cultas se expresan de diferente manera, no obstante tienen la misma gramática, unos por la teoría y otros por la práctica, y construyen, forman y conjugan de la misma manera tanto los nombres como los verbos. Sabido es que poco beneficia al pueblo la lengua escrita u oral que no le atrae; y es seguro que no le atrae aquello a que no está acostumbrado su oído.

Es lamentable que la mayoría de nuestros intelectuales, hechizados por la lectura de los autores áticos y desconociendo o despreciando la naturaleza de su propia lengua, se hayan desviado de este camino, transformando en ático purísimo una lengua que abunda en eolismos y dorismos, como si éstos no pertenecieran a lo griego. Esta inclinación irreflexiva hacia el aticismo es aún más lamentable, porque es lo que más aleja la lengua escrita de la hablada sin enriquecer ni purificar a ésta, pues ninguna necesidad tiene de tal depuración. Tal inclinación, que no es nada beneficiosa y sí muy perjudicial, creo yo que hay que reprimirla, pues suple injustamente y contra toda lógica los giros de uso común de la lengua griega viva por giros de uso no común de otra lengua griega que no está viva. Pero esta modalidad de aticismo ha tenido tanto auge que incluso yo, aunque la desapruero, he tenido que seguirla por ser la que predomina entre los intelectuales, en contra muchas veces de los principios que considero saludables. Pero lo vuelvo a decir, el *no traspasar los límites* parece lo correcto y razonable, no ciertamente para enriquecer la lengua común, que bien está que se enriquezca con los tesoros de la antigua, sino para su mecánica y sus giros. Para el pueblo es difícil cambiar la forma y la construcción de su discurso, pero no lo es aprender términos de la lengua anterior que no están en uso en la actual. Basándome en esta observación, también yo he enriquecido generosamente este material de la lengua de hoy por medio de esta historia que está en tus manos; mas he observado cuanto convenía el modo de formar y componer las partes de la oración según las reglas que tienen vigencia común. La lengua es un bien de toda la nación, y tan digno de elogio es el que enriquece este bien como lo es de censura el usurpador que lo modifica y maneja según su apetencia. Éste, en vez de acelerar, obstaculiza el perfeccionamiento del lenguaje y sustrae, en vez de reforzarlo, el progreso racional de su nación. Pensemos que Dante y los sabios de su tiempo, los padres de la filología italiana, hallándose por lo que respecta a

su lengua en las mismas circunstancias que nosotros ahora con respecto a la nuestra, enriquecieron, lustraron, purificaron y reglamentaron su lengua materna, pero respetaron escrupulosamente su particular carácter, y no divagaron por mor de su estrecho parentesco con la lengua madre. Lo mismo hicieron los hombres cultos de las demás nacionalidades cuya lengua tiene la misma procedencia que la italiana. Y el siempre recordado Korais, el más eminente filólogo y crítico del griego actual, el que más que ningún otro la ha estudiado y enseñado, siguió el mismo camino y nos aconsejó con su autorizada voz que lo siguiéramos.

Así pues he compuesto mi obra sobre la base de estos principios, los únicos que considero razonables, desechando la preocupación de que mi dicción sea pura, comprensible, regular, homogénea y canónica, sin separarme de lo comúnmente habitual sino en lo que ha desarrollado ya la propia lengua y admitiendo con mucha restricción los antiguos helenismos que veo que la lengua admite.

Ciertos puristas critican a la lengua común por sus muchos galicismos o italianismos. Gracias a Dios, la lengua se ha purificado ya de todos los vocablos extranjeros; pero, ¿qué lengua está incontaminada de particularismos extraños? ¿Acaso el mismo ático es puro? Véase lo que dice sobre él Jenofonte, el más ático de los escritores: “Al oír toda clase de dialectos, fueron eligiendo esto del uno y esto del otro, y así como los griegos tienen, por lo regular, sus modos particulares de hablar, de vivir y de vestirse, los atenienses usan de una forma mixta y tomada de todos los helenos y bárbaros.”⁵ Lo curioso es que Jenofonte dice esto para elogiar su dialecto ático; y nosotros los no áticos ¿vamos a ser más aticistas que los propios atenienses?

He leído a veces y oído a menudo que los helenismos desacostumbrados que se introducen hoy en la lengua resultarán términos impuros en cincuenta años. Lástima será que, siendo libres, estudiando en libertad las ciencias y las letras y educados en el seno de la ilustración actual, que ilumina todo el mundo, no seamos dignos antes del fin de este siglo prodigioso de tener obras que nos digan sentenciosamente: “Éste es el camino”, y que todos sigamos su senda sin desviarnos.

⁵ *Constitución de Atenas* II 8 (Traducción de Manuel Fernández Galiano en Instituto de Estudios Políticos). Este opúsculo no se atribuye hoy a Jenofonte, sino a un aristócrata anónimo conocido como “el viejo oligarca”.

Hasta aquí, lector amante de la Historia, cuantas observaciones he tenido a bien incluir en el prólogo a la obra que tienes en tus manos; al recorrerla, muéstrate indulgente con los fallos del historiador y piensa que yo, entre tantos que son más sabios y capaces, aunque me atrevo a decir que no más imparciales, he sido el único en asumir y llevar a término la historización general de los grandes infortunios padecidos y las grandes hazañas realizadas durante la guerra santa por los compatriotas actuales, cuya memoria permanece a través de las generaciones y cuyo nombre está vivo en nuestras bendiciones gracias a todo lo que soportaron con ánimo esforzado o consiguieron valerosamente por la resurrección de la patria.

PROEMIO

CAUSAS DE LA INSURRECCIÓN GRIEGA^a

Es imposible mantener inalterada la situación política de dos naciones que ocupan un único territorio cuando la dominante permanece estática y la dominada progresa. El cambio político entre ellas se establece aún más firmemente si estas naciones tienen orígenes diferentes, profesan religiones diferentes, hablan lenguas diferentes, viven lejos de toda relación de parentesco mutuo, se ven una a la otra como perversas y se odian.

Tal era la posición de turcos y griegos entre sí. La rapidez o lentitud del cambio dependía del momento y las circunstancias. Hay que hacer notar que a Grecia, al caer bajo los turcos, no le sucedió lo mismo que a las naciones europeas que cayeron bajo el dominio extranjero cuando la invasión de los bárbaros: entonces, conquistadores y conquistados se mezclaron en la misma religión y la misma lengua y, con el tiempo, establecieron una sola nacionalidad con un único nombre. El fanatismo del Islam había llegado a su apogeo cuando Grecia cayó en manos de los devotos del Corán, mientras que el paganismo de los pueblos que se expandieron por Europa estaba en declive cuando la sometieron; así, sobre éstos se impuso el cristianismo y fundió en uno a dominadores y dominados, en tanto que sobre aquéllos no prevaleció, permaneciendo mahometanos y griegos dentro de Grecia sin mezclarse nunca y sin recorrer el mismo camino con vistas al desarrollo común. En realidad, los turcos no aprendieron ni dejaron de aprender nada desde que se adueñaron de Grecia: eran y siguieron siendo enemigos del comercio, de la industrialización, del saber; arrogantes y despectivos ante cualquier avance europeo, porque su antisocial religión constituía un obstáculo a toda relación con las naciones de religión distinta, a las que odiaban y menospreciaban. Por eso, para ellos pasaron como tres días los cuatro portentosos siglos desde la toma de Constantinopla: los que, por medio del renacimiento de las letras y el progreso del conocimiento humano, habían llevado a Europa desde la barbarie hasta la civilización, los que

habían perfeccionado sus sistemas políticos, los que habían introducido la estrategia en sus ejércitos y marinas y los que habían hecho de la guerra un arte, con el cual el cultivo de la mente vence a la fuerza del cuerpo.

Pero los griegos, que habían doblado el cuello como vencidos ante los turcos vencedores, no esclavizaron del todo su espíritu: devotos de una religión que enseña el sublime principio y el aún más sublime fin de la naturaleza humana y contribuye admirablemente al perfeccionamiento del espíritu, no dejaron de ensanchar el área de sus ideas, en la medida que lo permitía su situación de servidumbre; y, remontándose a grandes ancestros cuyos escritos y logros nunca les fueron completamente desconocidos, no podían mostrarse indignos del todo de su brillante origen. Movidos por estos dos elevados principios, a saber, el religioso y el genealógico, y aprovechándose de la simpleza, ineptitud e imprevisión de los dominadores, se relacionaban con las naciones sabias e industrializadas por medio de la navegación, tan consustancial con la posición geográfica de Grecia, y el comercio, progresando materialmente e iluminándose intelectualmente. Más sabios los dominados griegos que los dominadores turcos por su relación con los europeos y su inclinación a las letras, flexibles y taimados por su situación política, atentos y capaces de aprovecharse de las circunstancias favorables y teniendo por abogada a la necesidad que siente el hombre inferior de asociar al moralmente superior, se introdujeron poco a poco en los propios órganos de gobierno de los dominadores desempeñando diferentes prestaciones, aunque siempre bajo sospecha y en peligro.

El amor a la libertad es connatural al corazón del hombre y, cada vez que la sociedad no da suficientes garantías de aquélla, la vida social resulta un pesado yugo. Entonces muchos, prefiriendo a cualquier otro bien el disfrute de la libertad, aunque sea salvaje y sin reglas, se niegan voluntariamente a toda convivencia con sus iguales y, vagando día y noche por lugares agrestes, acaban por devastar toda la sociedad gracias a la conservación de la libertad personal y de la existencia natural. Tal situación de libertad social, predominante en Grecia desde que ésta fue esclavizada, produjo una clase de hombres conocidos por el nombre de *kleptes*, ‘bandidos’. Dicha clase se distinguía de las demás griegas por su particular carácter guerrero, cuyas únicas armas eran la astucia, la gloria y la seguridad. Pero la denominación y la actividad del *bandido* entre los modernos, al igual que la denominación y la obra del *pirata* entre los antiguos, no sólo no eran vistas como algo deshonoroso^b, sino que se consideraban incluso gloriosas, y

los nombres de los que destacaban entre ellos se transmitían devotamente de generación en generación y sus hazañas eran el tema de las canciones de los griegos modernos, que miraban a esta clase de compatriotas suyos como un ancla de salvación para su futuro renacimiento político.

La clase de los bandidos, es decir, los cristianos armados que dañaban los territorios que recorrían perturbando a sus habitantes, produjo otra semejante, la de los *harmatolí*, esto es, cristianos también armados reclutados por las mismas autoridades turcas para proteger los lugares y habitantes de la asechanza de los bandidos. De esta forma, los cristianos en armas se multiplicaban y se entrenaban para la guerra, elevándose su espíritu por encima de su condición de servidumbre.

Así mismo, el espíritu de muchos cristianos no armados se elevaba por encima de su condición servil gracias al sistema del consejo popular de ancianos, que perduró con fuerza en toda Grecia durante la Turcocracia –salvo en Creta– debido a la ignorancia, pereza y altivez de los dominadores. Este sistema, que se puede llamar justificadamente semiautonomía, reafirmaba a los notables de las ciudades y aldeas a la vista de la autoridad turca y vivificaba de alguna manera el territorio en medio de la muerte política^c.

El observador que escrutara el progreso material y espiritual de la nación sojuzgada y progresista frente a la ofensora y fosilizada preveía desde tiempo atrás y pronosticaba un conflicto político entre ellas y el cambio de sus destinos. Además, se dieron circunstancias por las cuales hubo intenciones y movimientos armados de los oprimidos contra los opresores para cambiar su posición política; pero no sólo no prosperaron, sino que provocaron infinidad de males, porque ni el progreso de aquéllos ni la inmovilidad de estos eran como para producir el cambio político a partir de la situación espiritual y material de cada uno^d. Pero cuando llegó el cumplimiento del tiempo, esto es, el nivel exigido de progreso del uno y de inmovilidad del otro –los dos pueblos que convivían pero no se mezclaban–, entonces ni el fiasco total del movimiento insurgente en los principados danubianos, ni la retractación de Rusia, ni la oposición de la Santa Alianza, ni las excomuniones ni maldiciones del Patriarca, ni los grandes riesgos inherentes a la insurrección ni las carencias de todo tipo reprimieron el avance de la rebelión griega; porque cada vez que la humanidad doliente siente su fuerza al mismo tiempo que su maltrato, surge irrefrenable el impulso a mejorar su posición. Pero el cambio político de Grecia brotó más de la inmovilidad turca que del progreso griego. Esta observación es muy importante, pues

sólo ella puede explicarnos muchos sucesos de la Insurrección, no explicados o mal explicados si se contemplan de otra forma.

Cuando el mucho tiempo transcurrido y la sucesión de circunstancias propicias favorecen el cambio político de una nación, se necesita un impulso para el primer movimiento. Este impulso para el cambio político en Grecia lo dio la fundación de la Filikí Hetería, ‘Sociedad de Amigos’, cuyo principio y evolución vamos a examinar ahora. Por medio de este examen, en el que se descubre la misteriosa verdad tanto de su humilde comienzo como de sus aún más humildes métodos, por medio de los cuales se produjeron tan gigantescos resultados, el hombre religioso encontrará la mano de Dios, cuya fuerza se cumple en la debilidad, y el político observará que basta un pequeño impulso para remover de sus cimientos un poder ancestral que no tiene como base la justicia y anula y oprime al súbdito.

CAPÍTULO I

LA SOCIEDAD DE LOS AMIGOS Y SU PROPAGACIÓN.- LA REBELIÓN DE ALI PASHA TEPELENLÍS.-

En 1813 estaba en su esplendor en Atenas la Filómusos Hetería, ‘Asociación de Amigos de las Musas’, cuyo principal objetivo era la conservación de las antigüedades, en trance de desaparición a manos del inculdo gobierno de entonces, y el perfeccionamiento mental y moral de la juventud griega por medio de la fundación de escuelas en esta ciudad. Este fin educativo y en absoluto político, junto con el ilustre nombre de la tierra donde tuvo el ser, la dio a conocer rápidamente dentro y fuera de Grecia, tanto en los Estados liberales como en los absolutistas. De hecho, nobles y sabios, ministros y parlamentarios, dirigentes y príncipes, todos se preciaban de lucir el anillo de bronce o el de oro, distintivos respectivamente de los contribuyentes y benefactores de la Filómusos Hetería.

A finales de 1814, un tal Nikólaos Skufás, de Arta⁶, hombre honrado y con experiencia, pero de poca cultura y escasa importancia, empleado en otro tiempo de una casa comercial, fue el primero en concebir en Odesa⁷ la idea de constituir una sociedad política, a la que llamó Filikí Hetería, ‘Sociedad de los Amigos’; basta esta denominación para mostrar cuán poco conocimiento tenía incluso de su lengua materna⁸. Este insignificante fundador contó al principio con insignificantes colaboradores^e y, al desvelarles su intención, reflexionó con ellos sobre la forma de obtener avances. Dicha sociedad, subversiva y bajo sospecha, se confundía hábilmente a la vista

⁶ Ciudad del N. O. de Grecia.

⁷ Ciudad del Imperio Ruso a orillas del mar Negro, actualmente en Ucrania. En ella, como en otras ciudades mediterráneas, habitaba un no exíguo número de griegos dedicados al comercio marítimo, uno de los factores de desarrollo que nuestro autor ha mencionado en la nota d al proemio, pero se ha negado a tratar en detalle (aunque sí lo trae a colación en el capítulo X). Quien sí trata estos factores es Gordon, concretamente el del comercio en vol. I págs. 35-36.

⁸ La denominación elegida, Φιλική Έταιρία, incurre en solecismo, pues el término φιλική, ‘amistosa’, era vulgar frente a τῶν φίλων, ‘de los amigos’.

de muchos con la permitida y pacífica de los Amigos de las Musas. Se murmuraba astutamente que Ioannis Kapodistrias, ministro del emperador Alejandro y presidente notorio de la Filómusos Hetería, era también el presidente secreto de ésta. Aunque la Filómusos Hetería no alimentaba ningún objetivo oculto, los que se ocupaban de propagar la Filikí divulgaban que fomentaba el mismo que ésta intentaba llevar a la práctica, de manera que la segunda aparecía a la sombra de la primera y crecía como una rama suya. Así, esta coincidencia y su secretismo concurrieron no poco, al principio, en la aceptación de esta sociedad secreta. Pero lo que más que nada fortaleció su estima y contribuyó a sus fines fue lo que sigue:

Una misma confesión religiosa y un odio sin tregua a los turcos ligaban desde siempre a griegos y rusos. La iglesia griega veía con razón a la corte rusa como su aliada. Bajo la bandera rusa los marineros griegos encontraron muchas ventajas durante el período de su esclavitud, los comerciantes una fuerte protección dentro de sus fronteras y los emigrantes a Rusia siempre asilo y consuelo y, a menudo, honores y riquezas. Tradiciones, Revelaciones y Buenas Nuevas predecían al pueblo de los Rubios como el salvador de Grecia, y las frecuentes y exitosas guerras de los rusos contra los turcos daban alas continuamente a las expectativas de liberación. Aunque fue una coincidencia circunstancial que la Filikí Hetería viera la luz en suelo ruso, esto contribuyó en gran manera a su propagación: sus primeros organizadores, siendo como eran, sintieron que inspiraban no poca confianza y pusieron a la Asociación bajo la autoridad de una entidad desconocida e inexistente, llamada con el misterioso nombre de *Mando Supremo*, dando a entender por él a la corte rusa. Sin esta inteligente estratagema la Filikí Hetería no habría llegado a nada, que es lo que era. Muchas causas concurrieron en la aceptación de su supuestamente elevado origen: 1ª La idea general, predominante desde antaño, de que Rusia liberaría un día a Grecia. 2ª La fundación de la Sociedad dentro de las fronteras de Rusia. 3ª La connivencia de los cónsules rusos en Grecia. 4ª La elevada posición política en Rusia de Ioannis Kapodistrias, visto como el enlace entre ésta y Grecia. Y, finalmente, la dirección de los movimientos insurgentes por parte del general y edecán⁹ del emperador Alejandro.

Pero si se observa la Filikí Hetería, fueran cuales fueran las causas de las que partieron los fundadores para concebir y llevar a cabo la idea de su

⁹ Aléxandros Hypsilandis, que inició la revuelta como veremos a continuación.

creación y las argucias que se manejaron para su difusión, hay que reconocer que cohesionó a toda Grecia, debido a su proselitismo, y predispuso e inició el combate gracias a su actividad subrepticia.

La Sociedad por sí misma no tenía ninguna consistencia. Su organización era burda e inhábil. Tenía siete grados^f: el de los *vlámides* (como si nuestra lengua no tuviera el término “hermano”), el de los *recomendados*, el de los *sacerdotes*, el de los *pastores*, el de los *archipastores*, el de los *consagrados* y el de los *jefes de los consagrados*. De estos siete grados, los dos últimos se consideraban como militares y fueron instituidos después.

Si la graduación fue introducida por los niveles de desvelamiento del secreto, no parece que a través de ella se cumplieran los fines de la Sociedad. Los miembros de los órdenes inferiores conocían lo mismo que los de los superiores, porque al *vlámide* catecúmeno se le ordenaba tener dispuestas para el uso sus armas y 50 cartuchos en la caja, para cuando lo dispusiera el jefe; el *recomendado* oía en su iniciación: “lucharás por la fe y por la patria; odia, persigue y destruye a los enemigos de tu religión, de tu nación y de tu patria”; el diploma llevaba en la parte alta una cruz encima de una media luna volcada; el *sacerdote* catecúmeno aprendía que el fin de la Sociedad era la libertad de la nación; y lo mismo aprendían desde los de órdenes superiores hasta el *jefe de los consagrados*. En el momento de la consagración de éste, el catecúmeno le ponía en las manos una espada y le decía: “Tu patria te la da para que la esgrimas por ella”.

El rango de los sacerdotes era muy numeroso. El sacerdote tenía licencia para investir hermanos y conferir el mismo grado de sacerdote; y cuando los iniciados tenían que depositar dinero en manos del catequista, muchos tomaban el grado por codicia, y éste fue el origen principal de tan gran afluencia de catequistas y catecúmenos. Si la catequesis era burda desde el punto de vista político, desde el religioso era una mezcla monstruosa de verdad y mentira, de piedad e impiedad porque, mientras que la lucha era por nuestra sagrada fe y por la patria y los juramentos se hacían sobre el santo evangelio y las santas imágenes, el sacerdote decía al catecúmeno en el rito iniciático que lo recibía por el poder que le daban los hierofantes de los misterios de Eleusis¹⁰. La Sociedad de Amigos, como todas las sociedades secretas, tenía signos y palabras para el reconocimiento de sus miembros entre sí; tenía también letras secretas para uso de los ausentes,

¹⁰ Ritos iniciáticos paganos de la antigua Grecia.

pero sólo las conocían los sacerdotes y los de los rangos superiores. Para evitar riesgos personales, se inscribían con nombres falsos y determinados símbolos. Eran tantos los conocimientos científicos de los fundadores y organizadores de la Filikí Hetería, que el catequista preguntaba a los catecúmenos si conocían *algún invento no divulgado*. Y les formulaban tan extraña pregunta porque los fundadores de la Sociedad creían en la existencia de la piedra filosofal, y trabajaban en la conversión de metales sin valor en metales preciosos.

Desde su fundación hasta 1817, avanzó poco fuera de Grecia y, dentro de ella, permaneció totalmente desconocida; su progreso peligró por el siguiente motivo:

Un tal Nikólaos Galatis, de Ítaca, joven animoso pero calavera y bocazas, yendo a San Petersburgo en busca de fortuna, pasó en 1816 por Odesa, lugar de residencia del fundador, Skufás; éste había ido a Moscú tras la constitución de la sociedad con objeto de difundirla y, vuelto a Odesa el mismo año, se apresuró a iniciarlo no sólo en la Sociedad, sino también en el Mando; y así, lo convirtió en miembro del mismo Mando. Galatis, lleno de entusiasmo y viendo lo que le había sido revelado como un medio de conseguir la fortuna que buscaba, actuaba irresponsablemente en San Petersburgo a favor de la propagación de la Sociedad, hasta que el gobierno ruso, puesto en antecedentes de sus actuaciones, lo deportó y ordenó al cónsul en Valaquia, a donde se había dirigido, que vigilara sus pasos.

A principios de abril de 1818 llegó Skufás a Constantinopla, donde él y los conjurados de allí empezaron a trabajar con más afán y éxito ante la ceguera de las autoridades otomanas, como si no tuvieran policía para descubrirlos. Cuando Skufás vivía en Odesa, resultó que, de camino a San Petersburgo para cobrar sus servicios militares en el Heptaneso cuando el archipiélago estaba bajo dominio ruso¹¹, pasaron por allí Anagnostarás, Pevós, Chrysospathis, P. Dimitrópulos e I. Farmakis, que fueron catequizados por Skufás; cuando regresaron a Constantinopla, se les encomendó la tarea apostólica dentro de Grecia. Después fueron votados también como apóstoles Kamarinós, Pelópidas y otros. Todos ellos, repartidos por Grecia o por donde había griegos en el exterior y catequizando en el misterioso

¹¹ En 1799, tras la disolución de la república de Venecia, las Islas Jónicas salvo Corfú pasaron a ser un protectorado conjunto de Rusia y Turquía hasta 1807, en que cayeron bajo la protección francesa por el tratado de Tilsit.

nombre del Mando Supremo, fueron divulgando el secreto, al principio con prudencia y discreción; al tener éxito en sus primeras tentativas, se volvieron más osados; actuaban irreflexivamente, votaban y esparcían a otros apóstoles y éstos a otros a su vez, de manera que la Sociedad no tardó en convertirse en el tema común de las conversaciones y los pensamientos de los griegos, los cuales creían que era el dedo invisible de Rusia quien lo disponía todo.

La Sociedad progresó poco en Grecia Central a causa del miedo al dinasta de Ioánnina¹²; pero el Peloponeso, donde no apretaba tan fuerte la férrea mano del despotismo, y las islas, donde no había ni autoridades ni habitantes turcos, se llenaron de socios, de manera que el entusiasmo de muchos, la inconsciencia e indiscreción de más y la impunidad de todos pusieron en peligro muchas veces a la hermandad. En tanto, en ninguna parte de Grecia Central, del Peloponeso ni de las islas aparecía Mando alguno para reprimir a la gran cantidad de los que se iban de la lengua; ni tampoco existían unas reglas tácticas para el avance de la acción, por lo que los más sensatos se lamentaban e intranquilizaban. Incluso algunos, al ver este estado de cosas, empezaron a dudar hasta de que el Mando fuera realmente lo que se suponía.

Ya por 1819 el hombre fuerte de Mani¹³, Petrobey Mavromichalis, recién ingresado en la Sociedad a través de su amigo Kamarinós, que había venido de Odesa y Constantinopla, envió al mismo catequista a ver a Kapodistrias en San Petersburgo, pues ambos lo creían el Mando de la Sociedad, y al emperador Alejandro, al que suponían instigador de la empresa. En la carta que había dado al enviado daba cuenta de su consagración a la proyectada lucha y solicitaba lo necesario para armar y movilizar a los maniatas. Kapodistrias leyó la carta y no dudó en notificar a Kamarinós y en asegurar a través de él por escrito a Mavromichalis que ni el emperador ni él estaban implicados en los planes insurreccionales, ni los aprobaban. Al oírle, Kamarinós comprendió el engaño en que había caído y había hecho caer a Mavromichalis y se apresuró a volver a Grecia para aclararlo, diciendo sinceramente por el camino toda la verdad y confirmando sus palabras por medio de la respuesta que traía de Kapodistrias. Al enterarse los dirigentes de la Sociedad, que no querían que se descubriese la verdad

¹² Ali Pasha Tepelenlis, del cual se hablará más adelante.

¹³ Península central de las tres que se abren al S. del Peloponeso.

porque ésta iba en contra de sus planes, pensaron que, si se escuchaban en Grecia las palabras del veraz Kamarinós y se leía la respuesta de Kapodistrias, quedaría a la vista de todos la mentira y se frustrarían los objetivos de la Sociedad; asesinaron, pues, a Kamarinós en el camino y destruyeron la carta; y así la camarilla del jefe permaneció en la sombra y el engaño, como hasta entonces.

A comienzos de 1820, muchos notables del Peloponeso iniciados en la Sociedad se reunieron en Tripolitsá¹⁴, para tratar temas de interés. Esta entrevista les impulsó a deliberar también sobre el cambio político subrepticamente emprendido. El patriotismo y la fraternidad distinguieron su primer encuentro. Puesto que los turcos sobresalientes estaban divididos en dos partidos, en dos partidos estaban también divididas las autoridades eclesiásticas y sociales cristianas, pero el vínculo de la Sociedad y la finalidad de la gran empresa exigían la unión de todos los creyentes en Cristo y su separación de los turcos. Los reunidos sintieron esa necesidad y, obviando consideraciones locales y personales, se unieron todos en el amor de Cristo y se comprometieron por juramento secreto a olvidar sus diferencias y a separarse de los de distinta religión, ayudándose como hermanos en lo sucesivo. Hecho esto, decidieron mandar a Rusia a un hombre de su confianza para sondear al desconocido Mando Supremo, comunicarle los planes sobre la proyectada empresa y pedir instrucciones y directrices. Encontraron a este hombre en la persona de Ioannis Paparigópulos y le confiaron dos escritos, que firmaron y enviaron con aire misterioso a las provincias, para que firmaran también los demás notables eclesiásticos y civiles.

Algún tiempo antes de que se decidiera dicha embajada, Ali Pasha, sospechando una intriga contra él, deseaba entrar en contacto con Rusia, enemiga irreconciliable de la Puerta¹⁵; al saber que Paparigópulos desempeñaba funciones de intérprete junto al cónsul ruso en Patras, pensó servirse de él para comunicar sus ideas a la corte rusa y lo llamó a su residencia en Préveza. Paparigópulos fue a hablar con él, pero no aceptó el encargo, razonándole que en vano esperaba la protección de Rusia si se rebelaba contra su señor. Al volver a Patras, informó sobre esto al arzobispo Yermanós, que era también

¹⁴ Nombre popular de Trípoli, la capital del Peloponeso durante la turcocracia. El autor nos ofrece una descripción de la misma al principio el capítulo XXIV, en el tomo II.

¹⁵ La (Sublime) Puerta es una metonimia que designa al gobierno del imperio otomano. La Puerta en cuestión es la que daba acceso a las dependencias de dicho gobierno, en Constantinopla.

socio. Yermanós comprendió que no convenía desilusionar a Alí, y animó a Paparigópulos a aceptar la misión. Éste le hizo caso y comunicó a Alí que, según los informes que recibió al volver a Patras, creía que era muy posible que la corte rusa le prestara ayuda, si veía sólida su oposición contra el sultán, y que alimentaba tan fundadas esperanzas sobre ello, que estaba dispuesto a aceptar la misión que acababa de rehusar. Se alegró Alí por esta noticia y, lleno de expectativas, le envió instrucciones sobre su viaje a San Petersburgo; así, el enviado de los peloponesios al Mando fue también el enviado de Alí a la corte rusa, sin que éste lo supiera. Las propuestas de la asamblea del Peloponeso a través de dicho enviado eran en esencia las siguientes:

- a) Que el Mando nombrara de entre los hermanos del Peloponeso una eforía¹⁶ que actuara en pro del objetivo a las órdenes del Mando e informara a éste sobre todos los temas.
- b) Que ordenara a todos los hermanos obedecer e informar a la eforía sobre cualquier cosa y no hacer nada sin su autorización, so pena de expulsión de la Sociedad
- c) Que diera la orden de reunir en un fondo común en el Peloponeso, bajo la supervisión de hombres honrados, todas las contribuciones de los hermanos del Peloponeso, y de las Islas Jónicas a ser posible, y no gastar nada sin el conocimiento de los hermanos elegidos ni sin el permiso del Mando.
- d) Que se designara a uno de los hermanos de Hydra para que se ocupara de asegurar la correspondencia entre el Mando y la eforía peloponesia constituida.

Paparigópulos partió provisto de estas instrucciones y con el encargo particular de tratar de descubrir el misterioso Mando.

En tanto, la necesidad que habían sentido los delegados del Peloponeso de constituir inspecciones para reprimir y observar la conducta de los hermanos se hizo sentir por idénticas razones entre el resto, y los líderes locales de la Sociedad se apresuraron a constituir las en secreto antes de las convocatorias.

¹⁶ El término griego significa 'inspección', pero aquí alude al eforado, institución de gobierno de la antigua Esparta.

Pero cuanto más progresaba la Sociedad y se acercaba el momento de emprender la lucha, tanto más sentían sus padres la necesidad de entregar la dirección a un hombre fuerte que inspirara confianza y respeto; enviaron, pues, a San Petersburgo a uno de ellos, Emmanuél Xanthos, con el encargo de que sondeara la opinión de Ioannis Kapodistrias y le transfiriera el liderazgo si lo encontraba predispuesto, exponiéndole los grandes logros de la Sociedad dentro y fuera de Grecia. Pero en el momento en que meditaban y trabajaban en este asunto, sucedió un gran acontecimiento político imprevisto que aceleró la proyectada guerra.

El sultán consideró la eliminación de los poderosos jefes locales como una contribución al reforzamiento del debilitado imperio otomano; en esto estaba influido no tanto por su política como por el violento deseo de apropiarse de sus tesoros.

Alí era rico y poderoso; pleno también de la audacia que inspira la buena suerte y teniendo por sistema desembarazarse de enemigos y rivales por cualquier medio, lícito o ilícito, no tardó en dar a su soberano la justa oportunidad que este aguardaba para combatirlo hasta la muerte, por la siguiente osadía:

Incurrió en la ira de este sátrapa, con lo que fue perseguido a muerte, su pariente y antes amigo íntimo y colaborador en sus proyectos, Ismail Bey o también Paso Bey. Para escapar a sus rigores, el tal bey huyó a muchos sitios, pero en todos peligró su vida; finalmente fue a Constantinopla, sediento de venganza contra su enemigo, y logró entrar en los consejos de la Puerta como *kapici bashi*¹⁷ y ganarse el favor del entonces todopoderoso Halet Efendi y excitar su cólera contra Alí. Este se alteró muchísimo al enterarse de la ascensión de su enemigo, y más aún cuando poco después vio que su segundo hijo, Veli Pasha, gobernador de Larisa, fue desplazado desde aquel excelente puesto al más modesto de Naupacto a instancias de Halet ante el sultán. Siguiendo su conspirativa e inconsciente política, decidió atacar contra Paso Bey dentro del palacio y pagó para el trabajo a tres albaneses; estos acecharon la oportunidad y le dispararon, pero fallaron y, apresados, confesaron ser instrumentos de la voluntad de Alí. Fueron ahorcados como malhechores, y a Alí se le dio un plazo para presentarse en Constantinopla a defenderse. No hizo caso y la Puerta movió armas contra él

¹⁷ Jefe de seguridad del palacio.

por desobediencia y sedición, nombrando a Paso Bey general en jefe de las fuerzas enviadas contra él y señor de Ioánnina y Delvinë¹⁸.

La movilización contra Alí perturbó a Grecia y levantó en armas a los griegos, unos a su favor y otros en su contra. Los directivos de la Sociedad vieron en la circunstancia de esta guerra interna la ocasión propicia para el comienzo de la lucha griega, sin tener en cuenta que todo estaba en contra ni cuán contrarias para el deseado objetivo se mostraban las circunstancias exteriores, puesto que la Santa Alianza, aterrada por todo lo que habían hecho los carbonarios en Italia para subvertir lo establecido, no sólo se movilizó contra ella, sino que además se declaró oficialmente en contra de toda innovación política al margen de la opinión de los que tenían el poder, cualesquiera que fuesen los móviles que la alimentaran y cualquiera que fuese el objetivo al que tendía.

¹⁸ Ciudad de Albania.

CAPÍTULO II

ALÉXANDROS HYP SILANDIS ES PUESTO AL FRENTE DE LA SOCIEDAD DE AMIGOS.- SUS ACTIVIDADES Y PREPARATIVOS PARA LA INSURRECCIÓN DE GRECIA.-

Hemos dicho que los directivos de la Asociación enviaron a uno de ellos, Xanthos, para ofrecer a Kapodistrias la dirección. Pero el enviado no sólo no encontró una acogida favorable por parte de Kapodistrias, sino que fue despedido de mala manera como coadyuvante a la ruina de su nación y tuvo que dirigir sus miradas hacia otra parte.

Vivía en Rusia Aléxandros Hysilandis, que era vástago de una ilustre familia e hijo de un príncipe¹⁹ caído en desgracia ante la Puerta y exiliado en Rusia; él se distinguió luchando bajo la enseña rusa y perdió el brazo derecho en la batalla de Dresde²⁰; ostentaba el título de Alteza²¹ y el grado de general y demostraba siempre gran amor a su patria y mucho empeño en pro de la liberación de Grecia. Xanthos, enviado a Kapodistrias y despreciado por éste, consideró tales rasgos merecedores de la dirección general de la Sociedad. Siendo él uno de los dirigentes secretos, no juzgó necesario consultar la opinión de sus colaboradores; llevaba encima un acuerdo suscrito por ellos, en el que Kapodistrias debía adjuntar su firma en caso de aceptar la dirección general^s. En él se decía que el coordinador general debía consultarles sobre cualquier cosa. El enviado, al ver a Hysilandis dispuesto a añadir su firma, lo nombró director del Mando. Por su parte Hysilandis, después de obtener por ese conducto el poder solicitado y

¹⁹ La palabra griega utilizada es ἡγεμόν, y designa al gobernador nombrado por la Puerta de cualquiera de los dos “principados” dependientes del Imperio Otomano, Moldavia y Valaquia. Los “principados” fueron administrados al comienzo por príncipes de la nobleza local, pero a inicios del XVIII la Puerta, debido al expansionismo de Austria y Rusia, quiso tenerlos más sujetos, por lo que recurrió a los fanariotas (descendientes de la nobleza bizantina que había permanecido en Constantinopla después de la conquista) para que no se pudiera decir que los gobernadores eran turcos.

²⁰ Agosto de 1813. Fue una de las victorias de Napoleón sobre los aliados.

²¹ En este caso el término es πρίγκιψ, transcripción del latín *princeps*; título nobiliario de aquella zona.

ver quiénes constituían el Mando, se apropió la dirección general de todos los asuntos, menospreciando a los dirigentes de la Sociedad, que le habían dado tal facultad, y considerando papel mojado el acta suscrita, fingiendo siempre que actuaba acatando órdenes superiores, para confusión de los que desconocían el secreto del Mando invisible; asumió la dirección general el 20 de junio de 1820 y comenzó a hacer en Rusia lo que consideraba útil para sus propios fines.

Después de una estancia en Valaquia, donde introdujo por primera vez la Sociedad, Galatis llegó a Constantinopla. Los afiliados de allí, temiendo una conspiración o que intentara apropiarse del Mando, lo persuadieron a ir al Peloponeso en compañía de algunos socios para ir preparando allí la guerra y, una vez llegado a Hermíone (Kastrí), enfrente de Spetses, fue asesinado a mediados de año. Tanto devoraba el celo de la Sociedad a sus iniciados, que uno de ellos hirió mortalmente en Constantinopla a Anagnostis Diliyannis por no estar de acuerdo con lo que se traía ésta entre manos.

Mientras, Paparigópulos llegó a Constantinopla y se presentó a los éforos locales de la Sociedad, por lo que fue enviado a San Petersburgo a entrevistarse con Hysilandis para ser iniciado por él y entregarle unas cartas. Cumpliendo su otra misión, visitó al agente de Ali Pasha en Constantinopla, del que era pariente, y de su parte animó a su vez a Alí a seguir con la rebelión que había planeado contra el sultán y a confiar siempre en la protección rusa; lo mismo le notificó a su llegada a San Petersburgo, pronosticándole una inevitable guerra entre Rusia y la Puerta. Al no encontrar allí a Hysilandis, fue a verlo a Moscú y, de allí, a Odesa, donde por fin lo encontró y lo puso al corriente del objetivo de su misión. Le preguntó sobre el Mando hacia el cual se le enviaba y oyó que era invisible, que él era su portavoz y que debía entregarle a él la carta dirigida al Mando y comunicarle lo que pensaba; y que el Mando lo sabría todo por medio de su portavoz y a través de él daría las órdenes oportunas. En respuesta, Paparigópulos le dio el parte de constitución de los peloponesios, le dijo que los griegos aguardaban del Mando todo lo concerniente a la guerra y le informó con exactitud sobre la situación en el conjunto de Grecia. Hysilandis quedó perplejo cuando oyó que ni se habían organizado ejércitos en secreto, ni se había reservado dinero, ni se habían acumulado provisiones en parte alguna. Le habían engañado tanto sus enviados, que dudaba si creerse las verdades que le decía Paparigópulos, quien, considerando que sus dudas eran ruinosas para la nación, escribió con letra distinta, en la

hoja en blanco firmada por los arzobispos y los notables del Peloponeso, todo cuanto consideró que contribuiría a despejar sus dudas y a desmentir las falsedades en las que el incauto plenipotenciario basaba sus esperanzas, poniendo en peligro la misma existencia de su nación; pero ni siquiera este escrito fue capaz de apartar a Hypsilandis de su engaño.

Paparigópulos volvió a Patras en el otoño de 1820 y dio en mano al obispo de Antigua Patras^h la respuesta escrita de Hypsilandis como portavoz plenipotenciario del Mando, con el permiso para llevar a efecto lo que pedía la asamblea del Peloponeso mediante la constitución de una eforía general regional para gestionar, supervisada por el Mando, los asuntos de la Sociedad y con la solicitada potestad sobre todos los hermanos, y mediante la constitución de una tesorería general con las cuotas del Peloponeso, de todo el Egeo y del Heptaneso. El mismo escrito incluía el nombramiento de Hypsilandis como plenipotenciario en nombre del Mando. Los peloponesios recibieron todo esto y oyeron las animosas palabras de su enviado, que ponía en duda por endeble lo que decía Hypsilandis, pero no lo descalificaba; y, sobre todo cuando leyeron una frase de la carta dirigida a ellos que decía: “Se ha pedido a quien corresponde la pertinente ayuda y protección, habiendo sido aportadas en abundancia”, se animaron a constituir la eforía bajo la presidencia de Ioannis Vlasópulos, cónsul de Rusia; de entre los arzobispos, Yermanós de A. Patras, Chrýsanthos de Monemvasía y Yermanós de Christianópolis²² y, de entre los notables, Asimakis Zaímis, Sotiris Charalambis y Theódoros Rendis; nombraron tesoreros a Ioannis Papadiamandópulos y a Panayotis Arvalis. Esta elección contrarió a algunos no incluidos y de ahí nació discordia y oposición antes de iniciarse la guerra, con lo que la eforía quedó muerta desde su misma constitución.

Mientras tanto en Rusia, Hypsilandis solicitó un permiso al gobierno ruso y fue a Besarabia²³, donde tuvo muchas entrevistas con diferentes miembros de la Sociedad que fueron a su encuentro desde varios lugares, y fue preparándolo todo para dar comienzo a la guerra. Los enviados de la Sociedad, que en general deseaban el rápido comienzo del conflicto, aseguraban a los griegos visitados por ellos que toda la ayuda vendría de fuera en cuanto empezara la lucha dentro, y animaron a Hypsilandis diciéndole

²² Actualmente, división de Filiatrá, en el distrito de Trifylia (Mesenia Oeste). Las diócesis eclesiásticas son antiguas y no se corresponden con las administrativas.

²³ Parte oriental de Moldavia, conquistada por Rusia a Turquía en la guerra de 1806-1812.

que todo estaba listo en Grecia y que los griegos no pedían para iniciarla más que un jefe militar de fuera. Hypsilandis confiaba en todo lo que le decían, porque era lo que él deseaba, y creía que no había que erigir ningún trono, sino sentarse sobre uno ya erigido. Si alguien le hubiese dicho la verdad, no la habría creído; tan ingenuo fue. Decidió, como primera medida, ir a Grecia; envió emisarios con cartas secretas al Peloponeso, las islas y Grecia Continental, con el encargo de anunciar su pronta llegada y prepararle el camino; pensaba ir de incógnito a Trieste, donde lo esperaría un barco griego sobre el 20 de noviembre, y navegar en secreto hasta la costa de Mani, donde planeaba iniciar sus movimientos armados el 25 de marzo, día de la Anunciación, como simbolizando el anuncio de la libertad para la nación griega; pero mientras estaba ocupado en su viaje a Grecia, algunos de su entorno se impusieron aconsejándole que debía dirigirse a Moldavia y Valaquia y comenzar allí la guerra. En apoyo de esta opinión le decían que estos dos principados eran considerados como la segunda Grecia, pues los príncipes y componentes de la corte eran griegos²⁴ y el pueblo estaba dispuesto a secundar la lucha en favor de la fe, por ser de la misma confesión religiosa; que el príncipe de Moldavia la acogía favorablemente y el principado de Valaquia, vacante por la muerte a mediados de enero del príncipe Aléxandros Sutsos, pasaba por un frágil interregno, o sería mejor decir anarquía; que en los principados vivía una gran cantidad de socios; que no había turcos; que el lugar poseía abundantes alimentos para mantener ejércitos numerosos; y que las arcas de la Filikí Hetería no estaban exhaustas. Por las informaciones de que disponían, le aseguraron que todos los arvanitas estaban dispuestos a entrar en la lucha. Se llamaba arvanitas a una mezcla de griegos, búlgaros y serbios de los dos principados, que estaban ligados por la misma fe y se ganaban la vida con las armas en la mano, y otros pocos eran cobradores de impuestos. Los señores fanariotas, una vez que el mando cayó en sus manos, los empleaban como guardias de corps y en el servicio militar. Siguiendo el ejemplo de los señores, los gobernantes locales tenían también arvanitas, tanto para su servicio como para guardar sus tierras. Estos inmigrantes, más belicosos que los nativos, se calculaban por aquel tiempo en cuatro mil. Otros motivos que animaron a Hypsilandis a marchar hacia los principados fueron los siguientes:

Vivían en Valaquia dos importantes jefes griegos de esta milicia arma-

²⁴ Vd. nota 19.

da: Yorgakis Olymbios, que anteriormente había prestado servicio a las órdenes de los rusos, y Savas Kaminaris, de Patmos, cada uno con un número suficiente de hombres en armas; Olymbios, casado con la viuda del famoso serbio Haiduk Velko²⁵, a favor del cual había luchado anteriormente en Serbia, tenía aquí mucha ascendencia; a su vez, Savas tenía gran influencia en Bulgaria; ambos eran miembros de la Sociedad de los Amigos e hicieron saber a Hypsilandis que estaban dispuestos a provocar la rebelión de aquellos lugares con esperanzas de éxito. Además, los tratados entre Turquía y Rusia prohibían toda invasión de los principados por tropas turcas sin previo consentimiento por parte de Rusia; Hypsilandis razonaba con buena lógica que, si él perturbaba los principados, la Puerta, al enterarse de las revueltas, o mandaría inmediatamente fuerzas contra los secesionistas sin previo consentimiento de Rusia, por lo urgente del caso –con lo cual contravendría los pactos y proporcionaría un justificado *casus belli*–, o bien pediría su consentimiento para el envío de tropas, con lo cual perdería mucho tiempo y él podría entretanto quedar libre para organizar fuerzas suficientes en los principados y ganar mucho terreno; confiaba incluso en el éxito de un plan enviado por la eforía de Constantinopla, enmendado y aprobado por él, según el cual en una fecha concreta la capital sería incendiada, el sultán asesinado, la escuadra tomada o destruida y saqueado el tesoro real. Tales razones persuadieron a Hypsilandis a preferir la marcha contra las regiones danubianas, siempre con el objetivo de no quedarse en Moldavia-Valaquia, Serbia o Bulgaria, sino bajar hasta Grecia, encendiendo a lo largo de todo el camino la llama de la secesión. Precipitaron el comienzo de la guerra para antes del día fijado de antemano, 25 de marzo, las siguientes causas:

Entre los emisarios que Hypsilandis mandó a diferentes lugares con sus órdenes sobre la secesión, estaban Dimitrios Hýppatros Metsovitis y Aristidis Papás, alias Pop Thessalós; ambos habían sido popes²⁶. El primero de ellos marchó a Tesalónica con cartas de Hypsilandis a políticos y militares de la zona, entre ellas algunas escritas de puño y letra, y con la misión de ir luego al Epiro; el segundo fue enviado a Serbia con otras cartas para provocar la insurrección del principado. Ambos fueron apresados por el camino a principios de enero y ejecutados, cayendo las misivas en manos de la autoridad otomana.

²⁵ Héroe de la Primera Insurrección Serbia (1804-1813)

²⁶ Como delatan sus apelativos –patros, Papás y Pop.

Hypsilandis, no enterado aún de lo de Aristidis, pero con pleno conocimiento de lo de Hýppatros, se consternó pensando que, si la Puerta remitía esas cartas al emperador Alejandro quejándose de que un general suyo estaba organizando una insurrección dentro del imperio otomano y exigiendo la anulación del proyecto, el emperador tendría que hacerle volver de Besarabia y destituirle de raíz; y quitado él de en medio, se frustrarían todos los planes de la Sociedad. Aparte de este horrible suceso, supo que un tal Asimakis Theodoru del Peloponeso había traicionado a la Sociedad ante el sultán y un tal Diogos Heptannisios, miembro de ésta, lo había hecho ante Alí, desvelándosela con la esperanza de obtener gracia ante él; también por aquellos días recibió Hypsilandis cartas diciendo que la Sociedad era conocida por todo el mundo, que la nación se hallaba al borde del precipicio a causa del descubrimiento de aquélla y que debía levantar a los pueblos en armas sin tardanza alguna.

A fines de diciembre del mismo año llegó al Peloponeso como representante de Hypsilandis el archimandrita de la provincia de Leondari²⁷, Grigorios Dikeos Flessas, al principio apóstol y luego miembro del Mando Supremo —es decir, que sabía el secreto del engaño—, hombre revolucionario, temerario y exaltado, pero incapaz de inspirar respeto por su carácter o su conducta; debido a ello y a que los arzobispos y notables del Peloponeso lo habían visto poco antes minúsculo y de golpe lo veían grande, su alto cargo causó pésima impresión desde los mismos inicios.

El poder turco en el Peloponeso había concebido desde hacía algún tiempo grandes sospechas sobre los implicados. Cualquiera otra autoridad habría rastreado sin dificultad y con precisión toda la verdad por las indiscreciones que se decían y cometían en todas las provincias del Peloponeso, pero los dirigentes puestos por la Puerta, que se atareaban más en amasar riquezas que en gobernar, estaban acostumbrados a la rutina de ejecutar y destruir cada vez que abrigaban sospechas políticas, mezclando a presuntos culpables con inocentes, y no se preocupaban habitualmente de tomar medidas en pro de lo establecido por los medios que exige la política preventiva. Al poder turco, ya cegato de por sí para estas cosas, lo acabó de cegar la secesión de Alí, que los griegos esgrimieron como un acicate, esparciendo hábilmente por doquier que Alí, al que apodaban Karalís²⁸ en son de afrenta, estaba acosando el Peloponeso y que prelados y dirigentes estaban ocupados en invalidar

²⁷ Localidad de Arcadia, al S. de Megalópolis.

²⁸ Su flota había sido derrotada por el capitán bey (vicealmirante) Kara Ali.

sus planes. Pero apenas se disiparon las sospechas reinantes, brotaron al día siguiente otras nuevas y más sólidas, de manera que los turcos del lugar estaban continuamente asustados, pues tenían intereses distintos a los de los gobernantes. Por tales motivos y para enterarse exactamente de la misión de Dikeos y meditar profundamente sobre qué decisión tomar, se reunieron en Vostitsa²⁹, por ser un sitio de la periferia, algunos arzobispos y notables con la aquiescencia de los ausentes, para alejar las sospechas. Este grupo, queriendo ocultar el verdadero objeto de la asamblea, divulgó que se reunían por disposición del Patriarcado, para una inspección local sobre un terreno eclesiástico en disputa. Tras esta máscara celebraron sesión por primera vez el 26 de enero y fue oído Dikeos, que difundía irreflexivamente y sin pudor, a lo largo de su viaje a Grecia y a su llegada a la asamblea de Vostitsa, que estaba cerca el inicio de la guerra y que desde el exterior se estaban enviando auxilios militares abundantes y variados. También mostró en Vostitsa sus instrucciones y credenciales, en las cuales Hypsilandis le llamaba “su otro yo”. Para que se vea lo equivocado que estaba Hypsilandis en lo referente a Grecia y la ingenuidad de su pensamiento, transcribimos algunas de las instrucciones a que se hace referencia.

“Art. 2º Los obispos, los dirigentes y los senadores del Peloponeso elegirán de entre el número de los notables a los dos más expertos y estimados, los cuales, *asentándose en Tripolitsá*, revisarán con criterio justo los temas comunes y coincidentes de la patria; los restantes organizarán la administración en las provincias con orden y rapidez.

“Art. 3º El ejército se fundará en la disciplina. La disciplina, creadora de la ventura de las armas, se guardará cuando en todas las provincias se nombre coroneles a los más capaces y expertos en el manejo de las armas y la conducción de tropas. Ha de procederse en cada provincia a la elección de un coronel que posea capacidad para reclutar y nombrar los oficiales según el orden de la comandancia, esto es, capitanes, tenientes y cabos³⁰. En ellos se basará el ordenamiento legal del ejército.

“Art. 6º El éforo general (Hypsilandis) no juzga conveniente que sea reclutado cualquiera, para no provocar confusión y perjuicio por la bisoñez

²⁹ Ha recuperado su antiguo nombre de Egio.

³⁰ La jerarquía militar se traduce por aproximación. En realidad, el texto griego habla de quiliarcos, centuriones (otra aproximación), pentecontarcas y decarcas, haciendo referencia al número de soldados que manda cada uno (1.000, 100, 50 y 10, respectivamente) y basándose en el entonces recién creado sistema métrico decimal.

masiva. Se seleccionará en todo el Peloponeso *un ejército de sólo veinticinco mil hombres selectos y con experiencia en el uso de las armas* para ser conducido ordenadamente por éste, con la debida disciplina, directamente a cualquier parte del Peloponeso.

“Art. 8º Es necesario de toda necesidad que haya una relación depurada de todos los socios, a fin de que se examine la situación de cada uno y se le obligue a contribuir proporcionalmente, hasta que el remanente ascienda a más de un millón. Esta es la opinión del inspector general y del augusto Mando.

“Art. 9º Los coroneles y oficiales tienen obligación de hacer jurar a sus soldados en el nombre de Jesucristo, etc.”

Según estas directrices, Hypsilandis creía que Tripolitsá, capital del Peloponeso, habitada casi toda ella por turcos y fortificada más que cualquier ciudad peloponesia, era el lugar más propicio para establecer el Mando insurgente y administrar en secreto los asuntos de los temas coincidentes de la patria y que era posible elegir de entre los peloponesios, hombres que se dedicaban a labores pacíficas, a quienes organizaran en secreto e hicieran jurar, delante mismo del poder turco en todo su esplendor, a un ejército de veinticinco mil hombres duchos en la guerra.

Esto era lo que decían las instrucciones. El otro yo, Dikeos, añadió que era Rusia la que estaba detrás de Hypsilandis, que declararíala guerra a la Puerta nada más comenzara la lucha en Grecia y que entonces enviaría flotas, ejércitos, municiones y fondos. Viendo que no se daba crédito a sus fanfarronadas, no tuvo reparos en decir que había llegado ya a Hydra una cantidad suficiente de armas, dinero y municiones procedente de Rusia y que había en aquella isla barcos dispuestos para zarpar. Se indignó la asamblea de los embustes sin recato de Dikeos, le reprendió severamente y lo amenazó con encarcelarle si no dejaba de inflamar los ánimos, propagando tan falsos rumores y poniendo en peligro la existencia de la nación. Todo esto provocó una pésima impresión de la personalidad y de los recursos del Mando. No menos había socavado la confianza de los congregados la reciente pretensión de la eforía general de Constantinopla de que los peloponesios enviasen allí sus cuotas por orden del Mando, exigencia que fue rechazada. Pero, aun sospechando que eran engañosas las grandes esperanzas que habían concebido, no podían volverse atrás ni reprimir el impulso de los muchos que estaban entusiasmados. Después de cinco sesiones, disolvieron la asamblea tras decidir lo que sigue:

“Dikeos se retirará a sus ocupaciones y se mantendrá en calma.

“Se hará inventario y recuento de las cuotas y se remitirán al tesorero general en Patras, Papadiamandópulos.

“El Peloponeso no se alzarará en armas a la llegada del esperado portavoz si no lo hacen previamente los demás territorios de Grecia.

“Se indagará, por medio de una nueva visita a Rusia y a Pisa –donde vivía el metropolitano Ignatios– la opinión del emperador Alejandro sobre el proyecto de alzamiento y qué ayuda podrán prestar los griegos desde aquí.

“Se examinará la actitud respecto a la guerra de los notables de Hydra, Spetses y Psará.

“Los notables excusarán educadamente su partida a Tripolitsá si son llamados por el poder; si éste insiste, viajarán a las Cíclades so pretexto de ir a Constantinopla, con objeto de esperar allí las respuestas del exterior y ser instruidos sobre lo que ha de hacerse.”

Esto fue lo que decidieron; se encargó a algunos que, al volver a su tierra, lo comunicaran a sus camaradas más próximos; dispusieron también que Hierótheos, de Mega Spíleon³¹, recorriera de incógnito el Peloponeso para catalogar y cobrar las cuotas.

Tales eran las circunstancias y los ánimos de los griegos cuando Hypsilandis decidió poner en marcha la insurrección. Mientras se dedicaba a ello preparando y preparándose, ocurrió para animarlo lo que se relata a continuación.

³¹ ‘Gran Gruta’, famoso monasterio de Kalávryta.

1821

CAPÍTULO III

SECESIÓN DE TUDOR VLADIMIRESCU.- MARCHA DE HYP SILANDIS A MOLDAVIA-VALAQUIA Y HECHOS EN EL PRINCIPADO HASTA COMIENZOS DE ABRIL.-

Un tal Teodoro (Tudor), natural de una pequeña aldea de Valaquia Menor³², apodado Vladimirescu por la distinción de la Orden de San Vladimiro que ostentaba, combatió junto a los rusos en la guerra de seis años que acabó en 1812; tras la amnistía general, durante el mandato de Ioannis Karatsás fue nombrado vicepríncipe por recomendación de su protector, el cónsul general de Rusia en Bucarest, y como tal ejercía durante el mandato de Aléxandros Sutsos, sucesor de Karatsás; era conocido por su valor y su amor al terruño.

Por asuntos propios, este Teodoro marchó a Bucarest en el momento en que parecía acercarse el comienzo de la guerra en Grecia, a causa del enfrentamiento entre la Puerta y Alí, y los socios de Bucarest se dedicaban a preparar la lucha en aquellos parajes por medio de disturbios internos, disfrazados con otros motivos. Vladimirescu les parecía el alborotador más competente; el mejor momento para los desórdenes, su oportuno vicepríncipe. Entre los socios importantes de Valaquia sobresalía por su patriotismo, inteligencia, valor e influencia el jefe militar Yorgakis Olymbios; el cual, con el título de Küler Agasi³³ al servicio del príncipe Sutsos, catequizó meses antes a Vladimirescu en la Sociedad por encargo de los socios, asegurándole la colaboración de Rusia, y le confirmó como a buen patriota que el fin de la Filikí Hetería era la insurrección y liberación de todos los pueblos cristianos bajo el yugo turco, fuera cual fuese su nacionalidad. A la muerte de Sutsos, le aconsejó que partiera a Valaquia Menor para alzar en armas al

³² También llamada Oltenia, es la región occidental, separada de Muntenia o Gran Valaquia por el río Olt.

³³ General de mosqueteros.

pueblo y, sin desvelar toda la verdad sobre el objetivo del alzamiento, anunciara por el momento que era para sacudirse el dominio extranjero de los fanariotas y recuperar las antiguas prerrogativas de su patria, siempre bajo la soberanía del sultán. Vladimirescu, que veneraba al máximo a su catequista, siguió con agrado sus consejos, tomó no más de 30 soldados y algún dinero de la caja de la eforía, volvió a Oltenia, llamó al pueblo a las armas y propagó que era un súbdito fiel del grande y fuerte imperio otomano, que sólo se había levantado para acabar con los abusos y recuperar los antiguos privilegios de su patria, pisoteados o en manos de dirigentes absentistas, y que consideraba necesario que las provincias le enviaran representantes para debatir sobre el bien común; también dio a conocer proclamas y envió al sultán una relación de quejas del mismo tenor.

Como sucesor del difunto príncipe de Valaquia fue nombrado Skarlatos Kalimachis. Éste, estando aún en Constantinopla, se enteró de lo de Vladimirescu y envió a unos regentes –Ioannis Samurkasis, Konstandinos Negris y Stéfanos Vogoridis– para pacificar su alborotado principado. Llegados los regentes a Bucarest, enviaron contra Vladimirescu a Yorgakis y su amigo y compañero de armas Farmakis Makedonas, con otros 600, y retuvieron junto a ellos a Savas, jefe de la guarnición en la capital, sin saber que todos estos jefes eran miembros de la Sociedad. Yorgakis y Farmakis salieron al frente de los suyos y, en vez de perseguir a Vladimirescu, lo ayudaron en secreto, dándole bajo diversos pretextos todas las oportunidades para reforzarse y avanzar aún más. Llegados a Craiova, capital de Valaquia Menor, encontraron listos para movilizarse contra Vladimirescu, por orden de los regentes, a Ioannis Solomós y Diamandís Serdaris con muchos soldados, pero el patriota Yorgakis los neutralizó iniciándolos en la Sociedad. Entre tanto Vladimirescu, a cubierto de todo ataque, con un número suficiente de *panduri*ⁱ y agregando por el camino otro grupo de hombres con armas de fuego y con mazas, marchaba hacia Bucarest sin problemas. Su paseo militar sin trabas y su aproximación a la capital obligaron a los dirigentes a refugiarse en Transilvania³⁴ y a los regentes en Rutsuki, ciudad turca en la zona danubiana. Al marcharse de la capital, éstos ordenaron a Savas, tenido por fiel, defender la ciudad contra el disidente. Entre tanto Vladimirescu, fuerte y potente, llegó el 15 de marzo cerca de Bucarest y se alojó en Cotroceni,

³⁴ Pertenecía entonces al Imperio Austríaco

un monasterio en una colina boscosa, media hora al oeste de la ciudad³⁵. El 17 dirigió una proclama a los habitantes de Bucarestⁱ repitiendo todo lo que dijo en el viaje y añadiendo que para el éxito de su gran objetivo nacional se habían unido bajo su mando dieciséis mil hombres en armas, que la Sublime Puerta iba a enviar un representante para arreglar lo que estaba mal y que era preciso que también las gentes le enviaran sus representantes, se unieran como cristianos a la multitud movilizada en defensa del bien común y dispusieran los necesarios alojamientos. Detrás de Vladimirescu llegaron a Bucarest Yorgakis y Farmakis, que se alojaron en casa de Savas, el jefe de la guarnición; los de dentro y los de fuera entraban a menudo en conversaciones sin llegar a enfrentamientos.

Mientras Vladimirescu estaba conmoviendo Valaquia, Hypsilandis, en compañía de sus dos hermanos menores Nikólaos y Yoryos, del coronel de la caballería ligera rusa Yoryos Kandakuzinós^k, de su tesorero Yoryos Manos, del oficial polaco Garnowski y de dos servidores, cruzó el río Prut³⁶ vestido con uniforme ruso el 22 de febrero a las cinco de la tarde y, recibido al desembarcar y escoltado por algunos militares que se presentaron gracias a la acción secreta de compañeros suyos de armas enviados previamente para ello a Iasi³⁷, entró en la ciudad al ponerse el sol y estableció su cuartel general en la casa de la familia Kandakuzinós, mientras él se alojó en el monasterio de Galatás, situado sobre una colina a veinte minutos de la capital. Nada más llegar, los arvanitas en armas de la ciudad, que habían sido adiestrados en secreto, abandonaron todo servicio público y privado y se pusieron a sus órdenes todos a una. También lo hicieron entre otros, voluntaria y entusiastamente, muchos estudiantes.

Por aquel tiempo era príncipe de Moldavia desde hacía unas semanas Michail Sutsos, un iniciado en la Sociedad. Su catequista, bien porque quisiera atraérselo o bien por desconocer los planes de la Hetería, le aseguró que ni los principados sufrirían perturbaciones ni la insurrección estallaría en Grecia antes de 1825. Sutsos, considerando corto este plazo, por medio de su catequista propuso al Mando Supremo prorrogarla hasta 1.827 y escribió con la misma propuesta directamente a Hypsilandis cuando éste estaba en Besarabia. Hypsilandis, barruntando que lo que Sutsos buscaba

³⁵ El monasterio fue demolido en 1985. Cotroceni es actualmente un barrio de Bucarest.

³⁶ Afluente del Danubio que formaba la frontera entre Rusia y Moldavia.

³⁷ Capital del principado de Moldavia.

con esta propuesta era recoger cómodamente los frutos de su principado de siete años y temiendo crearse un rival si se oponía, le ocultó sus auténticas intenciones; en consecuencia, Sutsos se quedó perplejo y sobresaltado cuando el 21 de febrero fue el primero en enterarse, contra todo pronóstico, de que Hypsilandis cruzaría el Prut al día siguiente; pero no dijo ni hizo nada en contra. Esta actitud del príncipe convenció a los dirigentes locales de que la operación de Hypsilandis no estaba desasistida desde el exterior y de que presagiaba una inminente entrada de fuerzas rusas en los principados y un cambio de su situación política; así que tampoco ellos dijeron ni hicieron nada en contra. Pero fueron los propios luchadores quienes perjudicaron la causa desde sus mismos inicios. La mayor parte de las fortalezas fronterizas de los principados estaban debilitadas, desgarnecidas y desabastecidas a causa de la habitual desidia de los turcos, acrecentada aún más por la absoluta paz que entonces reinaba; por lo cual, eran fáciles de conquistar si se las asaltaba de repente. Pero, en vez de atacar y tomar de improviso Braila, que tenía una guarnición pequeña y débil, Vasilis Karaviás, que estaba a las órdenes de Hypsilandis y era otro jefe de los grupos no indígenas de los principados, puso en alerta a los turcos cometiendo delante de las puertas de esta fortaleza, por así decir, un acto salvaje, inhumano e injustificado.

En todas las ciudades de Moldavia y Valaquia que frecuentaban los turcos como viajeros o comerciantes, residía un oficial turco que tenía consigo un puñado de soldados para intimidar a sus correligionarios revoltosos, que habitualmente no respetaban a la guarnición cristiana. Uno de ellos vivía en Galati³⁸, ciudad comercial moldava a orillas del Danubio, donde había algunos turcos pacíficos y dedicados al comercio. Un día antes de que Hypsilandis pasara a Moldavia, Karaviás, en su calidad de gendarme en jefe allí establecido, cayó de improviso sobre este oficial, los de su entorno y todos los comerciantes turcos que pudo coger y los mató a casi todos, sin que Hypsilandis se lo hubiera ordenado. Orgulloso de su hazaña, se pavoneaba por la calle llevando encima la pelliza del oficial muerto, como un Hércules con la piel de león.

La noticia de esta acción sanguinolenta, la primera de la lucha por la libertad y el buen gobierno, llegó a Iasi el día en que entró Hypsilandis y le siguió otra de igual naturaleza, delante de sus propias narices: en Galati vi-

³⁸ Actualmente en Rumania; la t debería poder escribirse con cedilla.

vían 40 turcos a las órdenes del otomano jefe absoluto de la guarnición, por lo mismo que había otros de su nacionalidad en Galati y en otros lugares. Al entrar Hypsilandis, estos turcos fueron desarmados y encarcelados por orden del príncipe; también se encarceló a 30 comerciantes otomanos que se hallaban en la ciudad; por la noche, se asesinó a la mayoría sin piedad y sin motivo. Estos dos actos, que demostraban desde el comienzo mismo que no era la prudencia lo que movía a los jefes de las tropas y que no imperaba la disciplina, desagradaron al máximo al príncipe, a los cortesanos y a los gobernadores locales. Mas Hypsilandis, en lugar de expresar públicamente su disgusto y reprender a los culpables, si no castigarlos, se calló la boca ante lo que había pasado delante de él y dio un parte elogiando la despiadada acción de Karaviás en Galati, como si fuera una brillante proeza. Hechos parecidos, repetidos por todo el principado a causa de tal actitud de Hypsilandis para con Karaviás, aumentaron más aún la justa indignación general y pusieron la causa en una situación pésima desde el comienzo mismo. Y desde el comienzo mismo, Hypsilandis incurrió en otro error: le dijeron que había mucho dinero de la Sociedad depositado en el banco de Pavlos Andreas en Iasi; sosteniendo éste que la información era falsa, Hypsilandis ordenó que fueran encarcelados él y su hijastro y examinados sus libros. Efectuada la investigación, la delación resultó ser del todo falsa, pero Hypsilandis no exarcó a los injustamente encarcelados sino previo pago de 600.000 *grosia*³⁹ para uso del ejército. Este atraco a mano armada intranquilizó a los ricos del principado y contribuyó en gran manera a que a los pocos días se fugaran de repente Rosnovanu y Stortsas Sandulakis, dos de los principales gobernantes de Moldavia; desveló también la insignificancia de los medios de Hypsilandis y suscitó muchas dudas sobre la supuesta instigación de Rusia, que no habría dejado sin recursos a Hypsilandis de haber estado implicada. Y aún hubo un mal peor que los anteriores: Hypsilandis fue a inaugurar la lucha griega en países extraños, sin tener planeado qué hacer con los habitantes. Es de todos conocido que en los principados no hay pueblo; sólo hay señores y esclavos; y los esclavos están tan envilecidos por culpa de la esclavitud, que han perdido hasta el deseo de libertad. Hypsilandis, en vez de incorporar a la parte fuerte, la de los gobernantes, y fortalecer la lucha con su ayuda, quería abolir sus privilegios y promulgar

³⁹ Derivado del alemán *Groschen*, el kuruç (en griego *grosi*, pl. *grosia*) es, junto con el tálero, la moneda habitualmente usada en las fronteras del Imperio Otomano.

la igualdad política, esto es, atraerse el odio de los poderosos sin beneficiar o asociarse a los que eran esclavos como los que hemos descrito; pero, convencido de los indeseables resultados de tal acción, renunció a ella; no publicó la proclama que tenía en mente, sino otra al día siguiente de su llegada en la cual sugería a los moldavos que simplemente iba de paso para Grecia, a donde lo reclamaba la voz del pueblo que había empuñado las armas contra el tirano, y los animó a ocuparse sin miedo en sus tareas cotidianas y a obedecer a su príncipe y sus leyes; añadió que, si algunos turcos desesperados se atrevían a pisar su territorio, “una fuerte Potencia estaba dispuesta a castigar el atrevimiento”. El 24 de febrero publicó otro edicto, dirigido a los residentes griegos, que decía entre otras cosas: “Levantaos, y veréis como una fuerte Potencia defiende nuestros derechos”, sugiriendo que era Rusia. Ese mismo día, el gobernador Sutsos convocó al consejo y le anunció que Su Alteza Hypsilandis estaba sólo de paso hacia Grecia, pero era probable que la Puerta se indignase y mandara ejércitos para arrasar el lugar; por lo cual, creía necesario pedir a la Potencia patrocinadora que no permitiera la invasión. El consejo redactó la petición recomendada por iniciativa del príncipe y la dirigió al emperador Alejandro, que estaba entonces en Liubliana⁴⁰; también le escribió Hypsilandis en apoyo de la petición del gobierno, reconociendo que, efectivamente, había abrazado la lucha por la libertad de Grecia y exponiendo las razones. El 26, publicó una ordenanza militar por la que se creaban generales en jefe de cuerpos de ejército —como los llamaba la ordenanza— generales de división, generales de brigada, coroneles, capitanes, tenientes y otros cargos; puso en el primer rango a sus dos hermanos y a Kandakuzinós, a nadie en el segundo, a Orfanós y Dukas en el tercero y a otros en los inferiores. Preparado para la expedición a Valaquia, el 28 organizó en el santuario de los Tres Jerarcas⁴¹ un Te Deum al que asistió el ejército y él, como general en jefe. En esta ceremonia, el metropolitano le ciñó el sable tras entonar con fuerte voz el pasaje bíblico: “Ciñe la espada en el muslo, oh valiente en tu esplendor y majestad...” Bendijo la bandera, que portaba a un lado el signo de la cruz, las imágenes de San Constantino y Santa Elena y el lema “en este signo vencerás” y, al otro, el fénix con la leyenda “renazco de mis cenizas”. Todos prestaron públicamente el juramento por la libertad de la patria.

⁴⁰ Asistiendo al congreso de Laibach o Liubliana (enero-mayo de 1821).

⁴¹ Los tres jerarcas son para los ortodoxos Basilio el Grande, Juan Crisóstomo y Gregorio Nazianzeno.

Hypsilandis, tras pasar seis días en Iasi y repartir dinero a los soldados, marchó hacia Bucarest con 800 jinetes, ordenando previamente que se prepararan alimentos por todo el camino para uso de diez mil soldados. Pero su estancia de seis días en Iasi no habló en favor de su empresa ni lo aupó a él, a causa de sus indignos subordinados y la catadura moral de la chusma que formaba su ejército, que, desbocada en sus apetitos, cometía todo tipo de atropellos sin restricción ni reparo ante los ojos del comandante en jefe, provocando un gran descontento; sólo la idea de la instigación rusa contenía la justificada indignación general. Muchos habitantes de Valaquia, al saber que estas tropas indisciplinadas iban a pasar por allí, huyeron temerosos de sufrir lo mismo que los moldavos. Al enterarse, Hypsilandis expresó su perplejidad al metropolitano y a los notables de Valaquia que formaban parte de las autoridades, ya que en Moldavia se guardaba una estricta disciplina, según él; con la esperanza de tranquilizarlos, les envió para que las publicaran las proclamas dirigidas a los valacos y les dijo que la gran Potencia protectora de los principados impediría la invasión de los bárbaros; para confirmarlo añadía que se había ordenado al general Wittgenstein llevar a las fronteras las tropas establecidas en Besarabia y que él no se quedaría en Valaquia; y les ordenaba aprestar comida y alojamientos para uso de sus grandes fuerzas mientras pasaban.

Después de una marcha de siete días llegó a Focsani, una ciudad en la frontera entre Moldavia y Valaquia donde encontró esperándole a los jefes Anastasis Argyrokastritis y Karaviás. Este último traía de Galati dos cañones y arrastraba tras sí una gran turbamulta, que había armado de cualquier manera y puesto en formación cuando entró Hypsilandis; como si fuera un hombre de mucho mérito, atrajo tanto la atención de éste que fue nombrado general de división¹. Siete días permaneció Hypsilandis en Focsani, durante los cuales se dedicó a entrenar según el reglamento occidental a muchos jóvenes, en su mayoría cultivados y de buena familia, que venían de muchas partes cada día a ponerse bajo sus enseñas y con los cuales formó una unidad llamada “batallón sagrado”; se les llamaba “vestidos de negro” por el color de su uniforme; llevaban en la parte delantera del gorro la imagen de una calavera encima de dos huesos en forma de equis y, debajo, la inscripción “Libertad o muerte”; llevaban también un escudo nacional tricolor.

Saliendo de Focsani, Hypsilandis llegó el 16 de marzo a Buzau, ciudad a orillas del río de igual nombre, y desde allí avanzó hasta Ploiesti, donde

permaneció unos diez días. El 28 acampó en Colentina, a media hora de Bucarest; así pues, empleó cuatro semanas en el camino desde Iasi a Colentina. Tan gran demora, en unos momentos en que lo más importante para el progreso de tentativas como aquella era la velocidad, fue resultado principalmente de los informes secretos que iba recibiendo por el camino: que Vladimirescu maquinaba un complot contra él y Savas estaba titubeando; por lo cual, en el camino dudaba sobre si ir a Bucarest, donde estaban Vladimirescu y Savas con bastantes fuerzas, o acampar en Târgoviste, antigua capital del principado.

Bucarest estaba bajo el azote soldadesco cuando llegó Hypsilandis, por lo que los habitantes se alegraron de su llegada, esperando un alivio de la situación; los gobernantes más destacados de entre los que quedaban, entre ellos el metropolitano, fueron a un encuentro previo con él, rogándole que entrara en la ciudad, pero no les hizo caso debido a las sospechas que albergaba. De los jefes, Yorgakis había ido a encontrarse con Hypsilandis en Mizil, lo acompañó a Colentina y, con sus soldados, permaneció con él a sus órdenes. Vladimirescu y Savas no fueron a verle ni cuando llegó a Colentina. Al día siguiente se le envió a Lassanis, uno de los asistentes de Hypsilandis, para saber el motivo. Al principio Savas fingió estar enfermo; presionado para que se explicara con más claridad, confesó que la operación de Su Alteza no estaba siendo como se decía: que todos habían asumido la guerra al asegurárseles la colaboración rusa, pero habían pasado cinco semanas desde que Su Alteza atravesó el Prut y la cooperación rusa no aparecía por ningún lado; que veía inevitable la ruina de los dos principados y la total aniquilación de los protagonistas y que tenía muchas dudas sobre la decisión a tomar. Lassanis probó a darle confianza diciendo que las esperanzas en la intervención rusa eran fundadas, pero no había llegado la hora porque aún no habían entrado tropas turcas en los principados, así que no había motivo para que entrasen las rusas. Gracias a estos y otros argumentos, Lassanis llevó a Savas ante Hypsilandis, que lo recibió afabilísimamente y sustentó en persona las esperanzas dadas. Al hablar sobre Vladimirescu, Hypsilandis le desveló las sospechas que había concebido contra él, añadiendo que Yorgakis había ido dos veces para traerlo a Colentina y no lo había logrado. Savas se encargó de convencerlo y la manera de conseguirlo fue quedándose en el campamento de Vladimirescu, para asegurar la vuelta de éste. Vladimirescu se presentó ante Hypsilandis y fingió total adhesión a él y dedicación a la causa; expresó su deseo de que,

mientras él se quedaba en Valaquia como retaguardia, Hypsilandis fuera a Bulgaria, como se había planeado; insistió en que Hypsilandis avanzara cuanto antes, tanto más cuanto había llegado la noticia de que Bulgaria estaba dispuesta a empuñar las armas cuando él apareciera y, con estas miras, había sido enviado a Zimnicea, a orillas del Danubio frente a Svish-tov, Christos Pangas, un jefe de milicia de Bulgaria, con 400 soldados y las embarcaciones necesarias para hacer pasar al ejército al otro lado de la frontera. Pero no prevalecieron las razones de Vladimirescu: volvió sin sufrir daño a sus reales y dejó ir a Savas elogiando su celo.

La situación de Hypsilandis se volvía tan peligrosa de día en día como endeble era su plan desde el principio. Bajo sus enseñas, tanto en el recorrido como en Colentina, se congregaron muchos combatientes, calculados en tres mil, aunque indisciplinados y corruptos: teniendo ante los ojos el escandaloso ejemplo de la mayoría de los jefes, cuyas fechorías en Valaquia superaban a las de Moldavia, se volvían cada día más indómitos. De los tres jefes que poseían ascendiente, capacidad y los contingentes más aguerridos y numerosos, era leal y leal permaneció hasta el fin Yorgakis, pero Savas y Vladimirescu eran insidiosos y traidores. En cuanto a los del lugar, en su totalidad eran hostiles a Hypsilandis, pues la lucha era en beneficio de un país extranjero y en perjuicio de su tierra; ante lo que veían y soportaban, quedó borrada toda autoridad moral, de manera que parecía inevitable el completo desastre de la causa si atacaba una fuerza enemiga.

Esto era lo que ocurría en Valaquia y Moldavia a principios de abril. Vayamos ahora a Grecia.

CAPÍTULO IV

PANORÁMICA DE LA SITUACIÓN EN EL PELOPONESO EN VÍSPERAS DE LA INSURRECCIÓN.

En todas las partes del territorio griego, los nativos cristianos superaban en número a los nativos turcos, pero el Peloponeso, aparte del mayor número, tenía sus características propias: albergaba una población cristiana proporcionalmente más numerosa, acomodada, comerciante e industrial que las de Grecia Continental, pues el yugo turco era más suave. Los gobernadores enviados al Peloponeso eran reemplazados con mucha frecuencia y, como resultado de esto, su poder sobre la zona no era demasiado. Vigilados por los representantes del Peloponeso con residencia en la capital, se restringían aún más en sus desmanes. Los arzobispos y los notables tenían gran ascendiente sobre sus correligionarios y, por ello, eran fuertes ante el poder; se reunían dos veces al año en la capital para debatir sobre los asuntos comunes. Aunque normalmente las gentes del Peloponeso se dedicaban a trabajos pacíficos y no eran belicosas, sin embargo se distinguían entre ellas unos hombres de la clase social de los *kleptes*, famosos por su valor y experiencia militar, y en el extremo meridional vivía un pueblo que conservaba muchos residuos del modo de vida espartano⁴². Su posición geográfica es sumamente favorable para una guerra defensiva. Amurallado por el mar, el territorio sólo ofrece a un ejército invasor el angosto Istmo, que además es montañoso y poco accesible por la parte de la Megáride. Montañosas y de difícil acceso son también muchas zonas del interior. Los desfiladeros entre Corinto y Argos, comúnmente llamados Dervenakia⁴³ y Hagionori, el de Partheni

⁴² En Mani, los maniatas, de los que se hablará más adelante.

⁴³ Cf. nota 133.

entre Argos y Tripolitsá, el de Makryplayi entre Tripolitsá y Kalamata⁴⁴, el de Klidí entre Arkadiá⁴⁵ y Pírgos, los de Ákrata entre Corinto y Vostitsa, los de Selá entre Patras y Vostitsa, el Taigeto cortando de través Mani y tantas otras posiciones abruptas e inaccesibles son fácilmente defendibles y sumamente aptas para impedir con un puñado de hombres el paso de muchos de un lugar a otro; la península está guardada por gigantescos contrafuertes: por un lado Grecia Continental, por otro las islas navieras⁴⁶ y Creta; también su contorno marítimo ayuda a la introducción de bienes de consumo desde el exterior. Todo esto fue lo que hizo del Peloponeso, al que Estrabón considera con razón como la acrópolis de Grecia entera⁴⁷, la base más adecuada y firme del proyectado movimiento subversivo.

Fueron dos los focos de la insurrección, Acaya y Mani; la primera, el político y la segunda, el militar.

La ciudad de Patras era la más próspera entre todas las del Peloponeso, gracias al comercio y la muy rentable producción de vid; también era más europea que las demás, debido a las continuas relaciones comerciales con otras ciudades costeras de Europa y a la existencia en ella de cónsules influyentes ante las autoridades turcas y con muchos contactos con la población; tenía además ciudadanos cristianos cultos y exigentes y ciudadanos turcos muy apacibles. Había tres políticos de Acaya – el obispo de Patras, Yermanós; Andreas Zaímis, notable de Kalávryta, y Andreas Londos, notable de Vostitsa– muy amigos entre sí antes de conocerse la Sociedad en el Peloponeso. Estos hombres inteligentes y amantes de su patria, que se tenían mucha estima, eran poderosos a causa de su vinculación y valía tanto en los consejos locales como en los generales; hasta el fin de sus vidas, a pesar de los muchos avatares políticos y militares de la guerra, se guardaron mutua lealtad haciendo siempre la misma política. La amistad entre estas tres personas contribuyó no poco a la elevación de Patras al puesto de centro político del Peloponeso.

Mani, a causa de su posición montañosa y de la improductividad del suelo, no pasó por las mismas aventuras políticas que el resto del Peloponeso, ni tampoco despertó el afán de gloria ni la codicia de los conquistadores.

⁴⁴ Poblada ciudad a orillas del golfo de Mesenia.

⁴⁵ No se refiere a la región central, sino a una pequeña ciudad llamada actualmente Kyparissía.

⁴⁶ Así llamadas porque poseían flotas importantes, son Hydra, Spetses y Psará.

⁴⁷ VIII 1,3.

La gente, tan pobre como el lugar que habitaba, sin comercio ni industria ni mestizaje, viviendo entre privaciones y manejando las armas, se ganaba con frecuencia la vida robando por tierra y por mar. Mani nunca tuvo ni autoridad turca ni habitantes turcos: gozaba de plena autonomía bajo el señorío del capitán pashá de turno a cambio de un tributo anual, pocas veces efectuado, de catorce mil *grosia* al principio y luego, quince mil; tenía siete obispos; estaba dividida al principio en ocho capitánías, después en once; cada capitán era casi independiente y, por lo general, recibía el cargo su heredero; uno de ellos era nombrado superior a los demás, al principio por ellos mismos con el título de Bash capitán y, después de 1770, por el capitán pashá de turno con el título de Bash Bogh, designado comúnmente como “Maniat Bey”. El lugar era considerado con razón el centro militar del Peloponeso por sus ventajas: la cuestión era movilizar a sus habitantes en favor de los demás, ya que hacia ellos miraba el resto del Peloponeso por la fama de valientes que tenían; pero el Mando de la Sociedad, aun considerando este lugar como la cuna de la insurrección, no almacenó allí ni armas, ni alimentos, ni municiones ni dinero y no hizo más que enviar catequistas y hacerles promesas^m.

En noviembre del mismo año bajó como gobernador al Peloponeso Hurshid Pasha, hombre engreído como un sultán, cruel y despilfarrador como ningún otro de sus antecesores; a sus subordinados les inspiraba miedoⁿ; había destacado ejerciendo los ministerios más brillantes del Estado otomano y prestado servicios como gran visir; fue enviado al Peloponeso principalmente para vigilar la situación política del lugar y el espíritu de sus habitantes y se le ordenó que, si encontraba indicios de complot contra el Estado, hiciera tres cosas: desarmar a los cristianos, trasladar a Tripolitsá a los obispos y notables e introducir tropas en la península para reforzar el poder. Se decían muchas cosas contra los cristianos cuando llegó Hurshid al Peloponeso, pero él no les prestó gran crédito ni atención; de lo cual se deduce que la Puerta sólo tenía hasta entonces simples sospechas, atribuyendo quizá el aparente desasosiego y efervescencia de los espíritus griegos a las fechorías del secesionista Ali Pasha. Mas la salvaje personalidad del nuevo gobernador, su carácter sanguinario y su energía esparcieron tanto miedo que el Peloponeso, una de dos: o no se alzaría durante todo su mandato o, si lo hacía, inevitablemente sería sólo estando él ausente. Y eso fue lo que pasó: la Puerta, insatisfecha con la actitud del jefe de la campaña contra Ali, encargó aquel generalato a Hurshid, que salió del Peloponeso pocas semanas después

de haber llegado. En su lugar, se encomendó el gobierno de la península a su allegado Köse Mehmet Pasha, pero también éste acompañó a Hurshid, de modo que la gobernación quedó a cargo del vicegobernador, Mehmet Salih Agá, que ni tenía mucha capacidad ni inspiraba el suficiente respeto. Tan ajenos estaban Hurshid y Mehmet a lo que sucedió poco después en el Peloponeso, que ambos dejaron en Tripolitsá sus mujeres y sus riquezas, como en un lugar seguro y tranquilo; no obstante, queriendo sosegar los espíritus de los recelosos y temerosos turcos locales, después de su marcha enviaron al Peloponeso mil soldados, para reforzar la autoridad y desbaratar la posibilidad de un enojoso enfrentamiento. Así fue como la península se libró de Hurshid y los cristianos respiraron; pero los turcos nativos estaban continuamente asustados y haciendo planes para abortar las insidias de los griegos; temían más que nada a los llamados *kleptes*, de los cuales quedaban algunos en el Peloponeso; por ello, al saber que el ex-*kleptis* Anagnostarás acababa de entrar subrepticamente y estaba tramando algo en las provincias de Mesenia, tomaron la decisión de detenerle o llevarlo a Tripolitsá por las buenas, pero no lo consiguieron. También tomaron la decisión de detener al resto de los escasos jefes de bandas armadas que pululaban por aquí o por allá, como los Kumaniotis y los Petmezás y, divulgando hábilmente la mentira de que ciertos agás de Lalas⁴⁸ se habían armado desobedeciendo las órdenes de la autoridad, ordenaron a los citados que los atacaran a cambio de un sueldo, con la intención de apresarlos desprevenidos o matarlos a traición. Sin embargo, las presas no cayeron en la trampa. La insumisión y la precaución de los griegos inquietaron más aún a los turcos, pero lo que más aumentó su inquietud fue lo siguiente:

Theódoros Kokolotronis, perseguido a muerte por el poder turco y refugiado desde hacía años en el Heptaneso, llegó el 6 de enero a Mani, que siempre acogía generosa y amistosamente a los compatriotas y correligionarios perseguidos. La noticia de su llegada en tales circunstancias representaba una grave amenaza de disturbios; la autoridad turca preguntó a Mavromichalis sobre él y lo instigó a detenerlo o expulsarlo por ser un malhechor peligroso, pero no logró nada y Kolokotronis, asentado allí sin temor hasta que estalló la insurrección, no cesaba de comunicarse con sus allegados del Peloponeso ni de predisponerlos a empuñar las armas el 25 de marzo, que era cuando, según se había planeado, se sublevaría Mani

⁴⁸ Localidad de Élide.

antes que las demás provincias del Peloponeso, para animar y dar ejemplo. Pero conforme pasaban los días, la empresa se ponía más difícil: no faltaban ocasiones para fomentar las sospechas de los turcos, y la siguiente los perturbó no poco:

Hacia muchos años, habían sido demolidos diversos molinos de agua en Dimitsana, una villa de Karýtena⁴⁹. Los hermanos Spiliotópulos levantaron algunos y, trayendo de otros lugares la materia prima, empezaron a fabricar pólvora en secreto. A principios de febrero, lo descubrió la autoridad turca de Karýtena, se conmovió, irrumpió en los lugares sospechosos, en los cuales no encontró pólvora, pero sí materiales para hacerla, e informó de todo al vicegobernador en Tripolitsá, que ordenó fueran derribados de nuevo los molinos sospechosos.

La autoridad turca, cuando concebía sospechas políticas, solía asegurarse tomando rehenes; no obstante, en la presente circunstancia temía la insumisión de los cristianos y se contentó con reunir en Tripolitsá, por otro motivo, en primer lugar a los notables y, luego, a los obispos, pues se les convocaba habitualmente siempre que era inminente una guerra exterior o surgían revueltas internas. El objetivo de la autoridad era no dejar salir a nadie y, así, desbaratar lo que se estaba urdiendo. La llamada sorprendió a todos, conscientes de su culpabilidad y figurándose el motivo. Estuvieron un tiempo dudando sobre qué debían hacer: tenían a la vista que habían quedado en no acudir a Tripolitsá, pretextando esto o lo otro o lo de más allá; pero, por otra parte, cavilaban que, si no obedecían, se quitarían la máscara y deberían armarse para defenderse sin estar preparados, ni pertrechados, ni repartidos por las provincias, y sin poder siquiera ponerse de acuerdo, ya que los turcos estarían alerta para interceptar a los mensajeros o las cartas; por lo cual, considerando imposible o fatal oponerse, decidieron obedecer esperando que su presencia inspirara confianza y disipara los celos; además, se aproximaba la Pascua de Resurrección, festividad en la que regresaban normalmente a casa, de manera que por esta razón esperaban no estar en Tripolitsá más que pocos días. Los turcos quisieron asegurarse la fidelidad de Mani, de la cual sospechaban por encima de las demás provincias; pero Mani no dependía de la autoridad turca del Peloponeso, por lo cual Petrobey fue invitado de manera afable a asistir como un fiel vasallo, para desmentir

⁴⁹ Localidad al O. de Megalópolis

con su presencia lo que se decía para daño suyo y de su región. Petrobey excusó su asistencia con buenas razones, pero a finales de febrero envió a un hijo suyo, Anastasis, y a uno de sus sobrinos, Panagos Pikulakisⁿ, cuya presencia en Tripolitsá inspiró gran confianza. Confianza que acrecentó después el posterior desfile en cascada de obispos y notables, simulando que todo eran maquinaciones urdidas por Karalís⁵⁰.

Ninguna provincia estaba tan trastornada como la de Patras. Turcos y cristianos recelaban y se vigilaban entre sí. A menudo se oían palabras amenazantes por parte de estos y suspicaces por parte de aquellos, y todo hacía prever un rápido y grave estallido: los cristianos de Patras trasladaban sus bienes más preciados al campo, otros los enviaban al Heptaneso. Los turcos hacían rondas armadas y les obstaculizaban, y de ahí derivaban discusiones y reyertas. El obispo de Patras, incapaz de calmar a los trastornados turcos y temiendo la explosión de los griegos, que aún no estaban preparados, llamó a consulta a su amigo en Vostitsa, Londos, y al día siguiente de su llegada visitaron ambos al gobernador de Patras, el nativo Sekir Aga, y encontraron reunida con él una asamblea plenaria de los agás locales, debatiendo sobre el tema. Londos notó que los turcos estaban más atemorizados que coléricos; por ello, les habló para animarlos: “Agás, –les dijo– una insurrección de los *rayades*⁵¹ no se produce si no queremos nosotros, los notables; y nosotros, gracias a Dios todopoderoso y a la gran misericordia de nuestro señor, somos ricos terratenientes, igual que vosotros. Recordamos que nuestros padres separatistas, hace algunos años, quedaron hambrientos y en la miseria y no deseamos sufrir lo mismo. Entonces estaba en su apogeo la guerra de Rusia contra la Sublime Puerta; hoy, por el contrario, reina en todas partes una paz profunda y la persecución de los rebeldes. Quien promueve los disturbios es el rebelde Alí, agás, y vosotros, tengo que decirlo, los agraváis con lo que hacéis, aun sin saberlo. Vedlo, el *rayás* se ha dispersado ¿Cómo va a efectuarse la recaudación de los tributos del rey? Si no cambiáis de actitud, nosotros los notables no garantizamos la paz en la zona; y puesto que también nosotros debemos rendir cuentas a la Sublime Puerta, quizá nos veamos obligados a defendernos directamente y mostrar a los culpables.”

⁵⁰ Ali Pasha; cf. nota 28.

⁵¹ Plural de *rayás*, palabra turca (*rai*) que significa ‘vasallo’. La aplicaban los dominadores a los súbditos cristianos del Imperio Otomano.

Los turcos no sólo no se ofendieron al oír estas duras acusaciones de boca de un *rayás*, sino que incluso le pidieron amistosamente consejo. “Agás, –continuó Londos– no os paseéis armados. Dejad a los *rayades* libres para volver a traer sus familias y sus pertenencias a donde mejor viven, y os garantizamos la paz en la zona y os prestaremos toda la colaboración en el cobro de los tributos del rey, que corren el peligro de perderse.” Los turcos hicieron caso a las palabras de Londos y aparentaron no albergar suspicacias cuando supieron poco después que obispos y notables de otras partes del Peloponeso iban llegando de buen grado a Tripolitsá y que incluso los de Acaya pensaban ir también. De hecho, el obispo de Patras viajó con Londos a Tripolitsá cuando se enteraron de que estaban yendo los demás, e incluso subieron hasta Kalávryta; pero, tras deliberar con el obispo y los notables de aquella provincia, no encontraron razonable hacer caso al llamamiento de la autoridad, porque sus intenciones parecían mortíferas. Pensaban que su inasistencia sería más beneficiosa que perjudicial a los que ya estaban allí, pues los turcos se abstendrían de hacer mal a los de dentro mientras ellos se quedaran fuera, temiendo con razón irritarlos y que pasara lo que trataban de evitar. Deseaban también recibir las respuestas del exterior, como había sido planeado, y hacer después lo que dictaran las circunstancias, pero no querían quitarse aún la máscara, por lo cual idearon la siguiente añagaza: inventaron una carta anónima presuntamente enviada a ellos por un amigo suyo turco de Tripolitsá diciendo que en Tripolitsá les esperaba la muerte, igual que a los que estaban ya en ella; ordenaron al portador que fuera de incógnito camino de Tripolitsá y volviera a su encuentro, como si viniera de la ciudad. Después de estos preparativos, se despidieron del gobernador de Kalávryta, contrataron a dos o tres turcos y partieron el 9 de marzo como si fueran a Tripolitsá. Eran el obispo de Patras y el de Kernitsa⁵², Procopio; y Zaímis, Charalambis, Londos, Fotilas y Theocharópulos. Cuando estuvieron cerca de Katsanes, como estaba planeado, se encontraron con el correo y recibieron la carta en presencia de los turcos acompañantes; la leyeron en voz alta, fingieron indignarse y fueron todos juntos a Karnesi; desde allí comunicaron a los de Tripolitsá y al gobernador de Kalávryta la información recibida por el camino, quejándose de la injusta desconfianza de los agás para con ellos

⁵² Ya se ha dicho que las diócesis eclesiásticas no tienen nada que ver con las administrativas. La de Kernitsa, por ejemplo, una localidad insignificante, incluía Kalávryta.

y pidiendo permiso para quedarse en sus provincias por temor, siempre dispuestos a cumplir cuanto se decidiera en Tripolitsá por común acuerdo de los reunidos. Al día siguiente llegaron al monasterio de Santa Laura y enviaron a Constantinopla un sacerdote con una carta al patriarca para tranquilizar a la Puerta, por si resultaban calumniados por las autoridades turcas del Peloponeso como desleales y conspiradores. Por conducto del mismo correo, comunicaron a los éforos de la Sociedad el verdadero estado de los asuntos, pidiéndoles instrucciones. Los agás de Tripolitsá, cuando recibieron las cartas de los aqueos⁵³ dirigidas a ellos, no las tomaron por embusteras y se conturbaron, queriendo saber quién había atemorizado a los remitentes, dando por sentado que era un turco. Mientras, se les envió estando en Santa Laura la respuesta de los agás, los obispos y los notables, diciendo que todo era mentira y animándolos a ir pronto a Tripolitsá, libres de sospechas. Lo mismo les remitió el gobernador de Kalávryta; con el mismo objeto se les envió desde Tripolitsá a Andreas Kalamogdartis, uno de los que estaban en Tripolitsá, que había ido a dicha ciudad al mismo tiempo que los obispos y notables. Pero ellos despidieron al mensajero con las manos vacías y reiteraron lo mismo que anteriormente, añadiendo que creían necesario, vista la agitación de los espíritus, mandar a sus respectivas provincias a los obispos y notables para que sosegaran al pueblo, cobraran las contribuciones reales y encaminaran bien el resto de los servicios. Una vez que enviaron la carta en cuestión y despidieron a Kalamogdartis, que no pertenecía a los Amigos, persistieron en su anterior resolución, o sea, no entregarse al poder ni tomar la iniciativa hasta que no llegara la respuesta del exterior que estaban esperando. Barruntando una persecución armada a causa de su desobediencia, decidieron hacer levadas secretas para defenderse, si lo exigía la necesidad. Como creyeron inconveniente estar todos juntos, no fuera que los detuvieran de improviso, se separaron; Zaímis y el obispo de Patras fueron a Nezerá, Fotilas y el de Kernitsa a Kerpiní, Charalambis y Theocharópulos a Zaruchla y Londos a Diakoftós. Por el camino agregaron a uno de ellos, Yoryos Sisinis, notable de Gastuni⁵⁴, que había estado en Tripolitsá. En ésta, después del regreso de Kalamogdartis y del recibo de la carta referida, enviaron a los aqueos un

⁵³ La región en que se halla Patras conservaba extraoficialmente el nombre de Acaya; por tanto, sus nativos modernos conservaban el antiguo nombre de aqueos.

⁵⁴ Ciudad al N.O. del Peloponeso.

segundo mensajero, Nikólaos de Metona, y una segunda carta en la que los obispos y notables les daban seguridades, como si ellos estuvieran seguros, los pobres; pero ni este segundo envío tuvo éxito, ni aquellos a quienes iba dirigida respondieron, pues no estaban juntos; y ni siquiera el mensajero de Metona volvió a Tripolitsá, viendo el cariz que estaban tomando los acontecimientos^o.

1821

CAPÍTULO V

INSURRECCIÓN DEL PELOPONESO.

Cuando se acumula material inflamable, basta que caiga una chispa en él para encenderlo. Algo parecido ocurrió en el Peloponeso, en contra de la voluntad y la decisión de todos.

El anciano Asimakis Zaímis, notable de Kalávryta y padre de Andreas, tenía con él a dos antiguos *kleptes*, Chondroyannis y Petiotis, a los que había librado de la muerte; los amaba, confiaba en ellos, los inició en la Sociedad y los preparó para la guerra en ciernes. El 15 de marzo, mientras cenaba solo en su aldea, Kerpíní, sirviéndole Chondroyannis y Petiotis, les preguntó: “¿Qué hay de nuevo?” Ellos respondieron que al día siguiente partía hacia Tripolitsá, con dinero público, el cipayo⁵⁵ Seidís Laliotis y que, si les daba permiso, ellos estaban dispuestos a atracarle por el camino, robárselo y traérselo a su señor para la familia. El viejo Zaímis, hombre de menos palabras que los mismos espartanos de la Antigüedad, los miró fijamente, les hizo signo de que le sirvieran vino y, después de beber por la libertad de la patria, hizo la señal de la cruz y les dijo: “Mi bendición, muchachos”^p. Los dos *kleptes*, recibida la bendición del jefe y tomando a algunos más, se apostaron al acecho en la carretera de Tripolitsá a la altura de Chelonospiliá y dispararon con sus fusiles a Seidís cuando pasaba desprevenido con su compañero de viaje, Tambakópulos, que iba también a Tripolitsá por asuntos propios. Seidís salió ileso y, a caballo como iba, huyó y se refugió en Tripolitsá, salvando a la vez el dinero que llevaba encima; también salió ileso su acompañante Tambakópulos,

⁵⁵ Del persa *sipahi*. Eran miembros de la caballería de elite. Sus servicios eran recompensados con la posesión de tierras. En tiempos de paz eran dedicados a la recaudación de impuestos. El nombre fue adoptado para designar a miembros nativos de las tropas de ocupación en ciertas colonias europeas, como la India.

que sólo perdió el caballo con el equipaje. Ocurrió que el mismo día se dirigía a Tripolitsá el gobernador de Kalávryta, Ibrahim Arnautoglu. Su intendente fue por delante para hacerle el almuerzo y, al pasar por donde dispararon a Seidís, se enteró de lo sucedido y, temiendo una emboscada contra su señor, volvió atrás temblando y explicó lo acaecido hacía unas horas. Arnautoglu, que ya iba lleno de recelo, se sobresaltó al oír el suceso, volvió a Kalávryta, atemorizó a los turcos del lugar equiparando el delito a un acto de rebelión más que de bandidaje y se encerró y fortificó con ellos en tres poderosos torreones de Kalávryta, como si le siguiera el enemigo. Al mismo tiempo fueron asesinados otros dos cipayos de Tripolitsá en Livartsi, una aldea de Kalávryta. La banda de Nikolós Soliotis mató a unos cobradores en Agridi, otra aldea de la misma provincia, y a tres correos que llevaban cartas del lugarteniente de Tripolitsá a Hurshid; otros turcos, que fueron por mar desde Sálona⁵⁶ a Ákrata y se dirigían a Tripolitsá, fueron agredidos, muriendo unos y siendo aprisionados los otros. Estos sucesos, aunque no tenían nada que ver con la revolución, aumentaron las razonables suspicacias de los otomanos.

El día en que los de Arnautoglu se encerraron en los edificios fortificados, los notables de Kalávryta se quitaron de en medio. El principal, Charalambis, se enteró de lo acaecido y, sin saber que los de Arnautoglu se habían encerrado por miedo y más para defenderse que para atacar, tomó a cuantos pudo reunir de la banda de los Petmezás, entró en la ciudad y puso sitio a los encerrados, que se rindieron. Al conocerse este hecho, que fue agrandado por la fama y por el miedo imperante, los turcos de Vostitsa cruzaron en masa a Galaxidi⁵⁷ con sus mujeres y sus hijos, sin sufrir daño ni obstáculo, y se refugiaron en Sálona, donde había bastantes turcos; los de Patras, que habían empezado a trasladar a sus mujeres e hijos a la acrópolis al enterarse de que los aqueos habían declinado ir a Tripolitsá, abandonaron la ciudad y se encerraron el 21 de marzo, sin combatir ni ser combatidos. El mismo día llegaron de Río hasta unos 100 turcos armados disparando sus fusiles; unos cuantos entraron en una taberna del barrio de la Santísima Trinidad, se emborracharon, echaron aguardiente en una cuba y, rociando unos trapos que había, les prendieron fuego e incendiaron con ellos la taberna, matando además al tabernero; de allí se fueron a allanar

⁵⁶ Ha recuperado su antiguo nombre, Anfisa

⁵⁷ Su emplazamiento se da en el capítulo XXIV, donde se hace también una breve descripción.

la casa de Papadiamandópulos y, al encontrar resistencia, la combatieron desde abajo, mientras desde la acrópolis la sometían a fuego de cañón por arriba. Mientras tanto, se propagó el fuego de la taberna y ardieron muchas casas. Había en la ciudad un gran número de heptanesios y muchos de ellos pertenecían a los Amigos. Estos, al oír el tiroteo y ver las llamas, tomaron las armas y corrieron a diferentes lugares; un grupo, al que se le agregaron algunos patrenses, avanzó hacia Tasi, donde solían congregarse los turcos; allí se enfrentaron por primera vez, muriendo el cefaleno Vasilis Horkulatos. Desde allí los heptanesios se retiraron al barrio de San Jorge, al final de la ciudad, habitado sólo por cristianos y donde estaban los consulados. La tarde del mismo día el cónsul de Rusia, Vlassópulos, y el de Suecia, Stranis, que vivían no lejos de la acrópolis y temían la cólera de los turcos, que a su vez sospechaban de ellos creyéndolos con razón juramentados, abandonaron sus casas y se pusieron a salvo en los barcos; zarparon a los pocos días y, con ellos, el cónsul de Prusia, Kondoguris, simpatizante de la causa. El mismo día irrumpió armado el nativo Panayotis Karatsás, hasta entonces un simple zapatero, que desde el principio mismo de la revuelta se ganó gran estima por su valor y patriotismo. Éste, queriendo dar tiempo a los patrenses para llevarse sus seres queridos y sus cosas por la noche, puesto de acuerdo con N. Yerakaris, uno de los jefes heptanesios, desplegó hombres por diferentes partes de la ciudad, gritando durante toda la noche: “¡Agrupaos!”, con objeto de que los turcos supusiesen que los griegos eran muchos y estaban preparados y de esta forma no intentasen una salida nocturna. Así fue como tuvo éxito esta humanitaria misión. Al día siguiente (22 de marzo), los turcos se encontraron todos reunidos en la acrópolis, donde esperaban mientras bombardeaban la ciudad. Entre tanto los aqueos importantes de los alrededores, al saber los sucesos de Patras, se apresuraron a entrar, reuniendo a cuantos combatientes disponibles pudieron; el primero que entró, a mediodía, fue Papadiamandópulos; después Londos, con una bandera roja que había confeccionado en ese momento como pudo y quiso, con una cruz negra sobre una sola superficie. A causa del color de la enseña, los turcos tomaron a los recién llegados por turcos de Lalas, pues desde la acrópolis no se veía la cruz por estar en la otra cara de la bandera, y hasta los saludaron con salvas como a hermanos: el mismo día llegaron los obispos de Patras y Kernitsa, y también Zaímis y Rufos, con masas de hombres provistos de armas y palos; los de Patras y los forasteros gritaban entusiasmados: “¡Viva la libertad! ¡Vivan los jefes!

¡Dios nos dé la Ciudad⁵⁸!” Al entrar, los jefes ocuparon la parte oeste, junto a San Jorge, donde estaban los heptanesios. El obispo de Patras ordenó alzar una cruz en la plaza de San Jorge y hasta ella corrieron a adorarla los que allí se hallaban, prestando el juramento por la fe y por la patria. Los jefes repartieron enseñas nacionales de tela roja con una cruz azul, ordenaron a los tejedores confeccionar banderas para uso de los combatientes y enviar a otros lugares, dieron proclamas rebeldes por todas partes, escribieron a los de dentro y fuera del Peloponeso para que empuñaran las armas y enviaron a los cónsules con sede en Patras el siguiente escrito:

“Nosotros, la nación cristiana de Grecia, viendo que la estirpe otomana nos odia y pretende nuestra aniquilación de todas las maneras posibles, hemos decidido firmemente morir o ser libres y, por ello, tomamos las armas reivindicando nuestros legítimos derechos. Por lo tanto, estando seguros de que todas las monarquías cristianas reconocen esos derechos y no sólo no se opondrán, sino que nos socorrerán, y de que recuerdan que nuestros gloriosos antepasados fueron una vez beneficiosos para la humanidad; es por lo que informamos a Vuestra Excelencia y le exhortamos a acogernos bajo la protección de ese gran Estado.”

Aunque los turcos de Patras preveían y predecían los disturbios, debido a su habitual desidia habían descuidado por completo su fortaleza y ni siquiera se habían molestado en limpiar y llenar sus depósitos de agua, de manera que a los dos días de encerrarse pasaron sed, ya que los griegos cortaron el agua, se apoderaron incluso de las casas turcas junto a la fortaleza y no les dejaban ni asomarse ni alimentar los cañones, como no fuera en la oscuridad de la noche. Karatsás se distinguía de los demás por su temeridad; también destacó Stamatís Kumaniotis, que cayó víctima de su propia audacia el día de la entrada en la ciudad. Los griegos, atrevidos y entusiastas los primeros días, emplazaron contra el castillo seis cañones traídos de los barcos jónicos que había en el puerto y empezaron a abrir un túnel para socavarlo, con mucha prisa y buenos resultados; pero desde dentro supieron a tiempo hacia qué parte se dirigía la galería y la neutralizaron con una antigalería a poca distancia de los cimientos del castillo⁹. Antes de frustrarse esta intentona, los jefes recibieron una carta de Panuryás, un bandolero de Grecia Continental, diciendo que había matado por el camino a un correo de Yusuf de Serres, gobernador de Eubea, que

⁵⁸ Constantinopla, capital del Imperio Bizantino. Reivindicación proverbial de los griegos.

volvía de Ioánnina a su territorio, y que había leído la carta que llevaba a las autoridades turcas de aquella isla; decía que, al llegar a Vrachori⁵⁹, había sabido de los sucesos de Patras y que interrumpía su recorrido para ir allí a auxiliar a sus compañeros en la fe. Los aqueos se alteraron con esta noticia; la mantuvieron en secreto para no atemorizar a sus adeptos y se apresuraron a avisar a Makrís, que recorría la provincia de Zygós en calidad de *kleptis*, y a exhortarle, *en nombre del Mando*, a atacar a Yusuf cuando estuviera atravesando el estrecho por Naupacto. Makrís respondió que no podía hacer nada sin conocimiento de los notables de Mesolongui y de los bandoleros de Etolia-Acarmania; Yusuf bajó con trescientos combatientes hasta Mesolongui y cruzó hasta Andirrio, desde donde envió a Patras a su *kiaya*⁶⁰ con otro nombre y vestido humildemente, para no ser reconocido. Llevaba cartas del pashá a algunos de los cónsules, pidiendo su colaboración para hacer cesar los disturbios, y tenía el encargo de calmar a los cristianos con la promesa de que el pashá apoyaría con energía sus justas quejas contra los nativos turcos.

El heraldo subió sin problemas acompañado por griegos por la cuesta de la ciudad hasta el consulado de Prusia, donde se leyeron sus cartas, y fue despedido sin conseguir nada y sin ser molestado, después de replicarle los griegos que se reían de las promesas y se burlaban de las amenazas de su pashá. Éste, al oír la respuesta de los patrenses, cruzó a Río, donde permaneció dos días sin saber el estado de las cosas. Al enterarse de todo y de que el castillo caería por falta de agua si no rompía él antes el asedio, se puso en marcha el Domingo de Ramos por la mañana (3 de abril) y entró sin obstáculos, pues los de Vostitsa apostados en mitad del camino por Rodópulos para impedir el paso huyeron sin combatir y los restantes abandonaron los puestos que tenían en Vlaterós, la parte baja de la ciudad, y entraron a saco en ella, donde los turcos nativos habían dejado sus enseres pesados el día que se refugiaron a toda prisa en la fortaleza. Al entrar, el pashá encontró a los turcos en plena indefensión, los animó y, puesto que su única salvación era el levantamiento del cerco, los tomó a todos, salió con ellos y empezó a incendiar en primer término la parte alta de la ciudad, próxima al castillo, y a avanzar luchando para quemar el interior. Los lugareños armados, todos ellos sin experiencia guerrera, sin afán de gloria

⁵⁹ Ha recuperado su antiguo nombre de Agrinion. Detalles en la página 210.

⁶⁰ Lugarteniente o mayordomo.

y sordos a las voces patrióticas de los jefes, huyeron vergonzosamente ante el enemigo, dejando en sus manos tanto la ciudad como los cañones y las municiones. Los hermanos Kumaniotis y los Chasapeos de Xirómero⁶¹, que andaban por allí, fueron los únicos que se encerraron con unos pocos en unas casas próximas a Alexiótissa y Hagía Paraskeví y, después de luchar con valor y conseguir matar a algunos enemigos, salieron ilesos. Los jefes, viendo la deserción de los compatriotas y el avance de los enemigos, abandonaron también la posición que tenían en San Jorge y ocuparon otra por la Odiyitria, tratando en vano de concentrar a algunos, pero huyeron de allí temerosos y muy apenados por el infortunado comienzo de sus luchas y, aún más, por la inexperiencia guerrera y la consiguiente cobardía de los lugareños, su tendencia al saqueo, su carácter rastrero y su desobediencia a los jefes. La tarde de ese día apareció ante el puerto de Patras un barco turco, saludó a la fortaleza siendo respondido por ella e hizo cundir el pánico con su llegada. Así fue como la ciudad más comercial y más rica del Peloponeso y uno de los dos focos revolucionarios, donde se izó por vez primera la enseña de la libertad, quedó destruida desde el principio, entregada al fuego y al pillaje; los desgraciados habitantes fueron apresados unos, degollados otros y otros se salvaron huyendo al Heptaneso, despojados e indigentes. Los escasos turcos, victoriosos sobre tan gran multitud, se dispersaron por las aldeas capturando y matando a los fugitivos y sembrando el pánico^r.

En aquellas terribles circunstancias algunos cónsules –en especial el de Francia, Pouqueville– se mostraron dignos de todo elogio y honraron sus banderas abriendo sus casas para refugiar y salvar gran cantidad de hombres y mujeres, perseguidos y en peligro, y para poner a salvo sus bienes. Pero mientras éstos se conducían tan noble y humanitariamente con las víctimas, otros, basura de Italia y del Heptaneso, armados según ellos para defender la libertad, acabaron en tal abyección que se comportaron como turcos con los desgraciados patrenses. Otros, aun bajo la protección francesa, no respetaron la enseña protectora, incluso fueron ingratos con su benefactor, Pouqueville; robaron a discreción las pertenencias de los patrenses, salvadas de las garras de los turcos y guardadas en el consulado, y forzaron al mismo Pouqueville a abandonar el consulado y refugiarse en un barco inglés que había en el puerto, levantando contra él sus sacrílegas manos.

⁶¹ Un lugar de Etolia, al otro lado del golfo de Corinto.

Aunque en Patras fracasó el movimiento rebelde, la insurrección se extendió de punta a punta del Peloponeso. En primer lugar Mani, al enterarse de estos sucesos, se derramó el 23 de marzo hasta Kalamata, al mando de su gobernador Petrobey, un hombre digno de respeto por sus virtudes públicas y por el uso que hizo de su cargo, en bien de Grecia⁶². Los turcos establecidos en Kalamata se sorprendieron al ver en la ciudad tal cantidad de hombres armados y, al saber el fin de la expedición, entregaron sus armas y posesiones, se entregaron a sí mismos a cambio de la vida y el honor y no sufrieron maltrato. Hecho esto, se cantó un solemne Te Deum sobre el río que pasa al lado de la ciudad y se pidió al Señor de los Ejércitos que diera fuerzas a los luchadores por la fe y por la patria. Desde allí se desplegaron los jefes a diversas partes. Petrobey, considerado como el general en jefe, se aposentó en la ciudad, donde se constituyó la administración regional (Gerusia), que celebró su primera sesión el 28 de marzo, día en que se publicó un bando dirigido a Europa en el que exponía los motivos de la insurrección y las esperanzas depositadas en Europa por Grecia al asumir la lucha por la libertad^s.

Cuando resonó por todo el Peloponeso el grito de libertad, los turcos residentes, aterrados y suponiendo que una mano extranjera manipulaba a los griegos, abandonaron las ciudades, desprovistas de murallas, y sin ser atacados por nadie corrieron con sus mujeres e hijos a ponerse en seguro en los diferentes castillos.

Los turcos que vivían en Bardunochoria de Lacedemonia tenían una gran y merecida fama de valientes, perturbaban a menudo el Peloponeso y atemorizaban hasta a las autoridades turcas, unas veces en la oposición, otras como rebeldes, otras como bandidos. Mas en esta ocasión se apoderó de ellos el pánico. Poseían muchas torres poderosas y abundantes víveres, pero no les sirvieron de nada a causa de la siguiente circunstancia:

Por aquellas fechas se encontraban en Marathonisi⁶³ unos barcos griegos que se dedicaban al comercio. Kyriakulis Mavromichalis, que tenía relaciones con los barduniotas y no cesaba de escribirles al comenzar la insurrección que venía *Francia* a conquistar Grecia y que eran los *francos*⁶⁴ quienes estaban detrás de la rebelión, estaba pasando aquellos

⁶² Había sido nombrado bey (gobernador) por el poder turco, de grado o por fuerza.

⁶³ Minúscula isla en la bahía de Lakanas, al sur de Zacinto.

⁶⁴ Con el sustantivo Φραγκία y el gentilicio Φράγκοι (Francia y francos, respectivamente) se desig-

días en Marathonís y, en una francachela, ordenó a los barcos que abrieran fuego con sus cañones. Al oírse el fragor en Bardunochoria y asustados por lo que oían sobre una invasión de Francia, preguntaron a los que pasaban qué significaban tantos cañonazos. Unos carreteros que venían de Marathonís les dijeron que era Franguías quien estaba cañoneando. Franguías se llamaba el dueño de uno de los barcos que había en el puerto de Marathonís, y era de Miconos. Los turcos, ya fuera porque oyeron mal o porque malinterpretaron la respuesta de los carreteros, y como ya estaban amedrentados de antemano esperando la llegada de los francos, al oír el nombre del capitán creyeron que de verdad había venido Francia a apoyar la causa griega y todos, grandes y pequeños, mujeres y hombres, jóvenes y ancianos, abandonaron sus casas y enseres gritando: “¡Nos invade Francia!” y salieron corriendo hacia Tripolitsá, no los fueran a alcanzar los francos por el camino. Marchando como podían, se encerraron en Tripolitsá el 27 de marzo. Antes que ellos huyeron a la misma ciudad los turcos de Leondari. Los de Karýtena, temiendo ser capturados en el camino a Tripolitsá, no se desplazaron.

Los turcos de Corinto, al ver que se habían ido los de Dervenochori⁶⁵, hombres avezados al uso de las armas por el emplazamiento de su localidad en el istmo y por el oficio de las mismas, tomaron a la madre y demás familiares de Kiamil Bey, ausente en Tripolitsá, y subieron temblando al Acrocorinto, a donde llegaron al día siguiente más de dos mil dervenochoritas y otros, que les pusieron sitio dirigidos por Anagnostis Petmezás. Sólo seis se metieron en una torre en la cuesta y se entregaron.

Los turcos de Argos, indecisos durante algún tiempo, acabaron igualmente dominados por el pánico, al producirse en la ciudad un solitario disparo casual, y trasladaron sus familias a Nauplion, mientras ellos pasaban el día en Argos con las armas a mano y la noche en Nauplion. Para mayor seguridad, se les ocurrió la idea de trasladar por las buenas a Nauplion a las familias de los próceres cristianos y, un día, llegaron desde Nauplion a Argos 150 jinetes armados con la intención de forzarles si no les convencían. Los notables simulaban agradecer a los turcos su interés por ellos y prometieron de buena gana que sus seres queridos se prepararían

naba en la lengua popular a Europa Occidental y sus nativos (desde las cruzadas). En realidad, los nombres para la moderna nación y sus ciudadanos son en griego los antiguos de Galia y galos.

⁶⁵ Cf. nota 133.

ese mismo día y partirían el siguiente para Nauplion. Los turcos creyeron sus falaces palabras y regresaron a Nauplion con el propósito de volver a Argos el día siguiente para llevarlos, pero los notables huyeron por la noche con sus mujeres e hijos y se repartieron por la provincia, armando a los habitantes. Queriendo cortar toda comunicación entre Argos y Nauplion, el 2 de abril enviaron por la noche a bastantes combatientes a Delamanara, una aldea situada entre las dos ciudades donde, al llegar los turcos desde Nauplion al día siguiente, vieron inesperadamente muchas bocas de fusil apuntándoles y una voz que decía: “Atrás, agás, atrás. Los cristianos y los turcos ya no viven juntos.” Los turcos volvieron atrás y desde entonces dejaron de ir a Argos. Regresaron entonces los notables a la ciudad, izaron una bandera blanca como signo de libertad y empezaron a ocuparse del asedio de Nauplion.

Los turcos de Gastuni se fueron con sus familias el 27 de marzo; informados en el camino de que no eran bienvenidos en Lalas⁶⁶, pues los turcos de allí temían morir de hambre si se recluían tantos, se desviaron a Chlumutsi, un antiguo castillo junto a Glarentsa⁶⁷, desguarnecido y totalmente despoblado. Al llegar a las aldeas de Savatia y Ruvia, que está a una hora de distancia de Gastuni, fueron atacados por los griegos, pero vencieron y llegaron con bien a la fortaleza, donde los acorralaron los griegos, al mando de Sisini y Charalambis Vilaetis. Mas los turcos laliotas, previendo que los cercados en Chlumutsi se entregarían pronto por falta de víveres, salieron en su ayuda en número de 400, mandados por Kutsoraip Aga, y rompieron el cerco rápidamente, persiguiendo implacablemente a los griegos hasta el mar, donde algunos se ahogaron. Levantado así el asedio de Chlumutsi, los turcos que estaban allí se trasladaron a Patras, donde fueron bien recibidos y permanecieron hasta el final.

Los turcos de Arkadiá, al oír que griegos en armas portadores de banderas blancas con el signo de la cruz se habían congregado en Kefalari de Sulimás, que habían saqueado las tiendas y maltratado a los vigilantes de las aldeas y que pensaban caer sobre la ciudad la noche del 25^t, subieron esa tarde a sus familias a la vieja fortaleza; llegada la mañana, las trasladaron

⁶⁶ En Élide, más al interior. Sobre sus habitantes hay un excursu al principio del capítulo XVIII.

⁶⁷ Ciudad medieval construida sobre Cilene, en la punta N.O. del Peloponeso (Élide).

a Metona⁶⁸ y Neókastró⁶⁹, sin ser molestados durante el viaje ni molestar a los cristianos, a los cuales echaban maldiciones por hacer como que lamentaban su marcha. En realidad, los cristianos del distrito de Sulimás se armaron sólo para defenderse, pues temieron, por lo que decían sin tapujos los turcos de Arkadiá, que éstos pensaban salir a las aldeas para matar y destruir. Los del distrito de Sulimás pasaron más miedo que los de los demás distritos de la provincia, pues se decía que sobre ellos, por ser los más belicosos, caería principalmente la sanguinaria ira de los turcos.

El día 26 se pusieron en marcha hacia Tripolitsá los turcos de Fanari⁷⁰ con sus mujeres e hijos y, con ellos, los de Zurtsas en la provincia de Arkadiá, vecinos suyos; eran en total 2.600 almas.

Kolokotronis, establecido en Mani aguardando el momento, era visto justamente como un elemento indispensable de la rebelión peloponesia, por su fama y su experiencia militar; acompañó a los de Mani cuando bajaron a Kalamata; de allí, tomando a 300 de ellos, salió el 24 hacia Skala, a 4 horas de Kalamata. Grande fue el entusiasmo de los cristianos conforme iba avanzando: hombres y mujeres lo recibían a su paso con aclamaciones, los sacerdotes iban delante llevando iconos e incensarios y cantando el “Gloria in excelsis Deo”. La tarde que llegó a Skala, supo que los turcos de Karýtena y el gobernador de Emvlákika, Mustafá Riziotis, se habían encerrado en el viejo castillo de la villa, salvo unos pocos que se habían quedado en ella. Siguió avanzando y levantando en todas partes al pueblo, dándole ánimos contra los turcos y reclutando a sus paisanos de Karýtena; al día siguiente llegó a Tetebey, una aldea entre Leondari y Karýtena, donde le fue dada una carta encontrada a un enviado por los turcos de Fanari a los de Karýtena y capturado en el camino. La carta decía que los fanaritas pasarían al día siguiente por Karýtena y que esperaban encontrar a los turcos de allí listos para ir juntos y seguros a Tripolitsá, porque Kolokotronis había salido al frente de muchos miles de maniatas con el fin de atacarles por el camino. Con esta información, Kolokotronis ocupó el paso al día siguiente pero, al no aparecer los enemigos, marchó hacia Karýtena, donde los pocos turcos que quedaban, al verlo venir, se fueron tranquilamente y se recluyeron también en el viejo castillo.

⁶⁸ Ciudad antigua del S.O. de Mesenia.

⁶⁹ En la bahía de Pilos.

⁷⁰ Núcleo de población al norte de Mesenia.

Al día siguiente Kolokotronis, tras dejar a unos pocos compañeros en la villa, partió a las claras del día al desfiladero de Hagios Athanasios, para recibir al esperado enemigo. Éste apareció poco después formando una larga línea, debida a la gran cantidad de fardos y la estrechez del paso. Al ver de lejos que los griegos habían ocupado el paso, se pusieron todos los hombres armados en vanguardia y, aproximándose, lucharon durante seis horas. Esta fue la primera batalla en regla de la insurrección peloponesia entre griegos y turcos, casualmente librada por el principal guerrero del Peloponeso, Kolokotronis. Los turcos lucharon valientemente, en defensa de sus hijos y mujeres y para conservar sus pertenencias. Los maniatas brillaron igualmente, aun siendo inferiores en efectivos; hasta el mediodía habían muerto 15 turcos y 6 maniatas; de sus jefes, cayeron heridos Voidís y Durakis. A mediodía los maniatas, después de haber agotado sus cartuchos, abandonaron la posición que mantenían hasta entonces y se fueron a rastras hasta una elevación rocosa junto al puente que atravesaba el río; unos cuantos se retiraron a sus cuarteles con los heridos. Los turcos pasaron por la posición abandonada y, agrupándose todos en Kommenon Tsamí⁷¹, avanzaron hacia el puente, pero el puñado de griegos apostados sobre la loma, provistos ya de municiones, no los dejaron pasar a base de disparos. Entonces los turcos retrocedieron y volvieron a Kommenon Tsamí con idea de cruzar por el vado de verano de Halul Aga, pero llegaron los hermanos Plaputas, Yorgakis y Dimitris, y les atacaron con otros 400; cargaron entonces contra ellos, uniéndose abiertamente a los de Plaputas, los fanaritas de Nikolós Zafirópulos y Tsanetos Christópulos, que acompañaban desde lejos a sus paisanos turcos bajo la máscara de la amistad a petición de ellos, para que los protegieran en el camino. Puesto que el único medio de salvación era cruzar el río, se arrojaron primero los que iban desarmados, las mujeres y los niños, unos a pie y otros a caballo; se arrojaron también los más de los animales de carga y los combatientes se quedaron luchando para proteger el vadeo. Mientras vadeaban y eran fusilados y muertos, los turcos locales bajaron de lo alto del viejo castillo, atacaron a los escasos griegos que se habían quedado en la villa y llegaron a la orilla del río, para defender a sus compatriotas. En tales condiciones cruzaron los desgraciados fanaritas el Rufiás⁷². Murieron unos 100, la mayoría ahoga-

⁷¹ ‘Mezquita Cortada’.

⁷² Nombre popular del río Alfeo.

dos, sobre todo mujeres, niños y ancianos, y fueron cogidos vivos muchos animales. Como el viejo fuerte no tenía capacidad para todos, la mayoría se quedó fuera amontonada.

La tarde del mismo día llegó Hilías Mavromichalis con otros doscientos y, al siguiente, Kanelos Diliyannis con otros tantos; detrás vinieron otros, y masas de campesinos, de manera que el 29 había a las afueras de Karýtena seis mil hombres armados de diversas provincias. Los turcos, con miedo de quedarse en la villa, se refugiaron todos en el viejo castillo, donde casi no había comida ni agua; los griegos los rodearon y esperaron su rendición hora tras hora. Tanto estrecharon el cerco, que los desesperaron y obligaron a acogerse a una capitulación.

De esta manera los turcos que habitaban las ciudades no amuralladas y las aldeas del Peloponeso, dominados por el pánico, abandonaron sus hogares y se apiñaron dentro de las fortalezas en el curso de tres semanas, una vez que tres o cuatro de Kalávryta en armas les tendieron una emboscada. Sólo los laliotas, muy pagados de su valentía, permanecieron tres meses en su villa henchidos de confianza y esperanzas, saqueando y destruyendo los alrededores.

1821

CAPÍTULO VI

SUCESOS TRÁGICOS EN CONSTANTINOPLA Y OTROS PUNTOS DEL IMPERIO OTOMANO.-

La Puerta tenía desde hacía algún tiempo ideas vagas y confusas sobre la Sociedad y atribuía quizás el fenómeno de la efervescencia de los espíritus griegos a las intrigas del rebelde Alí, pero las cartas sustraídas a Hypsilandis, cuyos portadores eran Hýppatros y Aristidis, no dejaban lugar a la duda sobre la existencia y los fines de la Sociedad y del comienzo al menos del movimiento insurgente. Pero era tanta su indolencia que, a pesar de que dichas cartas fueron interceptadas a comienzos de enero de 1821, no dio señales de su feroz política habitual hasta comienzos de marzo. Lo que la preocupó e irritó más allá de la medida, según parece, fue el descubrimiento del plan de los Amigos para subvertir Constantinopla⁷³. A causa de tal descubrimiento, se dio la orden de marcharse a todos los griegos que no eran residentes. Hubo registros domiciliarios para descubrir armas y municiones escondidas, según sospechaba la autoridad; se vigilaron distintos sectores de la ciudad en los que, de acuerdo con los rumores, se cavaban túneles para ocultar a personas y almacenar armas, a fin de usarlas al darse la señal; tal fue el miedo y el pavor que se apoderó de la Puerta, y de ahí sobre todo arrancó, según parece, su locura ávida de sangre. La mañana del 1 de marzo llegó de Moldavia un correo extraordinario para el embajador de Rusia en Constantinopla, quien ese mismo día comunicó a la Puerta lo sucedido en aquel principado el 22 de febrero; esa tarde recibió la misma noticia directamente por correo ordinario. Al día siguiente, salieron en secreto hacia Odesa, con sus mujeres e hijos, los administradores del señor⁷⁴ de Moldavia: su hermano Nikólaos Sutsos y el marido de su hermana, Ioan-

⁷³ Vd. capítulo II, pág. 41.

⁷⁴ Ἀυθέντης, otra manera de designar al príncipe de Moldavia o Valaquia.

nis Schinás, y algunos más. El 3 de marzo, el intérprete⁷⁵ mayor leyó en el patriarcado ecuménico un *firmán*⁷⁶ en el que se decía que la Sublime Puerta, habiendo sabido la rebelión en Moldavia por obra de algunos insensatos, lo lamentaba por ellos y advertía a la Gran Iglesia que aconsejara a los fieles de su grey súbditos del fuerte reino que no cometiesen el error de incurrir en su justa e inexorable ira y la de los creyentes otomanos. En cumplimiento de este decreto real, la Gran Iglesia publicó pastorales sinodiales y patriarcales^u, maldiciendo y excomulgando a Hypsilandis y Sutsos nominalmente y exhortando paternalmente a los demás cristianos para que los leales permanecieran en adelante fieles al sultán y los descarriados volviesen a la anterior sumisión; además, dispensó a los Amigos del juramento a la Sociedad, por impío y nefasto. Para infundir más terror, estas fulminantes pastorales fueron firmadas sobre el sagrado Altar y enviadas a las diócesis por medio de prelados; en los principados surtieron efecto, pero no en Grecia; escritos como esos habían puesto antes a la gente devota en contra de los *kleptes*, pero los tiempos ya no eran los mismos y la lucha de ahora era de naturaleza sublime; por ello, ni estas prescripciones eclesiásticas sosegaron a los griegos como antes, ni los amedrentaron las amenazas ni los desarmaron las excomuniones e imprecaciones. Algunos en Constantinopla, al ver la reacción de la Puerta, previeron lo que se les venía encima y buscaron su salvación en la huida. El 5 de marzo escapó el ex-señor Aléxandros Chantserís con toda su familia, refugiándose en Odesa. Con su familia huyeron también el 6 y se refugiaron en el mismo lugar Yoryos, hijo del ex-*virrey* Karatsás, y el comerciante Yoryos Christópulos, entre otros. El 8 se leyó en todas las mezquitas de Constantinopla un enigmático *firmán* en el cual se exhortaba a todos los fieles a estar constantemente alerta y preparados para la confrontación con los enemigos agazapados en el seno del Estado, y a comprar armas los que no las tuvieran, vendiendo incluso sus vestidos, pues el peligro era mortal^v. El 9, al patriarca ecuménico se le ordenó por medio de un *firmán* que enviara a la Puerta a algunos de los arzobispos más destacados, sin justificar la orden; fueron enviados Dionysios, el de Éfeso; Grigorios, el de Derkos⁷⁷; Athanasios, el de Nicomedia⁷⁸; Iosif, el de Tesalónica; Ioanikios,

⁷⁵ En turco, *tercüman*, vertido a nuestras lenguas como dragomán.

⁷⁶ En turco, *ferman*. Del persa *farman*, significa orden o decreto publicado por el sultán.

⁷⁷ *Durusu*, actualmente un barrio de Estambul.

⁷⁸ Actualmente se llama Izmit.

el de Tarnovo⁷⁹; Dorótheos, el de Adrianópolis⁸⁰; y Evyenios, el de Anquíalo⁸¹. Estos arzobispos, tras presentarse ante el Reis Efendi⁸², fueron sometidos a vigilancia en una vivienda otomana donde tenían sus comodidades, pero no el permiso de ver a otros, excepto a sus diáconos en calidad de servidores. Simultáneamente, el poder estaba trayendo a la capital hordas de soldados asiáticos y, el 14, ordenó que se armasen todos los otomanos de Constantinopla. Una vez apostados vigilantes en todas partes, levantó inmediatamente, sin preguntar y sin discriminación, su pesada y homicida mano contra las personalidades griegas; sus casas fueron forzadas, las cárceles se llenaron de sospechosos, sanguinarios asiáticos rabiosos y con las cimitarras desenvainadas recorrían en masa las calles y las plazas matando y liquidando a cuantos del pueblo llano encontraban, sin permiso del gobierno pero también sin impedimento; la rabia política se juramentó con el fanatismo religioso, en contra de los renegados y los infieles. Sin pruebas ni indicios, con un simple sospecha, arrastraban por orden de la autoridad a los cristianos de renombre al patíbulo y a la horca; a unos los degollaban en las calles, a otros los colgaban de las ventanas de sus casas en presencia de su familia, a otros los sometían a tortura; profanaban y desvalijaban iglesias, demolían casas, confiscaban haciendas, raptaban mujeres y doncellas, entraban en barcos bajo pabellones europeos y sacaban a tierra a los griegos refugiados en ellos ante los ojos de los embajadores.

La espada del sultán cayó en primer lugar sobre la cabeza de los griegos de Constantinopla el 22 de marzo, día en que fueron decapitados Nikólaos Skanavís; Michaíl Manos, ex intérprete de la escuadra y yerno del anterior; Theódoros Rizos y Alekos, hijo de Fotinós, médico militar del príncipe de Moldavia. A estas primeras víctimas de la locura del sultán siguieron otras el 26 y el 27: Levidis alias Tsalikis, Steryannakis Tsurpatsoglu, tres sacerdotes, tres correos del señor de Moldavia y otros ocho menos conocidos. El 3 de abril llegó un correo de Atenas anunciando por las cartas que traía que se había rebelado el Peloponeso entero. El sultán se puso más frenético aún con esta noticia y comenzó a asesinar más cruelmente.

⁷⁹ Ciudad de Bulgaria.

⁸⁰ Más conocida como Edirne, ciudad de la Tracia turca.

⁸¹ Actual Pomorie, en Bulgaria.

⁸² Equivalente a ministro de asuntos exteriores.

En aquel momento era gran traductor Kostakis Muruzis, cuya familia, amante de su pueblo, tenía por tarea perenne y grata la ilustración de sus compatriotas. Este hombre, a pesar de gozar de una elevada posición y estar bajo el hacha del verdugo, no pensó para nada en sí mismo tratándose de la resurrección de la patria. Un día que entraba por la Puerta según lo acostumbrado, le fue dada sin que nadie lo esperara una carta de Hyspilandis contando las operaciones en los principados y animándole a la lucha, como iniciado en la Sociedad. Muruzis cogió la misiva de manos del desconocido delante de mucha gente y, creyendo que no debía esconderla para no levantar sospechas, la puso en conocimiento del Reis Efendi atribuyéndola a un complot y volvió a su casa sin ser molestado; pero el 4 de abril, vuelto a llamar por el Reis Efendi y enviado por él al gran visir, fue llevado a Bab-i Hümayun⁸³ y allí decapitado, vistiendo su propio uniforme. El mismo día decapitó la Puerta a Andonakis Tsirás, delante de su casa; ahorcó a otros ocho, entre ellos, de la ventana de su casa, a Dimitrios Paparigópulos, banquero del ex-gobernador Aléxandros Sutsos; al día siguiente, al yerno de Paparigópulos^w, Dimitrios Skanavís, y a Panayotakis Tsinguís y al ex-intérprete de la armada Michalakis Chantserís; y ahorcó a Yoryos Mavrokordatos, también de la ventana de su casa^x. El día 8, decapitó a tres aguadores porque supuestamente planeaban envenenar las aguas de la capital. El 9, Sábado Santo, decapitó a dos párrocos de la Gran Iglesia, confesores de la Sra. Evfrosini Muruzi, que había huido. La tarde del mismo día se desplegaron por todo el barrio del patriarcado, dentro y fuera de Fanari, cinco mil jenízaros armados sin que nadie supiera la razón. Los jenízaros estuvieron merodeando toda la noche por las calles de Fanari hasta la parroquia de San Demetrio de Xyloporta y Balatás, sin importunar a nadie. Hacia la media noche llamó el pregonero de la iglesia y los cristianos, aunque con miedo, se congregaron en la iglesia del patriarcado, pasando por en medio de la horda de jenízaros sin impedimento ni agresiones. Ofició el patriarca con los doce arzobispos según la costumbre y, dada la bendición, se fueron todos a sus casas sin ser molestados, como antes. El patriarca subió al edificio del patriarcado mientras empezaba a clarear. Pero, apenas subió, se le notificó que Stavrakis Aristarchis, que había sucedido el día anterior al decapitado gran intérprete Muruzis, iba a la sede del patriarcado^y. El patriarca ordenó que lo pasaran a su aposento

⁸³ La Puerta Imperial, que daba acceso a la parte pública del recinto del serrallo.

privado, pero Aristarchis respondió que prefería ir directamente a la sinodial, y allí fue conducido. Poco después entró también un otomano, secretario del Reis Efendi, y después entró el patriarca para entrevistarse con ellos. Tras saludarse y sentarse los tres, el gran traductor dijo que el secretario traía un firmán y tenía la orden de leerlo allí mismo en presencia de los arzobispos, los notables y los maestros de los gremios. El patriarca ordenó que se reunieran los citados y, en presencia de los congregados, se leyó el firmán, que decía: “Dado que el patriarca Gregorio se ha mostrado indigno del solio patriarcal, ingrato y desleal a la Puerta y conspirador, es desposeído de su puesto y se le asigna como residencia Kadiköy⁸⁴ hasta nueva orden.” Tras la lectura el patriarca, acompañado por Nikíforos, su fiel archidiácono, fue trasladado a la cárcel de Bostanshibasi, en contra de lo dicho en el firmán y en cumplimiento de una orden secreta, al parecer. Cuando salió el patriarca de la sinodial, se leyó otro firmán del siguiente tenor: “Dado que la Sublime Puerta no desea privar a sus fieles vasallos de la tutela espiritual de su padre común, dispone que se elija un patriarca según el procedimiento tradicional.” A esta orden, se abrió el debate para elegir un patriarca, mientras el traductor y el secretario guardaban silencio, y se decidió elevar al solio patriarcal a Cirilo, ex-patriarca de Adrianópolis, donde residía; pero el secretario, al oír la elección, dijo que no era válida en ausencia del elegido; pues, en las presentes circunstancias, la Sublime Puerta no deseaba que el solio patriarcal quedara vacante ni una hora y exigía que eligiesen al que quisieran de entre los presentes. Por esta razón, tras otro largo debate igualmente no interrumpido, el voto recayó en Evyenios de Pisidia, al que el gran intérprete y el secretario enviaron inmediatamente a la Puerta, según la costumbre; estos aguardaron en el patriarcado hasta su vuelta, al igual que todos los reunidos. Después de una espera de varias horas, volvió el patriarca con la solemne pompa acostumbrada.

Aún duraba la ceremonia descrita cuando fue sacado de la cárcel Gregorio, que se preparaba rezando sin cesar, pensando por ciertos indicios que se aproximaba la hora de su muerte; subió a una embarcación de la que fue desembarcado en la playa de Fanari. Allí, mirando al cielo, a donde subiría muy pronto, se santiguó, se puso de rodillas e inclinó la semicalva cabeza bajo el hacha del verdugo; pero éste lo levantó, diciéndole que le

⁸⁴ La antigua Calcedonia, al otro lado del Bósforo.

siguiera, pues no era aquél el lugar de la ejecución. Desde allí llegaron andando hasta el complejo patriarcal. Allí, sin que dejara de orar, el verdugo lo colgó del dintel de la puerta grande después del mediodía del Domingo de Resurrección; de forma que, mientras los pobres cristianos estaban en la parte alta del palacio patriarcal glorificando al nuevo patriarca con el himno *Muchos años, Señor*, debajo estaba siendo ahorcado como un bandido o un facineroso su antecesor, cuando unas horas antes, mientras ofrecía la víctima incruenta por los pecados del pueblo, bendecía piadosamente a sus fieles, que besaban con piedad y compunción su mano, la cual impartía la bendición y era bendecida como santa entre las santas. Los últimos instantes de Gregorio fueron de acendrada fe y resignación, las que proporcionan una conciencia limpia, un corazón bienhechor, el desprecio de la efímera vida y la esperanza en la venidera. Un cartel sobre sus restos decía el motivo por el que fue condenado a morir. Helo aquí, lo que en turco se llama *yafra*:

“Es deber de los líderes de los diferentes pueblos bajo mi autoridad vigilar noche y día a los que están a su cargo, vigilar su conducta y desvelar y referir al gobierno sus actos ilegales. Los patriarcas, como líderes de los *rayades* que viven en seguridad a la sombra de mi poder imperial, han de ser irreprochables, honrados, fieles y sinceros por encima de ningún otro. Con estas cualidades, siempre que observen malas inclinaciones en su pueblo, deben impedirlos por medio de amenazas y advertencias o, si es necesario, por medio de penas según las costumbres de su religión, para así mostrarse agradecidos en parte a la sublime Puerta, gracias a la cual reciben favores y prebendas bajo su sombra benefactora.

“Mas el desleal patriarca de los griegos, que ya antes ha dado muestras de su desafección a la Sublime Puerta, no puede ser considerado ajeno a las sediciones de su nación, suscitadas por diversos malhechores e insensatos, arrastrados por esperanzas quiméricas y diabólicas; era su deber enseñar a los simples que el intento era vano e ineficaz, pues no es posible que prosperen contubernios contra el poder y la religión de Mahoma, que tomaron su ser hace más de mil años y se mantendrán hasta el fin de los tiempos, como nos confirman las revelaciones y los prodigios; mas a causa de la depravación de su alma, no sólo no informó ni amonestó a los confundidos sino que, según todos los indicios él, como etnarca, era colaborador secreto en la insurrección, y no es posible que no sea aniquilada ni incurra en la cólera de Dios la nación griega entera, aunque en ella hay también muchos inocentes.

“Desde el momento en que fue conocida la traición, la Sublime Puerta, compadecida de sus míseros *rayades*, se esforzó por devolver con blandura a los descarriados al camino de la salvación y, con este objeto, publicó un edicto ordenando y aconsejando al patriarca lo mejor e invitándole a excomulgar a todos los *rayades* rebeldes, en cualquier lugar donde estuvieran; pero en vez de domeñar a los sediciosos y dar ejemplo él el primero para que volvieran a sus obligaciones, este infiel se convirtió en promotor de todos los disturbios acaecidos. Estamos informados de que nació en el Peloponeso y de que es cómplice de cuantos desórdenes han protagonizado los equivocados *rayades* en la provincia de Kalávryta. En suma, he aquí al culpable del inminente exterminio, con la ayuda de Dios, de los malencaminados *rayades*.

“Dado que hemos recibido cumplidas pruebas de su traición, perjudicial para la Sublime Puerta, pero también letal para su propia nación, era necesario borrar al culpable de la faz de la tierra, y es por lo que ha muerto en la horca para aleccionamiento general.”

Dos cargos llaman la atención en el escrito sobre la sentencia del patriarca: uno, “que no movilizó sus armas espirituales contra los rebeldes”; otro, “que fue cómplice de la sedición.”

Acabamos de exponer que, por imposición de la Puerta, el patriarca excomulgó y anatematizó a los líderes de la sedición, llamó a los pueblos bajo su égida a renovar la sumisión al sultán y desligó a los Amigos de su juramento a la Sociedad por impío y nefasto. Se conservan además sus pastorales sobre el tema, de manera que esta acusación se revela completamente falsa por los mismos hechos. Tampoco hay pruebas ni fundamento para la otra imputación, que el patriarca era cómplice de la rebelión. El escrito alega tres cosas para demostrarla: “que el condenado a muerte era, *según todos los indicios*, cómplice secreto de la rebelión, que la Puerta *recibió cumplidas pruebas* sobre su culpabilidad y que *nació en el Peloponeso*, donde estalló la insurrección.”

¡Por Dios! ¿Son serias estas palabras? ¿Son pruebas? ¿Justifican tal tropelía? Si, como sostenía, la Puerta tenía pruebas de la culpabilidad de su víctima, ¿por qué no las hizo públicas? ¿Por qué no las dio a conocer a las embajadas, como pidió expresamente el embajador del emperador de Rusia, para justificarse y alejar los horrores en que se veía envuelta? Esas palabras ¿no demuestran la gran injusticia del castigador, en vez del gran delito del castigado? No cabe duda de que el patriarca sabía de la

Sociedad, era imposible que el padre espiritual de los griegos ignorase lo que sabían gentes de toda condición, pero socio, que es lo mismo que conjurado contra el poder turco, no lo era; y no sólo no dio ningún apoyo al levantamiento nacional griego, sino que no hacía más que disuadir a los simpatizantes con los que hablaba, considerando genocida tal aventura e inalcanzable el fin al que tendía. Son testigos de lo dicho quienes oyeron al santo hombre de viva voz, el fiable testimonio de los cuales hemos recabado de sus propios labios y lo transmitimos a la historia tal como lo hemos recibido; y no denunció cuanto sabía de forma espiritual porque indudablemente consideraba la denuncia indigna de su talante, contraria a su misión espiritual y capaz de provocar la ruina de sus compatriotas, culpables o no.

Estos fueron los motivos que dieron lugar al magnicidio de la cabeza visible de la Iglesia Oriental a la edad de setenta años, el cual conmocionó y horrorizó a todo el mundo cristiano.

Sucedido esto, abandonaron las dependencias patriarcales el gran intérprete, el secretario y los demás. La tarde del mismo día Bederli Ali Pasha, recién nombrado gran visir^z, pasó por Fanari con un solo guardaespaldas y estuvo cinco o seis minutos frente al ahorcado, contemplándolo y hablando con el guardaespaldas. Una hora después pasó por allí el sultán de incógnito y echó también una mirada al patriarca. Tres días permaneció colgado el cadáver; al cuarto día, lo recogió el ahorcador para tirarlo al mar, pues los ahorcados o decapitados por orden del poder no reciben sepultura. Llegaron entonces unos judíos hasta el ajusticiador y, con su permiso, o según otros después de darle un regalo, ataron los pies al cadáver, lo arrastraron desde el patriarcado hasta la playa de Fanari, con mofas y blasfemias, y lo arrojaron al mar, entregando el cabo de la cuerda al verdugo, que esperaba en una barca. Se alejó éste de tierra tirando del cadáver que iba flotando y, llegado al medio del Cuerno de Oro entre Fanari y el embarcadero, ató una piedra al cadáver para hundirlo; pero éste no se hundió, ya que la piedra no era lo bastante pesada. Regresó entonces el verdugo a tierra, cogió otras dos piedras y volvió a donde se mecía el cadáver; se las amarró, lo empujó dos o tres veces con un cabo para que el agua se lo tragara y, así, consiguió sumergirlo. Bastantes días después, emergió por Galatás, entre un barco eslovaco y otro cefalenio anclados junto a Karaköy. El capitán eslovaco fue el primero en verlo y lo tapó con paja con la intención de sacarlo cuando anocheciera y enterrarlo,

fuera de quien fuera, como buen cristiano. Llegada la tarde, se adelantó el capitán cefaleno, llamado Sklavos, y lo sacó. Al ver por la barba y la hirsuta cabellera que se trataba de un pope, al día siguiente llevó al barco a unos cuantos en secreto y, cerciorado de que eran los restos del patriarca, lo amortajó, lo llevó a Odesa y lo depositó en el lazareto. Examinado allí otra vez por el encargado, resultó ser efectivamente el patriarca.

Llegado el informe a San Petersburgo, se dispuso que fueran rendidas al difunto las pertinentes exequias públicas. Se sumó a la solemnidad eclesiástica de la ceremonia el sagrado sínodo de Rusia y, el 17 de junio, acudieron al lazareto las autoridades civiles y militares locales, los metropolitanos de Silistra y Hierópolis, Kýrilos y Grigorios, el obispo de Bendzaryi y Akkerman⁸⁵, Dimitrios, el clero de toda la provincia, los infelices refugiados griegos y una gran multitud y, al eco del doblar de las campanas, los cánticos, las salvas, la música militar y las continuas preces al Altísimo, condujeron el sagrado cuerpo, incorrupto y en olor de santidad, hasta la catedral de Odesa, donde permaneció expuesto tres días hasta el 19 en que, tras entonar de nuevo el acompañamiento fúnebre y tras un emotivo discurso a cargo de Konstandinos Ikonomu, predicador del patriarcado ecuménico, fue trasladado con gran pompa y boato a la Iglesia de los Griegos y depositado en una tumba nueva dentro del altar junto al lado norte de la Sagrada Mesa, como santo y mártir.

“De esta manera –dice el diario oficioso de San Petersburgo–, por disposición del muy devoto emperador de todas las Rusias, Alejandro I, se rindieron las debidas honras de fe y amor cristiano a Gregorio, el santo patriarca de la iglesia oriental ortodoxa de los griegos, que sufrió la muerte en el martirio.”

El mismo Domingo de Resurrección, la Puerta ahorcó a otros tres arzobispos encarcelados: el de Éfeso, el de Anquíalo y el de Nicomedia. Este último, que era muy anciano, cayó a tierra y expiró antes de llegar al lugar de la ejecución, pero no obstante fue colgado ya cadáver. Tan furiosos estaban los turcos por aquellos días, que no sólo mataban en masa, indiscriminadamente y sin reparo a todos los griegos que encontraban, sino que además, como si no bastara para saciarlos la sangre de los vivos, deambulaban sin freno disparando a los propios ahorcados y descuartizando a los muertos que yacían. Algunos recorrían las calles pidiendo dinero

⁸⁵ Ciudades rusas.

por transportar los restos que había en ellas. Ningún cristiano se atrevía a dejarse ver por la ciudad o asomarse a la ventana. Constantinopla parecía más una guarida de piratas y fieras voraces que una sede real y residencia de las embajadas europeas. Muchos griegos, antaño ilustres e inmensamente ricos, huían oscuros y desnudos a tierra extraña, refugiados bajo el manto protector de la noble y cristiana Rusia.

La furibunda turba de Constantinopla se ensañó también con los sagrados templos cristianos. El 22 de abril, jóvenes turcos se congregaron al amanecer en Edirnekapi⁸⁶, se les unieron algunos mayores y entraron juntos en la iglesia por la fuerza, rompiendo la sillería del coro y llevándose los objetos de plata, los aparejos y los hábitos de los curas. Había montada una guardia y los vio, pero no los reprimió ni les puso obstáculo. Los incontrolados cobraron ánimos, incorporaron a otros como ellos y, llevando en astas las casullas, las estolas y otras ropas talaras a guisa de banderas, dando alaridos y haciendo burlas, fueron a la iglesia de Egrikapi⁸⁷, donde rompieron los candelabros, tiraron al suelo iconostasios, rasgaron los iconos, pisotearon los utensilios sagrados y se llevaron los objetos de plata; de allí se dirigieron haciendo fechorías a las iglesias de Nuestra Señora de Muchlí, la de Xyloporta, la del patriarcado del Santo Sepulcro y la de San Juan de Balatás; de allí marcharon al patriarcado ecuménico, donde encontraron al llegar las puertas cerradas y no pudieron abrirlas, pues eran de hierro; a dos curas que encontraron en el patio del patriarcado los mataron estos exaltados. Al ver este hecho, unas mujeres de las casas de alrededor rompieron a llorar, creyendo que la Puerta había decidido una matanza general, como se rumoreaba; el miedo se extendió por todo el entorno del patriarcado, dentro y fuera de Fanari, de manera que no se oían más que lamentos de los cristianos y gritos de los más de doscientos turcos asesinos amotinados. Los turcos, al no poder entrar en la iglesia, penetraron en el patriarcado y lo despojaron; los sacerdotes que había allí se dispersaron, subiendo muchos al tejado para huir a las viviendas otomanas de detrás. El recién nombrado patriarca se refugió en la parte común del patriarcado donde, al encontrarlo los malhechores, unos lo insultaban y atemorizaban, mientras otros lo protegían diciendo que era leal; terminaron llevándolo a la comisaría de Fanari, donde encontró al fin

⁸⁶ Barrio adyacente a la puerta de Edirne o Adrianópolis, en la muralla de Teodosio II.

⁸⁷ “Puerta oblicua”, cerca de la anterior y próxima ya al Cuerno de Oro.

asilo. Estas escenas dieron comienzo al rayar el alba y sólo terminaron a cuarta hora tras el mediodía, tras la carga armada del agá de los jenízaros. Al día siguiente, la autoridad envió al patriarcado cuanto había podido salvar de manos de los saqueadores.

Además, la turba enloquecida destruyó la iglesia de Nuestra Señora de Balukli, muy estimada por la imaginería que encerraba.

La rabia de la autoridad no era más moderada que la de la masa. Aunque aparentemente desaprobaba los actos referidos del populacho contra los sagrados templos, ni castigó a ningún descontrolado ni dejó de seguir derramando como antes la sangre del clero ni de los seglares. Mientras toda Europa se horrorizaba con las sacrílegas acciones del poder turco que hemos relatado, el sultán destituyó al gran visir Bederli Ali Pasha porque, como dice en el acta de destitución^{aa}, *ahorraba la sangre de los griegos*, y puso en su lugar a Salim Pasha. El tres de mayo, día del nombramiento del nuevo gran visir y doce después de que fueran profanados los templos y sometidos a escarnio los santuarios, la Puerta decapitó al centenario obispo de Myriópolis y al hijo del gobernante principal de Rodostós⁸⁸, que tenía diecinueve años. Al día siguiente ordenó que fueran ahorcados los restantes obispos encarcelados: los de Derkos, Adrianópolis, Tarnovo y Tesalónica. Los piadosos obispos, mientras eran conducidos al lugar de la ejecución en la misma embarcación, se prepararon para la muerte llenos de fe y devoción, entonaron ellos mismos los cantos fúnebres, rogaron al Dios de las almas y los cuerpos por el eterno descanso y se bendijeron unos a otros con el “Bienaventurada ruta la que hoy emprendes.” Una vez llegada a Arnavutköy⁸⁹ la barca que los llevaba, el verdugo, que iba con ellos, ordenó al de Turnovo que bajase y lo siguiera. Él saludó a sus hermanos y concelebrantes con una inclinación de cabeza, les dio el último adiós, les dijo en un acto de contrición: “Nos veremos en la otra vida, hermanos”, siguió al verdugo y fue ahorcado del dintel de una barbería que había allí. El verdugo, de corazón tan negro como su piel, volvió a la barca, trasladó a las víctimas que quedaban a Mega-refma, donde ahorcó al de Adrianópolis; luego fue a Neochori, donde colgó al de Tesalónica, y de allí a Therapeia, para ejecutar al de Derkos. Este proveyo obispo, alabado ante todo por su ponderación, franqueza y presencia de ánimo, al llegar al pórtico de su

⁸⁸ Actual Tekirdag, en la Tracia turca.

⁸⁹ Barrio de Constantinopla a orillas del Bósforo, al E. de Beshiktash

catedral, donde iba a ser ahorcado, pidió permiso para orar, oró, rogó al verdugo que no le maniatase y, tomando el nudo corredizo que empuñaba aquél, lo bendijo tres veces con la señal de la cruz, recitando el “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” y, volviéndose hacia el verdugo, dijo con voz solemne: “Cumple el encargo de tu despiadado señor.” Dijo y cumpliose el encargo del impío.

Ese mismo día la Puerta ahorcó al fiel archidiácono del patriarca Gregorio, Nikiforos, y a varios seculares; cuando descubrió que los de Hydra que servían en la flota planeaban incendiarla, decapitó a su jefe, Konstandinos Yustos, y a sus hermanos y parientes en el depósito del arsenal y ahorcó a los demás o los ahogó. Unos días después, descuartizó en la escollera al intérprete de la flota, Nikólaos Muruzis, hermano menor del decapitado gran intérprete. En medio de tan grandes males, hubo condenados a exiliarse, pero incluso en el destierro la Puerta acabó con algunos de los más distinguidos, entre ellos el recién nombrado señor de Valaquia, Skarlatos Kalimachis. Y hubo asesinatos equivocados, en contra de las órdenes y para oprobio de la Puerta.

Entre los deportados se encontraban el ex gran intérprete Yangos Kalimachis, Efstathios Agas y Yoryos Vogoridis. La Puerta ordenó que les cortaran la cabeza a los tres. El verdugo llegó a Cesarea⁹⁰ y decapitó a Yangos Kalimachis; como no encontró a los otros dos y debía llevar tres cabezas a Constantinopla, decapitó a los dos criados de Yangos Kalimachis y llevó sus cabezas a Constantinopla como si fueran las de Agas y Vogoridis. Éste murió después en el exilio, pero Agas apareció de entre los muertos al regreso de los desterrados y, hecha una investigación, se descubrió y probó el despiadado acto del verdugo.

Mientras los asesinatos eran continuos en la capital, el poder no dejaba marchar a ningún griego. Sobre esto, el 8 de mayo se leyó un firmán en el patriarcado disponiendo que el patriarca hiciera venir a todos los *rayades* de su fe y se asegurara de que no huirían de Constantinopla: que los obligara a formar grupos de cinco rehenes solidarios, de manera que, si uno de los cinco se iba, los otros cuatro serían condenados a muerte. De esta forma, los desdichados griegos de la capital estaban en constante peligro, pues o eran asesinados si no huían o, si huía uno, podían ser asesinados cuatro en su lugar.

⁹⁰ En turco Kayseri, en Capadocia.

Haciendo un alto en el sangriento relato de los trágicos sucesos de Constantinopla, que aportó diez mil víctimas cristianas sólo ella, no podemos dejar de admirar la gran firmeza que desplegó durante la persecución el clero –hombres de Dios, verdaderamente– y los líderes: aherrojados y torturados, ante la oprobiosa soga y bajo el hacha homicida, muchos eran tentados para negar Cristo a cambio de conservar la vida y gozar de otros muchos bienes terrenales y todos, hasta el último, prefirieron los tormentos y la muerte.

Cuando en la capital del reino se vertía a mares y sin misericordia la sangre del santo clero, de los dirigentes, de los comerciantes, de los artistas y del mismo pueblo; cuando sólo con la huida, y ésta prohibida bajo pena de muerte, esperaban los hombres escapar a las torturas y a morir, y las mujeres al deshonor; cuando se profanaba lo más sagrado y se rompía, pisoteaba y escarnecía lo que era venerado y reverenciado por los cristianos; cuando eran allanadas las casas y arrebatadas las propiedades; cuando todo esto se hacía ante los ojos de los que representaban a las cortes de Europa y, en su mayor parte, por órdenes directas del sultán, fácil es deducir las matanzas y los padecimientos de todo tipo de los desdichados griegos a lo largo y ancho del imperio turco. Donde había turcos y griegos, había muertes, raptos y deshonras; y, donde se concentraban tropas, las calamidades llegaron al colmo.

Esmirna, la segunda ciudad del imperio, estuvo a punto de perecer por completo en esa ocasión. Los habitantes turcos, desarmados desde mucho antes a causa de la paz y la seguridad, se rearmaron en masa, dispuestos a masacrar a los cristianos a una señal dada. Pero lo que hizo peligrar aún más a la ciudad fue la concentración de una multitud de turcos armados en los alrededores, para caer desde allí sobre el foco de la insurrección. Esta horda armada, vergüenza de todo gobierno y plaga mortal para cualquier comunidad, reclamaba a las claras la ejecución de todos los cristianos de Esmirna, pero los turcos locales, que tenían sus familias en la ciudad y no temían a los desarmados cristianos, no permitieron su entrada en la pacífica ciudad. La horda se irritó ante esta prohibición y cayó sobre las aldeas del entorno, donde, sin que nadie lo impidiera, fueron degollados como ganado los desprevenidos lugareños, deshonradas las mujeres y robada la propiedad. Dentro de la ciudad, a pesar de que había suficientes fuerzas del orden otomanas, se producían asesinatos y desórdenes esporádicos cada día y, cada día, se temía una matanza generalizada. Ningún cristiano osaba

contradecir a un turco, oyera lo que oyera, ni salir de casa por la noche, aunque lo necesitara. Los turcos, considerándose movilizados (*seferlik*), creían que todo les estaba permitido. Tan confiados estaban, que no se reprimieron en afrentar y meter en prisión toda una noche al jefe de la flotilla francesa y dos oficiales que la fuerza del gobierno encontró en la calle por la noche, contraviniendo la orden, aunque llevaban sus uniformes. Pero esta baladronada les costó cara: de valientes y bravucones que eran frente a gente sin armas, se volvieron cobardes e insignificantes frente a un grupo de occidentales armados. El comandante de la flotilla francesa, exigiendo al día siguiente satisfacción por el ultraje que le habían infligido, puso su barco ante el palacio del gobernador, listo para asaltarlo. Esta demostración de fuerza bastó por sí sola para aterrar a los envalentonados turcos y hacer que muchos huyeran, y para que se diera al instante la satisfacción pedida. Mas el peligro parecía cada día más cerca de los desdichados cristianos.

Siempre que los espíritus están excitados y propensos al miedo, basta un pequeño impulso para provocar la catástrofe.

La noche del 30 de marzo, se oyó por acaso en la ciudad un tiro de fusil. Al momento se oyeron voces que decían: “Han cogido armas.” Las voces se extendieron y fueron creídas, y todos los habitantes cristianos corrieron a la playa para salvarse en barcos; hubo algunos que, dominados por el terror imperante, se arrojaron al mar y se ahogaron, como si de verdad los persiguieran los asesinos; pero la ciudad se salvó como de milagro en aquella ocasión.

También Adrianópolis pasó por duras pruebas. Vivía en esta ciudad el expatriarca ecuménico Cirilo, lejos de la agitación política, guardando los preceptos de Dios y estudiando las sagradas escrituras; el prestigio de que gozaba lo hizo merecedor aún en ausencia, como hemos visto, de ser elegido unánimemente en la reunión eclesiástica y universal de Constantinopla para ocupar por segunda vez el vacante solio patriarcal; mas dicho prestigio lo hizo acreedor de la muerte a ojos de un poder que castigaba la virtud y, en vez de elevarlo a la cátedra ecuménica según la libre voluntad de todos, lo elevó al cadalso de la horca por la arbitraria voluntad del poder. El santo varón pidió unos instantes para orar; oró en secreto, dijo en voz alta: “Señor, acuérdate de mí en tu reino” y entregó su alma en manos del Creador. Simultáneamente fueron ahorcados los cristianos más ilustres, quedando la gran ciudad inmersa en un gran dolor.

Los habitantes de Enos⁹¹ sufrieron otro tipo de atropellos: 800 turcos armados enviados desde Adrianópolis ocuparon en primer lugar el castillo y expulsaron a los cristianos, que vivían hasta entonces en él; después requisaron las armas a todos los habitantes de la ciudad, les quitaron lo que tenían y dieron a los principales la humillante orden de que, en vez de la chaqueta, llevaran una pelliza negra y, en vez del tradicional sobretodo, un *senguni*⁹², diciéndoles que ésa era la vestimenta de los *rayades* leales.

Tal era más o menos la situación por aquellos días en todas las partes del imperio otomano donde convivían las dos etnias de distinta religión y origen. Todo eso lo padecían los desdichados cristianos no porque conspirasen contra el sultán o le desobedecieran o le hicieran la guerra, sino porque otros, que vivían en otras zonas del imperio y eran sus hermanos de raza y de religión, se habían levantado en armas contra él.

Pero, al igual que en épocas pasadas la sangre de los mártires consolidó la perseguida iglesia de Cristo, los horribles sufrimientos de tantos inocentes de la misma etnia y religión reafirmaron en la época actual la insurrección de Grecia, pues inflamaron más aún el odio a los tiranos en las almas de los combatientes y les dijeron que la única esperanza y el único refugio era la espada, de forma que la Puerta, en su rabia y locura, fomentó la naciente causa griega por los medios con los que quería combatirla, promovió la solidaridad de todo el mundo cristiano para con los perseguidos, obligó incluso a sus Potencias amigas a reconocer la imposibilidad de que turcos y griegos conviviesen en lo sucesivo e hizo factible la guerra entre ella y Rusia, en la cual tenían puestas sus esperanzas los luchadores griegos. Así la Divina Providencia, con sus inescrutables designios, arroja las crueldades sobre las cabezas de los crueles y no deja nunca de preparar un futuro mejor para el grupo humano que sufre injustamente, aún en medio de sus propios padecimientos.

⁹¹ En turco Enez, cerca de Adrianópolis o Edirne.

⁹² Vestido usado por las aldeanas.

1821

CAPÍTULO VII

POLÍTICA EXTERIOR CON RESPECTO A GRECIA Y ACTITUD DE RUSIA PARA CON HYPASILANDIS.

La Santa Alianza se hallaba reunida en Liubliana, con toda su atención dirigida a los acontecimientos políticos del sur de Europa, cuando estalló la insurrección en Grecia. Esta coalición creada en París en 1815, aunque era totalmente política, tenía una apariencia religiosa. El artículo segundo del tratado rezaba:

“Los señores de Austria, Prusia y Rusia reconocen que el mundo cristiano, del cual forman parte ellos mismos y sus pueblos, tiene por único rey al Todopoderoso, Hijo y Verbo de Dios, Salvador nuestro y Dios, Jesucristo; pues sólo en él se acumulan todos los tesoros del amor, del conocimiento y de la sabiduría.”

La letra del tratado excluía taxativamente de la coalición al poder otomano, por su diferente religión y su impiedad, y alentaba a los pueblos creyentes en Cristo sometidos; pero en realidad sus principios, basados en los sucesos políticos anteriores, resultaron ser la conservación inalterada de lo establecido en todo Estado sin excepción, fuera cual fuese el credo religioso que profesara, y la aceptación de cambios políticos sólo cuando éstos se emprendieran por voluntad espontánea del soberano. La coalición, después de hacer efectivos tales principios en Italia por medio de una intervención militar, los dio a conocer por escrito a todo el mundo y los aplicó contra la causa griega. Así, con el solemne nombre de “Santa”, como si actuara bajo la influencia salvadora del amor fraternal en Cristo y la gracia evangélica, abandonó y condenó a todo un pueblo cristiano por intentar sacudirse un yugo extraño a su fe y anticristiano, bajo el cual gemía desde hacía siglos.

Esto declaró la alianza en Liubliana el 30 de abril de 1821: “Los cambios útiles, útiles y necesarios en la legislación y en la administración deben brotar de la libre voluntad y la plena convicción de los que detentan el poder por la gracia de Dios. Todo lo que se aparta de este principio lleva inevitablemente a los pueblos al desorden, a sacudidas y a males más graves que los que se propone remediar. Los soberanos, sintiendo profundamente esta verdad incontrovertible, no dudan en promulgar abiertamente que, respetando los derechos y la independencia de todos los poderes establecidos, contemplan como legalmente inexistente y como no conforme con los principios del derecho público de Europa toda declarada reforma emprendida por medio de la secesión y las armas. De tal naturaleza se han considerado no sólo los hechos acaecidos en los reinos de Nápoles y Cerdeña, sino también (refiriéndose a Grecia) *cuantos, tomando el principio en maquinaciones igualmente criminales, aunque en circunstancias diferentes, han convertido últimamente la parte oriental de Europa en escenario de inmensos males.*”

Que concilie quien pueda esta política con los principios cristianos que la Santa Alianza declaraba profesar abiertamente.

La política es ciega y condenable cuando no se deja llevar de la mano por la ética, pero resulta infame siempre que disfraza con la sagrada religión, esto es, la ética más elevada, la opresión de un grupo humano doliente. La Santa Alianza, mientras en el acta de su constitución reconocía emotivamente y con cordial humildad como su rey universal a Nuestro Señor Jesucristo, de hecho obligaba a los pueblos a someterse a las normas de sus reyes absolutos, cuando lo que ellos reclamaban era, al menos, someterse a unos que no fueran absolutistas.

Los santos evangelios nunca han sido interpretados como un manual para amos y esclavos, sino como una lección de mansedumbre, amor y consuelo de los oprimidos, el libro de los hombres libres e iguales. Los reyes actuaban contra el espíritu y la letra del santo evangelio, norma según ellos de su política, condenando abiertamente a los griegos creyentes en Cristo a seguir siendo esclavos bajo el alfanje de unos amos que odiaban a Cristo. Todo el mundo sabe que los turcos miraban y trataban a los griegos como siervos, sin más razón que la de ser cristianos. Todos saben igualmente que, desde el mismo instante en que los griegos cristianos decidían convertirse en turcos, eran al punto libres y completamente iguales a los turcos, del mismo modo que accedieron a la libertad y a la igualdad de derechos los

albaneses, antes cristianos y ahora mahometanos, que tiranizaban a los que seguíamos siendo cristianos. De tres maneras podían los cristianos de Grecia desembarazarse de la servidumbre: por libre voluntad y plena convicción del sultán —en palabras de la Santa Alianza—, por las armas o por la apostasía. Está claro que nadie en su sano juicio confiaba nunca en la liberación de los cristianos de Grecia por la libre voluntad y plena convicción del sultán; el uso de las armas era condenado y perseguido por la Santa Alianza; no quedaba otra forma de liberarse que la renuncia a la propia fe. Así era el fanatismo político de la alianza: ¡quería que los pobres griegos cristianos fueran o mahometanos, o cómplices del despotismo, o esclavos cristianos!

Mientras los fundadores hacían tales declaraciones contra los griegos, ordenaron a los cónsules con sede en los principados que se fueran de aquellos infectos lugares.

El emperador Alejandro, al que muchas características de la causa griega hacían aparecer como sospechoso a los ojos de sus aliados si bien injustamente, se apoyó en las peticiones que le hacían Hysilandis, Sutsos y los moldavos para anunciar que veía la operación de Hysilandis como un resultado del espíritu revolucionario de aquel crítico momento y de la inexperiencia y ligereza de la edad juvenil; lo destituyó de su cargo y le notificó que desaprobaba su intentona, que no debía esperar la más mínima ayuda de Rusia y que abandonara la guerra y aquellos lugares^{ab}; al mismo tiempo, ordenó a Wittgenstein, comandante en jefe de las fuerzas del Prut y Besarabia, que observara una estricta neutralidad y no socorriera a la causa griega; y a su embajador en Constantinopla, que comunicara todo ésto al sultán y le prestara no sólo toda ayuda moral, sino también militar, para acabar con las revueltas en los dos principados. Lo que ante todo irritó sobremanera a Alejandro con Hysilandis, y con razón, y despertó contra él las suspicacias de la Santa Alianza fue la frase del propio Hysilandis en su declaración a los griegos que decía: “Levantaos, y veréis como una fuerte Potencia defiende nuestros derechos.” De esta forma se hundieron todas las esperanzas que la causa tenía puestas en el exterior.

1821

CAPÍTULO VIII

LAS DILACIONES DE HYP SILANDIS EN COLENTINA.- HUIDA DEL PRÍNCIPE SUTSOS.- PENDEDEKAS.- TRASLADO DE HYP SILANDIS A TÁRGOVISTE.- SUCESOS EN MOLDAVIA.- BATALLA DE GALATI.-

Apenas llegó Hypsilandis a Colentina rodeado de aprovechados, desleales y conspiradores, cayeron sobre su cabeza tres rayos inesperados: uno religioso, o sea, las maldiciones y excomuniones de la Gran Iglesia; los otros dos, políticos: la condena de la causa por todo el conjunto de la Santa Alianza y su destitución y degradación por el emperador de Rusia. La acción religiosa desgarró a muchas almas piadosas, que lo veían excomulgado y execrado; y de las políticas, la de Rusia, publicada por el cónsul general de ésta el mismo día en que acampó Hypsilandis en Colentina, desmintió oficialmente el engaño y, a partir de entonces, cada cual intentó salvarse como pudiera. Los gobernantes de los dos principados intentaban huir o se entendían en secreto con los turcos. El miedo lo dominaba todo, en el interior a causa del total desorden y vacío de poder y, en el exterior, por la amenaza de invasión otomana. Michail Sutsos, al comprobar por las respuestas de Alejandro a sus informes que había fallado la intervención rusa, única esperanza que le quedaba para participar en la causa, temiéndose connivencias secretas entre los nativos y los turcos y viendo que el territorio estaba en manos de enemigos, traidores y conspiradores y que ya no tenía ningún poder, por lo que corría el peligro de ser detenido y entregado, decidió escapar subrepticamente a Besarabia donde, según sus noticias, se habían dado instrucciones para recibirlo; huyó de noche el 30 de marzo sin que lo supieran los gobernantes, no sin firmar y sellar pliegos para la formación de una regencia compuesta de miembros del consejo local durante su ausencia, provisional según decía, y para que los nativos reemplazaran en los cargos a todos los cortesanos griegos que habían venido con él; cuando cruzó el Prut, envió los

nombramientos al metropolitano para que fueran aplicados. Al día siguiente se conoció la fuga del príncipe y se dieron a conocer los nombramientos, pero se consideró que estaban hechos no por un príncipe ausente, sino por un desertor y exiliado; por lo cual reuniéronse los que tenían derecho de voto y constituyeron una regencia, como solía hacerse cada vez que el principado quedaba vacante. Una vez constituida, la nueva autoridad se apresuró a presentar su acatamiento al sultán, excarceló y dio armas a unos pocos turcos que Sutsos retenía en prisión para que no fueran maltratados como los demás^{ac}, y ordenó perseguir como enemigos a cuantos partidarios de Hypsilandis quedaban en el principado, a partir de un plazo fijo. Pero la regencia local había asumido un poder abandonado y no se mostró capaz de mantenerlo una vez recibido.

Por las fechas en que se formó aquella llegó a Iasi Pendedekas, enviado por un Hypsilandis desconocedor aún de la huida de Sutsos, para alistar y enviar al campamento general a los voluntarios que seguían acudiendo diariamente desde el extranjero. Una vez llegado, en contra de lo previsto halló un gobierno hostil en vez de amistoso; inmediatamente reunió en la ciudad a unos 200 griegos y de otras nacionalidades y, lleno de audacia, con esta pequeña fuerza se adueñó del palacio a mediados de abril, asumiendo él solo todo el poder efectivo.

Hypsilandis, temiendo una invasión enemiga, trató de impedirla y comunicó a los regentes de Valaquia que había informado al emperador de Rusia de sus operaciones, de la situación de Grecia y de la amenaza que se cernía sobre los dos principados si se convertían en punto de concentración del enemigo y campo de batalla; que el emperador, para mantenimiento de la paz general y de sus planes, le había enviado por conducto de Kapodistrias^{ad} lo que juzgaba razonable para acabar con la movilización de los griegos, pero le daba a conocer al mismo tiempo que se había dignado presentar a la Puerta condiciones a favor de éstos; que sin la aceptación de las condiciones del emperador no deponía las armas; que se proponía atacar primero a los turcos y que deseaba que ellos no atacaran, para que no sufriera el territorio neutral.

Estas cosas escribió Hypsilandis, pero ninguna sirvió; después de permanecer cosa de una semana en Colentina, partió al frente de sus tropas el 4 de abril y, al día siguiente, acampó en Târgoviste, donde se fortificó; por medio de su hermano Nikólaos, ocupó Câmpulung, en la ladera de los Cárpatos; situó a Yorgakis en Pitesti, una posición elevada

entre Târgoviste y el río Olt; a Konstandinos Dukas lo envió a Ploiesti. Pero estas cuatro posiciones estaban tan separadas unas de otras, que el auxilio mutuo entre ellas era difícil y fácil la intercepción. Durante su estancia en Târgoviste, Hypsilandis aumentó en 450 efectivos el batallón sagrado, organizó una pequeña artillería y una caballería de doscientos y puso esta fuerza al mando de Kandakuzinós, pero el campamento sufría falta de municiones aún antes de empezar a hacer la guerra. A causa de la severa prohibición del mando austríaco, en vano se esforzó Hypsilandis por traer municiones de Transilvania; no obstante, consiguió reunir dos mil *okades*⁹³ de pólvora enviada del exterior en secreto a Vladimirescu por algunos amigos suyos y que intervino para usarla él, despreciando las amargas quejas del destinatario, y transformó en balas el techo de plomo del templo arzobispal de la ciudad. No era poca la falta de alimentos que padecía el campamento. De hecho había tanta indisciplina, inactividad, apropiación indebida e imprevisión, que el reducido número de los que iban con Hypsilandis pasaba hambre en medio de los campos más fértiles del imperio otomano, que eran la principal fuente de abastecimiento de Constantinopla. Pero lo que terminó de trastornar a Hypsilandis fue la actitud conspirativa de Vladimirescu y Savas contra él, que cada día iba a más y adquiría un aspecto más temible. No hay ninguna razón para creer en la sinceridad de Vladimirescu al comienzo de su acción. No tomó las armas espontáneamente, sino a propuesta y respaldo de Yorgakis, el fiel adepto de la Sociedad y de Hypsilandis; sin embargo, cambió de planes cuando vio que éste tenía más que esperar y temer de él que él de éste. Desde entonces, se dedicó con afán a plasmar lo que había aceptado como tapadera del verdadero fin, esto es, la autonomía de su patria con el gobierno de señores autóctonos. Cuando reparó en sus fuerzas y vio que la alta aristocracia de su tierra huía ante él, que era tan poca cosa, concibió la idea de convertirse en gran señor y se recreaba en ser llamado *Domnul*⁹⁴ *Tudor*, actuando siempre como un príncipe por intermedio del metropolitano y los dirigentes que quedaban del séquito de éste, al que hizo retornar a la ciudad por la fuerza, ya que se había marchado por miedo. Pero lo que definitivamente lo condena es su doblez y deslealtad: fingía ser el acólito de Hypsilandis y se entendía en secreto contra él con los

⁹³ Una *oká* (pl. *okades*) equivale a 1'282 Kgs.

⁹⁴ Versión rumana del "señor" o "príncipe" de los territorios.

turcos, que adulaban su autoestima para atraerlo hacia sus intereses y causar su perdición. Y ya no quedó ninguna duda de su traición cuando los de Hypsilandis, en la carretera entre Bucarest y Giurgiu, ciudad en la margen izquierda del Danubio, detuvieron a dos correos, uno de los cuales era enviado por Vladimirescu a las autoridades turcas y el otro en sentido contrario, portadores de sendas cartas que daban testimonio de su deslealtad a Hypsilandis y la petición del principado de su patria a modo de recompensa. Sorprendieron también al médico Theodosios cuando volvía de Stefanópolis⁹⁵ en Transilvania, a donde había sido enviado para convencer a los gobernantes de Valaquia refugiados allí de que escribieran al sultán contra el gobierno de los fanariotas y pidieran a Vladimirescu como príncipe.

Savas, traidor también a Hypsilandis, se mostró más astuto que Teodoro, ya que lo superaba en cultura y habilidad. Mientras Hypsilandis estaba en Besarabia, Savas lo animaba, como hemos visto, a trasladarse a los principados, prometiéndole incitar a la insurrección a Bulgaria con su ascendiente y su presencia; no tenía entonces empleo junto al señor Aléxandros Sutsos y acechaba su oportunidad pero, muerto éste, fue nombrado comandante de la guarnición de Bucarest; tenía viejas relaciones con el nuevo príncipe, Kalimachis, y esperaba ciertamente que su suerte mejorara; no hay duda de que de ahí brotó el primer cambio en sus ideas; pero, cuando la desautorización imperial a Hypsilandis desdijo las equivocadas suposiciones de la Sociedad, meditó su traición con la esperanza de alcanzar más gracia del poder otomano.

Así eran, por desgracia, dos de los tres capitanes más poderosos de la causa en los principados. Mientras cada uno conspiraba independientemente contra Hypsilandis, intrigaban también el uno contra el otro, enemistados a muerte por viejas rencillas y muy malquistos entre sí.

Mientras tanto la Puerta, enterada de lo que sucedía en los principados, comenzó a enviar bastantes efectivos a las fortalezas danubianas, negociando a la vez con el emperador de Rusia el paso de éstos hacia los principados. El emperador, que buscaba por todos los medios confirmar a la Puerta y a las cortes de Europa que no tenía nada que ver con los movimientos insurgentes, asintió de buena gana a la petición de la Puerta sobre la invasión militar y, así, movilizaron sus tropas. Primeramente, a

⁹⁵ Kronstadt, actualmente Brasov.

mediados de abril, pasaron dos mil soldados de Silistra a Călârasi, en la orilla opuesta del Danubio, y debido a su escaso número permanecieron en el distrito de Ialomita, cuya capital es Călârasi, acopiando víveres pero sin molestar para nada a los vecinos; al poco, otra pequeña columna de 150 penetró desde Ruse para saquear y avanzó hasta Rosiori de Vede, sobre el río Vede, donde 200 hombres de Yorgakis cayeron sobre ellos de improviso el 23 de abril, matando a unos y haciendo a otros prisioneros. El 30 de abril el jefe de la guarnición de Braila, Yusuf Pasha Perkóftsalis, salió hacia Galati con 3000 jinetes y 1500 infantes.

Delante de Galati había tres baluartes levantados por los rusos en la última guerra, de los cuales el más fuerte era el situado junto a la carretera de Braila. Poco antes había sido enviado allí por Hysilandis para guardar la ciudad Thanasis Tufektsís, de Karpenisi, un hombre valiente y, hasta entonces, recaudador de impuestos. Al salir de Târgoviste tenía sólo 60 soldados, pero al llegar a Galati los incrementó a 600, de los que buena parte procedía de las tripulaciones de 15 barcos de propiedad y bandera turcas que había en el puerto, de los que se había apropiado Karaviás al tomar Galati. Estos 600, aunque eran pocos, decidieron hacerles frente y, el día en que los enemigos salieron de Braila, Thanasis y su lugarteniente, Yoryis Papás, con unos pocos a caballo, fueron hasta la confluencia del Siret con el Danubio, cerca de Galati, para avistar la llegada del enemigo y, después de una escaramuza, volvieron al día siguiente a los baluartes. El día después (1 de mayo), llegó el enemigo. Nada más verlos llegar, los ocupantes de los dos reductos no tan fortificados desertaron y les acompañó la mayoría de los del fortificado; quedaron Thanasis, Papás y 43 soldados, que lucharon bravamente todo el día, rechazando los sucesivos asaltos de los turcos. Al llegar la noche, cesó el combate y, como los encerrados no veían otra forma de salvarse que la fuga, dos horas antes de amanecer arrojaron primero por fuera del baluarte sus capotes, a los cuales los turcos dispararon, tomándolos por ellos mismos en la oscuridad de la noche; antes de que consiguieran cargar de nuevo los fusiles, los de dentro saltaron, no sin haber llenado los dos cañones que funcionaban y haber puesto en sus orificios mechas largas y de modo que dispararan el uno tras el otro después de la huída y así los enemigos creyeran que aún quedaban otros en el reducto y no cayesen todos sobre ellos mientras escapaban. La estratagema dio resultado; los turcos no persiguieron a los que huían y así se pusieron a salvo todos, excepto tres, en una pequeña lengua de tierra

en la confluencia del Prut con el Danubio. Al día siguiente los turcos se apoderaron de la ciudad, la saquearon e incendiaron, mataron a seiscientos moldavos que había en ella y destruyeron los barcos que había en el puerto. Pasaron allí tres días y volvieron a Braila con el botín. Un puñado de jinetes e infantes se separaron por el camino y avanzaron hacia el interior de Valaquia para saquear, y algunos de los de a pie llegaron a Râmnicu, entre Focsani y Buzâu; al ver a unos griegos a caballo que venían hacia ellos, se encerraron para mayor seguridad en una casa, huyeron después de un combate de dos horas y se refugiaron en un molino fuera de la villa, pero los jinetes que les perseguían lo incendiaron y mataron a casi todos.

Luego de la huída de Sutsos y los roces entre la regencia y Penedekas en Iasi y antes aún de conocerse en Târgoviste lo sucedido en Galati, Hyspilandis ordenó a Kandakuzinós marchar a Moldavia como representante suyo con plenos poderes, enviar desde allí al campamento general soldados, municiones, dinero y los cañones de Galati y volver después; en su ausencia nombró jefe del batallón sagrado a Karaviás.

El 9 de mayo partió Kandakuzinós de Târgoviste con 350 combatientes mixtos. Al aproximarse a Focsani, informado de que estaban allí 200 turcos de los que habían llegado para saquear, ordenó a la mayor parte de los suyos que cayeran sobre ellos por la noche, cuando estuvieran durmiendo. Los designados entraron en la ciudad la noche del 14 de mayo y avanzaron en silencio hasta el monasterio de San Juan, donde los enemigos pernoctaban sin sospechar; pero aunque el éxito era seguro, se pusieron a discutir, hubo división de opiniones y regresaron sin hacer nada. Al día siguiente salió Kandakuzinós al frente del resto hacia Focsani y se unió a los demás por el camino y, el mismo día, salieron del monasterio 100 jinetes turcos para atacarle, pero al poco, derrotados, se vieron forzados a volver atrás. Detrás de ellos entraron en la ciudad los de Kandakuzinós y conquistaron parte de ella. El enemigo, temiendo que siguieran adelante, incendió las casas alrededor de los que habían irrumpido, los hizo huir del fuego que se extendía por la ciudad y los cazó en su huída; mató e hiró a algunos, reforzado por otros jinetes que se encontraban fuera, acopiando alimentos y enseres.

Ese día, Kandakuzinós y los suyos llegaron huyendo a Mira, un monasterio sobre una posición fortificada, y pernoctaron allí. Al día siguiente, mientras atravesaban los montes, supieron que había 80 turcos en otro monasterio a unas horas de distancia y marcharon hacia él. Pero los

turcos habían sido informados previamente por vigías y huyeron, dejando sus pertrechos y animales. El 22 de mayo llegó Kandakuzinós con los suyos a Iasi, donde le recibieron con honores y lo llevaron directamente a la iglesia, donde se entonó un Te Deum en acción de gracias como si hubiera llegado en triunfo, cuando había huido ante el enemigo. Una vez que hizo públicos los plenos poderes otorgados por Hypsilandis, dio disposiciones sobre el mantenimiento del orden en el lugar y regreso de los huidos a sus hogares, sobre enrolamiento y campañas, sobre provisión de víveres y dinero y sobre ocupación de algunas posiciones para proteger la ciudad, pero nadie escuchó sus órdenes. Todos los hombres armados se entregaron al robo, a la juerga y a la indisciplina. Todos los animales o productos que se requisaban en nombre del gobierno se vendían en beneficio privado; se servían a los soldados cinco veces más raciones de las que realmente necesitaban; los pasos y caminos estaban sin guardar; y si alguien salía en expedición, volvía poco después a Iasi habiendo desplumado a los pobres e indefensos aldeanos; nadie reconocía a otro como su superior; véase cómo firmaba un jefezuelo que sólo tenía 12 soldados a su mando:

“Yannakis Bukuvalas, archistratego del ejército griego en Caroli y nazir⁹⁶ de los cinco cadíes para la disciplina y el buen estado del lugar.”

Viendo Kandakuzinós que nadie le escuchaba ni temía ni respetaba y sabiendo que el propio Pendedekas había empezado a intrigar en secreto cuando le pidió cuenta de sus actos, temiendo incluso atentados contra su vida dentro de la ciudad, después de una semana se fue a la aldea de Stinka, a orillas del Prut y a dos horas de la ciudad, donde se estableció con sólo 60 soldados. Se le unieron otros 400 infantes y 50 jinetes de los que lucharon en Galati. Los demás, entre ellos Pendedekas, se quedaron en Iasi dándose la gran vida. Kandakuzinós no cesaba de exigir a los soldados en la capital y al mismo Pendedekas que se reunieran con él; pero, al no haberse ganado desde un principio el respeto de los soldados, fue ignorado por completo desde que se marchó de Iasi, porque los de aquí creían y decían que se disponía a huir y que ése era el motivo por el que se había ido a la orilla del río; mas Pendedekas, que no quería quitarse la máscara, fue poco después a verlo y recibió la misión de reclutar al general serbio Mladen, que andaba por allí con los suyos, y posicionarse en Roman, una ciudad en la confluencia de los ríos Moldava y Siret, pero se negó diciendo

⁹⁶ Inspector, en turco.

que sus soldados no le obedecían y se marchó con los pocos que traía a instancias del propio Kandakuzinós, que se había asustado al oírles decir en su cara que no lo reconocían como jefe y que lo consideraban un traidor. Y aún hubo otro suceso que vino a aumentar la desobediencia e indisciplina imperantes: resulta que había en Iasi un heptanesio que, suplantando al conde Kapodistrias, declaraba haber sido enviado por las Potencias aliadas para organizar políticamente Moldavia y daba su aprobación a que no se desplazara el ejército griego en la capital, desautorizando a las claras a Kandakuzinós, por moldavo y por traidor a los intereses griegos. Durante cierto tiempo influyeron tanto las palabras de este hábil charlatán, que toda la soldadesca lo quería como jefe. Tal era la situación de Moldavia cuando sobre la capital se cernía la invasión enemiga.

CAPÍTULO IX

ENTRADA DE FUERZAS TURCAS EN BUCAREST.- MAQUINACIÓN DE SAVAS.- EJECUCIÓN DE VLADIMIRESCU POR TRAIADOR.- BATALLAS DE NOTSETO Y DRAGASANI.- HUIDA DE HYPASILANDIS.- LOS JEFES QUE QUEDARON.- LOS SUCESOS DE MOLDAVIA.- MUERTE DE YORGAKIS OLYMBIOS.- EXAMEN DE LA FIGURA DE HYPASILANDIS.-

La actitud conspirativa de Savas y Vladimirescu animó a los turcos a encaminarse sin miedo a Bucarest, donde estaban los dos manteniendo relaciones secretas con ellos, pero desconfiando el uno del otro. El pashá de Silistra, Selim Mehmet, dispuso ocho mil hombres armados con la colaboración del pashá de Giurgiu y los envió a Bucarest, cuatro mil a las órdenes de su lugarteniente Chatsí-Kara⁹⁷-Ahmet Efendi, como comandante en jefe del conjunto, y el resto a las del kiaya del pashá de Giurgiu; ni uno ni otro encontraron enemigo por el camino y entraron en la ciudad, el comandante general el 15 de mayo y el vicecomandante el 17. Pocas horas antes de que entrara el general, salió tranquilamente Savas, el jefe de la guarnición estacionada en la ciudad, diciendo que no tenía suficientes efectivos para resistir y que Vladimirescu le había negado su colaboración; representando siempre el papel de seguidor de Hypsilandis, se instaló en el monasterio de Vacaresti, a dos horas de Târgoviste, donde, buscando congraciarse a sus amigos secretos, planificó tender una trampa a Hypsilandis mediante la siguiente argucia:

⁹⁷Dos términos turcos que van a aparecer frecuentemente. Sobre todo el primero, Χατσή-, del turco *haci* (pronunciado *halli*), prefijo procedente del árabe, que significa “peregrino” y se antepone como título honorífico, en los países musulmanes y los balcánicos pertenecientes al Imperio Otomano, al nombre de la persona que ha visitado los santos lugares de su religión (La Meca o Jerusalén). En cuanto a *kara*, significa *negro*.

Desde que llegó a Colentina, Hypsilandis no cesaba de instar a Savas para que proclamase por escrito que había tomado las armas contra el poder turco por la causa griega. Como no quería dar muestras de que le pedía esta declaración política porque sospechaba de él, le decía que ya le había pedido muchas veces una confesión igual a Vladimirescu, al que Savas siempre estaba acusando de traición, y siempre había fracasado porque Vladimirescu respondía que, mientras callase su enemigo Savas, él estaba obligado a callar. El taimado Savas veía que una acción así echaría a perder sus recién estrenados contactos secretos con los turcos y se resistía, alegando diversos pretextos; pero, cuando los turcos entraron en Bucarest y él se instaló en el monasterio de Vacaresti, donde contactó más estrechamente con los turcos y les comunicó sin ambages lo que pretendía hacer, reiterada la petición, firmó y publicó el escrito, para alegría y contento de Hypsilandis; al día siguiente fue a verlo voluntariamente, comió con él y lo invitó al día siguiente a comer y a ver su caballería, realmente magnífica. Tanta confianza inspiró con lo que hizo y dijo, que Hypsilandis prometió ir al monasterio en respuesta a la invitación; después, teniendo motivos para sospechar una trampa, se fingió enfermo y le envió sólo a algunos oficiales de su estado mayor.

Vladimirescu, acampado junto a Bucarest, permaneció en su campamento todo el día en que los turcos entraron en la ciudad, sin establecer una comunicación clara ni decantarse por ellos, pero alimentando proyectos conspirativos contra Hypsilandis e intentando llevarlos a la práctica astutamente, para acabar definitivamente con él; al día siguiente salió al frente de sus tropas hacia Valaquia Menor, sin informar previamente a Hypsilandis.

Entre los jefes de Vladimirescu había algunos que ni comulgaban con la actitud conspirativa de su jefe ni querían seguir otra senda que la de Yorgakis. Por este doble motivo eran sospechosos para Vladimirescu, quien, cruel y sanguinario por educación y por voluntad propia, intentó desembarazarse de los jefes a los que tenía ojeriza y empezó a matarlos por el camino, sin juicio ni investigación. Estos actos criminales desagradaron y atemorizaron al máximo a los supervivientes, expuestos a sufrir la misma suerte por las sospechas que pudiera concebir contra ellos; por lo cual, decidieron actuar antes: desvelaron sus temores a Yorgakis e invocaron su colaboración para mayor seguridad, si se presentaba la necesidad.

Mientras tanto el taimado Savas, sabedor de los planes de Vladimirescu por los contactos secretos que mantenía con los turcos, se los desveló a

Hypsilandis, para que su enemigo no disfrutara las mieles de la traición, que deseaba para sí. Los planes descubiertos eran que Vladimirescu marchaba a Valaquia Menor para adelantarse a la vanguardia y obstaculizar el paso del Olt por el ejército griego y que los turcos pensaban, una vez que Vladimirescu se apostase en el lugar oportuno, marchar ellos también a Târgoviste y caer sobre la retaguardia de Hypsilandis, para matarlo o hacerlo preso y aniquilar el ejército. Hypsilandis hizo partícipe de las revelaciones de Savas a Yorgakis, que estaba en Pitesti, y le ordenó desbaratar los funestos planes de Vladimirescu por los medios que considerase más adecuados; ordenó además a su hermano en Câmpulung, a causa del número de los que acompañaban a Vladimirescu, bajar con los suyos al campamento de Yorgakis para engrosar sus filas. Savas aprovechó la excelente ocasión para despistar a Hypsilandis y perjudicar a su enemigo Vladimirescu y envió 400 jinetes para que se pusieran a las órdenes de Yorgakis. El 18 de mayo, Vladimirescu llegó con su ejército a Golesti⁹⁸. Junto a Pitesti y por frente de Golesti pasa el río Arges, cuyas orillas están unidas por un puente que tomó Yorgakis. Vladimirescu fue informado y pidió a Yorgakis que dejara libre el paso. Éste aplazó la respuesta hasta el día siguiente, en que se dirigió a Golesti acompañado por 400 jinetes e infantes selectos. Vladimirescu lo recibió al frente de sus capitanes. Yorgakis comenzó a acusarle de no presentar batalla cuando los turcos estaban entrando en Bucarest, de incumplir sus promesas y transgredir sus juramentos. Vladimirescu pretendió culpabilizar de su no beligerancia a Savas, porque no quiso combatir a su lado; pero Yorgakis respondió que Su Alteza tenía pruebas escritas de sus contactos secretos con los enemigos de la fe y sabía que él los animaba a invadir armados el principado, que con este acto había destruido el lugar y que tenía que rendir cuentas ante Dios y los hombres; a continuación condenó su actitud conspirativa contra los capitanes por medio de la injusta muerte de algunos de ellos y añadió que había desaparecido toda seguridad para los que quedaban con vida. Se leyó ante todos el acuerdo secreto entre Vladimirescu y él, escrito antes del comienzo del movimiento revolucionario y que demostraba que Vladimirescu había actuado contra lo convenido. Vladimirescu, que tenía el carácter pero no la habilidad del conspirador, se derrumbó al ser reprendido. Yorgakis, al ver además que muchos de los presentes asentían a

⁹⁸ Al sur de Focsani.

lo que él decía, descolgó la espada de Vladimirescu, que pendía de un muro encima de él, diciendo que no era digno de llevarla y que iba a enviarla al general. El atrevimiento de Yorgakis hundió a Vladimirescu y no irritó a ninguno de los presentes. Yorgakis aún tuvo otro atrevimiento más: cogió las pistolas del cinto de Vladimirescu y ordenó que lo llevaran a Târgoviste para que se defendiera ante Su Alteza. Entonces, abandonado por todos, lo detuvieron algunos de los acompañantes de Yorgakis, le ataron las manos a la espalda y lo condujeron custodiado a Pitesti; allí se hizo cargo de él Nikólaos Hysilandis y lo llevó fuertemente vigilado a Târgoviste donde, vuelto a reprender duramente por Hysilandis, fue arrastrado fuera de la ciudad y descuartizado por los soldados como traidor y perjuro el 23 de mayo, sin juicio previo ni consejo de guerra, sólo con la evidencia de los escritos que obraban en poder de Hysilandis, por los cuales era evidente su traición y perjurio.

Así fue y tal fin tuvo Teodoro Vladimirescu, un hombre que deseaba lo mejor para su patria pero, por su extrema incultura, su educación bárbara y sus malos hábitos consideraba legítimo el uso del complot, de la traición, los asesinatos injustos y el perjurio, por los cuales fue juzgada su conducta final.

Después de su muerte, Hysilandis nombró generales de su ejército a sus dos jefes más importantes, el serbio Chatsí-Prodan y el valaco Makedonski, llamado así por su ascendencia macedonia. La fuerza se componía entonces de 250 jinetes serbios y búlgaros, 4.000 *panduri* y 4 cañones. Les ordenó trasladarse a Valaquia Menor, hacer levas y ocupar ciertas posiciones y la aldea de Dragasani, pues había oído que dos mil enemigos habían salido de Vidin y se habían repartido por Valaquia Menor. Hysilandis, temiendo que los turcos en Bucarest pensaran atacarle en Târgoviste, como se le había informado, libre de su enemigo oculto Vladimirescu y viendo las fuerzas del enemigo movilizadas por todas partes y las suyas en total inmovilidad, decidió en la reunión de estado mayor celebrada el 27 de mayo ponerse en movimiento al día siguiente; como los más reducidos en número eran los que salieron de Vidin, intentó caer sobre ellos yendo por Pitesti, que estaba en la carretera de Pequeña Valaquia y donde le esperaba Yorgakis; mandó que se concentrasen allí diferentes cuerpos y llamó a Savas, que no había arrojado aún la máscara, para que le acompañara; pero este, temiendo que le ocurriera lo mismo que a su émulo Vladimirescu, rehusó cortésmente el llamamiento y se posicionó en el monasterio fortificado de Marçeni. El

25, los turcos salieron en número de 5.000 hacia Târgoviste como estaba previsto, llegaron la tarde del 26 a las proximidades y pasaron la noche en el bosque cercano, mientras los griegos, aún en Târgoviste, desconocían que el enemigo estuviese tan cerca. La mañana del 27, esto es, a la hora en que los de Hypsilandis iniciaron el camino hacia Pitesti, 500 jinetes desgajados del ejército turco, que iba detrás de ellos, aparecieron camino de Notseto, ocupado por Yannakis Kolokotronis, primo de Theódoros Kolokotronis. Al llegar al cercano monasterio de San Jorge y encontrar una guarnición griega al mando de Sachinis y Sfikas, atacaron pero retrocedieron sin conseguir nada, pues hubo una feroz resistencia. Por la tarde el enemigo, completado con 1500 jinetes, llegó a Notseto, a donde habían llegado antes en auxilio Konstandinos Dukas y Yerásimos Orfanós, enviados por Hypsilandis, que se había enterado de las operaciones del enemigo en aquella zona. Los de Orfanós se colocaron junto al monasterio, los de Dukas más lejos, sobre una loma a la izquierda. Los de Notseto, ayudados por los de Orfanós, lucharon con denuedo hasta bien entrada la noche. También resistió con fuerza otro cuerpo griego mandado por Anastasis Argyrokastritis, que ocupaba una colina resguardada por delante con un parapeto elevado al efecto y por detrás y los lados con el bosque. Pero Dukas, al ver avanzar a una sección de enemigos, abandonó la posición y con su huida del combate atemorizó y obligó a los demás, que habían luchado con éxito hasta entonces, a darse a la fuga como vencidos, sobre la medianoche.

Aunque el daño real de los griegos era pequeño, el moral resultó muy grande, pues cuando el ejército de Hypsilandis, que marchaba al lado, se enteró de lo sucedido, cayó en una grave indisciplina y, a causa de ello, algunas secciones se desperdigaron y vagaron errantes en la oscuridad de la noche, mientras iba cundiendo el pánico; también se perdieron algunos pertrechos y bastantes víveres en la travesía del río Dâmbovita. Dukas, de vuelta al campamento y reprendido severamente por su deserción, abandonó los principados.

Antes que cruzaran el Olt los de Makedonski y Chatsí-Prodan como había sido ordenado, los enemigos en Valaquia Menor se apoderaron de Craiova. Algunos de ellos se encontraron fuera de la aldea de Sabidin con dos columnas, la de Solomós y la de Anastasis Manakis, llamado también Micháloglu, que marchaban a reforzar a Hypsilandis; las atacaron y las dispersaron. Otros 800 turcos al mando del hijo de Kara-Feizi, conocido por su valor, se situaron en Dragasani. Los de Makedonski y Chatsí-Prodan

llegaron también a las proximidades de esta aldea la noche del 29 de mayo y cayeron de improviso sobre el lugar en que los turcos apacentaban sus bestias, de las que capturaron a 70, matando a 5 turcos y aprisionando a 2; los dos días siguientes, mantuvieron escaramuzas con los turcos que habían salido de Dragasani en su persecución y después se alejaron.

Al llegar a Pitesti, Hypsilandis supo que Savas trabajaba abiertamente para los turcos que habían llegado a Bucarest; rápidamente envió a Farmakis con otros 300 a Arges (Curtea de Arges), a orillas del río homónimo y entre elevadas montañas, para asegurar aquella posición, y él llegó el 1 de junio a Râmnicu, una ciudad a la orilla derecha del Olt, donde también lo hicieron con los suyos los capitanes Makedonski, Chatsí-Prodan, Diamandís Serdaris, Solomós y Manakis, de modo que las fuerzas al mando de Hypsilandis en aquel momento eran 2.500 a caballo y 4.500 rasos, incluido el batallón sagrado, y 4 cañones. Hypsilandis ordenó que la mayoría de las columnas se dirigiesen Dragasani y tomaran posiciones mientras él llegaba. El 3 de junio se pusieron en movimiento las columnas, siguiendo las órdenes; el 5, los siguió Hypsilandis con la retaguardia. Ocho horas hay de Dragasani a Râmnicu, pero estas columnas se retrasaron más de lo acostumbrado y tampoco llegaron todas juntas, pues por el camino caía una lluvia pertinaz y torrencial; a duras penas se fueron reuniendo una tras otra en el lugar fijado hasta el alba del día 7. El comandante adjunto Yorgakis, debido a la superioridad numérica de los que iban bajo la enseña griega, quería aislar por todos lados a los enemigos, mientras fueran pocos, y envió diversos cuerpos a ocupar las posiciones que había alrededor y eran aptas para este objetivo. Karaviás, con la caballería a su cargo, y Nikólaos Hypsilandis, recién colocado al frente del batallón sagrado y la artillería, se colocaron frente a Dragasani, en un desfiladero que tenía sus dos bordes unidos por un puente. Se notificó a todos que se dispusieran para la batalla al día siguiente, en que el comandante en jefe tenía la intención de llegar con una retaguardia de dos mil hombres. Yorgakis, que dirigía las operaciones, se situó a un lado de la carretera de Râmnicu, para dialogar antes que los demás con el general, que era esperado al día siguiente. Los turcos en Dragasani, en posesión además del monasterio cercano, se dieron cuenta de lo apurado de su situación e intentaron, aunque en vano, expulsar a los de Argyrokastritis, que se habían trasladado allí después de los sucesos de Notseto y tomado un montículo cerca de la aldea en medio de un lugar pantanoso; previendo que el combate era inevitable e inminente, empezaron

a quemar las humildes casas de la aldea, por ser abundantes y perjudiciales. Pero el impulsivo Karaviás vio el incendio como el prólogo de la huida y, temiendo que se le escapara por su inactividad una victoria segura, como él se imaginaba, después de mediodía cruzó con los suyos el barranco en dirección a la aldea sin informar previamente a los demás capitanes, como si quisiera apropiarse él solo toda la gloria; a instigación suya, le siguieron el batallón sagrado y la artillería. Los turcos se acobardaron, suponiendo que a una señal atacarían los griegos por todas partes; por ello, mientras la artillería empezó el bombardeo, no salieron y examinaban por qué camino huir; pero al ver que no se incorporaban más y que los cañones no les hacían daño por la impericia de los artilleros, salieron a caballo y cayeron espada en ristre sobre el enemigo; los de Karaviás abandonaron las filas, pero el batallón sagrado mostró cómo inflamaba sus corazones la llama del patriotismo y aguantó luchando; mas no tenían experiencia guerrera y la caballería enemiga, cayendo sobre ellos con todo su impulso, rompió las filas, se apoderó de los cañones y los despedazó. Al oírse el vocerío propio de la guerra, corrieron hacia el campo de batalla Yorgakis y otros capitanes con los que pudieron reunir, dispararon sus fusiles contra los turcos que perseguían y aplastaban sin piedad a los voluntarios, dados finalmente a la fuga, y así salvaron de la muerte o la esclavitud a muchos que corrían el peligro de ser hechos prisioneros, entre ellos los hermanos del general. Todos los voluntarios habrían sido aniquilados si no hubieran llegado antes estos refuerzos, entre los cuales destacó el guerrillero valaco Ioannitsas Jorcas. Los turcos, tras perseguir a los vencidos hasta el barranco, volvieron vencedores a la aldea, preguntándose cómo habían conseguido tanto contra todo pronóstico. Murieron más de doscientos griegos, casi todos del batallón sagrado, caídos como ramas florecidas bajo la afilada hacha del fornido leñador; murieron los capitanes Dimitrios Sutsos y Spyridon Drakulis, que se distinguieron por su valor entre tantos valientes, y hubo 40 prisioneros. El pánico cundió entonces por todos los cuerpos del ejército, disolviéndose al punto la mayoría y desperdigándose de mala manera. Hypsilandis se enteró de lo ocurrido cuando estaba a tres horas del funesto escenario y, al ver cómo los soldados volvían dispersos a Râmnicu, dio la vuelta y pasó allí la noche y el correspondiente día; el 9 se trasladó a Cozia, un monasterio en los Cárpatos a dos horas de distancia de Râmnicu.

Una vez que Hypsilandis recibió la respuesta de la corte rusa a sus pretensiones, perdió toda esperanza de ayuda exterior para sí o de

impedimentos exteriores a las operaciones militares de la Puerta contra él; la reciente catástrofe de Dragasani abatió toda verosimilitud de eficaz resistencia interior; y lo peor de todo fue que, después de este desastre, no sólo temía a los turcos, sino también a sus mismos soldados, y no podía quedarse, pues corría el riesgo de ser apresado por el enemigo, ni se atrevía a huir, porque las tropas a su mando se oponían; algunos, sabiendo que el kiaya bey había dado un bando en el que prometía una recompensa al que le llevara su cabeza, pensaban en el complot. A causa de ello, concibió terribles suspicacias; así que, durante los tres días que permaneció en el monasterio, recibió a muy pocos dentro del patio y, por la noche, él y los suyos estaban atentos y en vela, como si temieran un asalto enemigo. Realmente, la segunda noche de su estancia allí se declaró un incendio en el atrio del monasterio, donde dormían unos soldados que, fingiendo miedo a quemarse, escalaron los muros para escapar al supuesto peligro. Los de Hypsilandis, que sabían de antemano que eran los conspiradores contra su vida los que habían tramado esta artimaña, les prohibieron la entrada so pena de muerte. Entre tales sospechas e insidias, Hypsilandis decidió abandonar los principados. El conocimiento que tenía del carácter y la valía de Yorgakis le animó a descubrirle su intención y pedirle su sincera colaboración. Yorgakis ni se mostró indigno de la confianza de Hypsilandis ni sordo a su petición, aunque la veía perjudicial en extremo, tanto para la causa común como para sí mismo; despachó a algunos jefes sospechosos, supuestamente a conquistar unas posiciones enemigas, pero sobre todo para que no estorbasen a Hypsilandis en su partida. Mas lo que Hypsilandis pretendía hacer subrepticamente lo hicieron a las claras muchos de los suyos, echándose a los montes tras la derrota de Dragasani, para ponerse a salvo en Transilvania. Como brilló por su ausencia todo honor y todo respeto, el poderoso oprimía al débil sin compadecerse de él como compañero o como partícipe de las mismas tribulaciones: algunos fueron tan insensibles e inhumanos que tomaron los desfiladeros que conducían a Transilvania y, cual nuevos Perifetes o Cerciones⁹⁹, agredían a los que pasaban, sobre todo a los voluntarios del batallón sagrado, acreedores de todo cariño y consuelo, y si no los mataban como esos

⁹⁹ Perifetes y Cerción, dos gigantescos bandidos que fueron víctimas de Teseo en la limpieza de delincuentes que efectuó durante su viaje desde Trezén a Atenas. El primero saqueaba y mataba a los viajeros en Epidauró; el segundo, convertido en rey de Eleusis, los vencía y sometía al descuartizamiento atándolos a dos árboles entrelazados por sus copas. Teseo les dio a probar su propia medicina.

antiguos rufianes, los desvalijaban. Entre tanto, Hypsilandis preparaba su marcha; primero hizo circular el rumor de que Austria había declarado la guerra a Turquía, después fingió haber recibido cartas que demostraban la llegada de batallones austríacos a la frontera y su inmediato traslado a Valaquia; para que se creyera lo que decía, hizo pública ostentación de su alegría ordenando que se disparasen salvas de fusil, que se iluminase el monasterio y que se divirtieran brindando a la salud del emperador de Austria. Esto es lo que hizo por la tarde; al día siguiente salió al frente de sus tropas, diciendo que había recibido una llamada para que fuese hasta la frontera a encontrarse con un oficial, enviado por el emperador Francisco para dirigir lo concerniente a la entrada de los ejércitos austríacos. Ya cerca de la frontera, se vio obligado bajo amenazas a dar a Argyrokastritis el poco dinero que quedaba, en concepto de sueldos atrasados a sus compañeros de armas, para librarse de sus garras; media hora antes de llegar a Rotterturm¹⁰⁰, donde estaba el puesto fronterizo de Austria, se detuvo y envió a Lassanis, para preguntar si se le recibiría en territorio austríaco; al saber que sí, pero con otra identidad, cambió su nombre por el de Aléxandros Komninós y, el 14, se entregó a las autoridades austríacas con los de su séquito, a saber, sus dos hermanos, Orfanós, Lassanis, Garnowski y Konstandinos Kavelarópulos, con los nombres también cambiados, y de allí fueron trasladados todos a Arad, ciudad húngara a orillas del río Mures, donde permanecieron ocho días esperando las órdenes de la corte austríaca y sin sospechar lo que iba a sucederles, sino por el contrario, esperando con plena confianza el traslado desde Austria a otra tierra libre y su rápido regreso a Grecia. Mientras estaba en Arad, Hypsilandis publicó el siguiente parte, escrito en Râmnicu el 8 de junio:

“¡Soldados...! ¡No! No mancillaré este sagrado, este honroso nombre aplicándolo a vuestras personas, cobarde rebaño de gente. Vuestra traición, vuestras intrigas me fuerzan a separarme de vosotros. En adelante, todo vínculo entre vosotros y yo está interrumpido; sólo en el fondo de mi alma guardaré la vergüenza de haberos mandado. Habéis pisoteado vuestros juramentos, traicionado a Dios y a la patria y me habéis decepcionado desde el mismo momento en que confié en vencer o morir gloriosamente con vosotros. Así pues, os dejo libres; corred hacia los turcos, los únicos

¹⁰⁰ En rumano, Pasul Turnu Rusu; es un puerto de montaña donde se sitúa la frontera entre Valaquia y Transilvania (que, como hemos dicho, formaba parte entonces del Imperio Austríaco).

dignos de vuestra ralea; salid de los bosques, bajad de los montes que son asilo de vuestra cobardía y corred hacia los turcos, besadles las manos, de las cuales gotea aún la santa sangre de los salvajemente masacrados: ministros principales de la religión, patriarcas, obispos y otros miles de hermanos vuestros inocentes. ¡Sí, corred, comprad la esclavitud con vuestra vida, con la honra de vuestras mujeres e hijos!

Y vosotros, sombras de los nobles griegos del batallón sagrado, que os habéis sacrificado cayendo traicionados por el bien de la patria, recibid a través de mí las gracias de vuestros compatriotas. En poco tiempo se erigirá una estela que perpetúe vuestros nombres.

Con marcas a fuego están grabados en las fibras de mi corazón los nombres de los amigos que me mostraron fidelidad y sinceridad. Su recuerdo será siempre el único bálsamo para mi alma.

Libro al odio de la humanidad, al juicio de las leyes y a la maldición de sus semejantes al perjurio y traidor Savas Kaminaris, a los desertores y causantes de la deserción general y la huida Konstandinos Dukas, Vasilios Barlaam, Yoryos Manos de Fanari, Grigorios Sutsos de Fanari y al depravado Nikólaos Skoufos¹⁰¹.

Y borro a Vasilios Karaviás de la lista de mis compañeros de armas por su deslealtad y su indecente proceder.”

Una vez que llegaron las disposiciones de la corte austríaca, los de Hypsilandis cambiaron de nombre por segunda vez; en Austria es un requisito el cambio de nombre de los refugiados políticos, para que ni los propios guardias conozcan la identidad de los retenidos; Hypsilandis tomó el de barón Skonbard y los demás, otros, siendo trasladados de noche en un carro a Munkács¹⁰², ciudad de Hungría donde se les encarceló y pasaron cuanto no está en los escritos. En el año 1823, a causa de lo malsano del lugar, se les llevó a Theresienstadt, ciudad de Bohemia donde, aparte de Kavelarópulos y Garnowski, liberados en 1826 el primero por ser jonio y el segundo por ser polaco, permanecieron todos en prisión hasta el final de 1827, siendo liberados por mediación del emperador Nicolás¹⁰³, comprometiéndose bajo palabra de honor a permanecer en Viena, Venecia

¹⁰¹ Miembros de la Filikí que huyeron de Câmpulung a la llegada de los turcos, encontrando asilo en Transilvania.

¹⁰² Actualmente en Ucrania.

¹⁰³ El zar Nicolás I.

o Verona, según les agradara más, hasta que concluyese lo de Grecia; se quedaron en Viena, donde Hypsilandis, enfermo por las penalidades soportadas en prisión, murió el 20 de julio de 1828 a los treinta y siete años de edad.

La retirada de Hypsilandis de Valaquia acabó con la lucha de los jefes unidos por un mismo objetivo y, a partir de entonces, cada uno se dejó llevar y conducir por su inclinación natural y sus intereses; unos huyeron al otro lado de las fronteras, otros se enclaustraron en posiciones fortificadas y otros deambularon por zonas montañosas, rehuyendo el encuentro con el enemigo que, envalentonado por sus victorias, perseguía en grupos a los forajidos.

Yorgakis, una vez que se despidió de Hypsilandis, fue a Curtea de Arges, donde se unió a Farmakis, que mantenía dicha posición. Al oír estos dos jefes que los turcos y los de Savas se acercaban, se retiraron con 800 jinetes selectos y, tras cruzar la frontera, dieron en Transilvania y llegaron a Vratsa, un monte de Moldavia donde hay algunas aldeas inaccesibles, y acamparon allí. Yorgakis enfermó por el camino y fue llevado en angarillas durante muchos días.

Los turcos y los de Savas, tras expulsar más allá de las montañas a este enemigo más peligroso, se dirigieron contra Diamandís Serdaris, fortificado en el monasterio de Bistrița¹⁰⁴ o, según otros, Cozia. Este resistió con coraje dos días; el tercero, confió en las palabras de Savas y se rindió a cambio de asegurar su vida y conservar su grado; pero los turcos, violando lo pactado, lo enviaron a Constantinopla, donde fue decapitado, mientras a muchos de los suyos los mataron en el monasterio. Savas quedó abatido por la falta de palabra de los turcos y se lamentó temiendo que le pasara lo mismo, mas el kiaya bey lo tranquilizó diciendo que Diamandís y los suyos habían muerto por hacer la guerra a los turcos, mientras él se había mostrado su fiel y más decidido colaborador.

Los turcos expulsaron fácilmente de todas las partes de Valaquia a sus oponentes, pero a veces encontraron resistencia: 400 acorralaron a 70 en el monasterio de Slătina, los hostigaron durante tres días con sus noches y, después de morir casi todos, entre ellos el capitán, prendieron fuego al monasterio y escaparon, librándose así los sitiados. Tres días estuvieron los de Manakis rechazando a los turcos en otro monasterio y, al cuarto, salieron por la noche y llegaron sanos y salvos a Transilvania.

¹⁰⁴ En Costesti, perteneciente al distrito de Vâlcea (Oltenia).

Un sacerdote llamado vulgarmente Papá-Servos¹⁰⁵, famoso por su valor y que había venido voluntario desde Serbia para luchar al lado de Hypsilandis cuando éste estaba aún en Târgoviste, reunió a bastantes soldados, se posicionó sobre Câmpulung en los Cárpatos, rechazó a los atacantes, destrozó su caballería, torpe en ese lugar no propicio para ella, y huyó indemne^{ae}. Los capitanes Makedonski, Chatsí-Prodan, Solomós y Karaviás, entre otros, se salvaron huyendo a Transilvania.

El kiaya bey, una vez que vio toda Valaquia libre de enemigos, llamó a Savas a Bucarest con la excusa de recompensarle por su fidelidad al sultán y sus inapreciables servicios. Savas llegó a donde se le había llamado con mucha pompa y, tomando consigo a soldados de elite y los dos jefes, Michalis y Yentsis, fue el 7 de agosto a la residencia del kiaya bey; dejó a los soldados en el portal y entró él con los dos capitanes; cuando avanzaron hacia dentro, fueron asesinados antes de llegar a presencia del kiaya bey. Tal fue el pago que obtuvo por su perjurio para con la Sociedad y su actitud conspirativa contra Hypsilandis. Este asesinato fue el inicio de una pelea en el portal entre los soldados de Savas y los turcos, con gran derramamiento de sangre. Mientras se cometían estos atropellos, innumerables turcos a pie o a caballo, desparramados con el visto bueno de la autoridad por toda la ciudad y allanando muchos hogares, cayeron daga en ristre sobre los arvanitas que encontraban a su paso, desprevenidos por lo inesperado, y cortándoles las cabezas, así como a muchos cristianos que no pertenecían a esta clase social, las iban amontonando en el patio del kiaya bey, para el salvaje y abominable rito turco de la recompensa. Tantas fueron las cabezas acumuladas, que el kiaya bey, para ahorrar, se negó a dar la recompensa y así se interrumpió aquella despiadada matanza, que había durado casi tres horas. Tanto se abusó de esta licencia asesina, que el número de cabezas cortadas superó la cifra de toda la población arvanita conocida en Bucarest. El kiaya bey, elogiado por la Puerta por haber limpiado de una plaga el lugar, fue ascendido al grado de pashá. Durante la matanza, Thanasis Chimariotis, uno de los de Savas, se refugió con 26 soldados en la iglesia de Olteni, en la ciudad; allí dentro se defendieron tres días con sus noches hasta que, agotadas las municiones, abrieron la puerta e irrumpieron sable en ristre por entre los enemigos, vendiendo caras sus vidas, y sólo tres encontraron la salvación en la huida. Hasta aquí los sucesos de Valaquia.

¹⁰⁵ O sea, pope serbio.

En Moldavia, Kandakuzinós convocó a comienzos de junio en la aldea de Stinka a los jefes y subjefes y, ya porque estuviese ofendido por lo que se decía contra él o bien para tener una excusa e irse, les propuso que eligieran otro comandante, pero ellos respondieron a una sola voz que lo querían a él. Entonces los puso al tanto sobre el objetivo de su misión, les dijo lo que le había impedido llevarla a efecto y añadió que en las presentes circunstancias no había esperanza de unirse ya con Hypsilandis por el procedimiento habitual que se había planeado de antemano, y que creía mejor ir a Besarabia, incorporar a los compañeros de allí a la expedición y, embarcando todos juntos en los barcos que hubiera en Izmail¹⁰⁶, navegar hacia el mar Negro, desembarcar para encontrarlo donde los condujera la ocasión y así formar con la unión de todos un ejército capaz; decía que juzgaba necesario no cruzar inmediatamente el Prut para cumplir este plan como derrotados, sino fortificarse en Sculeni, en la orilla derecha del río enfrente del lazareto ruso, donde era fácil tomar lo necesario del territorio ruso del otro lado; fortificados así, enviar unidades pequeñas a espiar al enemigo y, si venía una fuerza equiparable a la suya, combatirla; si venía una grande, como se decía, quedarse 100 combatientes en la fortificación y no dejar al enemigo acercarse hasta que los demás tuvieran tiempo para cruzar a la orilla opuesta llevando sin peligro todos los suministros bélicos; después cruzarían los otros 100 y así se cumpliría el plan en cuestión. El proyecto, descabellado e ingenuo, basado en un plan absurdo que daba por supuesto que el territorio ruso era aliado de los de Hypsilandis a pesar de las conocidas y explícitas disposiciones del emperador, fue aprobado por la totalidad de los presentes, que confiaban en que era factible cuanto oían; además, se envió a los de Mladen y Vasilis Theodoru, que también había llegado con unos pocos, a espiar al enemigo, y muchos empezaron a trabajar en la fortificación de Sculeni; pero no habían hecho más que empezar cuando se enteraron de que el enemigo, sin que nadie se lo impidiera, había entrado en Iasi el 13 de junio a mediodía. Ante esta noticia, Kandakuzinós ordenó a los enviados a espiar que volvieran a Sculeni, a donde fue él también la misma noche; al día siguiente, cruzó el Prut con la excusa de ver a su madre, que vivía allí, darle su último adiós y volver al puesto del honor y del peligro; pero el día en que cruzó hasta el lazareto ruso, convocó a los jefes que había en Sculeni –Thanasis, Kondogonis, Sofianós y Sfaelos– y les dijo

¹⁰⁶ Ciudad de Besarabia a orillas del Danubio. Actualmente pertenece a Ucrania.

que no consideraba juicioso resistir siendo tan pocos y mal preparados en la incapaz fortificación de Sculeni, sino pasar todos a Besarabia; lo mismo les dijeron otros muchos compatriotas al ver el inminente peligro. Pero los jefes rechazaron unánimemente tales propuestas por indignas de hombres amantes de la libertad y el honor, volvieron a la fortificación tachando a Kandakuzinós de cobarde, desertor y traidor, juraron morir matando y, llenos de patriotismo y devoción cristiana, tomaron el pan bendito como preparación para la muerte, diciendo: “Esta es nuestra última comida.”^{af}

Normalmente, el ejemplo de los jefes encuentra émulos entre sus soldados; 400 de estos decidieron acompañarles a la muerte cuando ellos anunciaron su decisión. El atrincheramiento era de lo más endeble: apenas dos de sus lados estaban precariamente protegidos. Se apresuraron a vallar el tercero amontonando madera y emplazaron ocho cañones que no funcionaban muy bien.

Conocida la decisión de presentar batalla, acudió a la orilla opuesta del Prut mucha gente para presenciar el espectáculo, incluido el propio gobernador de Besarabia; formaron tropas rusas sobre la misma raya, para que se observara la neutralidad; todos estaban a favor y simpatizaban con los pocos que formaban por la fe, la patria y el honor frente a los muchos enemigos de Cristo, extraños, bárbaros y tiranos. La decisión del exiguo número de griegos en Sculeni se mostró firme, como se deduce de los mismos hechos, y grande su ardor guerrero; pero no tenían un jefe único; cada uno actuaba por su cuenta, y esto les perjudicó mortalmente.

De hecho, el día 15 unos pocos marcharon contra Iasi sin consultar a los demás, pero volvieron poco después sin haber conseguido nada: al día siguiente se fueron otros y, mientras regresaban por la tarde con el mismo resultado, encontraron enemigos junto al río Jijia¹⁰⁷, se enzarzaron con ellos, hubo derramamiento de sangre por ambos lados y volvieron al atrincheramiento ya de noche. El 17, a eso de la 1, apareció ante él una pequeña fuerza enemiga y salieron al ataque algunos griegos; pero, al ver que eran la vanguardia del ejército turco, que avanzaba completo hacia Sculeni, retrocedieron ante los disparos y se aprestaron a la lucha, dándose ánimos mutuamente; incendiaron algunas construcciones cercanas para que no las tomara el enemigo y les combatiera desde ellas. Los turcos eran unos cuatro mil jinetes y dos mil infantes y traían seis cañones. Todo

¹⁰⁷ Afluente del Prut.

el mundo sabe cuán violenta es la primera carga de la caballería turca. Los griegos flaquearon; pero, recobrando el coraje según el ejemplo de sus capitanes, resistieron con valor y rechazaron la primera acometida. Los turcos lo intentaron por segunda, tercera y cuarta vez, siendo rechazados en todas; sufrieron grandes pérdidas y fueron apartados lejos de la trinchera por el denso y atinado cañoneo de los encerrados, que, viendo a los enemigos desplazados, salieron a perseguirlos con gritos de guerra y gritando: “Ya ceden los perros sarnosos, ya ceden; a por ellos, muchachos, a por ellos.” Pero al poco, una unidad enemiga de 500 a pie y a caballo atacó y tomó una posición cerca de la trinchera, emplazó seis cañones y empezó a disparar con acierto y a derrumbar las defensas. Al verlo, los enemigos rechazados volvieron, empujaron hasta el fortín a los que habían salido, lo atacaron por todos lados y se apoderaron de él a las ocho horas de comenzar la lucha. Los capitanes griegos y muchos de los oficiales, fieles a sus juramentos, resistieron hasta el fin defendiendo sus posiciones y murieron provocando con sus proezas la admiración incluso de los enemigos^{ag}. Con ellos murieron gloriosamente algunos soldados; la mayoría de ellos se arrojó al río; unos se ahogaron y otros, entre los que estaban, con heridas, los jefes Yoryis Papás y Dalostros, se pusieron a salvo en la orilla opuesta, donde las autoridades rusas se hicieron cargo de ellos por razones humanitarias. Cayeron mil turcos y murieron combatiendo o ahogados trescientos griegos; ninguno fue hecho prisionero.

A la media hora llegaron al campo de batalla los 450 jinetes enviados en descubierta al mando de Mladen y V. Theodoru, junto con otros tantos de Guikas de Epiro y Sfatko de Serbia, que se les unieron por el camino; desconocedores de lo sucedido, cayeron en medio de los enemigos, se asustaron y unos huyeron, otros se ahogaron, unos pocos se posicionaron en una lengua de tierra que se adentraba en el río y, después de luchar con gran arrojo hasta las dos de la noche, escaparon en unas lanchas enviadas desde la orilla rusa. En esta batalla se perdieron 90 cristianos y otros tantos turcos. El único jefe que cruzó indemne con unos pocos jinetes por en medio de los enemigos fue Mladen; anduvo algunos días buscando a Yorgakis y, al no encontrarlo, se retiró a Serbia.

Después de estos hechos, la autoridad turca no tenía dentro de los principados otro rival que Yorgakis, quien permaneció con su inseparable amigo Farmakis en el monte Vratsa hasta finales de agosto para reponerse, pues la posición era fuerte. No estaba sin embargo bélicamente inactivo en

este intervalo, pues enviaba destacamentos contra el enemigo cada vez que lo sentía cerca y, así, mantenía encendida la llama de la guerra al tiempo que inquietaba a los turcos. A principios de septiembre recuperó la salud y salió al frente de los suyos con Farmakis, con el objetivo de acercarse a Besarabia, en donde esperaba proveerse más fácilmente de lo necesario para seguir con la guerra; pero muchos de los suyos desertaron por el camino al ver que la marcha emprendida era larga y peligrosa, de modo que sólo quedaban a su lado 350 combatientes el día en que llegó a Secu, un monasterio en el sector de Neamt, en una estrecha garganta coronada por boscosas montañas y sólo accesible por un angosto sendero que Yorgakis, proponiéndose residir en el monasterio unos días, cerró haciendo un foso y elevando los consabidos baluartes, en los que dispuso a la mayoría de sus hombres, mientras él se posicionaba con el resto en el monasterio. El 5 irrumpieron 1500 turcos, que retrocedieron al encontrar fuerte resistencia en la zanja. Por un enemigo hecho prisionero, supieron los griegos que venía gran cantidad de turcos. Yorgakis cavilaba si debía esperar al enemigo en la posición que ocupaba o ascender de nuevo al Vratsa, debido a su mayor seguridad; pero, como no creía en las palabras del prisionero y recibió al día siguiente una carta del obispo Romanos instándole, tras las habituales preces y bendiciones y con intención engañosa, según se dice, a no dejar que el monasterio fuera saqueado y profanado con todas sus joyas sacras y mundanas y sus sagradas reliquias, decidió no marcharse. El 8 se agruparon muchos enemigos sobre los montes por encima del desfiladero y, desechando la senda común, bajaron al valle por inaccesibles vericuetos, conducidos por guías locales. Al ver esto los de los baluartes, los abandonaron desapareciendo unos y yendo otros hacia el monasterio, entre ellos Farmakis, y ocupando diversas posiciones. Yorgakis, con otros once fieles compañeros de armas, se encerró en el campanario. Atacaron los turcos y empezaron a luchar y quemar los cobertizos de madera. Yorgakis, viendo su desesperada situación y temiendo caer vivo en manos del enemigo, dijo para que lo escucharan sus camaradas: “Voy a prenderle fuego; pero vosotros, si queréis, huid; ved, yo os abro la puerta.” Los turcos, al ver que la puerta se abría y desconociendo la verdadera causa, se desparramaron por el campanario y, de repente, el humo y las llamas estallaron en el interior; el campanario, que era de madera, se vino abajo de golpe y los que estaban dentro, Yorgakis entre ellos, perecieron en medio de las llamas, salvo uno que vivió para contarlo, llevándose en su holocausto a no pocos enemigos.

Después de esto, los turcos se apresuraron a ofrecer a los de Farmakis que se sometieran durante una tregua de tres días, prometiéndoles seguridad; la tregua fue aceptada, pero pasaron los tres días y comenzaron de nuevo las hostilidades, que, parando a intervalos, se reanudaron durante nueve días; hubo otra tregua de un solo día y, después, prendió la lucha con más mortandad si cabe. El 22 llegó un çavush bashi¹⁰⁸ proponiendo términos más razonables para un acuerdo; le acompañaba, de librea, el secretario del consulado austríaco, Udrich, enemigo implacable de la causa griega, que garantizó el mantenimiento de los términos en nombre de su corte. Con este engaño, los encerrados aceptaron el acuerdo y prometieron entregarse al día siguiente; eran entonces hasta 200; 33 de ellos que no quisieron darle crédito huyeron daga en ristre la misma noche, cruzando sanos y salvos a territorio austríaco, excepto uno que fue herido; al día siguiente se entregaron los que quedaban y, en contra de lo pactado, fueron todos degollados en el monasterio salvo los jefes, que fueron enviados a Silistra y muertos allí, y el capitán Farmakis, que fue enviado a Constantinopla cargado de cadenas y decapitado después de cruel tortura.

La batalla de Secu es el último episodio del drama bélico en los principados dacios, que comenzó el 22 de febrero y terminó el 22 de septiembre, o sea, siete meses justos; se selló con la muerte de Yorgakis, jefe guerrero entre los más gloriosos, hombre entre los más honorables y el más ardiente y fiel Amigo en esa guerra de los siete meses. Hay que resaltar la lucha hasta la muerte de este héroe: pudo refugiarse en tierra extraña y salvar la vida, como el resto de sus compañeros, sin incluirse en el número de los que rehúyen el combate, pero prefirió quedarse, aun consumido por una penosa y larga enfermedad, en el terreno abandonado por todos los demás y por el propio general; no se quedó ni guerreó ni murió esperando la victoria, pues ya no había posibilidad de vencer, ni entabló el combate que lo llevó a la muerte para apoyar la causa de la libertad, pues la causa estaba perdida; se quedó, guerreó y murió por su honor militar, por su juramento, por su patriotismo. En circunstancias como esa, la humanidad supera su débil naturaleza.

Una vez vistos cuantos son dignos de mención durante toda la expedición de Hypsilandis, pasemos a recapitular brevemente la actitud del que es

¹⁰⁸ ‘Jefe de los suboficiales’, equiparable en categoría a un pashá.

considerado adalid de la insurrección y a señalar las razones principales de su fracaso.

El misterioso Mando de la Sociedad de los Amigos tiene una deuda, inversamente proporcional a su insignificancia, con Aléxandros Hysilandis, que se ofreció a cubrir los humildes harapos de aquélla con el rango de su estirpe y la brillantez de su posición; sin duda, fueron su encendido patriotismo y su desmedido afán de gloria los que le persuadieron a asumir la arriesgadísima tarea, en cuyas aras sacrificó con gusto el brillante puesto que ocupaba junto al emperador, despreció sus intereses bajo protección rusa en Turquía y dilapidó generosamente gran parte de su patrimonio. Pero no estuvo a la altura de su difícil empresa: su ingenuidad y predisposición a creer en lo que se le antojaba lo convirtieron desde el primer momento en juguete de interesados, desaprensivos, malintencionados y traidores que no tardaron en obligarle a preocuparse por su propia vida^{ah}; en todas sus acciones se mostró indeciso e impaciente; esperaba más ayuda exterior que interior; desconocía la naturaleza de las revoluciones, que se mantienen desde los comienzos y se reafirman con la acción, lo mismo que se reprimen y se extinguen cuando están a la defensiva. La situación de los principados era para él más favorable de lo que razonablemente podía esperar, pues Moldavia y Valaquia lo recibieron con agrado y los turcos no aparecieron en parte alguna durante más de dos meses. Sin embargo, no aprovechó tan ventajosas circunstancias ni el precioso tiempo de relajo. Toda su fuerza residía en el convencimiento general de que, al asumir abiertamente la lucha, representaba en secreto a Rusia; no obstante, él mismo desvaneció este error al proclamar que una gran Potencia patrocinaba la lucha, obligando así a Rusia a condenar públicamente su alzamiento y a dar su consentimiento al envío de fuerzas otomanas a los principados. Las batallas de Dragasani, Sculeni y Secu y la feroz resistencia de tantos otros guerreros después de su retirada demostraron que tenía bajo su mando a hombres dispuestos a darle gloria y morir por la causa, pero no sirvió para nada. Y cuando su posición resultó insostenible, se entregó con vana esperanza a un poder extranjero y hostil bajo el cual terminó miserablemente sus días. No obstante, la desafortunada operación en los principados benefició, y mucho, a la movilizadada Grecia, pues supuso una gran distracción de fuerzas militares y graves encontronazos políticos entre Rusia y Turquía, que estuvieron a punto de abrir las hostilidades. La memoria de Hysilandis, se mire como se mire, permanecerá entre nosotros inmarchitable y celebrada

por su intención magnánima y arriesgada, sus sufrimientos por la patria y por el feliz resultado final de la lucha que él inició. Que su ardiente y sincero entusiasmo reemplace todos sus fallos políticos y militares.

CAPÍTULO X

SITUACIÓN DE LAS ISLAS DE HYDRA, SPETSES Y PSARÁ.- RAZONES DE SU PROSPERIDAD.- DEFECCIÓN DE ÉSTAS Y DE LAS ISLAS DEL MAR EGEO.- SALIDA DE LA FLOTA GRIEGA.-

Tres minúsculas islas sin importancia se enfrentaron exitosamente por la libertad a un imperio antiguo y grande, dejando en evidencia mil y diez mil veces a escuadras de potencia superior sólo con barcos mercantes y sólo con la contribución económica de algunos de sus vecinos. ¿Cómo llegaron estas microislas a tal grado de fuerza y prosperidad?

No tenían ni habitantes turcos ni gobernadores turcos; vivían autónomas y se autogobernaban bajo la jurisdicción del capitán pashá de turno, con la obligación de pagar un tributo anual y el envío de cierto número de marineros para servir en la armada real. Gobernados así, los habitantes no tenían interés en ejercer el poder y vivían lejos de la maldad y corrupción de los que mandan. No había entre ellos campesinos ni artesanos, todos eran marinos y comerciantes. Incluso los notables no sabían leer y escribir más que lo indispensable. Sus costumbres eran simples y decentes, y muy fuerte su fervor religioso. Eran de lo más frugal en su dieta y de lo más honorable en sus relaciones. El talante de los notables de Hydra tenía algo de espartano: era altanero y ponderado. Su isla era la más importante de las tres: su régimen era aristocrático desde antiguo, y sus nobles eran conocidos con el nombre de *propietarios*; pertenecían a dicha clase la gente con recursos que no se hacía a la mar. Su número era indeterminado y, a menudo, engrosaban sus filas capitanes de barco que se jubilaban, ya por vejez, por cansancio o porque prosperaban. Esta clase componía el consejo supremo, al cual se elevaba todo asunto público y que decidía sin intervención del pueblo; nombraba a los representantes locales de entre sus miembros y los cesaba cuando quería. Las contribuciones del común eran del 2'5% de tasas de aduana y tres *grosia* anuales por familia; lo que faltaba

para cubrir el gasto público era sufragado por todos los propietarios por igual. A comienzos de 1803, a petición de los propietarios, que deseaban un gobierno más fuerte para preservar la paz general, muy alterada por entonces, el capitán pashá estableció como gobernador local al nativo Yoryis Vúlgaris, que restableció la tranquilidad en su tierra y la mantuvo gracias a su capacidad y trabajo; con la aquiescencia y colaboración de los propietarios, sin cuyo dictamen no se hacía nada, reformó las tasas de aduana, acabó con las contribuciones que provocaban frecuentes y graves disputas y, para proveer a las necesidades del lugar, estableció un impuesto del 5% sobre las ganancias de todo barco, incluyendo la parte correspondiente a los marineros; reguló los intereses del capital según la distancia a los lugares con que comerciaban y redujo el número de propietarios a veinticuatro, de los cuales estaban activos doce cada año. Cuando se juzgó excesivo y perjudicial para sus asuntos privados que se reunieran diariamente los doce, se subdividieron en tres grupos, de forma que sólo trabajaban con el gobernador, en calidad de *dimoyérones* (ancianos del consejo), cuatro cada trimestre en los asuntos habituales; cuando éstos eran más importantes, se convocaba a los doce y, a menudo, a los veinticuatro en caso de grave circunstancia, y a los capitanes de barco, que, reunidos a título particular, eran informados y consultados por los propietarios sobre los asuntos de que se trataba. Los barcos gobernados por los capitanes convocados eran bienes pertenecientes a los propietarios; en consecuencia, el voto de éstos coincidía con el de aquéllos. La comunidad tenía por ley las tradiciones, el sentido común y el parecer de los propietarios; tenía también un sello dividido en cuatro partes, cada una de las cuales manejaba uno de los propietarios en activo, que se reunían y sellaban las decisiones, selladas a su vez por el gobernador.

Las mismas bases aristocráticas y casi el mismo reglamento tenía el sistema administrativo de Spetses.

El de Psará era democrático. El pueblo se reunía en pleno anualmente y elegía a 40 electores pertenecientes a las diferentes clases de ciudadanos; estos a su vez elegían a tres ancianos y todos juntos, o algunos de ellos, o a veces sólo los ancianos por mandato de los que les habían elegido, asistían a la entrega de poderes de los ancianos cesantes. El sello del común se componía de tres partes; cada uno de los ancianos ejercía durante un tercio y sellaban cuando se reunían los tres; en ciertas circunstancias llamaban a los notables a deliberar. Eran ingresos de la comunidad los derechos

de aduana, 50 *grosia* anuales por familia y 2 *parades* por galón¹⁰⁹ a cada salida y entrada en el puerto.

Tal era el sistema de gobierno de las islas; la navegación y el comercio los ejercían como sigue:

No contrataban marineros ni acostumbraban a fletar sus barcos^{ai}; invertían sus propios capitales en la navegación y el comercio, con beneficios o pérdidas a repartir en común entre los dueños de los barcos, los inversionistas y toda la tripulación; repartían los beneficios de la siguiente manera: en primer lugar deducían el capital, los intereses reglamentarios, los gastos en alimentación y cualquier otro gasto; después deducían el impuesto estatal y el 1% para su monasterio; luego, se distribuía una parte igual entre todos los marineros sin distinción de edad, rango o capacidad; otra parte igual para el barco, a la que se añadían diez, que se daba al capitán en concepto de honorarios para los más altos en rango y capacidad según el criterio de aquél. El capital invertido en el barco no se incluía en los desperfectos de éste, ni el barco en el capital. El reparto se hacía de la manera que decimos cada vez que la parte del marinero llegaba al menos a veinte reales de a ocho¹¹⁰; si era menos, se moderaba el interés normal del capital. Tan cabales e irreprochables eran las transacciones, que los capitalistas ponían todas las veces el dinero para la salida del puerto y todas las veces lo recuperaban al atracar; no había justificantes de la recepción ni recibo de la devolución, valiendo como tales la simple palabra y, como seguro de los inversores, el honor de los receptores.

Según este sistema de puesta en movimiento de la flota, el simple marinero, con el mismo interés en proporción por el buen resultado de la travesía que el capitán y el socio capitalista, como participante en los beneficios que era, se esforzaba con gusto, se arriesgaba voluntariamente y bregaba con el mar con muchas expectativas; por ello, los viajes eran más cortos, más económicos y más frecuentes que los de los demás y los barcos llegaban felizmente a los puertos prohibidos en tiempo de guerra, llevando alimentos a un precio muy elevado y cargando allí los correspondientes productos locales de difícil salida. A pesar de que armadores, capitanes y

¹⁰⁹ *Parás* (pl. *parades*): Moneda fraccionaria del *grosi* (1 *grosi* = 40 *parades*). Galón: Medida de capacidad equivalente a 4'5 litros aprox.

¹¹⁰ Moneda de origen español que circulaba mucho como divisa. Se llamó también dólar español, siendo el origen del dólar americano. Su nombre griego, *distilon* (pl. *distila*), que es el que usaremos a partir de ahora, alude a las dos columnas de Hércules, que figuraban en el envés.

propietarios eran incultos y prácticamente analfabetos, la larga experiencia, la rutina diaria y el constante cuidado suplían con creces todas las carencias y la falta de letras.

La Revolución Francesa y las consiguientes guerras en Europa encendieron el afán de lucro de los isleños y los impulsaron a aumentar el número de barcos, equiparlos con los avances más marineros y viajar con tripulaciones más numerosas que lo habitual; molestados por los argelinos, tunecinos y tripolitanos que infectaban por aquellos días el Mediterráneo, se veían obligados a armar los barcos en defensa propia, de forma que, ejerciendo el comercio con sobriedad, dedicación y arrojo, ingresaron mucho dinero en su tierra, se prepararon para la guerra y, llenos de confianza y autodidactas, se convirtieron en guerreros para la insurrección frente a una escuadra no entrenada e inexperta en el combate.

En el momento de estallar la insurrección, las tres islas contaban con 176 cargueros (*karavia*), que fueron reconvertidos en navíos de guerra para beneficio de la patria común. Los mayores y más numerosos eran los de Hydra, 92 en total; los de Spetses eran 44 y los de Psará, 40. Los mayores de Hydra eran tres: el de tres palos de Tombazis, con 20 cañones de 12 libras; el de tres palos de Lelechós, con 18 cañones de 15 libras, y el de dos palos de Miaúlis, con 18 cañones de 12 libras; los demás tenían de 10 a 14 cañones de 9 libras de media cada uno. Además de las tres islas navieras, había otras que tenían apartados unos cuantos barcos para emplearlos en la guerra, como Casos y Miconos. Galaxidi, en el golfo de Corinto, tenía más. El número de marineros era mucho más elevado que el que se requería para el manejo de estos barcos, pues todas las islas y costas de Grecia producían sin cesar marineros por medio del cabotaje. Basta lanzar una ojeada sobre el mapa de Grecia para darse cuenta de que los combates por tierra de los griegos, con todo lo brillantes que fueran, no podían tener éxito sin la feliz colaboración de esta brava flota. Además, los servicios prestados por estas islas navieras les honran en un grado distinguido, pues ya eran prácticamente autónomas y autogobernadas antes de la insurrección y no sintieron la opresión de la tiranía como las demás partes de Grecia ni, al progresar la lucha, pretendieron gozar de las ventajas de las que disfrutó el resto: llevaron todo el peso de la guerra naval con embarcaciones privadas y, los primeros años, con su propio dinero. Hubo algunos habitantes ricos que se arruinaron debido a sus sacrificios económicos en beneficio de la patria y todos, sin excepción, vieron menguados sus caudales. Las tres islas

navieras adquirieron con justicia una enorme influencia en los organismos políticos de Grecia y la manejaron en beneficio de la patria.

La primera en rebelarse fue la isla de Spetses; sin aguardar ni un momento la decisión de su vecina y hermana Hydra, el 26 de marzo, por decisión conjunta de todos los nativos, vistió sus barcos con la nueva bandera. Ésta era azul con vuelta roja; en el centro tenía una media luna boca abajo con una cruz encima; a la derecha de la cruz, una lanza y, a la izquierda, un ancla con una serpiente enroscada alrededor; y entre la cruz y el ancla, un buitre comiéndose la lengua de la serpiente; a derecha e izquierda de la media luna estaban escritas las palabras “Libertad o muerte.” Todas las figuras y las letras estaban en rojo. Con esta bandera se hicieron a la mar las naves de Spetses: unas, al asedio de Monemvasía, que ya era sitiada por tierra; otras, al golfo Argólico y otras a la busca y captura de las embarcaciones enemigas que surcaban el mar para comerciar. La mayor parte de las que iban a Monemvasía cambiaron el rumbo hacia Melos, donde había dos turcas –una corbeta y un brick– a las cuales capturaron por sorpresa con todos los pertrechos y enviaron a su tierra.

Después de Spetses, izó la bandera revolucionaria Psará, también por común acuerdo de sus habitantes, y comenzó con éxito en bien de la patria de la siguiente manera:

Nada más conocerse la rebelión del Peloponeso, la Puerta publicó disposiciones para llevar cuanto antes tropas desde el interior a las costas de Asia y transportarlas al Peloponeso. Se congregaron tres mil en el litoral de Esmirna y ya se disponían a zarpar bajo la protección de la escuadra otomana que los esperaba, cuando los psarianos, al saberlo, enviaron a aquellas costas, al mando de Nikólís Apostolis, 7 barcos que, atacando de improviso, hundieron uno turco y apresaron 4 que transportaban suministros de guerra y 450 soldados; llevaron los barcos y los soldados, que no sufrieron daños, a su isla y desde ella repartieron a unos cuantos entre otras islas. Los de tierra firme, al enterarse de lo que había sucedido a sus hermanos, se disgregaron y, así, se frustró la primera expedición contra el Peloponeso.

Dentro de la bahía de Enos¹¹¹, en un islote no muy grande, al igual que en la tierra firme de enfrente, se conservaban con sus municiones unas baterías levantadas en otro tiempo para proteger las fortalezas del

¹¹¹ En turco Enez; recibe su nombre del distrito al que baña, perteneciente a la provincia de Edirne.

Helesponto¹¹² de un hipotético ataque enemigo. Los psarianos, llenos de audacia y entusiasmo y queriendo fortificar su tierra, enviaron 4 barcos al mando de Andreas Yannitsos, desembarcando el 2 de mayo a unos cuantos hombres armados en el continente y en el islote. Los turcos que vigilaban las baterías, unos 70, huyeron después de una breve resistencia y, así, los psarianos trasladaron a su isla 23 cañones –unos de 15 libras, otros de 30–, dos morteros y bastantes municiones. Por aquellos días, otros dos de sus barcos persiguieron cerca de Tesalónica a dos del enemigo, que fueron arrojados a la playa de Hagion Oros¹¹³ e incendiados por sus tripulantes, que se salvaron huyendo. Los psarianos transportaron igualmente a su isla los cañones de estos barcos y recorrieron el litoral de las cercanas Asia y Europa, como si fueran los dueños de aquella zona, amedrentando a sus habitantes turcos e insuflando ánimos a los cristianos.

La última en levantar la bandera de la insurrección fue Hydra en circunstancias especiales, pues fue el pueblo el que se levantó, en contra de la opinión de los notables.

Un capitán de segunda fila de Hydra, Andonis Ikonomu, naufragó junto a Cádiz y volvió a su tierra; como no consiguió recaudar dinero para adquirir otra embarcación, marchó a buscarlo a Constantinopla, donde fue introducido en la Sociedad y conoció a sus representantes habituales; volvió a Hydra sin éxito en su primer objetivo, pero completamente entregado a la revolución que se estaba gestando. En Hydra había pocos Amigos y sólo de la clase de los capitanes de barco, y también algunos jóvenes de las familias más encumbradas; aun deseando y proyectando la defección de la isla, para el buen desarrollo de la peligrosa operación querían que las cosas se hicieran con el conocimiento y la cooperación de los poderosos notables del lugar; lo malo era que éstos estaban tan lejos de secundarla que, tras la insurrección del Peloponeso y de Spetses, mandaron a Constantinopla a los marineros que se enviaban anualmente para servir al rey; por suerte, los interceptaron a tiempo en la escala que hicieron en Melos, pues de otra forma habrían sido sacrificados, como lo fueron sus compatriotas que prestaban el servicio. Ikonomos¹¹⁴, con el apoyo de Guikas, que actuaba sin

¹¹² Nombre griego antiguo del estrecho de los Dardanelos.

¹¹³ ‘Monte Sacro’, más conocido como monte Athos.

¹¹⁴ Aunque el apellido de este personaje es en genitivo, terminado en –u e invariable, como lo ha puesto el autor al presentarlo, a partir de ahora lo declina según la función sintáctica que desempeña en la oración, lo que corresponde a español –os.

el conocimiento de su padre el notable Theódoros Guikas, y con la decidida complicidad de su conciudadano Petros Markezis y de Yoryis Agalópulos, un peloponesio residente en Hydra, intentaba convulsionar el lugar contra la voluntad de los notables. En aquel momento, el comercio de Hydra era un cadáver, al igual que el de las demás islas navieras, y sus barcos estaban amarrados en el puerto sin hacer nada, por lo que capitanes y marineros se amontonaban en las islas pasando estrecheces. Ésta fue la circunstancia que contribuyó en gran manera a que los capitanes y otros inferiores en gradación prestasen oídos benévolos a las palabras de Ikonomos, atraídos por buenas expectativas en medio de las desgracias. De esta forma, los espíritus estaban predispuestos cuando, la tarde del 27 de marzo, llegó a Hydra una embarcación anunciando que los corintios y megarenses habían encerrado a los turcos en el Acrocorinto. Desde hacía unos días, Ikonomos estaba reclutando en Hydra para marchar hacia el Peloponeso, cuyas operaciones eran ya conocidas, pero el anuncio en cuestión las magnificó, enardeció al pueblo y lo volvió incontenible. Ikonomos, que aguardaba el momento oportuno, al ver la actitud del pueblo renunció a su plan de hacer una expedición y decidió levantar ese mismo día a sus convecinos a la insurrección; así que, nada más anoecer, sonó la campana de la ciudad por orden suya y unos pregoneros recorrieron las calles gritando: “¡Todos a las armas, a las armas!” Los notables, aterrorizados por el batir de la campana y las voces de los pregoneros, no salieron de sus casas en toda la noche; la gente se reunió donde se le había convocado y, tras oír a qué respondía el llamamiento, secundó la propuesta de Ikonomos y subió a los barcos que había en el puerto, empuñó las armas que contenían y el emprendedor y osado Ikonomos, convertido al día siguiente en capitán de numerosos hombres armados, bajó al palacio del gobernador y depuso a éste, Nikolós Kokovilas, entre el griterío del pueblo. Los notables de la isla, Lázaros Kunduriotis, Dimitris Tsamadós, Vasilis Bunduris y Guikas Guionis, que se habían reunido al llegar el día en el monasterio para tratar sobre los asuntos en su calidad de representantes cuatrimestrales del consejo, al oír tanto vocerío y enterarse de la deposición del gobernador, se tiraron temblando por las ventanas del monasterio y se separaron, de modo que todo el poder político, militar y marítimo recayó en Ikonomos. Por lo que había visto, éste temió que los notables, contra cuyo conocimiento y voluntad se había hecho el alzamiento, huyeran privando al lugar de su contribución económica, por lo que los sometió a vigilancia; sabía que

ni lo aceptaban como a igual ni veían con buenos ojos el movimiento insurreccional; para lograr el éxito, puso su confianza en el pueblo, al que volvió a reunir en armas y, teniendo gran interés en atraérselo, lo mandó a reclamar dinero a los notables, en las casas donde estaban escondidos, en el plazo de un día. Los notables enviaron gran cantidad al instante mismo. “¡No es suficiente! –gritaban los hombres armados blandiendo los machetes– ¡Queremos más!” Enviaron más, y otra vez más, hasta que en tres días se reunieron 130 mil *dístila* y, así, se calmó el pueblo y bendijo a los buenos y generosos notables. En medio del griterío aparecieron frente a Hydra dos barcos de Spetses con la bandera revolucionaria, uno de los cuales venía a por Yannis Mexis, un notable de Spetses que por aquellos días se encontraba en Hydra por los mismos asuntos. El ondear de la flamante enseña, en un momento en que los ánimos estaban tan inflamados, entusiasmó más aún a aquella intrépida gente, que pedía armar los barcos de su tierra y hacerse a la mar bajo la bandera de la libertad. El 31 de marzo se legalizó en un acto oficial la toma del poder que Ikonomos había usurpado con su sable^{aj}; pero la colaboración sincera de los prohombres era necesaria de todo punto e Ikonomos no hacía más que reclamarla. Estos respondían que estaban dispuestos a cooperar, a arrostrar los peligros y a sacrificar sus haciendas por la libertad de la patria, si el rebelde se plegaba a ir más ordenada y sistemáticamente. Ikonomos, que veía que los notables no eran sus aliados naturales, también veía que no podía soslayarlos, pues les apoyaban los navegantes de sus barcos, consagrados a ellos y hombres tan arrojados como él, que tenían gran ascendiente sobre los marineros y estaban dispuestos a hacer por los notables lo que no habían hecho los primeros días, por haberles cogido de sorpresa. Por estos motivos, aceptó las palabras de los notables y se unió a ellos conservando, eso sí, la preeminencia y, el Viernes Santo –15 de abril– los notables y el pueblo se reunieron en la iglesia, donde se entonó una súplica y un Gloria a Dios por la lucha nacional recién comenzada y se izó por primera vez la enseña de la libertad con gran solemnidad y al fragor de las salvas lanzadas por los barcos que había en el puerto.

Unidas ya las tres islas señoras del mar bajo la misma bandera, decidieron movilizar sus fuerzas al unísono, para propagar la lucha, y organizar convenientemente la flota; y para este último objetivo proveyeron a los barcos de salvoconductos firmados por las autoridades locales^{ak}, en los que exponían las causas y la finalidad del levantamiento, pidiendo además la

colaboración de las Potencias neutrales; firmaron en el mismo documento una disposición sobre distribución de los apresamientos en beneficio de los barcos, los marineros y la comunidad^{al} y editaron circulares con instrucciones para los capitanes de proteger a los griegos en todas partes y respetar el pabellón neutral, pues cubre los bienes pertenecientes al enemigo, y de obstruir a los barcos bajo dicho pabellón sólo cuando transportasen tropas o suministros de guerra, pero que entonces tomaran los suministros enemigos devolviendo el flete y que enviaran las tropas enemigas sin ser molestadas, a bordo de las mismas naves neutrales, a los puertos donde hubieran sido embarcadas^{am}.

Para la difusión de la lucha dirigieron proclamas revolucionarias a todos los habitantes del Egeo y su litoral, al clero y a toda la nación^{am} diciendo lo que ellos creían, o sea, que la guerra estaba promovida por hombres notables, que no era una revuelta de bandidos, sino una guerra nacional y religiosa contra tiranos e impíos, y que miles y decenas de miles de hombres estaban bajando desde el Danubio hasta Constantinopla, a las órdenes de Su Alteza el general Hypsilandis, para derribar el trono del sultán; llamaban a todos a las armas, recordando lo que habían soportado bajo el yugo de otra raza y religión y los sagrados deberes para con la patria y la fe, y señalando al indiferente ante esta guerra común como un maldito para la patria, una abominación para los hombres y la perdición del pueblo. “Vestid –decían a los clérigos– vestid la armadura del Rey celestial y las armas terrenales contra los que ultrajan el santísimo nombre del Altísimo, los que profanan sus divinos templos, los impíos y despóticos otomanos. Que las sagradas manos que bendicen a los cristianos ortodoxos tomen ahora la espada y el fuego contra los opresores de los ortodoxos. Imitad a Moisés, que abatió a Egipto; a Jesús de Naín, que combatió a los amalecitas; al tesbita Elías, que aniquiló con la daga en la boca a los sacerdotes de la iniquidad.” Y no cesaban de aconsejar a los seglares que fundieran el valor con el honor, rasero con el que se mide a los verdaderos amantes de la libertad, que no importunaran a los correligionarios y compatriotas y que respetaran las enseñas y a los súbditos de las Potencias extranjeras, so pena de ser tenido entre los enemigos de la nación y ser severamente castigado todo aquel que osara atacar injustamente, al modo de los piratas, a cualquier barco griego o bajo pabellón neutral, o ultrajar a un cristiano. Esto decían y tales sentimientos tenían las autoridades de las islas navieras al comienzo de la guerra.

La voz a favor de la libertad resonó por todas las Cíclades y muchas de las Espórades. Los únicos espíritus que permanecieron sordos fueron los de los griegos pertenecientes al rito occidental. En esta ocasión, se mostró bajo la forma de esta confesión toda la malicia del fanatismo que prefirió la media luna a la cruz y la esclavitud a la libertad.

En el Peloponeso y en Grecia Continental no hay ningún practicante del rito occidental. Cuatro islas del Egeo –Syra¹¹⁵, Tenos, Naxos y Sandorini– albergaban a once mil fieles de dicho rito. A excepción de muy pocos, que se mostraron en la guerra como auténticos griegos, el resto se oponía de palabra y obra, a las claras u ocultamente, y tenían contactos secretos con los enemigos de la nación, manifestando abiertamente gran alegría ante los reveses de sus compatriotas. Mas fueran cuales fuesen su actitud y obcecación hacia el honor nacional y sus intereses comunes, acabaron inclinando la cerviz bajo la voluntad general de todos sus semejantes, que luchaban hasta la muerte para disfrutar de la igualdad de derechos y de honra, sin distinción religiosa y lejos de toda opresión de conciencia. Tal inclinación hacia los turcos mostraron los católicos en general y en particular los de Syra, aunque la insurrección terminó beneficiándoles, y tan poca convicción tenían en el éxito de la causa nacional, que satisfacían impuestos dobles: uno por necesidad a los griegos y el otro a los turcos por voluntad propia. ¡Así obnubila la mente y ahoga todo sentimiento noble el rencor entre las sectas, más violento a veces que el odio a una religión extraña^{an}! Feliz la nación que profesa uno y el mismo rito. Gracias a Dios, poseemos dicha bendición. Malhadado sea el que por cualquier razón quiera atentar contra la unidad religiosa de los griegos con un adoctrinamiento contrario o por cualquier otro medio.

Mientras los notables de Hydra aún se oponían a Ikonomos, las flotillas de Spetses y Psará, preparadas con gran urgencia, fondearon frente a Hydra en espera de la de ésta, que se les unió una vez que se festejó el acuerdo entre los notables e Ikonomos. La comunidad de Hydra no designó un jefe de su flotilla, dejando la elección a los capitanes. Entre estos estaba Yakumakis Tombazis, uno de los notables, al que los capitanes de la flotilla designaron jefe. Las otras dos flotillas también tenían uno al mando; pero, como Hydra tenía sin discusión la preeminencia y Tombazis gozaba justamente del aprecio general, le fue dado el mando general de esta fuerza naval por los jefes de las otras dos flotillas.

¹¹⁵ Actualmente, Syros.

Por aquellas fechas fondeó en Murtos, frente a la isla de Corfú, una sección náutica enviada por la Puerta con motivo de la defección de Alí. Esta escuadra, de la cual se había desgajado días antes un barco que puso proa a Patras, parecía fácil de abordar y la fuerza griega unida se proponía atacarla; pero, mientras se planeaba la incursión marítima, llegó a Hydra el profesor Neófytos Vamvas¹¹⁶ proponiendo que se aplazara por el momento la ejecución del plan y que la fuerza marítima navegara a liberar Quíos, con el argumento de que, si las tres importantes islas próximas entre sí de Psará, Samos y Quíos se alineaban bajo la bandera griega, valdrían como una fuerte vanguardia marítima de toda Grecia por su emplazamiento, fuerzas y recursos. La opinión de Vamvas fue tenida en cuenta por estos motivos y porque los notables y amos de los barcos de Hydra, manteniendo a sus expensas la flota para la lucha común, deseaban apoderarse de la rica Quíos en compensación. Así que la fuerza náutica en cuestión zarpó hacia dicha isla el 22 de abril y fondeó esa misma tarde frente a Tenos, donde, cuando se presentó la ocasión, puso en práctica todo lo que habían dicho las islas sobre la bandera neutral en la proclama referida con la conducta siguiente:

Uno de los barcos de Spetses que iban en la expedición abordó en Tenos una goleta austríaca que llevaba pasajeros turcos, cuya vida estuvo en peligro, y robaron muchas cosas; pero, por orden estricta de la escuadra, los pasajeros turcos en peligro fueron protegidos y enviados sanos y salvos a bordo de la goleta austríaca y los objetos robados devueltos, mientras el capitán que contravino las disposiciones fue devuelto a su tierra para ser juzgado. Esta actuación de la flota demuestra la actitud de los notables de las islas navieras para con el orden en el mar y el respeto a las banderas neutrales. “Nuestro principal objetivo –escribieron los spesiotas en aquella ocasión– es proteger el derecho internacional”^{2a0}. Tal actitud permaneció igual después, aunque no con igual fortuna, a causa de las duras circunstancias, que alimentaron el descontrol a pesar de la voluntad de los notables y ocasionaron la impunidad de los infractores.

La flota, tras reparar este incidente, se hizo a la mar el 23. Al conocer durante la navegación los trágicos sucesos en Constantinopla y el ahorcamiento del patriarca, se enfureció. El mismo día encontró entre Tenos y Miconos a tres barcos griegos que habían atrapado a uno

¹¹⁶ (1770-1856). Clérigo y filólogo, su mayor contribución a la cultura griega es la traducción de la biblia al griego moderno.

cretense con bandera turca que iba a Constantinopla con un porte de leña y 13 marineros, de los cuales 7 eran cristianos y 6, turcos; los cristianos engrosaron las tripulaciones de los barcos griegos, los infortunados turcos fueron asesinados. Al día siguiente llegó la flota a Psará, donde estuvo hasta el 26. En estos dos días, los jefes de la flota y los notables de Psará debatieron qué hacer; muchos barcos merodeaban en busca de los que navegaban bajo pabellón enemigo; los de Hydra echaron a pique a uno frente a la fortaleza de Quíos, donde se había refugiado llevando municiones; los de Psará capturaron a otro con 250 pasajeros turcos de ambos sexos, entre ellos 140 peregrinos; se adueñaron del barco y desembarcaron a casi todos los viajeros sanos y salvos en el litoral de Asia. El 27, la escuadra navegó hasta la Fontana del Pashá, en la parte norte de la isla, y al día siguiente, el almirante Tombazis pronunció ante los capitanes de su isla el siguiente juramento:

“Juro por el Dios verdadero, defensor del justo y vengador del malvado y del transgresor de las virtudes morales del Evangelio; juro por los divinos y santos evangelios; juro por la libertad y por el inminente levantamiento nacional, en presencia de los honorables capitanes de mi tierra, Hydra, que cumpliré lo que sigue:

1º Asumir provisionalmente el título de almirante de la flota de Hydra hasta que termine la misión que nos ha encomendado la patria, por votación de mis conciudadanos capitanes de navío, la cual acepto con gusto y por patriotismo.

2º Atender las órdenes del Consejo de Hydra e ir a donde quiera enviarnos.

3º Dirigir la flota de Hydra contra el bárbaro tirano de la patria y sus seguidores, sin perjudicar a otro que sea considerado justo por el consejo común.

4º En lugares no conquistados y en barcos enemigos, respetar la propiedad de nuestros inocentes congéneres, de los súbditos europeos y de los mismos turcos, en caso de que entreguen las armas sin lucha.

5º Puesto que nuestra flota está unida a las de las otras dos islas, colaborar con ellas en el objetivo común según la decisión que resulte en nuestras reuniones de estado mayor en cada momento.

6° Llevar o enviar a Hydra la parte del botín que dicha escuadra haya hecho, para que la isla lo comparta según las leyes establecidas.

7° Si contravengo el juramento arriba expuesto, me declaro indigno del cargo que se me ha confiado y sujeto a rendir cuentas ante Dios, mi isla y todos los dignatarios de la nación.”

Hemos reproducido íntegro el juramento para mostrar cómo y en qué términos asumió el mando el almirante, cuáles eran sus obligaciones, cuál su poder y cuáles sus intenciones no sólo para con los neutrales, sino también para con los propios enemigos que entregaran las armas; pero, si bien la voluntad estaba dispuesta a reprimir los abusos, la mano ejecutora era débil.

El plan proyectado a la llegada de la fuerza naval a Quíos consistía en sublevar las aldeas y en que los aldeanos se movilizaran por tierra contra la ciudad, al mismo tiempo que la escuadra la atacaba. Con este objeto, el almirante envió un hombre a las aldeas, con una proclama de Hydra que decía que toda la nación estaba en armas por su libertad; que el Peloponeso había recluso en las fortalezas a todos los turcos, impotentes, no preparados y muertos de miedo; que muchas fortalezas turcas estaban a punto de capitular; que la escuadra griega se había desplegado por muchas partes y pensaba bloquear los Dardanelos, para que no pudiera salir ninguna fuerza enemiga; que las tres islas navieras no podían llevar solas el peso de la escuadra y había que ayudarse mutuamente en esta guerra santa; y que Quíos, por ser la más rica entre las demás islas, tenía que mostrar tanta predisposición en favor de la liberación del país como patriotismo había mostrado en la ilustración del mismo¹¹⁷. Esto escribían los de Hydra a los quiotas, mezclando las amenazas con las exhortaciones. Pero mientras la flota aguardaba el resultado del llamamiento, llegó la noticia de que los turcos, al ver venir los barcos, se alteraron mucho y llevaron ante sí a los ancianos del Consejo; que los ancianos respondieron a sus preguntas que no tenían ninguna noticia sobre la llegada de los barcos ni sospechaban ninguna complicidad de los cristianos locales; que el *muteselim*¹¹⁸ les hizo ver que era necesario convocar a otros notables, para debatir sobre la seguridad del lugar; que éstos, sin suscitar sospechas sobre lo que investigaba el

¹¹⁷ Cf. tomo II, cap. XXX, pág.138.

¹¹⁸ Gobernador local; sus funciones eran percibir los impuestos y mantener el orden.

muteselim y dispuestos a borrar toda suspicacia, llamaron a todos los que indicó el *muteselim* a propuesta de los turcos locales; que ya que todos los convocados, incluyendo al obispo Platón, acudieron sin prevención en vez de deliberar sobre el motivo de la llamada, fueron trasladados a la fortaleza para ser vigilados como rehenes, según la costumbre turca en tales circunstancias, y que mientras unos turcos montaban guardia noche y día en la fortaleza, otros se desplegaron por las aldeas para desarmar a los campesinos. El 29 regresó a la flota el enviado a las aldeas y confirmó que había encontrado entre los lugareños poca disposición para lo que se les requería. Por estos motivos la escuadra, después de pasar once días y temiendo por la vida de los ancianos mantenidos como rehenes, se hizo a la mar el 7 de mayo sin haber hecho nada. De este modo, la primera expedición marítima resultó improductiva, desviada de su primitiva intención contra la flotilla enemiga en Murtos, la cual, desprevenida y despreocupada, difícilmente habría escapado a la captura o a la quema.

Mientras la mayor parte de la flota fondeaba frente a Quíos, diversos barcos de ella merodeaban para dañar a los enemigos que surcaban el mar. El 28 de abril, una avanzadilla al mando de los capitanes Lázaro Pinotsis y Sachturis capturaron una nave enemiga que llevaba valiosos presentes del sultán a Mehmet Alí y transportaba a Egipto con toda su casa al *sheik ul-Islam*¹¹⁹, que había caído en desgracia y sido expulsado por negarse, según se decía, a publicar una *fetua* para una matanza general de los griegos; los captores del barco rapiñaron las riquezas que había en él, incluidas las del *sheik ul-Islam*, y se las repartieron sin hacer partícipes a sus demás compañeros ausentes ni apartar el canon correspondiente para uso de la comunidad; degollaron sin piedad a todos los pasajeros turcos, entre ellos al digno de reconocimiento *sheik ul-Islam*, justificándolo con los sufrimientos en Constantinopla de sus inocentes congéneres y del patriarca, como si un acto inhumano contra un no culpable justificara otro acto inhumano contra otro igual de inocente; no obstante, hay que hacer notar que, antes del ahorcamiento del patriarca, los griegos se comportaron más humanitariamente con todos los turcos que iban siendo capturados por tierra y por mar. La apropiación indebida del rico botín mencionado arriba provocó justas quejas y alborotó a las tripulaciones de los demás barcos. El 1 de mayo, los griegos atacaron en el estrecho de Quíos una goleta que

¹¹⁹ Mufti (autoridad religiosa) de Constantinopla.

iba de Esmirna a Creta; los turcos que viajaban en ella, teniendo a la vista lo que les pasaría si se entregaban, lucharon noblemente y se ahogaron al ser hundido el navío. El 4, los griegos persiguieron a otro barco pequeño; los turcos de a bordo lo encallaron en tierra y escaparon de las manos vengativas de sus perseguidores huyendo a las montañas. El día siguiente apresaron otros dos barcos que llevaban respectivamente pez y pasajeros; a éstos les dieron muerte para expiar, según dijeron, la muerte del patriarca. Al retirarse de Quíos la escuadra, cada flotilla volvió a su puerto.

Después de las tres navieras, la isla que más se distinguió en la lucha por la libertad y se arriesgó por encima de cualquier otra debido a su posición geográfica a las puertas de Asia Menor, como una vanguardia de toda la rebelde Grecia, fue la de Samos.

Esta isla está separada de Asia por un estrecho de una milla de ancho en su parte más cercana; tenía 25 aldeas, entre grandes y pequeñas, y seis mil familias cristianas; pertenecía al *sheik ul-Islam* y tenía en otros tiempos muchos privilegios, administrándose autónomamente por los pobladores y pagando impuestos reducidos. Desde hacía algún tiempo se enviaba un agá y un cadí y se habían aumentado los impuestos de capitación, sobre el vino y de aduana. Dominaban la isla dos clanes con los nombres respectivos de *kalikántsari* u oligarcas y *karmanioli* o populares; el más fuerte al comenzar la guerra era el primero.

El 17 de abril echaron el ancla en el estrecho de Micala dos barcos de Spetses. Su aparición bajo la reciente enseña de la libertad removi6 hasta los cimientos toda Samos y fue el impulso para que ese mismo día hiciera defección Vathý¹²⁰. A la noche siguiente, algunos habitantes de dicha villa agredieron y mataron a los pacíficos turcos que vivían del comercio, en vez de desembarcarlos sin daño en la otra orilla, ya que ni se oponían ni eran peligrosos. Después de este cruel acto injustificado, se dispusieron a ir a Chora¹²¹, capital de la isla con 1500 almas, con la intención de matar a los turcos residentes, al agá y al cadí. Pero los notables de Chora, que no simpatizaban con la revolución y formaron una guardia de 100 hombres armados, malograron la amenazadora invasión y la proyectada matanza de turcos; además, pidieron a Elezoglu, gobernador de Kushadasi¹²², y al

¹²⁰ Núcleo de población situado en la ladera de una montaña, sobre la capital.

¹²¹ Actualmente recibe el mismo nombre que la isla.

¹²² Ciudad turca de Asia Menor muy cerca de Samos.

bey de Rodas que enviaran mil soldados el primero y el segundo un buque, para hacer cesar los disturbios que habían surgido en la isla y detener a los sediciosos; sin embargo, al ver poco después que el espíritu levantisco se difundía por toda la isla, no aguardaron la fuerza solicitada y enviaron a los residentes turcos en secreto a la vecina Asia, para librarlos de una muerte inevitable e injusta. A los pocos días toda la isla, incluida Chora, estaba en plena insurrección, contra el parecer de los notables.

1821

CAPÍTULO XI

SITUACIÓN DE GRECIA CONTINENTAL.

Grecia Continental¹²³ era oprimida y esquilhada desde hacía muchos años por Ali Pasha. Por diferentes motivos el rico, ya fuera turco o cristiano, era desvalijado y el capaz siempre ninguneado y, a menudo, asesinado. Este sátrapa sin escrúpulos enfrentaba a los turcos contra los cristianos, a los cristianos contra los turcos y a los familiares entre sí; premiaba la maldad, castigaba la excelencia, destruía al pueblo entero y veía incluso el honor familiar de los pobres *rayades* como un juguete diario de sus impúdicas e insaciables pasiones; en una palabra, no tenía nada por sagrado ni abominaba de ninguna inmoralidad; siempre luchando por extender los límites de su poder omnímodo y de sus dominios y por imponer su voluntad a los rebeldes o rivales, tenía siempre a su alrededor grandes fuerzas, como instrumento de sus ambiciosos y excesivos planes. Como a consecuencia de la tiranía se incrementaba la piratería, Alí precisaba para eliminarla tropas móviles, y esta necesidad mantenía los muy renombrados caudillajes de aquellas zonas. Los habitantes, oprimidos en sus trabajos de la paz, abrazaban la vida militar y encontraban en ella seguridad, comodidad, honor y ganancia, de forma que el propio despotismo y la propia tiranía de Alí entrenaban a una gran parte de los habitantes en el uso de las armas y prepararon sin darse cuenta el feliz levantamiento de Grecia. La caza emprendida contra él fue lo que más contribuyó al rearme general de los griegos que querían y podían llevar armas, unos a su favor y otros en su contra; así que, por aquellas fechas, toda Grecia Continental parecía un campo de batalla. Los Socios, aprovechando hábilmente la ocasión de la guerra y viendo sus objetivos coincidentes con los de él,

¹²³ En griego, Στερεά Ελλάδα (Stereá Hélade).

le desvelaron el secreto de la Sociedad y le dieron ánimos diciéndole que era el dedo de Rusia el que señalaba el camino. El taimado déspota fingió buena disposición y sinceridad a causa de su difícil situación; pero, deseando congraciarse por todos los medios a su soberano, con el cual había compartido antes cuanto sabía sobre la Sociedad, le puso en conocimiento de todo, prometiendo a cambio de la amnistía sofocar en pocos días la llama de la insurrección en el Peloponeso. La Puerta desechó sus condiciones, alardeando de superioridad y desconfiando de su carácter embustero. Si hubiera aceptado reponer a Alí, la insurrección griega habría sido aplastada en la cuna, pues el hombre tenía tanta fama, tanta influencia, tanta fuerza efectiva, tanto conocimiento personal de los hombres y los lugares y su nombre inspiraba tal terror en toda Grecia, que se habría ido al traste si él hubiese intervenido. Por suerte, el rechazo de su proposición conllevó el resultado contrario: en vez de enemigo, lo hizo aliado de Grecia y su obligada rebelión benefició a ésta al máximo, pues desde el estallido de la insurrección en el Peloponeso, cuando el griego de allí era aún miedoso, bisoño, desprovisto e inseguro, su resistencia retuvo en Grecia Continental muchas fuerzas del sultán que estaban listas para caer sobre el Peloponeso y eran suficientes para someterlo.

La Sociedad, como hemos dicho, tenía pocos seguidores en Grecia Continental por el miedo a Alí, pero los sucesos en el vecino Peloponeso, grandiosos a ojos de los *stereoeladitas*¹²⁴, captaron toda su atención y las constantes llamadas de los peloponesios los incitaron más aún a participar en la lucha por la patria. La situación de Grecia Continental no era comparable a la del Peloponeso; aunque había un movimiento armado a causa de la pugna entre el sultán y Alí, la incertidumbre del resultado de esta guerra civil, el razonable miedo y la posibilidad de un acuerdo entre los combatientes, susceptible de provocar inevitablemente el fracaso de cualquier proceso revolucionario, y también la presencia en ella de tantas tropas, todo ello constituía una razón poderosa para reprimir su tendencia a la insurrección.

En sus días de esplendor, Alí se apoderó de Suli¹²⁵ y obligó a los suliotas a refugiarse en tierra extraña y mendigar. En el momento de su destitución estaban disponibles; a la Puerta le habría sido de gran utilidad la colaboración

¹²⁴ Habitantes de Στερεά Ἑλλάς (Stereá Hélade o Grecia Continental).

¹²⁵ Zona montañosa del Epiro, próxima a la capital del propio Alí Pasha, Ioánnina

de este pueblo osado y aguerrido, sediento de reconquistar su tierra y clamando venganza contra su mortal enemigo Alí; pero el general turco, Ismail Pasha o Paso Bey, antes Ismail Bey, trató muy mal a estos nuevos amigos: conspiró decididamente contra ellos, bien obedeciendo a intrigas de sus rivales los albaneses para indisponerlos con él, bien porque juzgó que la utilidad de sus servicios en aquellas circunstancias era compensada por el perjuicio que se haría después a los intereses turcos, cuando un pueblo cristiano y valeroso regresara a un lugar tan fácil de defender. El activo y previsor Alí, beneficiado por el mal comportamiento de su rival para con los suliotas, los acogió, les devolvió el terruño, los contrató como aliados e incluso intercambió rehenes con ellos para seguridad recíproca. Mientras esto se hacía, ni había estallado la insurrección en Grecia ni los suliotas tenían conocimiento de la Sociedad, por lo que asumieron con sencillez y sinceridad luchar a favor de Alí a cambio de sus intereses locales y particulares; y cuando estalló la rebelión y fueron iniciados en los ritos de la Sociedad, tampoco entonces parecieron cambiar de planes a causa de las circunstancias, aunque interiormente pensaban lo mismo que los demás griegos sobre la libertad total de la nación. Sin embargo, esta forma de actuar en la guerra subrayó su verdadero carácter ante los restantes griegos; éstos, al contemplar desde la distancia cómo combatía y era combatida la abrupta Kiafa¹²⁶, la veían en su pensamiento como una luz ardiendo sobre una elevada atalaya, que alumbraba y guiaba a los que estaban sumidos en la sombra de la esclavitud.

¹²⁶ Vd. Tomo II, capítulo XXXV, pág. 183.

1821

CAPÍTULO XII

REBELIÓN DE FÓCIDE Y EUBEA.- EXPEDICIÓN A PATRATSIKI.- REBELIÓN DEL ÁTICA.- DESCRIPCIÓN Y REBELIÓN DE TESALOMAGNESIA Y EUBEA.- REBELIÓN DE MACEDONIA Y CRETA.-

Aunque Etolia-Acarmania¹²⁷, ante los grandes hechos del Peloponeso, que suscitaban el entusiasmo, la emulación y el amor propio en el espíritu de los griegos del continente, no mostró simpatías de golpe por la causa nacional debido a su posición a las puertas del Epiro, donde estaban los grandes ejércitos enemigos, sin embargo otras partes de Grecia Continental, más alejadas, lo abrazaron cordialmente, pero no a una señal convenida ni con un plan organizado, según se ha dicho ya, si bien sí hubo muchas conversaciones secretas sobre ello entre los jefes de bandas y los notables.

Era un jefe de la provincia de Sálona¹²⁸ Panuryás, que huyó de Ioánnina y llegó a Sálona cuando Alí fue cercado por los realistas. El 24 de marzo, o lo que es lo mismo, cuando supo que se había levantado Acaya, se alojó con sus 60 *harmatolí* en el monasterio del profeta Elías, a hora y media de Sálona, donde se decidió por unanimidad atacar a los turcos de la provincia. Simultáneamente, ordenó a su yerno y también jefe de bandoleros Thanasis Manikas que alistase en el sector de Vlachochoria a los que fueran capaces de manejar las armas; y a su primo Yannis Guras, desconocido hasta entonces y que tan brillante papel desempeñó después, que se retirase a Hagios Yoryos para reclutar y se pusiera de acuerdo con los habitantes

¹²⁷ Etolia y Acarnania son las regiones que integran la Grecia Occidental, división de Grecia Continental.

¹²⁸ Para entender lo que sigue: durante la turcocracia, Grecia Oriental (la otra división de Grecia Continental) constituía una provincia (*sanjak*) dividida en diez subprovincias (*kazas*; pero Trikupis las llama provincias) que son, de Este a Oeste: Eubea, Ática y, denominadas por sus respectivas capitales, Tebas, Lebadea, Vodonitsa (hoy Mendenitsa, cercana a las Termópilas), Lidoriki (en la Fócide, como las siguientes), Zituni (ha recuperado su antiguo nombre de Lamia), Sálona (ha recuperado su antiguo nombre de Anfisa), Talandi (actual Atalandi) y Turkochori (ha recuperado su antiguo nombre de Elatea).

de Galaxidi, que no tenían ningún convecino turco y, jaleados cada día por los de Patras, que sostenían muchas relaciones comerciales con ellos, estaban impacientes por sacudirse el yugo. Una vez puestos de acuerdo, partieron de diversos lugares, amanecieron en Sálona y, bajo la dirección de Panuryás, pusieron cerco al castillo, donde los turcos, suspicaces, habían tenido la precaución de encerrarse con sus mujeres e hijos y, con ellos, todas las familias turcas de Vostitsa que se habían trasladado allí después del alzamiento de Acaya¹²⁹; había entre ellos 600 combatientes. Grande era el entusiasmo de los griegos de aquellas zonas, principalmente de los de Galaxidi, que para el triunfo de la causa común aportaban armas ligeras, municiones y cañones procedentes de sus barcos. Aunque los turcos eran poderosos, los griegos atacaron con tanto empuje, que el primer día se apoderaron del agua que había los pies de la fortaleza. Los de ésta, desprovistos de lo necesario y sedientos, se lanzaron el 8 de abril con la esperanza de adueñarse al menos del arroyo contiguo, pero fracasaron y fueron muertos 13, entre ellos Haidas, conocido por su valor. Víctimas del hambre y la sed, se rindieron el Domingo de Resurrección (10 de abril) a cambio de sus vidas y su honra, entregando las armas a Panuryás, que las iba recibiendo sentado delante de la puerta; unos se quedaron en sus casas sin ser molestados, otros prefirieron, para mayor seguridad, irse a vivir con los cristianos con los que tenían relaciones. El castillo de Sálona fue el primero que conquistaron los griegos.

Conocido el asedio de Sálona, Dimos Kaltsás, un jefe de Lidoriki y Malandrinos¹³⁰, puesto de acuerdo con Anagnostis Lidorikis, Papayoryos Politis y demás notables de las dos provincias, contando con 60 *harmatolí* y reuniendo a los aldeanos capaces de portar armas, levantó la bandera de la libertad el 28 de marzo; entró el mismo día en Lidoriki al redoble de tambores y envió a Malandrinos a su lugarteniente, Theodorís Chalvantsís. Los turcos de ambas localidades se encerraron dentro de unas casas y opusieron resistencia; pero, a los dos días, después de morir algunos, depusieron las armas y se entregaron, como en Sálona.

A la zaga de estas provincias, izó la enseña griega la de Lebeada por influencia de su jefe de guerrillas, Thanasis Diakos, que pensaba haberla izado antes que sus camaradas, pero se lo impidió la disensión entre los

¹²⁹ Cf. capítulo V, pág. 68.

¹³⁰ Al oeste de Sálona.

notables de la capital de aquella provincia. Él, con 100 compañeros, otros muchos que reclutó en Aráchova¹³¹ y otros de diferentes aldeas de la provincia, ocupó por la noche las posiciones de Zagarás y Profeta Elías, encima de la ciudad de Lebadea, y desde allí envió primero gente a bloquear algunas rutas, para cortar las comunicaciones entre los turcos de una y otra parte; después, reconcilió las facciones de notables en Lebadea y entró en la ciudad bajo la enseña de la libertad el 30 de marzo. Al ver esta invasión armada, los turcos que había en la ciudad subieron con sus mujeres e hijos al castillo o se encerraron en las casas más sólidas; se metieron con ellos muchos albaneses que se encontraban también allí; el número de los habitantes turcos y albaneses capaces de manejar las armas ascendía a 800. La batalla se entabló el 31 y duró cinco días. Rukis subió de noche con algunos más a la fortaleza, con la esperanza de tomarla; los turcos los sintieron, los rechazaron, hirieron a unos pocos y los persiguieron; pero la falta de alimentos y agua los forzó al poco a desplegar bandera blanca y deponer las armas, como en Sálona. Desde el principio, Diakos se mostró inspirado por un ardiente patriotismo y por encima de todo interés material: reunió el armamento entregado y el botín y lo puso todo en manos de los notables, para comprar víveres y municiones para el ejército, y él marchó con otros 600 a Vodonitsa y las Termópilas, pues se rumoreaba que en Zituni se estaban concentrando tropas enemigas.

El día que inició la guerra en Lebadea, Diakos ordenó a su primo Andonis Kondusópulos –estaba en la provincia de Talandi, perteneciente a su dominio– que hiciera allí lo mismo que él, después de ponerse de acuerdo con los notables del lugar. El 31 de marzo se izó también allí la bandera de la libertad.

El 1 de abril, el jefe Busgos fue a Tebas por orden de Diakos y colocó allí también la bandera griega sin lucha; pues, antes de su llegada, los turcos de Tebas, previendo lo que pasó, tomaron a sus mujeres e hijos y se trasladaron con sus cosas pacíficamente a Eubea.

Yannis Dyovuniotis, jefe de partidas de las provincias de Zituni, Vodonitsa y Turkochori, al enterarse de lo que se había hecho en las otras provincias, contando con 80 compañeros reclutó a otros 500 de entre los habitantes de las provincias de su jurisdicción, izó la bandera de la

¹³¹ Al oeste, en la falda del Parnaso. Famosa actualmente por su proximidad a Delfos y su estación de esquí.

insurrección aunque su hijo estaba en poder de Alí y, el 8 de abril, puso sitio al castillo de Vodonitsa, donde se habían enclaustrado 70 familias turcas. Ese mismo día llegaron en su ayuda Komnás Trakas, enviado por Panuryás con otros 200, y Diakos con los suyos; se lanzaron juntos contra la fortaleza, que, aunque pequeña, no era expugnable a no ser por hambre o sed, ya que se erguía sobre una posición fuerte; así que los citados jefes, tras dejar una fuerza para mantener el asedio, se dirigieron a Zituni y, el 10 de abril, llegaron al puente sobre el Esperqueo; allí, tras una segunda deliberación, decidieron no avanzar hacia Zituni sin contar con el jefe de los bandidos de Patratsiki¹³², Mitsos Kondoyanis, que tenía suficiente poder e influencia; desde allí fueron a acampar en Kombotades, cerca de Patratsiki. Llegó Panuryás con unos 500, con lo cual todo el ejército, al agregarse otros, contaba 2000. Los jefes llamaron entonces a Kondoyanis para que se sumase a la expedición; no los escuchó; lo llamaron por segunda vez y tampoco les hizo caso. Su negativa, basada en lo peligroso de la empresa, no carecía de lógica, pero era inoportuna y perjudicial para la gente que se había rebelado y para sus compañeros de armas; lo llamaron por tercera vez, enviando para pedirselo a Yoryis Despotópulos y a los oficiales de Diakos, Kalyvas y Bakoyannis; lo encontraron en Kukos, a seis horas del campamento griego, pero ni siquiera ellos lograron convencerle; así pues, el ejército griego permaneció inactivo durante ocho días. Pero lo que no consiguieron los llamamientos y súplicas lo consiguieron el celo y el entusiasmo de sus sobrinos y sus lugartenientes y la decisión tomada por los restantes caudillos de atacar Patratsiki aun contra su opinión. Una vez que se unió Kondoyanis, ningún jefe de bandoleros de Grecia Oriental^{ap} quedó fuera de la guerra y se decidió por común acuerdo ponerse en marcha para tomar Patratsiki. Mientras, se entregó la fortaleza de Vodonitsa.

Desde el día en que supieron los sucesos de Sálona los turcos de Patratsiki, entre los que había 800 combatientes locales, albaneses y de otras provincias, se prepararon para la batalla fortificando las viviendas más poderosas, la torre del reloj, la mezquita, la iglesia, las torres y otros enclaves, vallando las calles y callejones y saliendo la mayoría al arroyo del suburbio de Bogómyli, a esperar al enemigo dentro de las fortificaciones. Los griegos de Kombotades atacaron el 18 de abril con tanto empuje, que a la primera descarga de fusilería los obligaron a dejar Bogómyli y

¹³² Ha recuperado su antiguo nombre de Hypate. Fue la capital del ducado medieval de Neopatria.

penetraron en la ciudad a sangre y fuego. Cuando entraron en combate los de más arriba por la parte Este, lo hicieron también los que estaban en el monasterio de Agatón¹³³ al mando de Kondoyanis y, tras cruzar el Xiriás, cayeron sobre Misalá, expulsaron a los turcos allí fortificados y entraron también en la ciudad a sangre y fuego, pero los turcos acorralados en los edificios fuertes resistieron con bravura. Sobre medianoche, a la hora en que se aplacó el ardor del combate, los griegos vieron en la llanura, por Lianokladi, muchas luces de enemigos que llegaban allí de noche y, temiendo ser encerrados por la caballería que iba con ellos, se retiraron al día siguiente, Kondoyanis a sus dominios y los demás caudillos a Kombotades, dejando la ciudad quemada a medias. En esta incursión murieron 6 griegos y fueron heridos 5, entre ellos Rukis. Por parte turca murieron 10 y fueron heridos otros tantos.

Ni el fracaso de esa expedición ni la aparición del enemigo en Lianokladi detuvieron el avance de la insurrección por Grecia Oriental.

El Ática era la sola provincia de aquella zona que no se había rebelado hasta entonces. Hemos visto que las provincias de Grecia Oriental se alzaron por la actuación de sus jefes guerrilleros, pero el Ática era la única que no tenía ninguno desde muy antiguo, porque ni su posición ni sus montañas se consideraban una guarida adecuada para los bandidos contra quienes se crearon las cuadrillas de *harmatoli*; así que Atenas, mientras se rebelaban las zonas vecinas, permaneció cierto tiempo bajo el pleno dominio de los turcos, oscilando entre deseos y temores.

Meletis Vasilíu, vecino de Chasiá –una aldea del Ática situada, como su nombre indica, dentro de la comarca del antiguo demo de Castieis y cercana a File, la que en la Antigüedad ocuparon los que derrocaron la tiranía de los Treinta–, un hombre valiente y amante de su tierra que tenía gran influencia en el entorno, queriendo librar su aldea de los males que sufría toda el Ática tanto por parte del gobernador como por parte del señor de Eubea, cuya jurisdicción se extendía hacia aquélla, consiguió en otro tiempo segregarla del resto de la provincia con el pretexto de que era un *derveni*¹³⁴, por su posición sobre la subida al Parnés, y la dotó de todos los privilegios inherentes a los lugares en tal posición, cuya custodia se confiaba a vecinos que tenían permiso para llevar armas.

¹³³ En la falda del Eta, a 7 Km. de la ciudad.

¹³⁴ Palabra turca, procedente a su vez del persa, que significa ‘puerto de montaña’.

Esta circunstancia disimuló plausiblemente, cuando llegó la hora de la insurrección general, las verdaderas intenciones de Meletis, el cual, miembro de la Filikí Hetería, en cuanto vio lo que ocurría en las provincias cercanas repartió armas el 1 de abril entre los aldeanos con el pretexto de defender el lugar de cualquier posible incursión de bandidos, levantó su pequeño campamento en Menidi¹³⁵, ganó para su causa a los de Menidi mandados por Chatsí-Anagnostis Tsurkatiotis y a otros de Salamina que habían acudido a él libremente y, el 18 de abril, en Kálamos, una aldea del Ática frente a Eubea, dio un golpe de mano contra los de Omer Bey de Caristo, que habían pasado el estrecho para observar los recientes sucesos de aquellas regiones. Meletis y los demás, queriendo ser unidos por un solo jefe que representara a la Sociedad, recurrieron a los dirigentes de Lebadea para que les mandaran alguien así. Estos vieron idóneo a Dimos Andoníu, catequista reciente de la Sociedad y que vestía a la moda de Occidente; le endosaron charreteras y un casco y lo enviaron a Menidi, donde los áticos lo recibieron como a un hombre distinguido, debido a su insólita indumentaria, y se pusieron a sus órdenes con la misma devoción que mostraron los antiguos espartiatas por el conciudadano cojo de Meletis, Tirteo.

Los habitantes turcos de Atenas eran 400 familias; había también unos 60 albaneses como fuerzas del orden. Estaban intranquilos con razón observando la conmoción de las provincias cercanas y, al ver también las aldeas de su misma provincia movilizadas en armas y a los aldeanos robando rebaños bajo los muros de la ciudad, se asustaron e irritaron; en un principio concibieron en común la idea de matar a todos los cristianos de Atenas que pudieran llevar armas; pero, viendo que eso no era ni civilizado ni realizable y que podía causarles lo que querían evitar, desistieron; sin embargo, empezaron a prepararse llevando víveres y pertenencias a la acrópolis, limpiando una de las dos cisternas, que eran buenas pero no se usaban desde tiempo atrás, y trasladando agua desde la ciudad. Convencidos por lo que oían y veían de que los *kleptes* de fuera atacarían, el 1 de abril prendieron inesperadamente a los tres notables y a otros 10 viandantes, los condujeron a la acrópolis y los encarcelaron. Esta detención atemorizó a los demás hombres destacados y les obligó a esconderse, pero también los forzó a ponerse de acuerdo ocultamente con los de fuera y pedirles que

¹³⁵ Corresponde al antiguo demo de Acarnas.

entraran armados en la ciudad; así pues, lo que hicieron los turcos para protegerse se volvió en contra suya.

Imprevisores e inconsecuentes, después de encarcelar en la acrópolis a los notables con el resto no se preocuparon de tener guardias suficientes en la ciudad, y eso que veían a tantos cristianos con armas fuera de ella; pero lo que más resalta su ingenuidad es que salvo las puertas de la muralla, vigiladas por turcos, por orden de éstos eran los cristianos quienes se encargaban de vigilar las restantes partes de aquélla.

La noche del 25 de abril se reunieron en Menidi los 600 cristianos de fuera, quienes con armas, quienes con lanzas y quienes con garrotes, y marcharon hacia la ciudad dos horas antes de amanecer; llegaron tranquilamente al lienzo de muralla entre las puertas de los Santos Apóstoles y Bumbunistra¹³⁶, saltaron al interior sin impedimento, mataron a unos pocos turcos que había sobre las dos puertas y se desplegaron por la ciudad con tiros y alaridos. Como los turcos subían cada anoche a la acrópolis, había pocos en la ciudad, por lo que no fueron muchos los que perdieron la vida; otros 36 entre hombres, mujeres y niños, se acogieron a los consulados y se pusieron a salvo. Los áticos se adueñaron de la ciudad e izaron el día 28 la bandera de la libertad en el palacio del gobernador, donde se alojaron los jefes, entre ellos Meletis, el primer campeón del Ática.

Nada más propagarse por los alrededores la noticia de estos sucesos, se congregó en Atenas un buen número de hombres armados procedentes de Egina, Ceos, Thermiá¹³⁷ e Hydra. Detrás de ellos llegaron algunos cefalenios (5 de mayo) que traían consigo cañones, de forma que, en diez días, el número de combatientes en Atenas ascendió a tres mil.

Los turcos asediados, viendo entre los sitiadores a muchos vestidos a la moda occidental y a algunos con uniforme, preguntaron confusos por escrito a los cónsules si los reyes francos habían declarado la guerra al sultán. Los cónsules les respondieron con la verdad; pero los griegos, al enterarse de sus miedos y sospechas, reunieron todos los caballos, asnos y mulos que encontraron y, unos montados en ellos con sillas de montar o sin ellas, otros a pie y la mayoría vestidos a la moda occidental y con sombrillas,

¹³⁶ La Ciudad, circunvalada por un pequeño muro, tenía siete puertas, de las cuales ésta se encontraba donde hoy el Palacio Real. Se llamaba Vomvonistra por el borboteo que hacía el agua al caer en el depósito destinado al efecto, desde el cual se distribuía a los acueductos de la Ciudad (De *Historia de Atenas*, de Dyonisios Surmelis).

¹³⁷ Isla de las Cíclades Occidentales, entre Cea y Sérifos; ha recuperado su antiguo nombre de Citnos.

dieron una vuelta alrededor de la acrópolis al son de tambores y trompetas occidentales, mostrando así su europeísmo; pero una andanada disparada desde la acrópolis cayó en medio de ellos y mató a uno, disolviendo al punto la ridícula escena.

Al empuñar las armas, los atenienses procuraron darse una organización civil y militar como exigía la circunstancia; puesto que carecían de material de guerra, arrancaron el plomo de las cúpulas de las mezquitas que había en la ciudad, hicieron balas y pusieron a trabajar los molinos que quedaban; mediante la estrecha colaboración de los griegos llegados de otros lugares, emplazaron contra la acrópolis siete cañones en diferentes posiciones: la Pnix, la colina de Museo¹³⁸ (donde el monumento a Filopapo), cerca de los teatros de Baco y de Herodes¹³⁹ y junto al templo de Zeus Olímpico. A petición de los atenienses, en los primeros días del levantamiento armado llegó al Pireo un barco de Hydra con 11 cañones, enviado por los hermanos Kunduriotis y al mando de Yoryis Nengas.

Aparte del agua traída desde abajo y depositada en una de las cisternas, los turcos tenían en uso la apenas potable de una de las tres fuentes que salen de la muralla (Serpentsé¹⁴⁰). Como la de la cisterna se iba a agotar en poco tiempo, los sitiadores trataron al principio de romper el amurallamiento a cañonazos, con la esperanza de quitar al enemigo el agua que surgía de él, pues sólo esperaban adueñarse de la acrópolis por medio de la sed o el hambre. Mientras, sitiadores y sitiados intercambiaban andanadas sin hacerse daño los unos a los otros. De vez en cuando, desde la acrópolis lanzaban bombas a la ciudad, pero eran siempre inofensivas, debido a la impericia de los improvisados artilleros.

En el ínterin, la insurrección se propagaba como el fuego por Grecia Oriental y acabó llegando a Magnesia.

Magnesia, que en la Antigüedad se extendía hasta la desembocadura del Peneo, *vulgo* Salambriá, e incluía el monte Osa o Kíssavos, en la

¹³⁸ Museo era un poeta arcaico ateniense que vivió y murió aquí, por lo que dio su nombre a la colina, según Pausanias; aunque, por confusión, también se llama colina de las Musas; no obstante, su nombre más frecuente en la actualidad es colina de Filopap(p)o(s), por los restos del monumento funerario que se alzan en su cima.

¹³⁹ Por supuesto, los que hoy se designan con los nombres respectivos de teatro de Dioniso y odeón de Herodes Ático

¹⁴⁰ El Serpentsé era un bastión anexo a los Propileos, que englobaba el odeón de Herodes Ático y con una torre en la punta N.O. de la acrópolis; defendía precisamente los citados manantiales. Fue demolido en 1877.

actualidad contiene sólo el Pelion, o monte Zagorá, y forma una lengua de tierra que se adentra en el mar entre el Termaico, o golfo de Tesalónica, y el Pagasítico o golfo de Volos; limita al norte por tierra con el valle entre el Pelion y el Osa, o llanura de Agüiá; al oeste, con la laguna Viviída, *vulgo* Karla, y unas pequeñas estribaciones del Pelion, que la separan de la comarca de Velestinos y Harmyrós. Por su configuración se divide en dos partes: la nororiental es muy montañosa, escarpada, cubierta de castaños y poco productiva, mientras la sudoccidental es más llana y fértil. Magnesia cuenta con 47 aldeas con un total de 50 millares de habitantes, 1750 de ellos turcos; todas las aldeas son cristianas excepto Volos, habitada únicamente por turcos, y Lechonia, habitada por turcos y cristianos. La cantidad de habitantes indica cuán pobladas estaban muchas aldeas; la más populosa era Makrynitsa. En la entrada del golfo de Volos se asienta sobre una pequeña península Tríkera o Tríkeri, unida formando un recodo a la punta suroccidental de Magnesia por un istmo rocoso e inaccesible de una hora de ancho.

El 5 de mayo se dejaron ver por la costa de Tríkera y Harmyrós unos barcos de Hydra y Spetses.

Desde hacía unos años vivía en Magnesia ejerciendo la enseñanza en Milies Ánthimos Gazis, miembro del Mando de la Filikí y promotor de la insurrección por aquellos parajes. Aprovechando la ocasión cuando aparecieron las susodichas naves, el 7 de mayo levantó en rebeldía a los pobladores cristianos de Magnesia; mientras unos iniciaron la acción matando al gobernador de algunas aldeas cuando volvía de inspeccionar a ciertos notables sospechosos, otros marcharon al mando de Kyriakós Bastekis contra los 600 habitantes turcos de Lechonia, aniquilando a casi todos ellos. Herido Bastekis, fue nombrado sucesor su lugarteniente, Kondonikos. Los griegos marcharon a sitiar Volos, apoyados por los citados barcos y alguna gente de Tríkera; una parte acampó junto a la fortaleza y la otra ocupó una loma en forma de pirámide, vulgarmente llamada por ello Pilaf-Tepé, con el objetivo de cortar las comunicaciones de la sitiada Volos con Velestinos y Harmyrós. Al mismo tiempo constituyeron una administración local, el Consejo de Tesalomagnesia, que tenía sus sesiones donde el segundo campamento; poco después pusieron un tercero en Hagios Yoryos, más cerca de Velestinos, y llenos de arrojo y esperanzas se lanzaron contra ésta a través del llano y de las montañas y la asaltaron e incendiaron, obligando a los turcos a encerrarse

dentro de unas torres, que se alzaban en medio de un amplio recinto, y entregándose todos al saqueo y la francachela sin que nadie lo impidiera. Durante el asalto resultó herido Kondonikos y le sustituyó Panayotis Bastekis. Mas los de las torres, al ver el relajo de los griegos, fueron tan osados que salieron unos 60 a caballo y, atravesando por en medio de los griegos, que eran miles, desaparecieron todos ilesos; unas horas después, el puesto de guardia griego, asentado sobre una elevación, anunció que se divisaban por la carretera de Larisa muchas tropas que venían hacia Velestinos. El pánico se apoderó de los griegos; abandonaron todos la villa y corrieron hacia el campamento de Hagios Yoryos; al ver al enemigo en fuga, los turcos de las torres cayeron sobre ellos, los persiguieron hasta el campamento y mataron a 60; el resto, temiéndose que en los campamentos tampoco estaban seguros, se dispersó desordenadamente. Cuatro o cinco días después, se desplegaron por la península numerosas tropas turcas al mando de Mahmut Pasha Drámalis, que levantaron el sitio de Volos, destruyeron las aldeas de Kanalia y Kýpurna, cayeron sobre Makrynitsa, se apoderaron de la parte alta mientras sus habitantes huían y después del barrio inferior, invadieron otros asentamientos e incendiaron, saquearon, mataron y sometieron a esclavitud, mientras los desgraciados cristianos huían desde todas partes a Tríkeri. Drámalis dejó un ejército custodiando Volos y volvió a Larisa, pero al enterarse de que un nuevo campamento griego se había formado en Malachi, cerca de Lechonia, regresó, entabló batalla, venció y persiguió a sus enemigos hasta el istmo de Tríkeri, donde encontró resistencia, por lo que regresó a Larisa. Apenas se libraron de este temible enemigo, los griegos volvieron a formar otro campamento en Lithokastro, cerca de la gran aldea de Argalestí, y no fueron hostigados a partir de entonces, pues Drámalis consideraba que el nuevo campamento era poca cosa y que Magnesia estaba ya sometida; y, realmente, sólo quedaban sin subyugar cuatro aldeas, que albergaban ocho mil almas: Lafkos, Promiri, Argalestí y Tríkeri.

Desde el paso de Tríkeri y la boca del Golfo Malíaco, frente a Lócride, Beocia y el Ática hasta Prasiá (Porto Rafti), se extiende hacia el sudoeste la estrecha y alargada isla de Eubea, más conocida por Euripo, con 160 millas desde el cabo Ceneo (Lithada¹⁴¹) hasta Geresto y una anchura máxima de

¹⁴¹ O Lichada, en la punta N.O.

40, desde Calcis hasta Kumi¹⁴². Dicha isla está separada del continente por un estrecho con una anchura de 34 millas en Geresto y de tres en el Ceneo. Este largo y apacible canal, ancho y estrecho alternativamente, que parece a veces cerrado y tiene el aspecto de un lago, adquiere su estrechez máxima en Calcis. En el centro de este sector más angosto emerge una roca, que divide en dos el estrecho; sobre ella se construyó una fortificación provista de torres; la parte que da a Beocia es ancha y con arrecifes, la que mira a Calcis estrecha y profunda, por lo cual es más navegable; la roca está unida con aquella por un puente de piedra de unos 70 pies de largo, y con ésta por uno portátil de madera de la mitad de longitud; el curso oscilante de la famosa marea deleita la vista y el oído. La ciudad, considerada por los antiguos y en nuestra época como la gran metrópoli de la isla, se asienta en la punta de una amplia lengua de tierra y está totalmente circundada de murallas, con los símbolos de San Marcos aún sobre las murallas; su fachada Este está separada de tierra firme por un foso, mientras que las otras tres están bañadas por el mar; durante la guerra, los turcos vallaron en el suburbio habitado por cristianos una extensa área utilizable para pastos. La ciudad fue siempre considerada muy importante por su emplazamiento, hasta el punto de que Filipo de Macedonia la llamó grillete de Grecia junto con Corinto, aunque sus sucesores añadían Demetriás, dueña de los accesos al valle del Tempe. Enfrente de Calcis, en el litoral de Beocia y sobre una colina de 130 pies de alto se alza la fortaleza de Kara-Baba¹⁴³, que hace el papel de acrópolis de Calcis, por estar más elevada. De hecho, quien se adueñe de ella es también dueño de la ciudad. Delante de Calcis es de admirar el puerto, circular y con la apariencia de ser por completo inaccesible. Antes de la insurrección, la isla tenía dos fortalezas, la de Calcis y la de Caristo, junto a Geresto, al pie del monte Ochi, vulgarmente conocido por San Elías por la iglesia del profeta construida en su cima; en ninguna de ellas se permitía la residencia de cristianos durante la turcocracia.

Una de las aldeas más importantes de Eubea es Limni, situada frente al golfo de Opunte o de Talandi. Los notables de la misma, que contaba con algunos barcos, junto con los de otros lugares, decidieron izar la bandera revolucionaria al conocer lo que estaba pasando en Grecia Oriental y se pusieron de acuerdo con los de Tríkeri. A principios de mayo, estos buenos

¹⁴² O Kimi, en la antigüedad Cime.

¹⁴³ 'Padre negro', en turco.

vecinos fueron en su ayuda con cuatro barcos, municiones y algunos combatientes al mando de Verusis Andritsu. Los turcos de Eubea, al ver lo que pasaba a su alrededor, tenían un desembarco en la isla, pero recelaban tan poco de los cristianos locales que, para vigilar algunas posiciones a la orilla del mar, como Kanatia y Hagios Nikólaos, tomaron como asociados a muchos de ellos. Al ver venir las naves de Tríkeri rumbo a aquellas costas, abrieron fuego contra ellas con sus fusiles; a su vez los de Limni y las aldeas próximas, que estaban aguardando la ocasión, dispararon contra ellos y así comenzó la guerra también en esta zona. En este primer enfrentamiento vencieron los griegos; con los desembarcados, atacaron a los enemigos, matando a unos pocos y obligando a huir al resto. Tras la huida se reunieron los notables de muchas aldeas en Xirochori y nombraron tres jefes militares: Verusis, Nikolós Zagorianós y Yanniós Chalkiás; reunieron 2000 nativos armados y los enviaron por tierra y por mar a bloquear Calcis, con la cooperación de los barcos de Tríkeri y Limni; pero los turcos salieron del recinto y, en Trochós, entablaron una batalla que duró todo un día. Los griegos volvieron atrás y tomaron primero Derveni¹⁴⁴; de allí se trasladaron a la posición costera de Vrysakia, donde se fortificaron; los barcos locales de Limni permanecieron en el bloqueo; pero, como eran pequeños y débiles, en el campamento imperaba el descontento contra Verusis; lo desplazaron y pusieron provisionalmente en su lugar a Stavros Vasilios Tomarás y, después, a su convecino Anguelís Nikolau, un hombre valiente, experto en la guerra y amante de su tierra; contrataron y trasladaron desde el puerto de Hagía Marina el barco de Alexandrís Kriezís de Hydra, por considerarlo más poderoso y adecuado para el bloqueo de Calcis. Por aquellos días de mayo llegó a Eubea Nikólaos Kriezotis, un euboico que ejercía en Asia el oficio de pastor, y fue puesto a las órdenes de Anguelís.

Aunque el plan contra Calcis salió mal, no se extinguió por ello la luz recién encendida de la insurrección en Eubea, pese al fracaso propio y la fuerza del enemigo: pero a punto estuvo de apagarse por la discordia entre los griegos, que disputaron aquellos días porque el recién depuesto Verusis reclutó cuatrocientos forasteros y fue a Limni con la intención de incendiarla para vengarse; mas fracasó y huyó gracias al jefe Anguelís y al compañero de éste, Kriezotis. Después de estos incidentes, en junio los turcos de Calcis salieron de nuevo contra los griegos de Vrysakia, llevando

¹⁴⁴ Cf. nota 133.

cañones; los encontraron en Mánika, posición costera a una hora de la fortaleza, y estuvieron luchando todo el día. Los griegos, apoyados por los barcos, batieron al enemigo matando o hiriendo a unos 100, mientras de ellos morían 11 y eran heridos 15. Después de esta batalla, los turcos regresaron a Calcis y los griegos al campamento.

Con la insurrección de Eubea, toda Grecia Oriental estaba en plena rebelión y en posesión de los griegos, excepto algunas fortalezas y las ciudades de Patratsiki y Zituni.

Las semillas que la Filikí Hetería había dejado caer en el suelo de Macedonia dieron su fruto. Por el tiempo en que estalló la insurrección griega, Tesalónica, en ausencia del pashá, era administrada por el *muteselim* Yusuf Bey, un sujeto malvado y sanguinario. Éste, puesto a sospechar que había conjurados dentro y fuera de Tesalónica y hasta en el mismo Hagion Oros, llamó a las notables de las provincias bajo su jurisdicción, con el objetivo de pedirles rehenes según la costumbre turca y, quizá, de retenerlos; pero los notables, sabiendo lo que se planeaba, no se presentaron; enviaron a unos secundarios y, de entre sus filas, se entregaron los rehenes solicitados. Esto hizo aumentar los recelos de la autoridad turca. La región que más inquietaba a Yusuf Bey era Hagion Oros, donde Emmanuél Papás, notable de Serres y decidido seguidor de la Filikí Hetería, tenía muchos y poderosos prosélitos; mas como en virtud de antiguos privilegios se prohibía la entrada de tropas otomanas, en principio Yusuf Bey envió efectivos sólo al istmo de la Montaña Sagrada, perturbando mucho a los habitantes de aquella zona; después quiso presionar como promotores de disturbios a los notables de Polygyros, capital de las aldeas de Chasiá, y ordenó que marcharan contra la mencionada villa el *çeri bashi* o jefe de la milicia ciudadana de Pazaruda, con 500 a través de las montañas, y el tesorero de Yusuf Pasha de Serres, Hasan Aga, que gobernaba las aldeas de Chasiá, con otros 500 por la llanura y, tras entrar el 17 de mayo, prendieran a los notables, desarmaran a los habitantes y esperaran; pero los notables supieron lo que se tramaba y salieron el 16, después de confiar a otros la provisión de los víveres y alojamientos que hicieran falta para el ejército que llegaba. La tarde del mismo día, unos soldados del gobernador de la villa que iban desperdigados del resto vejaron a los que pasaban y fusilaron a algunos jóvenes. Este incidente y las palabras amenazantes de los turcos,

junto con diversas muertes ocurridas en el *pashalik*¹⁴⁵, dieron pie a los habitantes para creer que morirían todos a filo de espada a la llegada de las tropas. Para prevenir el mal, empuñaron las armas, entraron al día siguiente en la sede del gobierno, mataron al gobernador y a sus 18 guardias y salieron al día siguiente para proteger la villa, unos contra el *çeri bashi* y otros contra Hasan Aga, y así obligaron a ambos a retroceder. Al saberlo, el *muteselim* de Tesalónica se puso como una fiera: empaló a los pobres rehenes de las provincias y decapitó al obispo de Kytra¹⁴⁶, a Christódulos Balanos, a Christos Menexén y a Kydoniatis¹⁴⁷; encarceló a otros dos mil cristianos en el recinto y en el patio de la catedral y registró muchas casas. Los turcos tenían como decididos colaboradores en sus ilegalidades a los numerosos judíos residentes en la ciudad, que se habían armado también contra los cristianos. Mas estas maldades avivaron la llama de la rebelión en lugar de extinguirla; pues, siguiendo el ejemplo de Polygyros, todas las aldeas de la provincia, y otras de fuera después, empuñaron las armas y se reunieron contingentes de todos los lugares, con los que se formaron dos campamentos: uno con gente de Mademochori y monjes del Hagion Oros al mando de Papás, que fue designado general e intendente de Macedonia, y el otro con gente de Chasiá y de Casandra, al mando del jefe Chapsas Kasandreas. Estos dos ejércitos vencieron en muchas escaramuzas contra el enemigo: sobre todo el de Chapsas, que avanzó hasta Kalamaria y, en su persecución de los turcos, llegó a dos horas de Tesalónica. A mediados de junio Bayram Pasha, que se disponía a marchar contra Grecia Oriental y el Peloponeso, lo hizo antes contra Papás, que acampaba en el fondo del golfo Estrimonio (Kontessa), y lo forzó a retroceder a las montañas. Entonces los turcos de Tesalónica se recuperaron y, agregando a los judíos, avanzaron hasta Vasiliká, a 4 horas de la capital, encontrando allí a Chapsas con 200 combatientes. Estos pocos lucharon con arrojo al principio, pero fueron vencidos debido a su escaso número y terminaron huyendo; murieron 60, entre ellos su valioso jefe. Los turcos y los judíos entraron en la villa y la incendiaron, matando y esclavizando a sus habitantes. Otra batalla igualmente desgraciada tuvo lugar días después en Galátista, a 2 horas de Vasiliká por el este. Los turcos quemaron también dicha villa y mataron o

¹⁴⁵ Palabra turca que designa el dominio de un pashá.

¹⁴⁶ Diócesis a la que pertenece Tesalónica.

¹⁴⁷ Notables de Tesalónica.

esclavizaron a los cristianos que había en ella. Después de estos desastres, los griegos se retiraron a Casandra o Hagion Oros, y unos pocos a las aldeas de Sidonia, Parthenonas o Sykiá.

La península de Casandra, o dicho más apropiadamente en griego, Casandrea, es la conocida antiguamente como Pelene¹⁴⁸ y, más antiguamente, Flegra; penetra en el mar entre los golfos Termaico y de Torona unas 40 millas hasta el cabo de Kanastro, comúnmente llamado Paliuri. Sobre el istmo está la aldea de Pinakas, donde antiguamente estaba emplazada Potidea, la que fue objeto de tantas disputas entre Atenas y Macedonia; la anchura del istmo es de unas 450 brazas. Los griegos, una vez congregados dentro de la península, cortaron este istmo; detrás de la zanja se fortificaron en un principio 2700 hombres armados de la zona, que emplazaron cañones traídos de Psará y estaban apoyados por dos barcos de Limni; después entraron otros 400 olímpicos al mando de los jefes Liakópulos y Binos. En Hagios Mamás¹⁴⁹ acampó y se fortificó el triple de turcos; se acercaron una vez hasta la zanja en un intento de asalto y fueron rechazados, por lo que se limitaron a escaramuzas que, en general, redundaban en su daño. Los griegos encerrados dentro de la península, con barcos superiores y embarcaciones más capaces, desembarcaban a menudo en diferentes sectores y molestaban al enemigo.

Esto era lo que ocurría en Macedonia por el momento.

Pasando ya a Creta, creemos necesario estudiar primero su situación interna.

En ninguna parte de la rebelde Grecia como en Creta era tan proporcional el número de turcos con respecto al de cristianos, ni su carácter tan malvado ni su sistema tan letal: se calculaba en 290.000 el número de habitantes de la isla, de los cuales 160.000 eran cristianos y 130.000 turcos^{aq}, pero los cristianos carecían de todas las libertades públicas de las que disfrutaban sus compañeros de religión en las demás partes de Grecia; eran vistos como hilotas, y lo eran: sus hijos eran raptados cada día para servir a los turcos o para saciar sus infames apetitos. La isla era gobernada por tres pashás que residían en las ciudades de Megalo Kastro (Heracleo¹⁵⁰), Rethymni¹⁵¹

¹⁴⁸ Error o errata: es Palene (Παλλήνη).

¹⁴⁹ En español sería San Mamés. Corresponde a la antigua Olinto.

¹⁵⁰ Actualmente se llama Ἡράκλειο(ν), 'ciudad de Heracles', nombre que llevaba el puerto que había por la zona en época romana. En español la forma más usada, sea más o menos correcta, es Iraklio.

¹⁵¹ La antigua Retimno.

y Chaniá¹⁵² (Cidonia), pero ninguno de los tres, de los cuales el de Megalo Kastro ostentaba el título de visir, mandaba en Creta: mandaba el alfanje de los turcos locales, que atemorizaba muchas veces a los propios pashás; cualquier turco, por el hecho de ser turco, vejaba, pegaba, disparaba, despojaba a cualquier cristiano por el hecho de serlo y nunca recibía un castigo, por muy sancionable que fuera su conducta; los agás compraban de por vida los productos de los aldeanos y de este modo ejercían, sin que nadie lo impidiera, toda su autoridad sobre los cristianos, como amos sobre esclavos^{ar}; a la muerte de los padres, recibían su condición habitualmente los hijos, con lo cual la esclavitud era hereditaria; de todo ello es fácil deducir cuánto padecía la población cristiana. Sólo escapaban a estos males los montañeses; entre estos destacaban los de Sfakiá, que habitaban una tierra abrupta y montañosa bajo las cumbres de la cordillera Lefká Ori¹⁵³. Esta reducida población era valiente y experta en la guerra, pero indisciplinada y amiga de lo ajeno, como todos los que no viven sometidos a la ley, y más ingobernable que autogobernada.

En materia religiosa, Creta sufrió lo que ninguna otra parte de la rebelde Grecia, pues ninguna otra pasó por las calamidades políticas que soportó la isla.

Muchos siglos antes de la caída del resto de Grecia bajo el yugo otomano, en el año 653 después de Cristo, Creta fue invadida por los árabes de Moab, un general del califa Osmán; mediado el siglo X, cayó en poder de sus congéneres expulsados de España y establecidos temporalmente en Alejandría, permaneciendo sometida hasta que los echó Nicéforo Focas en el reinado de Romano, nieto de Basilio el Macedón. Bajo esta larga dominación árabe o sarracena hubo conversiones en masa al islam de sus habitantes, que regresaron a la religión de sus padres cuando su tierra volvió a ser del Imperio Bizantino y de nuevo cambiaron de fe al caer la isla bajo el yugo otomano.

Fácil es inferir cuánto se enfurecieron contra los cristianos los turcos de Creta, siempre tan crueles y sanguinarios como los hemos definido, al conocer las revueltas del Peloponeso. Sin embargo, sospechando que era Rusia la que estaba detrás de ellas, no agredieron a los cristianos más que esporádicamente y resolvieron protegerse más que causar daño;

¹⁵² En español también es conocida como La Canea.

¹⁵³ ‘Sierra Blanca’, el antiguo monte Ida.

así, quitaron las armas a los residentes en las ciudades y los núcleos de alrededor, los condenaron a trabajar diariamente bajo la supervisión de capataces en la reparación y aprovisionamiento de las fortalezas e hicieron venir a Megalo Kastro a los arzobispos de las provincias orientales.

Aunque la insurrección se extendió por todo el Peloponeso y se propagó al Egeo, aunque en las costas de Creta aparecían barcos con bandera griega, los habitantes cristianos, tanto los de las llanuras como los de las zonas montañosas, no se movieron en lo más mínimo; los arzobispos pusieron todo su empeño en mantener la paz a lo largo de la isla, emitiendo comunicados a sus feligreses en los que ensalzaban las bondades de la Sublime Puerta para con ellos y les aconsejaban mantenerse alerta, no fuera que, por influencias maliciosas y embaucadoras, se desviarán del camino salvador de la sumisión a la Puerta, como los desagradecidos peloponesios; actuaban sinceramente, ya que veían que todo movimiento subversivo tendía a la aniquilación de los cristianos, y se esforzaban por aplacar los crueles y sanguinarios ánimos de los turcos locales con valiosos presentes, pero las fieras salvajes no se vuelven humanas.

Poco tiempo antes se habían fundado en las capitales de Chaniá y Rethymni sendos centros de enseñanza. Aunque la licencia para su constitución fue costeada por medio de un sustancioso dispendio y las enseñanzas eran las normales, se consideraba a las dos escuelas nidos de sedición y guerra, por lo que a mediados de marzo fueron clausuradas y encarcelados los profesores. A petición de la turba, a principios de mayo el pashá de Chaniá, Latifis, encarceló al obispo de Kísamos¹⁵⁴ como instigador del levantamiento entre los cristianos; pocos días después, temeroso tras una segunda manifestación, puso al desgraciado obispo en manos del populacho con la esperanza de calmarlo, sin pensar que quien concede algo a una masa furiosa y enloquecida lo que hace es animarla y llevarla a cosas peores. La multitud cogió al obispo y lo torturó, lo paseó en procesión por las calles medio desnudo y, el 19, lo ahorcó fuera de la ciudad; también colgó al profesor del centro de enseñanza. Hecho esto, la rabiosa turba pidió permiso para matar a todos los cristianos de la ciudad; no obstante, como era inminente el Ramadán, se aplazó la matanza general, pero el 17 de junio se abrieron los depósitos de armas para dárselas a los turcos,

¹⁵⁴ Kísamos es una población en el fondo de la bahía de su nombre, en el extremo occidental del litoral norte de Creta.

se izaron y pasearon por toda la ciudad banderas de guerra y el asesinato de un desgraciado herrero mientras trabajaba fue el inicio de la catástrofe que siguió. Al día siguiente, último del Ramadán, se publicó el permiso del pashá, solicitado mucho antes, y se leyó una *fetua* de exterminio de los cristianos. Se habían quedado en la ciudad 30 de ellos, amparados en la protección de unos agás (pues los demás huyeron antes) y a los 30 dio muerte el populacho ese mismo día, entre ellos al intérprete del pashá, además de vaciar la catedral metropolitana llevándose los objetos sagrados y los hábitos talaes. Por la noche salió de la ciudad, incendió 20 aldeas y muchos monasterios, masacró a cuantos cristianos encontró asfixiando, degollando, quemando y ahorcando y, durante los quince días siguientes, estuvo subastando mujeres en la plaza pública de Chaniá; en una palabra, cada día de un mes entero fue un día de terror y el campo de Chaniá fue un escenario de muerte y desolación^{as}.

La horrible situación de los miserables cristianos obligó a muchos habitantes de las llanuras a subir por seguridad a las montañas y refugiarse sobre todo en Sfakiá. Por aquellos días se vio en la isla de Creta lo que en ningún otro sitio de Grecia. En los días del Imperio, cuando los idólatras perseguían a los cristianos, muchos adoraban en público los ídolos y en secreto a Cristo; algo así ocurrió en Creta en su última esclavización. Ciertas familias de las más ricas de Megalo Kastro y las zonas vecinas abrazaban oficialmente el islam para salvar sus vidas, honras y haciendas, pero veneraban en secreto los evangelios y educaban a sus hijos de la misma manera. Como tales se revelaron entre otros al principio de la insurrección, para estupefacción de turcos y cristianos, los poderosos Kurmulis: reconociendo a las claras su secreta religión cristiana, empuñaron las armas y se trasladaron a Sfakiá desde su aldea de Kusé, en la fértil llanura de Mesará, abandonando todas sus ricas posesiones y dispuestos a verter su sangre bajo la enseña de la cruz, llevando consigo a Sfakiá a todos sus lugareños cristianos. Los desplazados eran unas 1200 almas.

Sólo a fines de marzo tuvieron los de Sfakiá una ligera idea sobre la Sociedad, cuando llegó hasta ellos un tal Nikólaos Varelzoglú, o según otros Karatsás, apóstol de aquélla. Les dijo lo que decían los demás, que dentro de poco llegaría todo el apoyo de Rusia, por lo cual no había ningún preparativo. A mediados de abril había arribado a Luross, un puerto de Sfakiá, un barco con bastante cantidad de pólvora y plomo para ellos gratuitamente, aunque se fingió una venta para no crear sospechas; los

sfakianos repartieron la mayor parte de este material bélico, creyéndose todo lo que les decía el militante. Mientras tanto, preparados o no, no podían permanecer inmóviles. Los padecimientos de los demás cristianos cretenses les indicaban claramente lo que les esperaba a ellos; supieron que los turcos pensaban invadir su territorio en el *bayram*¹⁵⁵ si no entregaban las armas igual que los demás; encontraron solícitos aliados en los rizitas, o sea, los cristianos de la vertiente norte de la misma cordillera, entre los que destacaban los habitantes de los dos pueblos más importantes, Lakki y Thériso; se unieron a ellos los de Mesará, Apokoroni y Hagios Vasilios¹⁵⁶ entre otros, se dividieron en diferentes cuerpos y los primeros en entrar en combate, contra unos enemigos que habían salido a saquear, fueron los de Yannis Chalis, Papadandreas y Mustoyannis; fue el 14 de junio en Lulo, provincia de Chaniá, donde les infligieron una derrota y los pusieron en fuga. Después de esto Yoryis Daskalakis –llamado también Tselepís–, Sífakas Konstandudakis y Andreas Fasulis, con los destacados en Lulo y otros, marcharon hacia Keramía, todavía en la provincia de Chaniá, atacaron a los enemigos que había allí y los dispersaron; ocuparon además diferentes posiciones vecinas, entre ellas la aldea montañosa de Malaxa¹⁵⁷, donde rechazaron los continuos ataques del enemigo con la ayuda de Anagnostis Panayotis, que acampaba al lado. Los de Rusos Burdumbás, Anagnostis Papadakis, Andonis Melidonis, los Deliyannakis, los Suderós y otros –entre ellos uno de los dos hermanos Kurmulos, llamado antes Husein Aga y ahora Michalis, y sus dos hijos– recorrieron las provincias de Apokóronas, Rethymni y Hagios Vasilios, cayeron sobre el fuerte de Harmyrós y lo conquistaron, acorralaron dentro de una potente torre que había en Prósneros a cien turcos mandados por Ali Daki después de traer cañones desde Harmyrós, entablaron un duro combate junto a Kalyvas, donde estaban alojados enemigos venidos de Chaniá; lo pasaron mal al principio, pero fueron reforzados por los de Daskalakis y Sífakas, que se colocaron detrás, y vencieron. Poco después, estos mismos se encontraron en Haiyannis¹⁵⁸ (Kaÿmenon) con doscientos enemigos al mando de Ismail Kunduris y Glymidis, conocidos por sus fechorías; los rodearon, se

¹⁵⁵ Festividad turca que se celebra después del Ramadán.

¹⁵⁶ Ambas al N.E. de Lefká Ori.

¹⁵⁷ Más hacia el N., cerca ya de la capital.

¹⁵⁸ ‘San Juan’.

llevaron dos banderas y mataron a los dos jefes, que lucharon bravamente. Hubo otros muchos choques entre turcos y cristianos en aquellos días y en ellos salieron triunfantes los cristianos en la mayoría de los casos. Después de la batalla de Haiyannis, los vencedores continuaron hasta Ambadiá, en la provincia de Amari, expulsaron a los salvajes habitantes de aquellas aldeas, capturaron vivo a Deli Mustafa, famoso por su valor, lo mataron al no aceptar ser bautizado e incendiaron algunas aldeas. Desde allí cayeron sobre Episkopí, que estaba formada por unas trescientas casas, turcas en su mayoría, incendiaron la mezquita y la rica biblioteca turca y mataron a algunos; al llegar a Atsipópulos¹⁵⁹, fueron rodeados de improviso por dos mil turcos que les salieron al encuentro; lucharon y se vieron obligados a salir de la aldea, pero ni se alejaron demasiado ni cesaron de incordiar a los cercanos enemigos. Rondaban por allí, para reforzar la lucha, unas naves de Casos¹⁶⁰ al mando de Theodorís Kantartsís.

Los turcos de Chaniá y Rethymni, incapaces de causar daño por sí solos a sus enemigos y furibundos al verlos casi a las mismas puertas de sus fortines, llamaron en su auxilio a los de Megalo Kastro y otros para expulsarlos.

Mientras tanto, después de tanta sangre cristiana derramada en tantas partes de Creta, iba a serlo la más santa y valiosa sobre el sagrado altar, cuando se estaba glorificando al Altísimo.

Residían en Megalo Kastro el arzobispo de la isla, Yerásimos, y el simplemente llamado arzobispo de Diúpolis; además, habían acudido a la llamada de la autoridad turca los obispos de las provincias orientales: Cnosos, Xerónisos, Lambi y Sitía. Todos los clérigos y seglares cristianos que había en la plaza fortificada, sin excluir a los propios arzobispos, trabajaban en las obras de la fortificación no sólo los días laborables, sino también los de fiesta después de salir de la iglesia. El 23 de junio, antes de salir el sol, se cerraron de pronto las puertas, se lanzó hacia la catedral una masa sanguinaria de turcos iracundos y armados de arma blanca y, encontrando en el camino a dos cristianos llamados Chalkomatás que iban al mismo lugar, los mataron. Después y para empezar, se desparramaron por la catedral y, tras cerrar la entrada, cayeron sobre los cristianos como leones enfurecidos; en primer lugar mataron a 75 laicos que estaban en el

¹⁵⁹ Muy al norte ya de la isla, cerca de Rethymni.

¹⁶⁰ La más occidental de las islas del Dodecaneso, y la más próxima a Creta.

patio, esperando a los arzobispos para ir con ellos a sus tareas habituales; después subieron unos a la parte de arriba y otros al sinodal de abajo y mataron al arzobispo y a los cinco obispos. Ahíto con su sangre, irrumpieron en la iglesia propiamente dicha, donde se oficiaba la misa, y el lugar para ensalzar a Dios y practicar la piedad y la santidad se convirtió en el de la blasfemia, la sangre y toda clase de execración; después entraron en el Sancta Sanctorum y bañaron en sangre el incruento altar, apuñalando al oficiante; tiraron a la calle los cuerpos aún palpitantes de los arzobispos y demás clérigos, cortaron la cabeza del venerable arzobispo y, mientras unos la fijaban en una pica y la llevaban en procesión por la ciudad hasta donde estaba el visir Serif Pasha, otros se desparramaron por las calles de la ciudad rompiendo las puertas de las casas y talleres de los cristianos y matando a los hombres, entre ellos a los dos hermanos del arzobispo, violando a las mujeres jóvenes y circuncidando a muchos niños. En una palabra, durante tres horas la ciudad pareció estar entregada al saqueo. Después se abrieron las puertas y los asesinos se desplegaron por los campos, matando a todos los hombres que no se habían echado previamente al monte. Su objetivo era no dejar ni un varón cristiano vivo; por lo cual, al coger a 27 en la aldea de Veneratos, dieron muerte a los 27. Sólo por la tarde publicó el visir la orden de que cesara la matanza y fueran encarcelados los cristianos que quedaban, pues se necesitaban para las obras; cesaron las muertes en la ciudad, pero el saqueo de las casas y los talleres duró toda la noche y todo el día siguiente. Se calculó en 730 los muertos ese día en Megalo Kastro. Cesada la masacre, comenzó el encarcelamiento; los cristianos encontrados en su escondite eran arrastrados a las cárceles y tan inhumanamente golpeados, que algunos morían antes de llegar; muchos presos expiraron en el poste del tormento.

Al saber estas cosas Chatsí-Afendakis, un agá que tenía bajo su autoridad ciertas aldeas en la provincia oriental de Creta, Sitía, congregó en el patio de su mansión con la excusa de hablar con ellos a sus lugareños cristianos, que eran unos doscientos; y, tras cerrar la cancela, los asesinó con la complicidad de sus parientes, de los intendentes de las aldeas y de otros turcos; el pashá, al enterarse de lo ocurrido, puso por las nubes el excelente celo y el desprendimiento del agá matador de cristianos. Unos días después, en Rethymni, Osman Pasha llamó a los abades de diferentes monasterios y a diversos sacerdotes de los que había por las aldeas de las provincias de Mylopótamos y Amari, para que distribuyeran a sus iguales en

la fe unas circulares para su seguridad; una vez reunidos, los mató a todos; en una palabra, aparte de las otras desgracias de los cristianos cretenses, en aquellos aciagos días fueron asesinados al menos mil inocentes, entre ellos siete arzobispos.

Los turcos de Rethymni y Chaniá, agobiados por tierra, tampoco tenían expedita la comunicación por mar, pues la interrumpían los barcos de Casos, que navegaban entre las dos plazas fuertes. Pero teniendo como decididos ayudantes a los de Megalo Kastro, Kísamos y Selinos, cuya colaboración habían pedido, decidieron invadir Sfakiá por diversos sitios. Pocos eran los combatientes cristianos que quedaban, pues los más estaban ya distribuidos en otras posiciones; la mayoría estaba en la aldea de Askyfos y unos pocos ocupaban la de Kalikratis. A principios de julio, marcharon primero los de Kastro y Rethymni unidos; al verlos venir, los ocupantes de Kalikratis la abandonaron y los turcos la incendiaron y, tras tomar al día siguiente Askyfos, devastaron los alrededores. Mas los combatientes cristianos que habían abandonado las dos aldeas, reforzados poco después por otros que habían venido de muchos lugares, los atacaron de repente cuando iban despreocupados y sin temor y los expulsaron. Llegaron por otro lado los de Kísamos y Selinos; pero, al encontrar oponentes en Porosalia, también dieron la vuelta. El día 4, salió Osman Pasha al frente de los de Chaniá y con 4 cañones; camino de Lakki y Thériso, se encontraron al día siguiente por la mañana muy temprano en la aldea de Furnés a los de Daskalakis, Vasilis Chalis y Fasulis y, avanzando hacia el bosque en dirección a la aldea de Mesklá, entablaron una dura lucha que se mantuvo indecisa hasta la tarde; al llegar a esa hora con los suyos Anagnostis Panayotis, Andreas Papapolakis y Stamatis Anoyianós, los hicieron retirarse abandonando bestias, municiones, banderas y los 4 cañones. Murieron más de trescientos de ellos y hubo 40 prisioneros; todos estos murieron a punta de cuchillo; de los griegos murieron 20 y fueron heridos 40; se distinguieron por su arrojo los de Lakki y, en especial, Saridandonis y Nikoludakis; las fuerzas enfrentadas eran de novecientos cristianos y más de dos mil mahometanos. Estos volvieron abochornados a sus lugares de origen, mientras los cristianos, envalentonados, ocuparon de nuevo las anteriores posiciones. A mediados del mismo mes, muchos de Kastro y algunos de Rethymni intentaron una segunda expedición a Skafiá al mando de Kaúsís, alabado por su arrojo; en un principio les fue bien y tomaron Askyfos el 16; pero, furiosamente atacados por Protopapadakis,

Rusos, Poloyorgakis, Papadakis y Daskalakis, se vieron obligados a volver las espaldas y fueron muy castigados al cruzar el paso de Katreus; tomando a los de Ali Daki que había en la torre, que después derruyeron los griegos, volvieron a sus bases. Otros de Kastro que venían detrás de ellos por otro lado, desconocedores de la huida y al mando de Gerli Kiaya, también fueron derrotados en Ámpelos y volvieron a las plazas fuertes, una vez capturado y muerto su jefe. El 25 salieron algunos de los de la plaza fuerte de Chaniá contra los griegos que acampaban cerca, pero tampoco consiguieron nada.

Tal era la situación bélica de Creta a finales de julio.

CAPÍTULO XIII

DISPERSIÓN DE LOS GRIEGOS DE KARÝTENA.- ENFRENTAMIENTO ENTRE TURCOS Y GRIEGOS EN LAS AFUERAS DE TRIPOLITSÁ.- EL KIAYA DEL GOBERNADOR DEL PELOPONESO DESEMBARCA EN PATRAS Y LLEGA FELIZMENTE A TRIPOLITSÁ.- BATALLAS DE VALTETSI Y DOLIANÁ.-

Mientras los griegos esperaban, como dijimos, hora tras hora la caída del viejo castillo de Karýtena y negociaban sobre el tema, los turcos de Tripolitsá supieron la tremenda situación de los de allí por dos que se evadieron de noche disfrazados de aldeanos; la mañana del 30 de marzo, salieron en su auxilio 700 jinetes y 2000 de infantería y, en su avance, incendiaron por el camino la aldea de Salesi, a dos horas de Karýtena. Kolokotronis, al ver el humo que salía de la aldea, subió a Florión y, tras observar por el catalejo que venían enemigos, lo dio a conocer mediante una señal y al momento los griegos que merodeaban alrededor de Karýtena, a pesar de ser seis mil, se dispersaron casi todos, corriendo a las montañas y las grutas; así que Kolokotronis, al bajar de Florión, sólo encontró dispuestos a luchar a los de Hilias Mavromichalis en un flanco de la fortaleza y en otro a los hermanos Plaputas, y aun estos se marcharon poco después. Finalmente se retiraron los doscientos que Kolokotronis había reunido por el camino; rehuyeron a hurtadillas el peligro recorriendo por la noche senderos abruptos e ignorados, que Kolokotronis reconocía en la oscuridad para asombro de sus acompañantes, a pesar de haber transcurrido una década desde que pasó por ellos o, lo que es igual, desde que dejó de recorrer el Peloponeso como *kleptis*. Los turcos llegaron a Karýtena y, tras recoger tranquilamente a todos los encerrados, los condujeron a Tripolitsá; a la vuelta se encontraron en Kaloyerovuni con los de Kyriakulis Mavromichalis y su hermano Konstandinos y con los de Nikitas Stamatelópulos y los hicieron huir a ellos también, matando al hermano de la mujer de Yatrakos. Tan absurdo terror se apoderó de los

griegos por esta incursión enemiga, que por aquellos días un minúsculo grupo de 17 turcos armados condujo hasta Tripolitsá 200 bestias con vituallas por caminos difíciles y arriesgados y desde un lugar a seis horas de distancia, sin que les saliera al paso ni un combatiente griego.

Una vez que se disgregó tan bochornosamente la gran cantidad de gente que cercaba Karýtena, casi todos los jefes se habían quedado sin banda, así que la mayoría de ellos se reunió yendo por diferentes caminos a Stemnitsa, donde ya se habían juntado de aquí y de allá algunos secuaces suyos, trescientos en total, y se encaminaron a Chrysovitsi, confiados en ocupar la posición de Langada y batir a unos turcos que volvían por allí a Tripolitsá, pero por el camino desertaron cien: los restantes llegaron a Chrysovitsi y supieron que ya habían pasado los turcos. Entonces, muchos de los jefes decidieron trasladarse a Leondari y bajar desde allí a Mesenia para alistarse; trataron de convencer a Kolokotronis para que les acompañase, pero él les dijo muy compungido: “No voy. Quiero que me coman los pájaros que me conocen.” No tenía junto a sí ni un solo hombre ni tampoco su fusil, pues lo había perdido en la huida. Entonces, dijo Dikeos a uno de los de Mani: “Quédate con él, no se lo coma el lobo.”

Una vez que se fueron los jefes, Kolokotronis entró en la iglesia y estuvo mucho tiempo absorto. Finalmente, besó la imagen de la Madre de Dios y dijo: “Virgencita, socorre a los cristianos; vamos con ellos a hombros”. Dicho esto, se dirigió totalmente abatido a Piana, teniendo a su maniata por único acompañante.

Kanelos Diliyannis, en su huida de Karýtena como los demás, llegó a su tierra, Langadia, y encontró que la aldea estaba desierta y su propia familia huyendo por la provincia de Kalávryta; corrió tras ella a pie y descalzo, la alcanzó en Sopotón y la acompañó hasta Mega-Spíleon. Allí supo que los de la provincia, perdida la esperanza, habían decidido prosternarse; para impedirlo, envió a Langadia a su hermano Dimitrakis con todos los soldados que pudo reunir. Al llegar, éste encontró a todos los turcos de la localidad desarmados y agrupados en la plaza, pues el día del levantamiento los de Kanelos les habían quitado las armas y puesto grilletes, pero sin encarcelarlos; encontró con ellos a muchos lugareños cristianos dispuestos, a instancias de los turcos, a mandar una embajada a Tripolitsá con la rendición. Dimitrakis y los suyos, ya que muchos de su provincia que se habían diseminado se le agregaron por el camino, rodearon a los turcos que había en la plaza y los fusilaron y mataron a

todos, obligando así a sus paisanos a ser cómplices del crimen, para que en lo sucesivo no se atrevieran a rendirse por temor a la cólera y venganza de las autoridades turcas. Tales fueron las consecuencias de la diáspora de Karýtena, tanto entre los soldados como entre la gente del pueblo.

Mientras, cuanto más dura era la situación de los griegos, con tantas más ganas luchaban los jefes para mejorarla enrolando incansablemente, mostrándose valerosos en medio del pánico general y afrontando el riesgo. De hecho, gracias a sus elogiabiles esfuerzos y bajo la dirección entre otros del obispo de Vrésthena¹⁶¹ Theodóritos, de Sariyannis, Panayotis, Zafirópulos, Konstandinos Mavromichalis y Kondakis, por aquellos días 1500 combatientes procedentes de Mistrás, Hagios Petros¹⁶², Tripolitsá y Mani se congregaron en Vérvena, una sólida posición montañosa en la provincia de Hagios Petros, en la que se fortificaron erigiendo cuatro torres; por su parte Kolokotronis reunió bastantes en Piana, a 3 horas de Tripolitsá, pero les faltaba confianza: huían nada más oír a los turcos. El 5 de abril, los turcos de Tripolitsá marcharon contra los de Piana, los disgregaron nada más aparecer e incendiaron la aldea; Kolokotronis se quedó solo y se fue a Diáselon, entre Alonístena y Vytina; hasta allí llegaron también los enemigos, dispersando a los congregados, haciendo huir una vez más a Kolokotronis, incendiando la aldea y llevándose a Tripolitsá los víveres almacenados allí por los griegos. El día de Viernes Santo marcharon contra Vlachokerasiá, una aldea a 4 horas de Tripolitsá en posesión de Kyriakulis Mavromichalis y del lacedemonio Andonis Nikolópulos, con 800 compañeros; en cuanto estuvieron cerca, todos los de Kyriakulis abandonaron las filas; los de Nikolópulos aguantaron al principio pero, al morir éste, también ellos huyeron echándose a los montes; en el transcurso de la batalla murió, entre otros, Panayís Venetsianos. Los turcos volvieron a Tripolitsá después de quemar la aldea.

Con motivo de estas horribles circunstancias, a instancias de Kolokotronis y de Kanelos Diliyannis, que estaban entonces en Marmariá, se reunieron diversos jefes en Papari, a 4 horas de Tripolitsá; tras un examen general, decidieron que era difícil el reclutamiento y aún más difícil que los reclutados no desertaran. Para corregir la mala situación, nombraron por unanimidad comandante en jefe del Peloponeso a Petrobey, que estaba

¹⁶¹ En Laconia.

¹⁶² Localidad al S.E. de Arcadia, en la falda del Pernón y a 34 Km. de Trípoli(tsá).

entonces en Kalamata, y le pidieron que reuniese a todos los de Mani que pudiese, prometiéndoles víveres y soldadas, y que subiera con ellos a aquella región para que los maniatas forzaran a los campesinos a tomar las armas, ir a la guerra y guardar sus posiciones. Hecho esto, se disolvió la reunión; Diliyannis y Tsalafatinos tomaron posiciones en Diáselon de Alonístena, a donde llegó poco después Plaputas con la esperanza de obstaculizar al enemigo si intentaba caer desde allí sobre otras provincias; el resto fue a Valtetsi, una aldea de montaña a 2 horas de Tripolitsá.

Por aquellas fechas, 800 de Kalávryta al mando de Charalambis y unos cuantos de Tripolitsá al mando de Arvalis, enterados del desastre de Karýtena, levantaron un campamento en Levidi para elevar la moral de sus descorazonados compatriotas y salir al paso del enemigo si trataba de pasar por allí camino de Kalávryta. Los turcos de Tripolitsá, al saber su posición, salieron el 13 por la noche y llegaron a las proximidades ya amanecido. Los griegos, aterrados ante la venida del enemigo, subieron a las cercanas posiciones de montaña; sólo unos 60 mandados por los jefes Nikolós Soliotis, Anagnostis Striftómbolas, Yoryis Kulocheris y Yannakis Petmezás se encerraron en algunas casas de la aldea y resistieron con valor durante 7 horas los reiterados asaltos de los numerosos enemigos. Mientras estaban expuestos al peligro, llegaron en su auxilio Plaputas, Tsalafatinos y Nikolós Petmezás entre otros, bajaron unos pocos de los que se habían refugiado en los montes y, así, se rescató a los encerrados, una vez el enemigo fue atacado por atrás y obligado a huir. En esta batalla murieron Striftómbolas, el lugarteniente Sotiris Solmenikos y tres soldados. Es digna de todo elogio la resistencia de estos pocos y el valor de los que fueron en su auxilio, en un momento en que la cobardía atenazaba el ánimo de todo el mundo.

Después de la batalla de Levidi, Plaputas y Tsalafatinos, a los que se unió Diliyannis, se trasladaron a Diáselon de Alonístena y desde allí a Piana, donde encontraron acampado a Andonis Kolokotronis. El resto permaneció en Valtetsi.

Los turcos de Tripolitsá solían ir a los molinos de Daviá a hacer molienda. Los griegos que estaban en Piana y Valtetsi observaron esto y enviaron a Andonis Kolokotronis y a otros 80 en emboscada; Andonis llevó a cabo la misión y, el 18 de abril, dio un golpe de mano contra los turcos que iban a los molinos, matando a 10 y llevándose unos cuantos animales. Los de Tripolitsá salieron en expedición punitiva contra el puñado de griegos. Al

verlos salir, los griegos de Piana y Valtetsi partieron en auxilio de los de Andonis y, así, se enfrentaron griegos y turcos junto a Silimna. Vencieron los griegos y mataron a 20 turcos, entre ellos a Omer Aga Tripolitsiotis, célebre por su valor; murieron dos griegos y fueron heridos otros dos. Después de este choque, los turcos volvieron a Tripolitsá y los griegos, un tanto más animosos, a Piana y Valtetsi, Poco después se animaron más aún, debido a la siguiente hazaña: Nikitas y algunos de los suyos vieron en el llano a 20 turcos, a una hora y cuarto de Tripolitsá; bajaron y los atacaron matando a seis; el resto corrió hacia la ciudad diciendo a gritos que estaban matando a turcos ante sus propias puertas. Salieron unos jinetes en persecución de los de Nikitas pero éstos, tras despojar a los muertos, subieron sanos y salvos a Vérvena, donde los vitoreó el ejército por atreverse a aparecer tan cerca de Tripolitsá en aquellos momentos.

El 24 salieron los turcos contra los de Valtetsi y los disgregaron y dispersaron llevándose animales, pero poco después retrocedieron dejando a las bestias en el camino, pues llegaron los de Vérvena y Piana. Vueltos los turcos a Tripolitsá, Kolokotronis formó otro campamento en Chrysovitsi y Yatrakos, un jefe de la provincia de Mistrás, otro en Vérvena, donde el 5 de mayo se le votó unánimemente comandante del mismo a propuesta del obispo de Vrésthena; otros jefes fueron a Leondari y enviaron a algunos a las provincias donde tenían influencia, para enrolar. Los turcos, tras disgregar el campamento de Valtetsi, recorrían confiados e impunes los alrededores de Tripolitsá llevándose bestias y burlándose desde lejos de los griegos, que rehuían la batalla.

Tal era la situación de los griegos que rodeaban Tripolitsá cuando les llegó la noticia de que Mustafa Bey, kiaya del gobernador del Peloponeso, había desembarcado en Patras con 3500 soldados de elite, casi todos albaneses.

Hurshid, como ya hemos dicho, asumió la guerra contra Alí en el momento de estallar la insurrección en el Peloponeso. Aparte de su deber para con el sultán, que le obligaba a movilizar fuerzas contra los rebeldes, tenía sus propios motivos: al partir, había dejado en Tripolitsá sus mujeres y sus tesoros. Su carácter prepotente, que ha sido objeto de examen, basta para justificar la ira de su alma al saber que sus mujeres y sus riquezas podían caer en manos infieles; nada más enterarse de estos sucesos, al punto envió las fuerzas antedichas, mandadas por el kiaya del gobernador del

Peloponeso¹⁶³, un hombre de gran capacidad y experto en la guerra, el cual desembarcó en Patras a mediados de abril, dio ánimos a sus correligionarios de allí diciéndoles que detrás de él venían otras fuerzas y se dirigió a Vostitsa, donde no encontró soldados ni vecinos pero sí muchas provisiones, dispuestas antes de la insurrección para ser enviadas al ejército de Hurshid en Ioánnina. Estuvo allí una semana publicando amnistías (indulgencias) para los de Kalávryta y Vostitsa, pero nadie hizo caso; enterado de que un cuerpo de gente de Kalávryta al mando de Zaímis estaba estacionado junto al monasterio de los Arcángeles, mandó a 500, lo disgregó y a punto estuvo de tomar prisionero a Zaímis, que se había quedado con unos pocos, ya que los demás desertaron; después, como los habitantes no fueron a prosternarse, incendió Vostitsa, saqueó los alrededores, robó mucho ganado y se encaminó a Corinto. Unos días antes había llegado allí Dikeos, para ayudar en la caída del Acrocorinto; a la venida del kiaya, trató de animar a los soldados para que resistieran, pero no consiguió nada: abandonaron todos el asedio y la ciudad y se marcharon vergonzosamente. Entonces Dikeos, descorazonado, prendió fuego a la costosa mansión de Kiamil Bey y se retiró a Sofikós. La madre de Kiamil Bey, al ver desde dentro del Acrocorinto la quema de la mansión, se enfureció y ordenó que le cortaran la cabeza a Andrikos Notarás, que no tenía ninguna culpa y había subido con ella a la acrópolis cuando se encerró dentro. Tan inesperadamente irrumpió en Corinto el kiaya, que Ionás, obispo de Damalá¹⁶⁴, que se encontraba allí, estuvo a punto de ser apresado mientras huía, ya que fue descabalgado por la bestia que montaba; pero sí fueron prendidos y muertos fuera de la ciudad su diácono y un abad. Tras permanecer un día en Corinto, el kiaya dejó algunos de sus acompañantes albaneses para reforzar la acrópolis y marchó al frente de su ejército hacia Argos el 24 de abril, precediéndole los bandos de amnistía a los notables y vecinos de la ciudad.

Cuando los turcos de Argos quedaron relegados a Nauplion, llegaron bastantes de Kranidi y Kastrí para ayudar en el asedio a los cristianos de la Argólide. Los turcos, imposibilitados de salir por la parte de tierra firme, intentaron el Domingo de Resurrección un desembarco en los Molinos¹⁶⁵

¹⁶³ Su nombre era Ahmet Bey.

¹⁶⁴ Trezén.

¹⁶⁵ Una hilera de edificios en un estrecho embarcadero, en la orilla opuesta del golfo, entre éste y la célebre marisma de Lerna. (Descripción en Gordon, I pág. 425 ss.)

de enfrente de Nauplion, para arramblar comestibles; mas al encontrar ocupada aquella posición, volvieron a Nauplion sin nada. Para celebrar la Semana Santa, los que asediaban por tierra se dieron a la juerga. Los turcos observaron esto y se precipitaron sobre ellos de repente, matando a unos pocos y dispersando a los demás; y cogieron a Yoryis Lambesis, de Kranidi, y lo empalaron.

Uno de los barcos llegados para el asedio de Nauplion era el de la viuda Bubulina, a bordo del cual llegó esta mujer guerrera y con espíritu de hombre, armada y devota de la causa; el jueves de Pascua, acompañada por el digno hijo de tal madre y otros conciudadanos, fue a Argos, siendo recibida como una reina; llegó después a la misma ciudad con la bendición del pueblo otro sitiador de Nauplion, el notable de Spetses Guikas Bótasis. Su llegada, y más aún la presencia nunca vista de una mujer en el campo de batalla en un momento en que tantos hombres huían ante el enemigo, animaron a los argivos a reemprender el levantado sitio de Nauplion, pero el 23 de abril, cuando supieron de la triunfal entrada del kiaya en Corinto, se prepararon para enfrentársele volviendo a Argos^{at}.

A pocos pasos de la ciudad, en la carretera de Corinto, se conserva sobre el lecho del torrencial Cháradros, vulgarmente llamado Xiriás¹⁶⁶, un dique que la protege del ímpetu de la corriente en la estación invernal. Los griegos, aún bisonos, ocuparon posiciones detrás del dique, dejando abiertos los laterales; tan seguros estaban de que vencerían, que todos los hombres y mujeres de la ciudad se desparramaron por las colinas cercanas para contemplar la victoria. Los turcos, al ver de lejos tanta gente en las colinas, supusieron que eran combatientes y se arredraron. Llegados con todas las precauciones hasta la iglesia de San Nicolás, junto a la muralla, conocieron la verdad y se desconcertaron ante la confianza del adversario; entonces se dividieron en tres: la infantería formó en el centro y la caballería a derecha e izquierda y, así, se dirigieron todos a la vez contra los ocupantes de la muralla. Los griegos, impacientes por luchar, abrieron fuego antes de tenerlos a tiro. Entonces los jinetes de las alas derecha e izquierda espolearon a los caballos y, encontrando los laterales desprotegidos, rodearon a los inexpertos griegos y los dispersaron tras matar a muchos, entre ellos el hijo de Bubulina. El joven derribó por tierra a un jinete albanés, Veli Bey, pero en el momento de extender el brazo

¹⁶⁶ Antiguamente, Ínaco

para degollarlo, cayó sobre él, matado por otro. Esta derrota conllevó la dispersión de los que se encargaban del sitio de Nauplion y la huida de los mirones en las colinas, de los cuales unos fueron hechos prisioneros y otros se pusieron a salvo en los Molinos, mientras muchas familias y algunos combatientes se encerraron en el monasterio de la Kekrymmeni¹⁶⁷, bajo la acrópolis. Los turcos entraron en la ciudad el 25 de abril y pusieron sitio al monasterio, intentando convencerles de que se rindieran a cambio de una amnistía total y completa; pero ellos, animados por el puñado de combatientes que estaban dentro, rechazaron las primeras proposiciones y aguantaron con éxito tres días; sin embargo, la carencia de agua les obligó a someterse. Uno de los encerrados era el pope kranidiota Arsenios, un hombre lleno de celo y arrojo que se había distinguido tanto en la batalla precedente en la muralla que el kiaya, al reiterar su propuesta, lo excluyó sólo a él de la amnistía general. Arsenios, viendo que era imposible a los refugiados resistir por culpa de la sed, les dijo que aceptaran y abrieran las puertas al día siguiente, que él se ocuparía de su propia seguridad. Y, en efecto, salió por la noche del monasterio sable en ristre, rajó a los enemigos apostados en torno y huyó sano y salvo a los molinos. El kiaya recibió benignamente a los sometidos, nombró notables a dos de entre ellos, que echaban la culpa de la rebelión a los notables ausentes, y les impuso los acostumbrados distintivos; liberó de sus captores a todos los cristianos retenidos menos a cinco muchachas que se distinguían por su belleza, pues no pudo arrancarlas de garras de los albaneses que las poseían.

Mientras el kiaya se dedicaba a organizar Argos, los jefes estacionados en Levidi –Skaltsás, Tsalafatinos y Belidas–, al saber de su llegada a Argos desde Corinto, se pusieron en marcha con unos 500, incorporaron por el camino a Dagrés y llegaron a las afueras de Argos sin que el enemigo se enterase. Cuando se hizo de noche, decidieron meterse en la desolada acrópolis, donde no había guarnición ni turca ni griega. Apenas 90 de los 500 estuvieron dispuestos a secundar el plan; pero, después de entrar sin oposición ni malos encuentros, volvieron atrás tranquilamente antes de que clarease, ya que eran pocos, y se unieron a los que habían quedado fuera. Aquel día, el 28, llegó a donde estaban los antedichos Staikos Staikópulos, sobrino de Kolokotronis. Este sujeto generoso y entregado^{au} adquirió tanta

¹⁶⁷ ‘La Escondida’, peregrina advocación mariana que responde al hecho de que la imagen fue encontrada milagrosamente en un bosque.

influencia de una sola vez que, aunque era forastero en la provincia de Argos, se pusieron a sus órdenes 600 argivos. La nueva fuerza insufló ánimos a los demás soldados, que tan desanimados estaban, de manera que antes de anochecer subieron todos a la acrópolis, disparando sus fusiles mientras entraban. Los enemigos se asustaron y, creyendo que se trataba de un ataque nocturno, se fortificaron en las viviendas e incendiaron la catedral. El 30, se oyeron muchas detonaciones de fusil por Kutsopodi¹⁶⁸: eran los Petmezás y Dikeos, que venían contra el enemigo con 400 combatientes. El osado Dikeos, ansioso de acometer una proeza, tomó a 15 soldados y en pleno mediodía marchó hacia la acrópolis, a la cual llegó ileso en medio de peligros y disparos de fusil. Mas la acrópolis estaba desprovista de víveres, por lo cual los que se habían instalado en ella, incluido Dikeos, se fueron de allí la noche siguiente.

Entretanto, los turcos de Tripolitsá, conocedores de la llegada del kiaya, enviaron a su encuentro 800 jinetes, los cuales llegaron a Argos sin ser molestados a través de Partheni y, el 1 de mayo, subieron todos juntos igualmente sin molestias hasta Tripolitsá, pasando por Turniki. Fue tal el miedo que se apoderó de los acampados a las afueras de dicha ciudad, que ninguno se atrevió ni a aparecer en la ascensión del kiaya por Partheni ni por Turniki. Solamente Nikitas, que se encontraba en Leondari cuando hubo noticia de su próxima vuelta a Tripolitsá, estuvo dispuesto a ir voluntario a ocupar Partheni; le concedieron 300 hombres de los campamentos, pero sólo lo acompañaron 150, de los cuales desertaron 130 por el camino. Tal era la disposición bélica de los peloponesios por aquellas fechas.

Hay que prestar mucha atención a los primeros pasos de un pueblo que se levanta espontáneamente contra un yugo oneroso y secular; por eso hemos historiado minuciosamente los grandes peligros que rodearon en sus comienzos la causa griega, pues los hechos enseñan a los que asumen algo parecido que, cuando se lucha por la patria, no hay que perder la esperanza a pesar de los fracasos. Los cristianos^{av} eran once veces más que los turcos en el Peloponeso, pero éstos tenían en su poder todas las fortalezas disponibles y armas, municiones y seguridad; estaban acostumbrados a llevar armas desde niños; veían en el griego un insignificante *rayás* y tenían esa altanería que da el poder sobre los dominados. Por contra, los griegos estaban privados de armas y municiones; poseían lugares sin

¹⁶⁸ Población al N. de Argos.

murallas y de fácil acceso; no estaban acostumbrados a llevar armas; no tenían una caballería como la de los adversarios; consideraban superiores a los enemigos; oían a un turco y temblaban; certifican ampliamente la verdad de lo dicho las dos desnutridas invasiones del Peloponeso, la de Yusuf Pasha y la del kiaya, y los sucesos de Karýtena: como hemos visto, Yusuf Pasha fue con 300 turcos desde Río hasta Patras, sin ser acosado en medio de miles de griegos, y el kiaya con 3500 subió desde la punta hasta el centro del Peloponeso, triunfante y con toda ventura; había en Karýtena 6000 hombres armados y, sólo con ver desde lejos el humo de unas chozas quemadas y a unos enemigos que venían hacia ellos, se diseminaron por las montañas, sin que nadie les atacara; y lo más significativo es que los que huyeron eran de Karýtena, de Leondari, de Mani y de Kutsumani, es decir, de los pueblos más aguerridos del Peloponeso. Tan aterrados estaban los peloponesios al principio; mas, vencidos, aprendieron a vencer gracias a sus incansables y perseverantes jefes.

Los caudillos que habían ido a Leondari y Mesenia, después de reclutar lo que pudo cada uno en las provincias, se pusieron de acuerdo con Kolokotronis y levantaron un nuevo campamento bajo la autoridad de Kyriakulis Mavromichalis en Valtetsi donde, temerosos de que les pasase lo de antes, se fortificaron dentro de cuatro baluartes de piedra y sobre la iglesia; dentro de uno se encerró el comandante Mavromichalis con 120 y, dentro de otro, su sobrino Hilías, los hermanos Flesas, Sioris y Evmorfópulos con 250; ocuparon los otros dos por una parte Ioannis Mavromichalis, Papatsonis, Panayotis Kefalas y Mitropétrovos con 350 y, por otra parte, Tsalafatinos con 80; encima de la iglesia se hicieron fuertes Katsanós y los dos hermanos Bureos con 80; eran en total 880. Además de este campamento había, como se ha dicho, otros tres más pequeños no lejos de Tripolitsá: uno en Chrysovitsi al mando de Andreas Papadiamandópulos, otro en Piana al de Plaputas y, el tercero, en Vérvena al de Yatrakos; los cuatro estaban próximos entre sí, para socorrerse en caso de necesidad; por aquellos días, otros 350 mandados por Nikitas, Yannis Kolokotronis y Mavromichalis habían ido a Argos, donde se conservaban dos edificios públicos con techo de plomo, para transportar parte de dicho material de guerra a Vérvena, pues el campamento tenía gran escasez de él.

El kiaya llegó a Tripolitsá y despachó a diversos correos suyos cristianos por las provincias del Peloponeso, anunciando el perdón y llevando amnistías y cartas de los obispos y notables cautivos, en las que exhortaban

a la sumisión; ordenaba también a las autoridades turcas de las zonas del Peloponeso donde se obedecían sus órdenes que tuvieran indulgencia y humanidad para con el *rayás*; pero de esta forma no se ganó más que a los habitantes de algunas aldeas de alrededor de Tripolitsá. El 12 de mayo, los vigías griegos sobre las eminencias del terreno anunciaron por medio de señales que el enemigo se dirigía a Valtetsi.

Desde el comienzo de la guerra hasta entonces no se había hecho una expedición con tan gran número de enemigos ni se había diseñado un plan estratégico tan ambicioso. El kiaya dividió su ejército en cuatro; envió mil a Kaloyerovuni para impedir que el campamento de Vérvena socorriera al de Valtetsi después de comenzada la batalla; mandó otros seiscientos detrás de Valtetsi para hacer prisioneros o matar a los griegos que huyeran, ya que por los antecedentes estaba convencido de que huirían nada más aparecer el enemigo; además, envió contra los de Valtetsi a Rubí Barduniotis, conocido por su valentía y experiencia militar, con tres mil quinientos; y él iba en la reserva con mil quinientos a caballo. Rubí se lanzó como loco contra los griegos dos horas después de la salida del sol y, en primer lugar, se desplegaron los alféreces, pero cayeron 14 de una vez. Los griegos, en contra de lo habitual y esperado por el enemigo, no sólo no desertaron, sino que pelearon valerosamente, rechazando con éxito los continuos asaltos y prestándose mutua ayuda. Una hora y media después llegó en auxilio Kolokotronis y poco después Plaputas, con 1200 hombres cada uno, y se situaron detrás del enemigo cortando su comunicación. El kiaya, al ver la inesperada resistencia de Valtetsi y la llegada de refuerzos, se acercó a donde se desarrollaba la batalla con dos cañones y empezó a disparar, pero el bombardeo no dañó a los griegos a causa de la posición de los cañones y la bisoñez de los artilleros. Después llegó al campo de batalla toda la columna enemiga enviada a hacer prisioneros o exterminar a los griegos; también llegó la que había tomado previamente Kaloyerovuni y la pugna duró violenta todo el día. Al llegar la noche, Kolokotronis y Plaputas entraron en la aldea para animar a los combatientes, pero volvieron a donde estaban antes; los griegos esperaban que los turcos se retiraran al ver su fracaso y los turcos que los griegos, sin otra posibilidad de salvación, huyeran; pero ambos se mantuvieron firmes en sus puestos, luchando por la noche igual que lo habían hecho durante el día. Sobre la medianoche llegaron en auxilio de los griegos unos seiscientos de Vérvena al mando de Andonis Mavromichalis, Petros Barbitsiotis y Sakelarios Kalogoniotis,

espantando a los enemigos con inesperadas descargas de fusilería por atrás; Barbitsiotis, calculando que sus compañeros de Valtetsi estaban cansados de luchar ininterrumpidamente durante 16 horas, encontró a 17 soldados valientes como él, hendió sable en ristre los grupos de enemigos que se interponían, entró indemne en la aldea con los que le seguían en la oscuridad de la noche y siguió combatiendo. Al alba llegó Yatrakos al mando de más refuerzos de Vérvena y la batalla se enzarzó más aún. Al hacerse de día, el kiaya observó que Rubí estaba completamente rodeado por todas partes y no tenía ninguna posibilidad de vencer; por lo cual, a eso de la 1 del día dio la señal y Rubí comenzó la retirada con lo suyos a través de los griegos. Al ver esto los que estaban en los baluartes, se arrojaron todos contra los que huían golpeándoles por atrás, mientras los otros los batían por delante. Los enemigos caían en tropel y, con la esperanza de no ser perseguidos en su huída, iban dejando delante de los griegos sus armas de oro y plata para que las recogieran. La artimaña surtió efecto en parte y, por ello, los fugitivos no sufrieron tanta mortandad como de otra forma habrían sufrido. Cuando el enemigo bajó a la llanura, aparecieron en el campo de batalla los griegos que habían ido a Argos para traer el plomo, los cuales, al llegar a Dolianá el día anterior a la puesta de sol, se enteraron de la batalla que tenía lugar en Valtetsi y corrieron allá de noche sin tomarse un descanso, aunque llegaron tarde. La batalla duró 23 horas; se calculó en 600 los turcos muertos y heridos y, de los griegos, en cuatro los muertos y en diecisiete los heridos; cinco banderas cayeron en manos de los vencedores. El día en que huyeron los turcos, llegaron a Piana Zaímis, Kanakaris, Charalambis y los Petmezás con mil hombres de Levidi, donde habían instalado un campamento para guardar dicha posición; si los enemigos no se hubieran retirado, habría sido inevitable su completa aniquilación. Acabada la batalla, Kolokotronis dio un discurso y ordenó que todos ayunasen ese día, Viernes Santo, glorificando y dando gracias a Dios, que les había concedido la victoria.

Hemos visto que, hasta entonces, los griegos se desperdigaban y huían delante del enemigo siempre que se encontraban con él; en la batalla que se ha narrado, los vemos vencer gracias a su perseverancia y arrojo; y lo que es más extraño aún, los vemos vencedores después que tres mil albaneses de elite engrosaron las filas del enemigo y cuando, por primera vez, la guerra pasó a estar bajo la dirección general de un jefe experimentado y capaz de premiar a los vencedores desde la encumbrada posición de que

disfrutaba. El paradójico cambio no procedió de un fallo de los turcos, cuyo plan bélico era correcto y cuyo valor grande; se debe por entero a la noble decisión de vencer o morir por parte del puñado de griegos presentes en el lugar, a la presurosa ayuda de los refuerzos y a la confianza sobrevenida poco después por el frecuente contacto con el enemigo. Esta victoria apuntaló la vacilante causa.

El kiaya, abochornado por este fracaso, se apresuró a entablar una nueva batalla con la esperanza de lavar su vergüenza.

Ocho días después de sus malandanzas en Valtetsi, el 23 de mayo, salieron cuatro mil turcos contra el campamento de Vérvena, tirando además de artillería. El día anterior Kolokotronis, al que los de Argos habían solicitado poco antes que les enviara ayuda militar y un jefe para el asedio de Nauplion, nombró para el puesto a Nikitas, le dio 50 soldados del campamento de Valtetsi y le ordenó tomar otros tantos del de Vérvena y bajar hasta Argos. Nikitas, tras completar en Vérvena su compañía llegando hasta 120, había pasado ya por la aldea de Dolianá, a una hora y media de Vérvena, cuando oyó: “¡Turcos, turcos!” Se volvió entonces a Dolianá con sus escasos acompañantes y se metió en una de las casas más sólidas, listo para el combate. Los turcos atravesaron la aldea y algunos se quedaron para luchar contra los del reducto, mientras el grueso seguía su camino hacia Vérvena. El campamento de Vérvena constaba entonces de dos mil quinientos efectivos que, al oír que había una batalla en Vérvena, corrieron todos hacia aquel lugar, mas de pronto se vieron entre los enemigos que marchaban delante y muchos a caballo que iban con ellos y se habían adelantado a tomar la espalda de los griegos, sin que los otros lo supieran. Los griegos, aterrorizados, se apresuraron a volver a su posición y, luchando contra los jinetes a su espalda, que no podían hacerles daño a causa de lo accidentado del terreno, llegaron a Vérvena ilesos; los turcos llegaron tras ellos, los acorralaron y el más arrojado de los alféreces se lanzó a colocar su bandera sobre uno de los baluartes griegos, provocándoles un miedo sobrecogedor; pero dos osados griegos salieron reptando, quitaron la enseña y mataron a su portador. Otro alférez colocó otra bandera, pero tanto a él como a la enseña les pasó lo mismo. Entonces, los acobardados griegos cobraron valor y los animosos turcos flaquearon, interpretando respectivamente como buen o mal augurio el incidente de las banderas. Los turcos no querían entablar batalla, pues temían pasar por lo mismo que en Valtetsi si se daba la circunstancia de que se sumasen a ella más griegos

desde los campamentos próximos. Así que los griegos de Vérvena cayeron sobre ellos, persiguiéndolos hasta Dolianá; los que estaban luchando contra Nikitas y los suyos se unieron a los que huían y se dieron todos a la fuga, abandonando los cañones, perdiendo tres banderas y, como en Valtetsi, arrojando algunos de los fugitivos sus valiosas armas al paso de los perseguidores. Murieron 70 turcos y sólo 2 griegos –Anagnostis Roris, de Dolianá, y Yorgakis Diyenís, tsakonio– y fueron heridos 12; Nikitas dio muestras de gran valor. Así los turcos, avergonzados, buscaron la salvación en Tripolitsá al amparo de la noche, mientras los griegos volvían a Vérvena celebrando su segunda victoria.

1821

CAPÍTULO XIV

BATALLAS DE LAS TERMÓPILAS Y GRAVIÁ.

Hurshid, al enterarse de los movimientos revolucionarios en Grecia Oriental, ordenó a Omer Pasha Vryonis, gobernador de Berat¹⁶⁹, y a Kōse Mehmet Pasha, gobernador regente del Peloponeso¹⁷⁰, que reunieran en Zituni un ejército lo más numeroso que pudieran e invadiesen la levantisca Grecia; a mediados de abril, se dispusieron seis mil efectivos para la campaña. Los jefes de partidas de Grecia Oriental, al enterarse de la pretendida invasión, ordenaron en contra de los acuerdos matar, de entre los turcos que se habían rendido a cambio de sus vidas y sido repartidos por las provincias, a los capaces de manejar las armas; argüían, como si pudieran justificarse los pecados, que era muy peligroso durante una invasión de enemigos de fuera tener otros enemigos dentro. Por efecto de esta inhumana medida, de estos desgraciados sólo escaparon a la muerte los pocos que hallaron protectores entre los poderosos. Los jefes que se habían retirado a Kombotades después del fracaso de Patratsiki querían saber con exactitud el número de enemigos aprestados para la invasión, por lo que la tarde del 19, día en que llegaron a la aldea en cuestión, enviaron a algunos de los combatientes más osados para espiar, encargándoles seriamente que no irritasen al enemigo disparándole o molestandolo de cualquier otra manera, pues querían tomarse tiempo para incrementar sus fuerzas y ocupar posiciones defensivas. Pero los enviados, al acercarse de noche sin ser vistos a las afueras del campamento, se llevaron a 2 enemigos y 8 caballos y, al alba, dispararon sus fusiles y volvieron a su campamento, ufanos de sus hazañas. Los jefes, lamentándose por lo

¹⁶⁹ En Albania.

¹⁷⁰ Había sido nombrado para suplir la ausencia de Hurshid, pero acompañó a éste en su campaña contra Ali Pasha (Cf. cap. IV, pág. 60)

sucedido, se trasladaron el 20 a la fuerza todos juntos a Chalkomata, en la carretera de Sálona, donde se dispersaron no sin prometerse ayudar al que fuera atacado por el enemigo. Panuryás se quedó allí y ocupó la aldea de Mustafa Bey con todos los de Sálona a su mando, unos 600, teniendo por compañero al venerable obispo de Sálona, Isaías, que seguía a la tropa lleno de ardor, bendiciéndola y dándole ánimos en cada combate; por su parte Dyovuniotis ocupó con 400 el puente de Gorgopótamos¹⁷¹ y Diakos con 500 otro sobre el Esperqueo, llamado vulgarmente Alamana, y la carretera que va a las Termópilas, delante de dicho puente y junto a Poriá. Antes que llegaran y se fortificaran, el día 22 por la mañana se puso en movimiento el ejército estacionado en Lianokladi, con la infantería abriendo la marcha y la caballería detrás, a las órdenes directas de Vryonis; también lo hizo el de Zituni con la misma formación, bajo la conducción directa de Mehmet. La columna de Dyovuniotis, en el acceso al puente de Gorgopótamos, al ver venir a los de Vryonis, incapaz de hacer frente a tanta infantería y caballería, se retiró y ocupó la posición estrecha, Dema. Vryonis persiguió a esta columna hasta que su caballería no pudo seguir avanzando por lo accidentado del terreno, así que volvió atrás; al aproximarse a la aldea de Mustafa Bey, defendida por Papá-Andreas Kokovistianós y Komnás Trakas, oficiales de Panuryás, y al ver a los ocupantes impávidos y bien fortificados en las casas, la iglesia y el molino, no los atacó y esperó un poco en el llano donde, una vez llegado todo su ejército, se pronunció la habitual oración y se dividió el ejército en tres; una parte cayó sobre el destacamento que estaba en Chalkomata, donde se encontraba Panuryás, y otra sobre el de Diakos, de forma que no podían ayudarse el uno al otro; la tercera corrió a tomar las zonas montañosas. A la misma hora llegó junto al hostel del Esperqueo el ejército enemigo de Mehmet, procedente del campamento al otro lado del río, y se puso también a atacar a los que guardaban el puente; así pues, todos los enemigos juntos cayeron sobre estas fuerzas griegas. En este primer asalto emprendieron la retirada los de Chalkomata y el mismo Panuryás estuvo en peligro; entre los muchos que fueron apresados y pasados a cuchillo estaba Isaías, obispo de Sálona, con su hermano y su sobrino. Diakos, mientras luchaba en Poriá, observaba las operaciones de sus compañeros sobre el puente; al ver que también estos

¹⁷¹ Localidad de Ftíotide a 8 Km. al sur de Zituni (Lamia), a orillas del río del mismo nombre, afluente del Esperqueo. La acción bélica es conocida comúnmente como “batalla (del puente) de Alamana”.

comenzaban a huir, ordenó a Kalyvas y a Vakoyannis que fuesen allí a darles ánimos. Estos dos oficiales corrieron intrépidos y sólo encontraron a unos pocos que aún luchaban, pero aun estos pocos se dieron a la fuga. Entonces Kalyvas, Vakoyannis y dos simples soldados saltaron al hostel situado frente al puente, cerraron la puerta y descargaron sus fusiles contra el enemigo, en la vana esperanza de impedir a una fuerza tan grande cruzar el puente y añadirse a la que estaba atacando a Diakos.

Mientras tanto, flaquearon también los que luchaban en Poriá y buscaron la salvación en la huida. Sólo Diakos y unos cuantos de los suyos, émulos de su ejemplo, sintieron que era allí donde había muerto Leónidas. De hecho, cuando su ahijado, viendo que los demás desertaban, lo exhortaba a abandonarlo todo y huir para ser útil a la patria en otra circunstancia y le traía el caballo, él respondió: “Diakos no huye.” Mientras tanto atacan los enemigos, cae muerto su hermano delante de él, se lanza por en medio de los enemigos y, con otros 10 soldados apenas, llega hasta unas rocas escabrosas, en el entorno del monasterio de la Damasta¹⁷², donde toma posiciones y lucha una hora entera. Mueren sus acompañantes salvo su ahijado, es herido él en el hombro derecho, se le cae el fusil, hace frente blandiendo la pistola con la mano izquierda, es reconocido, lo rodean y es capturado vivo y cubierto de sangre.

Los encerrados en el hostel, disparando a los que atravesaban el abandonado puente, al ver poco después por las ventanas que ya no estaban ni Diakos ni ningún otro, abrieron la puerta y se lanzaron sable en ristre por en medio de los enemigos, admirados de su valor; al día siguiente se les halló muertos cerca del sitio donde fue capturado Diakos. Aquel día murieron trescientos griegos y fueron heridos otros muchos; muy pocos turcos perecieron.

Concluida la batalla, los pashás se dirigieron a Zituni llevando a rastras al ahijado y a Diakos, al cual ordenaron que fuera a pie delante, por orgulloso. Mas temiendo que se escondiese o huyera, lo pusieron poco después encadenado sobre un mulo; por la noche, una vez llegados a Zituni, lo llevaron por delante, en presencia del coterráneo Chalil Bey, y se pusieron a interrogarle sobre la insurrección. Diakos les dijo impávido

¹⁷² ‘Domadora’, advocación mariana que sólo se aplica en el nombre de este convento. Su etimología se explica de dos maneras: 1ª Domadora de males, es decir, milagrosa. 2ª Etimología popular por ‘Damasca’, es decir, de Damasco (su imagen fue traída de dicha ciudad en la época de la Iconoclasia)

que toda la nación griega había decidido sucumbir o liberarse. Admirado Mehmet de su franqueza, le dijo que estaba dispuesto a curarle si él quería servirle con fidelidad. “No te sirvo –respondió Diakos– y, aunque te sirviera, no te serviría de nada.” “Te mataré –repuso el pashá– si no trabajas para mí”. “Grecia –replicó él– tiene muchos Diakos.” Al día siguiente (24 de abril) se hizo pública la decisión de empalarlo; el que le comunicó la cruel decisión le puso en las manos el infamante y doloroso instrumento de matar y le dijo que lo siguiera con él en brazos. Diakos lo tiró a tierra con rabia y, vuelto hacia los albaneses que lo rodeaban, dijo: “¿No hay nadie que me mate? ¿Por qué dejáis que me castiguen los de Asia Menor? Yo no soy un malhechor.” Al oír que se salvaría si se hacía turco, respondió: “Cristiano nací y cristiano moriré.” De camino al lugar de la ejecución, se detuvo y, tras echar una ojeada a la naturaleza, sonriente en aquel momento primaveral, pronunció el siguiente dístico:

Ved el momento que eligió, para llevarme, Charos¹⁷³:
hoy florecen los árboles y la tierra da hierba.

Después siguió su camino y soportó abnegadamente la atroz muerte, que le sobrevino tras tres horas de tortura.

Y las tropas enemigas, después de descansar unos días en Zituni, se pusieron en marcha el 7 de mayo con el objetivo de irrumpir en Sálona.

Los jefes Panuryás y Dyovuniotis, después de perder a su amigo Diakos, se reunieron con sus tropas en la posada de Graviá, en la carretera nacional de Sálona y a cuatro horas de allí, una construcción de ladrillo; la reunión tenía por objeto debatir sobre cómo frenar el avance enemigo y levantar los ánimos de la desolada tropa. Mientras estaban reflexionando, llegaron de improviso, llenos de ardor por la causa, Odiseo Andrutsu y Christos Kasmás, con 120 hombres cada uno. Panuryás y Dyovuniotis fueron de la opinión de que Odiseo se encerrara en la posada cuando apareciera el enemigo, incorporando a los luchadores más capaces; ellos se quedarían fuera y ocuparían a ambos lados los pasos estrechos de la carretera para protegerla. El 8, a la hora cuarta tras la salida del sol, aparecieron Mehmet y Vryonis con ocho mil hombres camino de la posada; mientras se aproximaban, se reunieron los jefes griegos por segunda vez y decidieron

¹⁷³ Tétrico personaje que representa a la muerte (masculino en griego); desciende directamente del antiguo Caronte.

que Odiseo se metiera en la posada, mientras Panuryás y Dyovuniotis ocupaban la izquierda de la carretera y Kasmás la derecha, ayudando así a los encerrados. Dijo entonces Odiseo, lleno de arrojo: “Quien quiera seguirme, que se incorpore al baile”, y empezó una danza pírrica¹⁷⁴. Detrás de él bailaron unos cien, incluidos Guras, Papá-Andreas, Trakas, Anastasis Maros, Anguelís Nikolau y P. Butunis, todos ellos oficiales de Panuryás o de Dyovuniotis; otros muchos eran de Galaxidi; y así los cien, tocando las palmas y danzando, entraron en la posada con Odiseo en cabeza y, en un abrir y cerrar de ojos, vallaron puertas y ventanas, abrieron en todo el perímetro las consabidas troneras y se pusieron a esperar al enemigo prestos para el combate. Fuera, los jefes ocuparon sus posiciones y se atrincheraron. Mientras, los enemigos se aproximaban, obligados a pasar junto a la posada en su marcha hacia Sálona. Se detuvieron un poco al principio y, una vez entonada la oración, se dividieron en tres, marchando una formación hacia la izquierda contra Panuryás y Dyovuniotis, otra a la derecha contra Kasmás y la tercera al frente, es decir, contra la posada. Apenas comenzado el ataque, se dispersaron los de Panuryás, Dyovuniotis y Kasmás y quedaron solos frente a toda aquella fuerza los cien encerrados en la posada. Odiseo, que ordenó que nadie disparase antes que él, vio por un orificio a un anciano derviche a caballo que precedía al ejército en su avance. Le saludó en albanés y él le devolvió el saludo, se burló de él y él le devolvió la burla, lo insultó y él respondió con insultos, le pegó un tiro y lo mató^{aw}. Entonces los disgregados turcos se unieron y cargaron con todos sus efectivos contra la posada, enloquecidos por la muerte del santo varón. Como si quisieran llevarse a todos los encerrados, empujaban las paredes con las manos y los hombros y las agujereaban con sus dagas. Los de dentro, impertérritos, dispararon sin cesar desde todas partes sobre el montón y mataron a muchos, de manera que los turcos, al ver tanta matanza, se retiraron. Atacaron una segunda y una tercera vez; el tercer asalto fue tan violento, que consiguieron fijar banderas sobre los muros. Después de mediodía Vryonis, viendo tal fracaso, convocó a sus jefes, les riñó, los animó y lanzó a todos, caballería e infantería, a una nueva acometida, mas también esta fue motivo de bochorno para el enemigo y los cadáveres amontonados alrededor de la posada se convirtieron en obstáculos a su impulso. Al ponerse el sol, los pashás ordenaron el cerco de la posada y

¹⁷⁴ Danza guerrera de la antigüedad.

enviaron a unos pocos a Zituni para traer cañones con los que derribarla. En tanto, durante la noche los de dentro y los de fuera se mantuvieron tranquilos; pero de madrugada, mientras los enemigos dormían exhaustos, los de dentro desatrancaron suavemente la puerta de abajo y se fueron sin hacer ruido, atravesando indemnes las líneas contrarias. Sólo habían muerto dos en el curso de los asaltos, los oficiales Thanasis Kastanis y Thanasis Seferis; hubo dos heridos. Después de la batalla, los enemigos se quedaron 8 días en la posada para reponerse, enterrar a sus muertos y enviar a Zituni a los heridos.

Esta resistencia tan formidable como inesperada de cien hombres avezados contra tanta caballería e infantería, en los preámbulos mismos de la insurrección, contribuyó muchísimo a dar ánimos a la lucha y engrandeció justamente la figura de Odiseo.

CAPÍTULO XV

CAÍDA DE ANDONIS IKONOMOS.- PERIPLO DE UNA FLOTILLA GRIEGA AL HELESPONTO Y DE OTRA AL GOLFO DE CORINTO.- QUEMA DE UN NAVÍO TURCO EN ERISÓS.- CATÁSTROFE DE KYDONIES.-

La primera expedición naval griega había hecho a Ikonomos grande y poderoso en Hydra, pero a su vuelta no lo encontró igual. Los demagogos que alzan al pueblo contra los aristócratas prosperan cada vez que llaman a la gente para conquistar su igualdad política arrebatada por la aristocracia, o repartir la tierra común expropiada por ésta; pero la aristocracia de Hydra era benefactora para con el pueblo, pues no sólo no le había quitado nada, no sólo no le volvía la espalda, sino que con el trasiego de los barcos de su propiedad y con el empleo del dinero adquirido por medio del comercio daba de comer a todo el mundo e incluso hacía felices a muchos. Ikonomos tuvo suerte porque su movimiento era inesperado y el pueblo deseaba la insurrección y quería encontrar un medio de subsistencia en un momento de paro. Mas cuando estalló la insurrección y los notables la apoyaron sinceramente y se halló el medio en su generosa contribución y en el movimiento de los barcos, la confrontación entre pueblo y aristócratas cesó de manera natural y el poder volvería a donde fue arrebatado por un tiempo. Por esta razón, al encumbramiento de Ikonomos siguió su caída. Los instrumentos de la influencia de los notables sobre el pueblo eran los capitanes. Estos les eran leales y tenían, como los jefes bandoleros en tierra firme, algunos seguidores de confianza. Ikonomos intentó instalar en los barcos capitanes amigos y de su misma orientación política y manejar a los marineros por medio de ellos, pero ni los barcos pertenecían al Estado, ni los capitanes legítimos desplazados según el plan de Ikonomos se plegaron, pues perdían estima, influencia y recursos. Por eso fracasó tal reemplazo y los capitanes que movilizaban en parte al pueblo, a los que Ikonomos planeaba destituir, se convirtieron en sus adversarios.

No hay nada que reprochar a Ikonomos en este terreno, pues lo exigía su posición; pero dio muestras de irreflexión en lo que sigue: durante la primera expedición naval, algunos llevaron a Hydra botines que quisieron usurpar, derogando la ordenanza sobre el reparto. Los notables reclamaron a Ikonomos que, en vez de hacerles caso, exigiera el cumplimiento de la reglamentación. Lo exigió; pero los marineros no sólo le desobedecieron, sino que le insultaron y amenazaron. Su único sostén era el pueblo. Sin duda, la exigencia de cumplimiento de la ordenanza era justa y digna de elogio, pero Ikonomos no calculó correctamente al exigir él mismo su cumplimiento, indisponiéndose así con el pueblo. En ese mismo instante comenzó su caída, pues se quedó sin apoyos en medio de rivales muy poderosos.

Disminuida su popularidad, Lázaros Panayotas y Theófilos Drenias, dos atrevidos capitanes de Hydra que llevaban muy a mal ver a sus venerados notables despreciados, pagando tasas y en peligro, decidieron matarlo y, sin ocultar su decisión a nadie, el 12 de mayo se encaminaron a la sede del gobierno, donde estaba Ikonomos. Por el camino encontraron a Andonis Kriezís y lo añadieron a la conjura. Tomó sus armas él también y, tras armar a diez allegados, corrió detrás de los otros dos, quienes subieron antes la cuesta hacia el edificio y hallaron a Ikonomos plantado en lo alto de la escalinata rodeado por doce hombres armados, incluidos su hijo y el osado Kolodimas. Ikonomos barruntó a qué venían e inmediatamente disparó sobre Drenias, pero no le dio. Tras el padre, le disparó el hijo y lo dejó en el sitio. Abrieron fuego los demás hiriendo a Panayotas, que a su vez había herido de bala a Kolodimas. En estas llegó Kriezís con los suyos y permaneció abajo dando y recibiendo tiros, sin herir ni ser herido. La operación contra Ikonomos, por parte de unos hombres que gozaban de estima, atrajo a muchos de sus seguidores. Aquél, viendo que su situación era delicada, gritó a grandes voces hacia dentro del edificio: “¡Auxilio, muchachos, auxilio!” Acudieron algunos desde el interior, mas fueron abatidos por los de Kriezís. Acudieron otros al oír el mismo grito, siendo a su vez abatidos. Entonces los de Kriezís, temiendo que los pocos de fuera se transformasen en muchos y se lanzaran contra sus escasos efectivos, subieron a la casa de Vúlgaris, que estaba al lado, y se pusieron a fusilar desde ella el edificio. Simultáneamente lo tenían bajo el fuego de sus fusiles desde sus propias casas Manolis Tombazis, Anastasis Kriezís y Tersanás. Yoryis Sachturis entró en el barco de Kriezís, fondeado y en reparación,

y comenzó a cañonear el palacio, añadiéndose otros dos al bombardeo. Ikonomos, muy acosado y en peligro, salió del palacio por un callejón, pero los de Kriezís se lanzaron detrás y lo alcanzaron bajo la vivienda de Yoryis Guionis, donde Kriezís le disparó a una distancia de diez pasos (sin darle), mientras huía acompañado de otros cinco. Hecho esto, los que iban con Kriezís se separaron. Guionis, al oír desde su casa los disparos y ver a Kriezís casi solo y en peligro, bajó a por él y lo subió a su casa. Los de Ikonomos, corriendo y asustados, pues eran muchos los perseguidores, tomaron una casa en la parte alta de la ciudad y así los combatientes se separaron y Kriezís bajó a la plaza, donde halló a 500 dispuestos a levantarse contra Ikonomos, entre ellos Anastasis Tsamadós, Manolis Tombazis y Yoryis Sachturis. Ikonomos, al enterarse de la conspiración contra él y viendo que no tenía esperanza de salvación dentro de la isla, se fue a Kamini y subió a una goleta de Tombazis, que se encontraba allí sin marineros, y zarpó. Al verlo sus perseguidores, enviaron tras la goleta un barco en el que iba entre otros Manolis Tombazis. Entonces Ikonomos, en peligro de ser capturado, enfiló hacia Palamidás, en la parte oeste de la isla, dejó la goleta al paio, se apeó y subió al monte. Pero sus rivales lo cercaron allí y le conminaron a entregarse so pena de muerte; se entregó, fue llevado a una de las naves que había en el estrecho de Hydra y de allí a un bote con 10 marineros, a los que dieron la orden de trasladarlo al otro lado del estrecho, al Peloponeso, y darle muerte. Mas entre los 10 marineros había familiares de Ikonomos, los cuales se impusieron y liberaron a un Ikonomos ileso en el litoral peloponesio. Así se salvó Ikonomos y se refugió en Kranidi, donde encontró un recibimiento favorable; amenazaba con regresar a Hydra, para castigarla y destruirla.

Por aquellos días acertó a llegar a Hydra Sotiris Theocharópulos, para pedir en nombre de los aqueos el envío de una fuerza naval al golfo de Corinto. Los notables respondieron que, mientras Ikonomos residiera en el Peloponeso enfrente de su isla incitando a las masas y amenazando, no pensaban alejar sus barcos. Theocharópulos, que era un hombre enérgico, tomó una carta de los gobernantes de Hydra a los kranidiotas, que hasta entonces se negaban a soltar y entregar a Ikonomos, se trasladó a Kranidi, lo prendió y encarceló en el monasterio de San Jorge Matador del Dragón, donde permaneció haciendo vida monástica entre los popes y fingiéndose arrepentido, pero aguardando el momento de reaparecer en la escena política. Así respiró Hydra, que a punto estuvo de caer en una tremenda

guerra civil al comienzo mismo de la insurrección. La caída y el retiro de Ikonomos devolvieron todo el poder a los inteligentes y patriotas notables de Hydra, que la condujeron al progreso y auge de la causa nacional.

Entre otras mil peripecias iguales, la del abandonado Ikonomos contribuye a mostrar cuán inestable es el favor del pueblo, que un día ensalza a su ídolo y al siguiente lo derriba y acaba con él.

La flota griega, una vez vuelta a sus bases tras la primera expedición, se dispuso para la segunda con el mismo ánimo y zarpó el 18 de mayo, dividida en dos flotillas. La primera se componía de 18 barcos de Hydra al mando de Yakumakis Tombazis^{ax}, 7 de Spetses al mando de Guikas Tsupis, 27 de Psará y unos cuantos buques mandados por Apostolis, uno de Lemnos y otro del continente. Esta flotilla no tenía como misión sublevar otros lugares como antes, sino impedir la salida del puerto o frustrar los planes de la escuadra enemiga, que había sido aprestada en Constantinopla y era enviada para devolver el Egeo a manos del sultán y proteger el transporte de tropas turcas desde Asia a las zonas rebeldes de Grecia. La escuadra turca, desconocedora aún de la audacia de los griegos, confiaba con razón en su superioridad material; los griegos, aun con su audacia, no tenían ni idea de cómo hacerle daño.

El 26 de mayo, la flotilla griega se topó con un bergantín enemigo que navegaba en vanguardia de la escuadra otomana al litoral de Asia. Algunos de los barcos griegos se acercaron a él y dispararon, pero eran incapaces de dañarlo. La tarde del mismo día, el bergantín arribó a Erisós¹⁷⁵, seguido por los barcos griegos. Su capitán, temiendo un ataque nocturno, tomó de tierra a bastantes turcos para su defensa. Los capitanes griegos se reunieron en consejo en la nave insignia, convencidos de que no sólo no podían dañar al enemigo, sino ni siquiera atemorizarlo con sus impotentes cañones. Se sugirieron diferentes soluciones, pero todas fueron desechadas, por inoperantes o demasiado osadas. El capitán Tombazis dijo entonces que el comandante de un barco inglés, que la flotilla griega había encontrado en el Cafereo, le preguntó para qué era esta expedición naval; al oír que iba hacia el Helesponto a enfrentarse con la armada turca, dijo: “No vale la pena; no hay duda de que seréis barridos, por la gran desigualdad de las fuerzas; tenéis marineros competentes y arriesgados: empleadlos para manejar los brulotes contra el enemigo, que es incompetente, inexperto

¹⁷⁵ Antigua Éreso, en el N.O. de Lesbos.

en el mar y cobarde, y seguro que venceréis.” “Esto fue lo que le oí –dijo Tombazis– y me da pena no haber preguntado al capitán inglés cómo se equipan los barcos incendiarios a que se refería.” A esto repuso Apostolis que en la isla de Psará hubo una conversación sobre brulotes, pues vivían en ella unos cuantos marineros que lo presenciaron cuando los rusos incendiaron con ellos la escuadra turca en Çesme, pero nadie sabía cómo se equipaban. Mientras, la palabra “burloton” corría de boca en boca en la reunión, sin que ninguno de los capitanes presentes tuviese ni idea sobre su equipamiento, y llegó a oídos de los que no eran los mandos reunidos. Entre estos había un tal Yannis Paryos, apodado Patatukos y vecino de Psará, donde ejercía de maestro de náutica. Este dijo que sabía cómo se hacía un brulote y al momento preparó uno de los barcos de la expedición, que fue lanzado de noche sobre el bergantín, aunque no contactó con él y ardió para nada. Patatukos preparó otro, enviado desde Psará para usarlo como tal, y Kalafatis Psarianós transformó su barco en un brulote; el día 27, se arrojaron ambos sobre el bergantín tres horas después de mediodía, escoltados por la flotilla griega, que hacía fuego por cada lado. El de Kalafatis, mal equipado, ardió inútilmente, pero el de Dimitris Papá-Nikolís, otro psariano, embistió la proa del bergantín, se pegó a él y le transmitió de inmediato las llamas^{ay}. A los tres cuartos de hora, explotó la santabárbara, se rajó el bergantín y se ahogó la tripulación, salvo unos pocos que echaron a nadar o subieron a los botes. A bordo del barco había marineros cristianos, que cayeron al mar y fueron rescatados por los botes griegos. Este logro nunca visto y totalmente inesperado aterró a los turcos, espoleó a los griegos y llenó sus corazones de buenas expectativas.

Al día siguiente apareció en aquellas aguas el resto de la armada enemiga, compuesta de un bergantín, tres fragatas, una corbeta y dos buques de dos puentes. La flotilla griega, animada por el éxito antedicho, se precipitó sobre ella; la escuadra, temblando por lo que le había pasado al bergantín, huyó a todo trapo hacia el Helesponto y fondeó al día siguiente al amparo de las fortalezas allí existentes. El mismo día, la flotilla griega fondeó a su vez en el puerto de Imbros para proveerse de agua.

Es propio de los gobiernos impotentes, cobardes y despóticos castigar a los inocentes cuando no pueden vengarse de los rebeldes. Cada vez que los combatientes griegos obtenían una victoria, lo pagaban sus desarmados e indefensos congéneres bajo dominación turca. Los griegos cometían las mismas tropelías, condenables sin duda desde cualquier punto de vista, pero

estaban en plena insurrección y anarquía. ¿Qué nación sojuzgada no se ha saltado la ley al tomar las armas contra su opresor, o no ha vertido sangre de culpables e inocentes sin distinción? Por desgracia, pocas veces se somete a los preceptos de la moderación el alma humana cuando es prisionera de una pasión vengativa. Ahora bien, bajo el cetro del sultán, eran las propias instituciones el instrumento de la ilegalidad y los derramamientos de sangre. Los cristianos de Mitilene¹⁷⁶ y los asentados en el cercano litoral de Asia, no porque participaran en el incendio del bergantín, sino por habitar una tierra junto a la cual fue incendiado, se convirtieron en infortunadas víctimas de la locura de las autoridades turcas, siendo masacrados sin piedad, despojados y vendidos como esclavos. Pero aquel entorno iba a ser al mismo tiempo escenario de otras horribles catástrofes. Una ciudad, albergue de 30.000 almas, iba a ser completamente arrasada, no por haber tomado las armas contra el suspicaz poder ni por haber merecido de ninguna otra forma la aniquilación, sino por ser toda ella cristiana y capaz de extinguir la sed de sangre del poder y de saciar su deseo de enriquecerse por medios injustos. Esta ciudad fue Kydonies¹⁷⁷, conocida por su autonomía y buen gobierno, por sus establecimientos humanitarios, por su escuela de filosofía y el buen gusto y el bienestar de sus habitantes.

Los kydonios, por su emplazamiento en Asia al lado de tantas decenas de miles de turcos, no sólo no intentaron liberarse, sino que procuraron calmar las suspicacias de los turcos sobre su actitud. Desde el día en que se rebeló Psará, la autoridad turca de Pérgamo¹⁷⁸, a la cual estaban sujetos los kydonios, mirando de reojo a una ciudad tan populosa y totalmente cristiana, envió en prevención a cuatro mil hombres armados, que en un principio acamparon fuera de ella, pero muchos entraron después. Dondequiera que hay una concentración de tropas turcas, se producen desmanes que quedan impunes en época de guerra; así, todos los días eran importunados los cristianos y, contra su voluntad, corrían el riesgo de verse alterados a causa del comportamiento de quienes habían venido por precaución. El notable principal de la ciudad, Chatsí-Thanasis, fue a Pérgamo con la esperanza de convencer a la autoridad turca de que hiciera volver a las indisciplinadas tropas, pero no fue oído. El 2 de junio, la

¹⁷⁶ El nombre de la capital de Lesbos designaba entonces a toda la isla.

¹⁷⁷ En turco, Ayvalik. Es una ciudad justo enfrente de Lesbos.

¹⁷⁸ Bergama en turco.

flotilla griega navegó hacia Moschonisia, un pequeño archipiélago delante de Kydonies. Los de la única isla habitada¹⁷⁹, cristianos en su totalidad como los de Kydonies, tenían un único turco, el agá, que fue expulsado al llegar los barcos griegos; izaron la bandera de la libertad y ocuparon Klidí, el puente que une la islilla con el continente, para evitar una invasión turca. Este suceso exasperó aún más a las tropas y dio pie a nuevos temores y peligros. Los kydonios, viendo que iban a sufrir lo indecible lo mismo si se mantenían tranquilos que si se alzaban, decidieron huir y mandaron a Moschonisia al maestro Veniamín, suplicando al comandante que se encargara de transportar a la gente en peligro a Psará; como los barcos no pueden penetrar, porque las aguas son poco profundas en la bocana del puerto, el 4 de junio se enviaron botes a la orilla y los kydonios empezaron a embarcar a sus mujeres e hijos. Viendo esto los turcos y tomándolo quizá por preparativos bélicos, interrumpían violentamente a los fugitivos. Los habitantes no tuvieron más remedio que responder a la fuerza con la fuerza; los botes que disponían de cañones los emplearon contra los turcos que incordian a los cristianos y así, el 4 de junio, empezaron dentro de la ciudad las muertes, los atracos, los apresamientos y los incendios; la orilla se cubrió de fugitivos, muchas mujeres se arrojaron al mar para no caer en manos de los turcos, la ciudad fue incendiada y todos los botes y pequeñas falúas de los moschonisiotas transportaban sin pausa y amontonaban en los barcos a los desventurados kydonios, que veían sus casas en llamas y lloraban su gran desgracia. De esta forma fue destruida la brillante ciudad de Kydonies, y cuantos habitantes se cobijaron en los barcos fueron trasladados y repartidos por diversas islas, donde llevaban una vida mísera. El gobierno no sólo no dio, sino más bien quitó los medios para proteger y salvar a una gente en peligro y la masacró basándose en simples sospechas, por lo que es acreedor de la maldición y el reproche de todas las naciones y de todas las épocas.

Ante la desgracia de Kydonies, todos los pobladores cristianos de las zonas interiores de Asia se aterraron y bajaron en tropel al litoral para buscar por todos los medios posibles la salvación en la huida a alguna de las islas bajo dominio griego. También los de Moschonisia abandonaron su terruño y huyeron a donde pudieron, por lo que toda aquella costa, hasta ayer floreciente, se convirtió en un lugar desértico. Tal es la naturaleza de

¹⁷⁹ En turco, Cunda Adasi o Alibey Adasi.

los gobiernos despóticos, tiránicos y bárbaros.

Los barcos griegos, después de salvar a tanta gente, navegaron hacia Ténedos el 7 de junio y, desde allí, regresaron a sus bases; los de Hydra recalaron en su puerto el día 12.

Los que son valientes con los indefensos son cobardes ante los poderosos. Mientras los cristianos sin armas soportaban tantas calamidades, las autoridades turcas de Mitilene tenían tanto miedo a sus vecinos de Psará a causa el incendio del bergantín, que les ofrecieron una tasa con la condición de que no molestaran a Mitilene y su pequeña flota.

Tal era la situación de aquellas zonas a mediados de junio.

La otra sección de la flota griega, compuesta de 12 barcos –6 de Hydra al mando de Dimitris Vocos Miaúlis¹⁸⁰ y otros 6 de Spetses al de Nikolós Bótasis–, respondió a la insistente llamada de los peloponesios y navegó hacia el golfo de Corinto, para expulsar a unos pocos barcos turcos, desgajados de la fuerza naval que había en Murtos y arribados al puerto de Patras, y para tomar Naupacto y Andirrio en operación conjunta con las fuerzas terrestres. Dos de estos 12 barcos, el de Anastasis Kolandrutos y el de Anagnostis Kulatsis, se quedaron en el curso de la travesía frente a Neókastro y Koroni, para bloquear las fortalezas; las demás, en su avance hacia Patras, el 20 de mayo avistaron delante del cabo Papas¹⁸¹ a 6 bergantines con bandera griega para el bloqueo de la ciudad –5 eran de Galaxidi y el otro, de Cefalonia^{az}–, y 2 cañoneras; vieron además una corbeta turca que navegaba hacia el exterior y fueron a su encuentro, pero la corbeta se asustó y dio la vuelta a toda vela hacia Naupacto. Atendiendo a la llamada de la corbeta por medio de señales, se hicieron a la mar al momento los 4 bergantines que estaban en el puerto de Patras y huyeron hacia Naupacto, igual que ella. Fue tan grande el miedo que se apoderó de Yusuf en Patras a la vista de esta sección griega, que anunció a los cónsules que aún quedaban que no garantizaba en adelante su seguridad y expresaba su deseo de que se fueran ese mismo día, pues estaba obligado a quemar sus residencias para que no las ocupara el enemigo. Ante esta declaración y amenaza, los cónsules se marcharon todos el día aquel, embarcando en la fragata francesa *Arriège*, que se encontraba en el puerto. Los barcos griegos, a los cuales saludaron los compatriotas desde lo alto de las

¹⁸⁰ Su verdadero apellido era Vocos, siendo Miaúlis un apelativo.

¹⁸¹ Akra Pappas, cabo del Peloponeso justo a la entrada del golfo de Corinto.

montañas encendiendo hogueras, atravesaron sin sufrir daños la estrecha entrada del golfo bajo el fuego hostil de las fortalezas, unos el mismo día de su llegada a Patras y otros al día siguiente, e intentaron causar daños al enemigo; pero no pudieron debido a su situación, bajo el fuego procedente de la fortaleza de Naupacto; y, tras anclar cerca, emplazaron en tierra tres cañones, con los cuales disparaban sobre la ciudad y los barcos, aunque infructuosamente.

Habían llegado ya a aquellas costas bastantes tropas, para los sitios de Naupacto y Andirrio. Privadas de todo lo que hacía falta para el asalto de las fortalezas y decididas a intentar algo, aprovecharon la oportunidad de la aparición de los barcos griegos para acercarse más a Naupacto el día 24 y, al siguiente, comenzó un feroz fuego de fusilería y cañones por tierra y por mar; tanto temor invadió a los turcos, que prendieron fuego a la ciudad y subieron a la acrópolis. El 26 fueron los jefes del campamento griego a la flotilla y, celebrado un debate, se decidió la toma al asalto de Andirrio. Con este fin se dispusieron sobre los barcos 10 escalas de 10 codos cada una, que fueron llevadas a tierra por los jefes del campamento. En una segunda reunión, se fijó el 6 de junio como fecha del asalto. Uno de los jefes, Diamandís Chormovas, propuso ser el primero en subir a la muralla y pidió que lo acompañasen quienes así lo desearan; se ofrecieron unos 400 para compartir el peligro; mas, cuando llegó la hora y estuvieron al pie de la muralla, Diamandís hizo lo que había propuesto y la escaló, pero fueron muy pocos los que le siguieron, así que fue muerto con algunos de los de su grupo. Después de este infeliz suceso los marineros, a ejemplo de los de Erisós, amontonaron desmañadamente en un barco de Galaxidi material combustible al que prendieron fuego y, el 10 de junio, lanzaron aquél sobre los bajeles turcos, tripulado por un único hombre, que aferraba el timón; antes de contactar, el timonel se vio envuelto en llamas y cayó al mar, siendo recogido y cocido vivo por los enemigos, que frustraron así su intentona. Quince días después la flotilla griega marchó de regreso a sus bases y quedaron dentro del golfo el barco cefalenio, los 5 de Galaxidi, uno de Spetses y los cañoneros; estos atravesaban con frecuencia y sin temor la entrada del golfo, sirviendo de refuerzo unas veces a las operaciones de dentro y otras a las de fuera que llevaban a cabo los griegos en tierra, saliendo hasta el cabo Papas y obstaculizando a menudo los auxilios venidos de fuera para los turcos de Patras y, sobre todo, el acceso de los turcos a las islas jónicas y a la costa del Epiro, pero sin respetar en absoluto

el pabellón jónico, por lo cual el gobierno de las islas, irritado, despachó una fuerza naval que dio en la noche, a la altura de Glarentsa, con una de las dos cañoneras y cayó de improviso sobre ella, matando a dos marineros, apresando a otros dos y trasladándolos a Zacinto junto con la embarcación, abandonada por los demás tripulantes, que llegaron salvos a tierra. Los prisioneros fueron puestos en libertad después de tres meses de cárcel.

Aunque la expedición al golfo de Corinto no produjo el resultado apetecido, sin embargo fue muy útil para animar a los griegos y aterrorizar a los turcos de la zona, debido a la audaz y exitosa travesía de los barcos a través del paso, que tiene una milla y media de ancho, entre dos castillos que los cañoneaban sin cesar; también contribuyó en gran medida al levantamiento de Etolia y Acarnania. Entre tanto, los de la sección turca frente a Murtos se enteraron de lo referente a la expedición y cogieron de improviso a unos de Hydra que estaban a su servicio y los mataron; entre ellos estaba Manolis Yustos, el único hermano que quedaba vivo de los que fueron decapitados en el arsenal de Constantinopla.

1821

CAPÍTULO XVI

TRIBULACIONES DE LOS CRISTIANOS DE ESMIRNA, CHIPRE Y COS.

Por la época en que la miserable Kydonies se convirtió en un lugar desolado, Esmirna sufrió grandes tribulaciones. En mayo hicieron su aparición en aquella ciudad dos derviches que, recorriendo las calles y los cafés y poniéndose como inspirados por Dios, incitaban a los turcos a destruir a los cristianos como enemigos de su fe y su dominación. Por fortuna, el *muteselim* de Esmirna impidió sensatamente las algaradas. El mismo mes se agruparon en la cercana explanada de la fortaleza junto al mar turcos de Asia, parte para proteger aquella zona de un posible movimiento levantisco, parte para ser transportados a otras zonas rebeldes. El general de este ejército se instaló dentro de la ciudad y ordenó que las tropas se quedaran fuera. Pero mientras disfrutaba las delicias de la urbe y la sometía a onerosos tributos para proveerse de alimentos, su ejército pasaba hambre, razón por la cual se desperdigó por todos los alrededores y, el 23 de mayo, se desparramó por la propia ciudad en contra de las órdenes de su superior, se lanzó a los depósitos de trigo y demás comestibles, cometió desmanes de todo tipo, mató a dos cristianos y amenazaba con una matanza general ese mismo día. Los cristianos, aterrados e indefensos, abandonaron sus labores y, mientras unos se encerraban en sus casas, otros corrieron hacia la orilla del mar, pareciendo la gran ciudad un gran desierto. La tarde de ese día, uno de los jenízaros que andaban por allí, sediento de sangre cristiana y sin encontrar a ningún cristiano en las calles, sacó su pistola y disparó sin cuidado y sin mirar, dándole por azar a un mahometano de Creta que pasaba. El jenízaro, temiendo ser acusado de asesinato o quizás proponiéndose la destrucción de la ciudad, dijo al ser interrogado sobre lo sucedido que el disparo salió de una vivienda cristiana. El falso testimonio del culpable bastó para exponer inmediatamente a un

peligro extremo el barrio en que había tenido lugar la muerte; imperó un miedo tan grande, que una familia del rito occidental, compuesta del hombre, la mujer, el hijo, cuatro hijas y un niño de pecho, temiendo caer en manos de los facinerosos que estaban echando abajo las puertas de las casas vecinas, subieron al tejado y, saltando de cornisa en cornisa, llegaron a una que daba a un callejón; entonces el pobre padre la unió con la de enfrente por medio de una plancha y, así, temblando no fueran a caer abajo y estrellarse, pasaron todos haciendo equilibrios sobre aquella plataforma oscilante, mientras desde abajo los turcos les disparaban con sus fusiles como si estuvieran cazando aves en vuelo; finalmente se pusieron a salvo alcanzando una vivienda europea.

El gobernador civil, como viera que sus disposiciones y amenazas no tenían fuerza, salió con toda su guardia para hacer cesar el terrorismo y consiguió a duras penas que los revoltosos quedaran reducidos en el barrio turco, después que, en tres horas que duraron los disturbios, fueran allanadas y desvalijadas veinte casas y murieran 20 pobres griegos. Después de estas vicisitudes, muchos cristianos comenzaron a regresar a sus casas confiados en la buena disposición de la autoridad local, pero poco después las sufrieron aún peores^{ba}.

Por aquellos días se difundió el rumor de que Rusia había declarado la guerra a Turquía. La falsa noticia puso de nuevo patas arriba a la ciudad y los acogidos a la protección rusa huyeron despavoridos a otros consulados o a las embarcaciones; ni el propio cónsul de Rusia estaba seguro en tierra. Los pobres griegos, en quienes los turcos veían a rusos, se escondían donde pudieran. El generoso y humanitario cónsul francés, David, acogió él solo a dos mil almas. Nada más desmentido el rumor sobre la guerra, desafortunadamente se desencadenaron otras circunstancias que exasperaron de nuevo a los que ansiaban la perdición de los cristianos.

Desde muchos días atrás se hallaba en el puerto de Esmirna un barco mercante ruso. El 3 de junio, día en que empezaron los disturbios, el barco se dispuso a zarpar. Ante esta noticia, los turcos se dirigieron a la orilla del mar, se lo impidieron alegando que transportaba municiones a Grecia y solicitaron permiso para registrarlo; lo registraron dos y hasta tres veces y, no encontrando lo que buscaban, lo dejaron partir. Pero el mismo día se supo la quema del bergantín en Erisós. Los turcos se volvieron locos y se desparramaron por diversas partes de la ciudad, matando indiscriminadamente a los cristianos que deambulaban por la ciudad sin

sospechar nada. Por la noche se tuvo noticia de la ruina de Kydonies, pero la información llegó sesgada, bien por desconocimiento o bien por mala voluntad: se decía que los kydonios, ayudados por la marina griega, habían dado el primer paso degollando a los turcos de la ciudad y provocando la entrada de las tropas turcas estacionadas fuera. Nada más hacerse de día, dio comienzo una nueva matanza a causa de esta noticia y se vertió tanta sangre inocente, que las muertes de los días anteriores parecían de poca monta. Como los verdugos no encontraban ya cristianos en las calles para degollarlos, fueron algunos de ellos a allanar el consulado ruso. Los jenízaros de guardia huyeron aterrados, dejándolo desguarnecido. Afortunadamente, acudieron a defenderlo lanchas cañoneras de distintos barcos europeos, cayó una andanada procedente de uno de guerra a modo de disuasión y así se dispersaron los asaltantes del consulado, mientras el cónsul y los suyos se ponían a salvo en las embarcaciones, aunque maltrechos. Los malhechores se dirigieron poco después al consulado de Francia, pidiendo que se les entregara a los dos mil cristianos en él acogidos. El cónsul se opuso valerosamente; vinieron algunas lanchas armadas de un barco de la armada real francesa que se encontraba en el puerto y así se salvaron los amenazados. Los hombres, no satisfechos con los esporádicos derramamientos de sangre, concibieron la atroz idea de emprender una matanza generalizada, pero para llevar a cabo tal osadía juzgaron preciso cubrir de apariencia legal su proyecto y fueron a pedir al *mollah*¹⁸² la prescriptiva *fetua*. El piadoso *mollah* se horrorizó al escuchar tal petición, la rechazó y les echó una reprimenda. Se enfurecieron los reprendidos por la negativa del *mollah* y lo mataron, cuando el sultán respeta a esta clase de hombres como un grupo de servidores de la ley y la religión. Tras este enorme sacrilegio, mataron al *agián*¹⁸³ y a otros turcos que recriminaban sus actos; no tocaron al *muteselim* y a su general porque el primero, temiendo su ira, no se comportaba como al principio y el otro era visto como el instigador de los hechos. Por cuanto sucedió, cada uno de los que había en Esmirna pensaba que era llegada la última hora de todos los cristianos de la ciudad; pero, contra todo pronóstico, al atardecer cesaron los asesinatos y la ciudad escapó como por ensalmo de los horrores que se cernían sobre ella.

¹⁸² Presidente de los tribunales religiosos.

¹⁸³ Presidente de los tribunales civiles.

Al día siguiente, los matones quisieron inspeccionar por cuarta vez el barco con bandera rusa, que había vuelto al puerto la noche anterior, mas tampoco entonces hallaron municiones; por desgracia, sí encontraron 50 pasajeros griegos, entre ellos algunos de las Islas Jónicas; entregaron éstos sin que sufrieran daño al cónsul de Inglaterra y desembarcaron a los demás, matando a unos y vendiendo a otros en pública subasta.

A los pocos días, después que se prohibiera toda entrada o salida del puerto, echó el ancla cerca del castillo un barco sardo que, por un elevado precio, empezó a embarcar griegos a escondidas para llevarlos a salvo a las islas liberadas. Unos días antes, la Puerta había impedido mediante un *firmán* la huida de los griegos y prohibido a los barcos europeos que recogieran fugitivos; dispuso esto con la aquiescencia de los embajadores en Constantinopla, que comunicaron tales instrucciones a todos los cónsules del imperio otomano. Los mandos turcos de todas las partes del imperio conocían tanto la orden de la Puerta como las instrucciones dadas a los cónsules sobre ella; por lo cual, enterados los de Esmirna de que un barco sardo estaba acometiendo esta acción prohibida, enviaron a capturarlo a un bergantín argelino que estaba en el puerto. El sardo había levado anclas una hora antes, pero no pudo alejarse debido a la ausencia de viento imperante; al ver el peligro que se cernía sobre él, se acogió a la protección de la fragata francesa *Jeanne d'Arc*. El argelino reclamó el barco, pero el comandante de la fragata se negó a dárselo; finalmente, se aprobó dejar la decisión al cónsul de Francia y las autoridades turcas en tierra. Mientras tenían lugar las negociaciones, por seguridad se trasladó a los doscientos pasajeros griegos del barco sardo a la fragata, pero poco después se les envió al consulado galo, quitándose así de encima el capitán francés la responsabilidad sobrevenida. El cónsul, no pudiendo contravenir las instrucciones y confiando en las engañosas promesas de las autoridades turcas sobre la seguridad de aquellas personas, temiendo por otra parte que el consulado sufriera un asalto y se diera pie quizá para incendiar la ciudad, según se decía, si amparaba a aquellos infelices, los entregó con extremo pesar y los turcos capturaron a los pasajeros y a la tripulación del barco sardo; los pasajeros fueron asesinados o vendidos en la plaza; de los tripulantes, que eran siete con el capitán, todos ellos súbditos de una Potencia extranjera, tres fueron decapitados, despedazados otros dos y colgados el capitán y un marinero; para escarnio de Europa,

los ahorcadores pusieron en sus bocas un cigarrillo^{bb}. Tal resultado tuvo la vergonzosa e injustificable condescendencia de los embajadores en Constantinopla para con los apetitos de la Puerta; llenaron de oprobio las banderas de sus reyes permitiendo la matanza de unos seres humanos perseguidos y sufrientes. Embajadores de unos reyes humanitarios y cristianos, cometieron un gran error al contribuir en favor de la Puerta a los horrores sufridos por sus hermanos en la fe con unas instrucciones a los cónsules sobre uso del derecho de registro, pues sabían por lo que veían y escuchaban que, entre los turcos, el derecho de registro era derecho de asesinato. Tenían la obligación de proteger sin distinción a turcos o griegos inocentes y desarmados, que no eran juzgados por ningún tribunal y corrían a cobijarse bajos sus banderas, para escapar a una clara e injusta muerte o al cautiverio.

De los dolorosos sucesos de Esmirna pasamos a los aún más dolorosos de Chipre y Cos; obviamos otros ocurridos en diversos lugares para evitar la reiteración de los mismos horrores, y porque los que referimos son suficientes por sí mismos para mostrar a qué fieras estaban sometidos los pobres cristianos.

Chipre tenía durante el alzamiento cien mil habitantes, de los cuales eran turcos veinte mil y el resto cristianos, exceptuando a unos pocos judíos. Diez mil turcos y cinco mil cristianos tenía Nicosia, la capital de la isla; residían en ella el *muteselim* de la isla, el alai bey, el jefe de los jenizaros, el muftí¹⁸⁴, los notables y el arzobispo, que llevaba el título de Bienaventurado. Había en la isla otros tres obispos: el de Pafos, el de Citio¹⁸⁵ y el de Keryniá, que residían en sus respectivas provincias.

Al estallar la insurrección, la Puerta había ordenado al pashá de Acre¹⁸⁶ que trasladara tropas a Chipre y a la vez le había dado plena licencia al *muteselim* para matar a todos los cristianos que juzgara merecedores de tal castigo.

El entonces *muteselim* Küçük Mehmet, habiendo recibido tales disposiciones, las comunicó en un consejo secreto a los turcos locales. Éstos, decididos a satisfacer su rabia contra los cristianos y asegurar quizás, según creían, sus intereses y su supervivencia, elogiaron la previsión salvadora

¹⁸⁴ Jurisconsulto, intérprete de la ley islámica.

¹⁸⁵ Nombre antiguo de la actual Lárnaka.

¹⁸⁶ Actualmente en Israel.

del gobierno y manifestaron su opinión de que, para mantener plenamente asegurada la isla, había que ejecutar no sólo a los cuatro arzobispos y unos pocos notables cristianos según la propuesta del *muteselim*, sino a todos cuantos por su riqueza, educación o cualquier otra razón, tuvieran influencia sobre sus compatriotas y pudieran incitarlos al alzamiento. Además, redactaron un extenso listado de procripciones que incluía sin disimulo a cuantos eran objetos de su odio o cuyos bienes ansiaban apropiarse a bajo precio. El *muteselim* consideró excesivo el número de los catalogados e inútil el sacrificio de muchos de ellos, pues no tenían importancia; pero los turcos del lugar, viendo sus dudas, le amenazaron diciendo que, con tanta clemencia, sería responsable de la defección de la isla. Mientras tenía lugar la discusión sobre el número y la categoría de las víctimas, recaló en la isla el archimandrita Theofýlaktos Teseo de Chipre, quien, sin abandonar el barco, distribuyó cartas subversivas y llamamientos a la revolución. Los llamamientos cayeron en manos del *muteselim* y contribuyeron a convencerlo en el sentido de cumplir las órdenes del gobierno y los deseos de los agás locales; pero temiendo que el sacrificio de tanta cantidad de hombres influyentes provocara una revuelta, aplazó su ejecución hasta que llegase la esperada fuerza militar.

El 3 de mayo llegaron unos cuatro mil y a continuación el *muteselim* llamó a Nicosia a los arzobispos y demás notables con el pretexto de que, al haberse alzado sus correligionarios, era obligado para la seguridad de ellos, que eran leales, enviar a la Puerta un escrito confirmando su inquebrantable fidelidad y adhesión al trono del sultán, y prometió ratificar el documento con su propia súplica. Fueron muchos los que creyeron sus palabras y se dirigieron a Nicosia, pero otros, más inteligentes, desconfiaron y se refugiaron en Lárnaka, ciudad de seis mil habitantes, correligionarios en su mayoría, y se escondieron en los consulados. Todos los notables de Lárnaka y Limasol que no tuvieron la precaución de ocultarse fueron prendidos al salir de las iglesias y se les envió encadenados a Nicosia. Una vez que reunió en la capital a todos cuantos podía, el *muteselim* se quitó la máscara y puso de manifiesto sus criminales intenciones, aunque los pobres cristianos no le habían dado motivo alguno.

El 9 de julio, los agentes del poder llevaron a la plaza donde está el palacio de gobierno al arzobispo Kyprianós y los otros tres obispos; al primero lo ahorcaron en un árbol frente a la puerta del edificio y decapitaron a los demás. Decapitaron también a algunos notables cristianos y dejaron

sus restos tirados por tierra durante unos días; desde entonces y en el espacio de 30 días no cesaron de degollar y descuartizar viva a mucha gente. Víctimas de la represión cayeron muchos notables de ciudades y aldeas, y casi únicamente se salvaron los que se dieron a la fuga. Muy humanitarios se mostraron en aquellos luctuosos momentos los cónsules, en especial el de Francia, Mechain, primero dando cobijo en los consulados a los perseguidos y luego sacándolos de allí en barcos europeos.

Mientras tanto, horribles fueron los padecimientos de la gente de Cos.

En la época de la insurrección había en esta isla doce mil turcos y seis mil cristianos, que se distribuían en seis zonas: la llamada vulgarmente Chora y las aldeas de Kéfalos, Antimachia, Pilión, Asfendiós y Kermetí.

Los turcos del lugar, aunque dominaban tanto en número como en otras cosas, trajeron a la isla en abril seiscientos hombres de armas procedentes de Anatolia por orden de la Puerta, que temía una posible incursión de griegos del exterior; a partir de entonces, cada día ocurrían esporádicamente alteraciones del orden, robos y asesinatos, pero los males llegaron a su cima el 11 de julio. Sólo en Chora fueron asesinados 98 habitantes, despojadas todas las viviendas, allanados y profanados todos los templos, escarnecidos los objetos sagrados, detenidas las mujeres jóvenes que no habían huído a las montañas y soltadas a los tres días; en una palabra, todo honor fue borrado y toda chispa de piedad sofocada; y todo se hizo en perjuicio de un pueblo no sólo inocente y que no había dado señal alguna de conducta revolucionaria, sino que ni siquiera había oído que existiera la Filikí Hetería y no tenía armas, porque desde siempre estaban prohibidas en la isla su posesión y utilización por parte de los cristianos

1821

CAPÍTULO XVII

INSURRECCIÓN DE ETOLIA-ACARNANIA.- IRRUPCIÓN DE LOS GRIEGOS EN VRACHORI; TOMA DE VRACHORI, TEKÉ, PLAYÁ Y ZAPANDI.- BATALLAS DE MAKRYNOROS Y PETA.- DESCALABRO DE KALARYTES Y SYRAKO.- KARPENISI Y ASPROPÓTAMON.- FRACASO DE LA EXPEDICIÓN PARA LIBERAR PARGA.-

Ya hemos dicho los motivos por los cuales Etolia-Acarnania¹⁸⁷ tardó más en levantarse: que estaba más próxima a los grandes contingentes enemigos. El primer síntoma de revueltas en la zona se dio a principios de marzo. Se enviaba desde Mesolongui a Naupacto el acostumbrado tributo anual cuando Makrís, tras ocupar el estrecho paso de Skala de Mavrommatis, emboscó el 5 de marzo a los que llevaban el dinero, lo robó y les dio muerte excepto a uno, que volvió a Mesolongui a anunciar lo sucedido. El mando turco de la ciudad consideró culpable del acto y responsable del atraco a la comunidad de Mesolongui y se puso a discutir con los notables, que negaban toda implicación y rechazaban pagar de nuevo. Aún duraba la polémica entre la autoridad y los notables cuando llegó la noticia de que estaban arribando al golfo de Corinto barcos de Hydra y Spetses, en una cantidad desconocida hasta entonces. Tal información excitó al máximo el orgullo de los mesolonguitas, que aún estaban sometidos al yugo, y proporcionó a los notables el motivo para debatir qué hacer en una reunión secreta. El gobernador civil quiso arrestarlos en la sede de la administración, donde cada mañana le hacían la visita habitual, pero ellos sospecharon y, desde entonces, no lo visitaron todos juntos.

En Galatá y Bochori, núcleos de población entre Mesolongui y Naupacto, se estacionaba una guarnición turca. Por aquellos días se difundió el rumor de que marchaba contra ella Kostas Chormovas, con bastantes *palikaris*; ante esto, la guarnición huyó a Mesolongui. Al día siguiente se rumoreó

¹⁸⁷ O lo que es lo mismo, Grecia Occidental.

otra vez que los montes de Zygós estaban repletos de *kleptes* que venían a apoderarse de Mesolongui. Quien tiene miedo cree con facilidad cualquier rumor temible, y los poco numerosos turcos de Mesolongui tenían un miedo razonable, pues veían lo que estaba sucediendo en el Peloponeso y en Grecia Oriental. Así predispuestos, habiendo oído y creído lo que se decía, los turcos de la colonia local tomaron a sus mujeres e hijos y, cruzando a Anatolikón, al otro lado de la laguna, se mudaron a Vrachori sin molestar ni ser molestados^{bc}. Detrás fueron tranquilamente el gobernador y la guarnición de Mesolongui y, el 20 de mayo, que fue cuando se vio a las naves griegas entrar en el golfo, los cristianos ocuparon el abandonado edificio del gobierno, colgaron la bandera insurreccional en medio de gritos y jolgorio, invitaron a entrar en la ciudad a Makrís, que merodeaba por fuera, y anunciaron lo sucedido a los notables y jefes de bandas de los demás rincones de Grecia Occidental, llamándolos a rebelarse y tomar los pasos de Makrynoros¹⁸⁸ para prevenirse ante cualquier irrupción enemiga por aquel lado. El llamamiento fue escuchado; Makrís entró en la ciudad a medianoche y marchó al día siguiente a Anatolikón, donde los turcos del lugar salieron a entregarle sus armas y se fueron con sus mujeres e hijos a Vrachori sin ser molestados. Los guerrilleros y notables de las demás partes se aprestaron unos a ocupar los pasos de Makrynoros, otros a caer sobre Vónitsa, otros en fin a hacer una expedición a Vrachori y Zapandi, habitadas por una gran cantidad de turcos.

Vrajori, Hebreochori o Vlochochori¹⁸⁹, sita en medio de una planicie en la provincia de Vlochós, era la capital de Karleli¹⁹⁰, es decir, de la parte más extensa de Etolia-Acarmania, y residencia de turcos ricos y poderosos cuyas suntuosas mansiones estaban rodeadas en su mayor parte por un doble anillo de muros, a veces triple; allí se refugiaron como dijimos, considerándolo un lugar seguro, los turcos huidos de Mesolongui y Anatolikón y otros de diferentes zonas vecinas. En aquellas fechas se encontraba en esta ciudad como *muteselim* y *derven aga*¹⁹¹ de las provincias de Karleli el conocido albanés Nurkas Servan, con una numerosa y selecta guarnición de albaneses

¹⁸⁸ Cadena montañosa que separa esta región del Epiro.

¹⁸⁹ Ha recuperado su antiguo nombre de Agrinion. Los que recibía en la época proceden del nombre turco, Imbrahoar.

¹⁹⁰ “Tierra de Carlos”, nombre turco de la región de Etolia-Acarmania, procedente de sus últimos gobernantes cristianos, Carlos I Tocco (1386-1430) y Carlos II Tocco (1430-1448).

¹⁹¹ Jefe de guarnición en puertos de montaña (Cf. nota 133).

a su mando; a su llamada llegó además su pariente Tahir Papulias, a su vez *derven aga* en Kravvara y Apókuro; así pues había en la ciudad, entre propios y extraños, mil turcos en armas, atentos y complacientes con los griegos de fuera, a quienes temían, y ominosos y amenazantes con los de dentro, a quienes despreciaban. Era bandolero en la provincia de Vlochós Alexakis Vlachópulos, que desde que estalló la insurrección en el Peloponeso no cesaba de incitar en secreto a los jefes y notables de aquellas zonas a quitarse la careta. Tras los sucesos de Mesolongui y las exhortaciones procedentes de ella, se decidió el 28 como fecha de la expedición a Vrachori. Según lo acordado, el 26 y el 27 se aproximaron los jefes que iban a asaltarla y tomaron posiciones: Makrís, con 700 de Mesolongui, Anatolikón y Zygós, junto a los puentes de Alai Bey, cerca de la ciudad; Sadimas, jefe de Apókuro, con 500 paisanos suyos; y Grivas, con 200, en Dogrí¹⁹²; y por otra parte Vlachópulos, en el antiguo castillo encima de la ciudad con 500 de su provincia y algunos otros de Tsongas, jefe de guerrilleros de Vónitsa. El 28 antes de clarear entraron en primer lugar los de Makrís y Vlachópulos desde diferentes partes, gritando y disparando. Era el ramadán; los turcos estaban en vela y comiendo; así pues, al oír los gritos y la fusilería, los turcos que habitaban los extremos de la ciudad agarraron a sus mujeres e hijos y se retiraron al interior, dejando puestas las mesas; los griegos hallaron las primeras casas vacías, saqueándolas y prendiéndoles fuego; mientras avanzaban, sin dejar de incendiar, pronto se dieron de bruces entre sí los camaradas que venían de una y otra parte; encontraron también, en el lugar en que estaba planeado de antemano, a los cristianos de Vrachori con sus armas y corrieron todos juntos al centro, donde estaban las casas más fuertes, que era donde los aguardaban encerrados Nurkas, Tahir Papoulias y los beyes. Comenzó entonces un violento y encarnizado intercambio de disparos; al hacerse de día, había cuatro griegos muertos y muchos heridos. Los turcos estaban tan llenos de ánimo, que se dispusieron a salir al asalto, enardecidos por insultos correspondidos. “Venid a por nosotros, miserables *rayades*.” –decían los turcos–. “Venid si sois hombres, perros sarnosos.” –les replicaban los griegos–.

Mientras intercambiaban bravatas al modo homérico, se oyeron a lo lejos muchos estampidos 1 hora después de la salida del sol. Eran los de Sadimas y Grivas, que llegaban entonces disparando sus fusiles. Los

¹⁹² Localidad al E. de Vrachori.

turcos se acobardaron y, desconcertados, preguntaron a los griegos de dónde les llegaban tantos refuerzos. “Pues otro igual nos llegará mañana. – respondieron los griegos– Y como hoy no os rindáis, mañana os rajaremos.” A eso del mediodía, los turcos pidieron entrar en negociaciones y, al obtener respuesta positiva, enviaron un oficial al que los griegos recibieron amistosamente; cuando le oyeron decir en nombre de los *derven agas* y los beyes que se irían lejos y se mantendrían tranquilos, respondieron: “Di al *derven aga* que hemos venido a echar a los turcos y, como tenemos viejas relaciones con él, estamos dispuestos a darle una escolta hasta Makrynoros para su seguridad, si quiere irse como amigo.” Fracasada la propuesta, se reanudó la batalla con más encarnizamiento. Nurkas y los beyes más notables, que estaban en el edificio de la administración, se asustaron tanto con el ataque, que huyeron por la parte de atrás y se encerraron dentro de unas viviendas próximas; el edificio abandonado fue tomado por los griegos, que lo saquearon y le metieron fuego. Poco después fue abandonada la ciudad entera; los turcos se recluyeron en cinco o seis viviendas, dejando incluso sus almacenes de víveres. Mientras, cada día se iba juntando para el asedio de Vrachori gente de las cercanas provincias de Valtos y Xirómero. El 30 de mayo llegó Yotis, hermano del jefe de Xirómero, Yorgakis Varnakiotis, el más importante de toda Grecia Occidental; de modo que el 3 de junio ascendían a 4000 los griegos en armas allí reunidos, pero carecían de municiones, mientras los turcos, que a su vez padecían la falta de alimentos, eran estrechados cada día más.

Por aquellos días navegaba rumbo al puerto de Patras un barco mercante inglés, llevando a la venta municiones al seguro amparo de su bandera neutral. Por fortuna, a la altura del puerto de Mesolongui el capitán oyó lo que pasaba en Vrachori y la falta de municiones que sufrían los griegos; echó el ancla, desembarcó los suministros y un cañón ligero y los condujo a Vrachori, donde los vendió. Así abastecidos, los griegos luchaban con más ardor. Los turcos por su parte, que no esperaban rápida ayuda exterior para romper el cerco, pues habían oído que los griegos controlaban los accesos de Makrynoros, habiendo consumido ya casi todas las provisiones, decidieron hacer tratos y pidieron una segunda entrevista. Nurkas, en su calidad de conocido y amigo de algunos jefes, fue a quedar con ellos en que él y sus albaneses saldrían al día siguiente sin daño y con sus armas bajo la dirección y con la garantía de los griegos y llevando sus cosas; y que el resto de los turcos llegara a un acuerdo por separado con los griegos,

si querían; y les entregó a su hijo en calidad de rehén. De este modo el indigno representante del sultán, contraviniendo su obligación y pisoteando su honor, abandonó a sus correligionarios que estaban en el mismo trance, para seguridad y provecho sólo de él y sus paisanos Descarado en sus palabras e infame en sus actos, a su vuelta hizo saber a los beyes que él se iría al día siguiente con sus albaneses en virtud de un acuerdo. “¿Cómo, que nos dejas aquí?” le preguntaron los beyes, a los que él respondió fríamente: “Haced lo que os inspire Dios.” Y les ordenó a ellos y a los ricos judíos que le trajeran sus objetos de valor y su dinero, diciendo que era mejor para ellos que se los llevara hoy él, que era su amigo, y no mañana los enemigos. Los beyes y los judíos quedaron desolados al oír estas razones, pues veían que iban a ser despojados hoy por sus amigos y caer desnudos al día siguiente en manos de sus enemigos; mas cediendo a lo inevitable, entregaron a Nurkas muchos de sus objetos valiosos, aunque por medio de un judío informaron en secreto a los jefes griegos conocidos de que Nurkas les había quitado todo cuanto tenían pensado darles para su liberación. Los jefes notificaron a Nurkas que se habían enterado de sus actos y divulgaron por la ciudad que cualquier albanés de cualquier categoría que fuese sorprendido en la salida llevando encima objetos de cualquier tipo pertenecientes a los turcos o hebreos locales sería ejecutado, como transgresor del acuerdo. Nurkas repuso que estaba dispuesto él el primero a devolver todo lo que llevara y a someterse él y todos sus compañeros a ser cacheados el día siguiente a la salida; a eso de medianoche se evadió con toda su compañía, llevando encima todo lo que había rapiñado. Los beyes comunicaron inmediatamente su evasión y los griegos enviaron a Kostas Vlachópulos a interceptarlo en Makrynoros. Nurkas ascendió a marchas forzadas a la provincia de Karpenisi¹⁹³, con la idea de alcanzar Patrítsiki¹⁹⁴; pero acabaron cayendo él y todo lo que robó en poder de los hermanos Yoldaseos, jefes de Karpenisi, que habían sido avisados a tiempo de su fuga y se habían apostado al paso. Fue así como la justicia divina castigó al transgresor de sus deberes y traidor a sus hermanos de religión. Los turcos y judíos de Vrachori se entregaron el día 9 a cambio de la seguridad de vida y honor; y los beyes no sufrieron maltrato, pues estaban bajo la protección de los poderosos jefes, ni tampoco fue asesinado ninguno de

¹⁹³ Actualmente recibe este nombre la capital de la unidad regional de Euritania.

¹⁹⁴ O Patrátziki, “pequeña Patras”; ha recuperado su antiguo nombre, (H)ypati.

los demás turcos; pero los judíos padecieron lo indecible, siendo muertos despiadadamente en su mayoría con el pretexto de que sus iguales en la fe habían arrastrado por las calles de Constantinopla el cuerpo del patriarca y denunciado a los cristianos escondidos. De esta manera, cristianos y turcos se mostraron durante la insurrección discípulos de una misma escuela, la escuela turca que enseñaba a castigar por delitos ajenos a los inocentes.

El día en que los griegos irrumpieron en Vrachori, también Tsongas cayó inesperadamente sobre los escasos turcos que ocupaban las débiles murallas de Teké y Playá, dos localidades en el extremo occidental de Acarnania, frente a Hagía Mavra¹⁹⁵; se apoderó de ellas, matando a parte de la población y mandando a otros a Arta para intercambiarlos; después atacó la ciudad de Vónitsa e irrumpió en ella, que había quedado vacía, pues los pobladores cristianos huyeron antes de su llegada y los turcos se habían recluso en el castillo. Como no podía conservarla, pues le atacaban desde arriba, la dejó abandonada.

Los griegos, después de adueñarse de Vrachori, establecieron un gobierno provisional y marcharon contra Zapandi, pequeña villa totalmente habitada por turcos y a tres cuartos de hora de Vrachori. Los turcos de allí, al ver lo que había pasado en Vrachori, previeron lo que les iba a pasar; pero siempre esperando ayuda del ejército otomano de Arta, construyeron un muro alrededor con lo que tenían a mano y se prepararon para resistir; además, fortificaron dos mezquitas y cuatro potentes edificios y las rodearon de un foso. Trescientos eran los combatientes, entre ellos algunos albaneses, que rechazaron por dos veces las propuestas de los griegos sobre rendición. El 16, los griegos fueron derrotados en su ataque y gravemente dañados; trajeron entonces dos cañones de Mesolongui, pero tampoco obtuvieron provecho de ellos, debido a la impericia de los artilleros y a la falta de proyectiles adecuados; posteriormente, erigieron una torre alta y dispararon desde ella a los enemigos, pero ni aún así les causaban daños ni los atemorizaban; abrieron un subterráneo, le prendieron fuego el día 18 y así socavaron parte de la muralla y se lanzaron a la vez por muchas partes, pero volvieron a ser rechazados por los escasos oponentes; éstos se mostraron tan valientes que, después del asalto y el fracaso de los griegos, salieron de todas partes sable en ristre y los pusieron en fuga, a pesar de ser

¹⁹⁵ “Santa Maura”, nombre dado por los venecianos a la isla de Léucade, que actualmente ha recuperado su antigua denominación.

pocos contra muchos. Durante el contraataque Vlachópulos, que aguantó con algunos en su posición, tenía delante un cañón pequeño y los turcos, dirigidos por su jefe Yusuf Suleikar Aga, se lanzaron para llevárselo; tan cerca estuvieron, que mataron a uno de sus servidores; pero, mientras se entretenían en despojar al muerto, Vlachópulos disparó con habilidad su fusil desde dentro del bastión y dejó sin vida a Suleikar Aga, que se distinguía por su atuendo dorado. Entonces, los turcos que se encontraban por aquella parte rodearon el cadáver, pugnando por llevárselo bajo el fuego enemigo; pero no lo consiguieron, pues tras este incidente, algunos de los griegos huidos regresaron a la posición que mantenían los de Vlachópulos y, atacando con violencia y matando a los turcos asaltantes, los obligaron a volver dentro del recinto sin que hubieran conseguido nada; al mismo tiempo, también se retiraron a él los demás desde las diversas partes, a raíz de dicha acción. Aquel día murieron cinco griegos y fueron heridos trece; los turcos muertos fueron dieciocho. Los griegos, siguiendo las enseñanzas de sus señores y maestros, cortaron las cabezas de los muertos y las colgaron en la fachada de su torre, frente a sus pobres congéneres asediados. Por su parte los turcos, privados de su jefe y sin ver ninguna ayuda exterior, perdieron la esperanza y los ánimos y se rindieron al día siguiente, a cambio de vida y honor; entregaron las armas y no sufrieron maltrato; los nativos se repartieron a su libre albedrío y los albaneses fueron enviados a Arta a través de Makrynoros, en seguridad pero sin armas.

Hurshid, cuando tuvo conocimiento de los sucesos del 20 de mayo en Mesolongui, ordenó a Ismail Pasha Pliasas que irrumpiese con 1800 hombres en Grecia Occidental a través de Makrynoros, para proteger a sus correligionarios en peligro. Makrynoros es la puerta de entrada desde Grecia Occidental al Epiro; tiene dos pasos: uno por Paliokulia y el otro por Langada, separados en sus pies por un arroyo que fluye por la oquedad entre el monte y Komboti; Paliokulia está más cerca del mar, Langada más lejos.

Andreas Iskos, jefe de Valtos, al enterarse de la proyectada irrupción y estando aún sin preparar, corrió con sólo 43 hombres a Makrynoros, con la esperanza de que acudirían en su ayuda Varnakiotis y otros capitanes. El 27 de mayo la vanguardia del ejército de Ismail, compuesta de 200 hombres, ascendió a los pasos de Makrynoros. Iskos, que había ocupado previamente la fuerte posición sobre la ruta de Langada, resistió y repelió con éxito a la avanzadilla; luego se trasladó a Paliokulia y también allí se enfrentó al mismo contingente cuando probaba a pasar por allí tras su derrota.

Turcos y griegos tenían por costumbre hablarse mientras luchaban. “¿Dónde vas, pashá? –gritó Iskos desde su posición después del anterior choque– Estás perdido: todo Karleli ha tomado las armas.” “¿Ah, sí, capitán Andreas? –preguntó el pashá– ¿Lo dices tú?” “Lo digo yo.” Ismail creyó las veraces palabras de Iskos y no juzgó conveniente arriegarse penetrando hacia el interior aunque atravesara los pasos de Makrynoros, así que ese mismo día retrocedió con todos sus efectivos y acampó en Komboti, con la intención de proceder luego a la invasión con una gran fuerza.

Una vez retirados los turcos, Iskos marchó a Langada, donde poco después llegaron Karaiskakis y Gogos Bakolas; y llegaron más, procedentes de diversos lugares.

La fama, que a menudo exagera los hechos, difundió que los griegos, una vez rechazaron a los turcos, se desparramaron tras ellos y tomaron Komboti. Ante este anuncio, algunos griegos y el albanés Suleimán Metos, enemigo de la Puerta en su calidad de partidario de Ali Pasha, se dirigían incautamente hacia Komboti para unirse allí con los griegos. Los vieron desde Langada, supusieron que iban equivocados y, previendo que iban a caer en un peligro que no esperaban, corrieron en su ayuda; corrieron a su vez los turcos que estaban en Komboti y, así, entrechocaron griegos y turcos en Áninos. En la refriega murieron algunos de ambos lados y fue herido Karaiskakis, que se trasladó a Lutraki¹⁹⁶ para curarse.

Tres días después de haber acabado con los de Vrachori, los Yaldaseos y el jefe de Sovolakos, Yannis Braskas, marcharon contra los turcos de Karpenisi. Éstos, unas 70 familias, se acantonaron dentro de las casas más resistentes de la villa y aguantaron enconadamente, informando en secreto de su situación al ejército en Ioánnina. Los sitiadores griegos eran tan simples e imprudentes, que recurrieron al siguiente ingenio bélico: cortaron un tronco de peral silvestre y lo ahuecaron, salvo en su parte inferior; después unieron las dos secciones y las amarraron con cadenas a guisa de cañón, para conquistar las casas; viendo que este lanzallamas se quemaba antes de quemar algo, fabricaron unos pinchos metálicos que aplicaban ardiendo a las bocas de los fusiles y lanzaban hacia las viviendas del enemigo, pero los turcos apagaban estos proyectiles incendiarios pasando esponjas vegetales húmedas por donde se clavaban^{bd}.

¹⁹⁶ Localidad balnearia en el golfo de Ambracia, de igual nombre que otra en las proximidades de Corinto.

El 19 de junio los sitiadores, al saber que venían tropas al mando de Veli Bey Premetinós en ayuda de los sitiados, se dividieron, quedándose una parte donde estaban y ocupando otros Kanguelia, unas montañas a dos horas de la villa; llegaron los turcos y los pusieron en fuga, dando muerte a Katsikoyannis; progresaron hasta la villa y la incendiaron en parte; los griegos que había en ella huyeron por la noche y se reunieron en la aldea de Hagios Andreas, a tres horas de Karpenisi, subastando todo lo que le habían quitado a Nurkas, como si estuvieran en tiempo de paz; pero al saber que los turcos seguían, ocuparon la aldea de Biara, en la carretera de Karpenisi, donde les atacaron con valentía y los dispersaron; poco después hicieron huir a los que habían ocupado Kanguelia. Mientras ellos guerreaban, los sitiados, que ya no se consideraban seguros, huyeron en la noche al Epiro por caminos intransitables.

Casi simultáneamente, los de Ágrafa¹⁹⁷ expulsaron sin causarles daños a los escasos turcos que había en su provincia y, agrupados bajo la dirección de su caudillo, Stamulis Gatsos, cayeron sobre Tesalia e incendiaron las dos colonias militares fronterizas de Frangos y Loxada: cuando se disponían a penetrar hacia el interior, llegaron los turcos de Larisa y les obligaron a dar la vuelta y subir hasta las aldeas de Blazos y Kanalia; allí también les atacaron y les vencieron, persiguiéndolos hasta las aldeas de Kerasiá y Stungon, a donde se habían retirado; les hostigaron también allí, expulsándolos a las zonas montañosas y tomando Rendina. Días después, los griegos bajaron de las montañas y, bajo la dirección de Logothesis Zotis, sitiaron a los turcos que habían tomado Rendina y quemaron una parte; mas los turcos terminaron imponiéndose, dispersaron una vez más a sus enemigos e hicieron prisioneros entre otros a Kostas Velís; lo mandaron a Constantinopla, donde fue ejecutado, y permanecieron en Rendina sin ser atacados a partir de entonces.

El ejército turco que por aquellas fechas acampaba en Komboti, completado hasta cuatro mil efectivos con los de Ismail Pasha Pliasis, Ahmet Pasha Vryonis, Hasan Bey, Bekir Aga y el tesorero general de Hurshid, se puso en marcha el 17 de junio hacia los pasos de Makrynoros.

Los griegos, envalentonados por las primeras victorias y con bastantes municiones, que habían sido enviadas desde Mesolongui vía Yorgakis Valtinós, se prepararon para resistir. Por aquel entonces eran dos los

¹⁹⁷ Provincia montañosa prácticamente independiente al N. de Karpenisi. Ocupa la parte sudoccidental de la cadena montañosa del Pindo.

jefes griegos en la zona de Makrynoros: Gogos e Iskos. En un principio, estos no sabían si los turcos iban a invadir por Paliokulia o por Langada; pero, al verlos progresar hacia la primera, situaron en ella a la mayor parte de los combatientes y a los demás en la segunda. Los turcos, en su avance hacia Paliokulia, cambiaron de repente hacia el otro paso y su vanguardia cayó en Hagía Paraskeví sobre los griegos, que no eran más de cien al mando de Gogos. Esta posición es muy estrecha e impedía a los turcos combatir muchos a la vez. Comenzada la batalla, Gogos hizo honor a su fama e inspiró confianza a sus compañeros luchando en primera fila. En el transcurso de la batalla, mientras los que marchaban sucesivamente en cabeza iban cayendo bajo el fuego de los griegos, fue herido mortalmente el comandante de la vanguardia turca. Los turcos, al verlo agonizante en tierra, corrieron a llevárselo, siendo muertos muchos de ellos. En aquel momento sonaron disparos de fusil a lo lejos: eran los griegos que ocupaban las otras posiciones, que habían corrido hacia allí al ver que todos los turcos se habían dirigido a aquella parte. Los turcos, desanimados por las pérdidas sufridas y deduciendo por la nutrida fusilería que venía una fuerza muy numerosa, se retiraron a pesar de ser tantos contra tan pocos, abandonando a su moribundo jefe, junto con los dos cañones. Los griegos despojaron los cadáveres y se llevaron muchas bestias, con su carga de víveres para los enemigos. Los turcos en fuga sembraron tanto miedo sobre el pasaje de Makrynoros al volver a sus bases, que en el transcurso de los quince meses siguientes ningún turco se atrevió a aparecer por aquel paraje.

Hemos dicho que los griegos, antes de estallar la insurrección, queriendo despistar a los turcos sobre las actividades subversivas que planeaban, propalaron hábilmente que el rebelde Alí apoyaba las revueltas por su propio interés. Aunque era falso, este rumor era creído en general, especialmente por los albaneses que luchaban a favor de Alí en el Epiro, y sobre todo desde que los de Suli se pusieron decididamente de su parte; tanto crédito se le daba, que los notables, nada más enterarse de las proezas de etolios y acarnanios, felicitaron a los suliotas. Sólo Alí, que estaba bien enterado de los asuntos de la Hetería, conocía el carácter auténtico de las operaciones griegas, pero no creía conveniente desvelarlo; así pues, los albaneses partidarios de Ali Pasha permanecían engañados y veían como aliados suyos a los griegos que luchaban por su libertad y su patria.

Después de la gloriosa batalla de Makrynoros, 200 griegos mandados por Floros Grivas y Tragudas ocuparon la aldea de Peta; mas, al marchar hacia ellos los turcos de Arta, no pudieron conservar la posición, que ni siquiera se habían preocupado de fortificar, y huyeron maltrechos a Makrynoros. Murieron algunos, entre ellos Tragudas, que luchó con valor.

A los pocos días, tomó posiciones Gogos, con 250 hombres, en la misma aldea de Peta. El 15 de julio se presentó un gran contingente de enemigos, procedente de Arta, que emprendió repetidos asaltos contra la elevada posición que ocupaba delante de la aldea, fracasando en todos. El arrojo de que dio muestras ese día este capitán causó admiración a sus propios enemigos, pues los puso en fuga avanzando sable en ristre al frente de los suyos, a pesar de estar en proporción de uno a siete. A causa de tan brillantes proezas, desde entonces decían propios y extraños que “donde esté Gogos, está la victoria”.

Mientras, la insurrección se extendía hasta más allá. Para salvaguardar la libre comunicación entre los ejércitos de Ioánnina y Tesalia, Hurshid había enviado 750 turcos al mando de Ibrahim Premetis a las dos grandes villas de Vlajos, Kalarytes y Syrako, que distan entre sí tres millas; la primera alberga 680 familias y la segunda 750, cristianas todas ellas. Los habitantes, sometidos a impuestos y a ultrajes por los turcos e incitados por los notables que querían la propagación de la lucha –Konstandinos Turturis, Protopapás Sgueros, Ioannis Kolettis y Nikólaos Yannakis–, tomaron la decisión de rebelarse y, tras llamar ocultamente en su auxilio al jefe Yannakis Rangos, unas dos semanas antes de la batalla de Peta cercaron a Premetis y los suyos en unas viviendas y, después de diez días, los obligaron a marcharse indemnes en virtud de un acuerdo^{be}. Pero ellos, en su marcha, encontraron por el camino las tropas que iban a las dos villas por orden de Hurshid, quien se había enterado del suceso, y volvieron atrás. Los de Syrako vigilaban la ruta hacia Ioánnina para rechazar a los atacantes; mas éstos, habiendo hallado guías propicios en los habitantes de Gótista, que está a 4 horas de Syrako, caminaron de noche por un sendero estrecho e insospechado y salieron inesperadamente por detrás de los syrakiotas que vigilaban la ruta, poniéndolos en fuga; mientras tanto, los demás pobladores de las dos villas se apresuraron a llevar sus numerosos rebaños a apriscos seguros y huyeron también al igual que el jefe Rangos, presas del pánico, desmoralizados y maltrechos.

El único que permaneció luchando valientemente un buen rato con sólo 8 *palikaris* fue el jefe Yerombalomenos¹⁹⁸ Syntekniotis. De esta manera los enemigos se apoderaron incruentamente de las dos villas, las incendiaron y robaron lo que aún quedaba perteneciente a los fugitivos, de los cuales sólo atraparon a diez.

Por la misma época tomó las armas Aspropótamon¹⁹⁹. Esta provincia tiene 67 aldeas pequeñas y grandes, todas cristianas. El general en jefe de los bandidos de la provincia era Nikolós Sturnaris, que tenía a su mando a los jefes de las aldeas: Christódulos Chatsí-Petru, Nasos Mándalos y sus hermanos Sterios, Yorgos, Kostas y Mitros, y su yerno Grigoris Liakatás, jefe de Klenovós²⁰⁰. A comienzos de julio, todos ellos marcharon al frente de tres mil hombres contra las tropas imperiales en la provincia, aunque no abiertamente bajo la enseña de la causa griega, sino pretextando ser partidarios de Ali Pasha. En primer lugar mataron sin causa justificada a 66 turcos desperdigados por las poblaciones y, después, se prepararon para caer sobre Tríkkala desde muchos puntos, pidiendo la colaboración de Stamulis Gatsos en la proyectada campaña, pero él se negó a intervenir en la lucha nacional después de los sucesos de Ágrafa; se puso abiertamente en contra y llevó turcos para atacar a los aspropotamitas. Por este motivo el plan fracasó, y los jefes de Aspropótamon ocuparon diversas posiciones defensivas en los límites de la provincia. Además los turcos de Tríkkala, al enterarse de los hechos, se movilizaron unos contra Liakatás, que estaba vigilando los pasos del Klenovós, otros contra Chatsí-Petru, que mantenía Pródromos, otros en fin contra el propio Sturnaris, acampado en la aldea de Porta; pero fueron rechazados en todas sus incursiones y volvieron maltrechos.

Entretanto, los expedicionarios de Ioánnina, una vez arrasadas las villas de Kalarytes y Syrako, marcharon hacia Aspropótamon y llegaron a las lindes el 29 de julio. Al día siguiente, amanecieron de repente en Porta otros 2000 turcos de caballería e infantería procedentes de Tríkkala, con dos cañones; combatieron durante todo el día al contingente griego establecido allí y lo derrotaron; por la noche desertaron muchos griegos. Al ver esto, Sturnaris retrocedió hacia el interior de Aspropótamon y tomó las fuertes posiciones

¹⁹⁸ Es un mote o apelativo que alude a su veteranía.

¹⁹⁹ 'Río Blanco', nombre popular del río Aqueloo.

²⁰⁰ O Klinovo, en la falda sur del Pindo.

de Mavra Pulia y Korvos, a 8 horas de Porta. Mas los turcos, llenos de ánimo por las deserciones y retrocesos de los griegos, fueron tras ellos y, quemando al paso las aldeas, llegaron a Korvos, donde los batieron otra vez; al caer la noche se volvieron a Porta, temiendo pasarla en aquellas gargantas.

Mientras, destruidas las villas de Kalarytes y Syrako, vencedores los adversarios en Ágrafa y con Astropótamon entre dos ejércitos enemigos, sin tener ninguna fuerza bélica que oponer a causa del terror provocado por el destino de las dos villas, los aspropotamitas no perdieron el tiempo y negociaron con los turcos: ellos permanecerían tranquilos y enviarían los habituales tributos, a cambio de que el turco no pisara sus tierras.

En el mismo momento en que fracasaban las movilizaciones griegas en la zona del Pindo, se disponía una expedición para conquistar Parga, a cuyos infortunados habitantes había expulsado de sus hogares hacía poco la prepotente política de Ali²⁰¹. Por aquellas fechas había en esta ciudad una guarnición de 100 albaneses a las órdenes de Husein Bey Delviniotis, hijo de Mustafa Pasha; 170 nativos, la mayoría de los cuales habían venido furtivamente desde Corfú, y 50 suliotas al mando de Pervós, jefe de la guarnición de Reniasa, desembarcaron la noche del 24 de julio en Pagoniá, un puerto cercano a Parga, y ascendieron al monte que dista de ella un cuarto de hora, Hagía Heleni, donde se apostaron todo el día sin ser vistos. Una vez que anocheció, entraron tranquilamente en el arrabal y lo ocuparon sin lucha, pues los turcos estaban en la ciudad sin sospechar nada; se apoderaron de él e intercambiaron hostilidades. El 27 aparecieron frente a Parga naves enemigas de la flotilla que estaba por Murtos y capturaron 4 pequeñas embarcaciones griegas, de las que habían desembarcado en Pagoniá a los que intentaban la liberación de Parga, atrapando a algunos que había a bordo. La tarde del mismo día desembarcaron en Hagios Ioannis 500 albaneses procedentes de Préveza y se trasladaron a Margariti, donde se añadieron al día siguiente mil tsámides²⁰²; al día siguiente marcharon unidos hacia Parga. Los griegos, incapaces de mantenerse en el arrabal y siempre esperando ayuda de Suli, se trasladaron a posiciones de montaña, pero el enemigo cayó sobre ellos y los puso en un gran peligro, pues eran pocos y no podían ni resistir con

²⁰¹ Para escapar al dominio de Ali Pasha, señor del Epiro, los habitantes de Parga emigraron en masa a Corfú el 15 de abril (Viernes Santo) de 1819.

²⁰² Albaneses de la región de Tsamuriá (Çameria en albanés), repartida en la actualidad entre Albania (su extremo meridional) y Grecia (actual unidad periférica de Tesprotia, salvo Suli).

éxito ni huir con facilidad. Afortunadamente, en el transcurso de la batalla llegaron a rescatarlos por detrás del enemigo doscientos suliotas mandados por Yotis Danglís, Diamandís Zervas y Nasos Fotomaras. De esta forma, el plan de la expedición falló por completo. Los pargios expedicionarios volvieron a Corfú, donde tenían a sus mujeres e hijos, y fueron expulsados por orden del gobernador general emitida el 27 de septiembre, que decía:

“Los pargios, por haber violado las leyes en uso en todos los Estados bien regidos y desobedecido al gobierno bajo el cual vivían, son expulsados del Heptaneso; se les da un plazo de diez días a partir de la publicación de la presente para salir con sus pertenencias y sus familias, si éstas quieren acompañarles; si alguno de ellos osa volver a estas islas, quedará sujeto a las penas que fija la ley.” Así fue como estos pobres exiliados de Parga no recuperaron su tierra y además perdieron el refugio que los cobijaba.

CAPÍTULO XVIII

LOS LALIOTAS.- DESEMBARCOS DE HEPTANESIOS EN GASTUNI.- BATALLAS.- TRASLADO DE LALIOTAS A PATRAS.- POLÍTICA DEL GOBIERNO ANGLOJÓNICO CON RESPECTO A GRECIA.-

Hemos dicho ya que, entre todos los turcos distribuidos por el Peloponeso que no habitaban en plazas fuertes, sólo los laliotas permanecían en su villa dañando a los griegos de su entorno y que, si bien no acogieron entre ellos a los turcos de Gastuni debido a la previsible carestía, sí corrieron en su ayuda, rescataron a los que sufrían el sitio de Chlumutsi y les abrieron el camino a Patras²⁰³; en vista de las diferencias entre ellos y los demás turcos del Peloponeso, hemos creído justo decir algo sobre su procedencia y situación al principio de la guerra.

En una posición suave y elevada del monte Foloji, en la provincia de Gastuni, se encuentra la villa de Lalas, poblada por albaneses desde los tiempos del Imperio Bizantino, al igual que Bardunochoria y otras partes del Peloponeso. Los primitivos habitantes fueron pocos, pero en la guerra ruso-turca del año 1769, cuando se desparramaron por el Peloponeso grandes masas de albaneses, principalmente con motivo de las matanzas que sufrieron después de la guerra, el número de habitantes de Lalas aumentó, pues allí huyeron bastantes de los perseguidos.

Cuando los turcos conquistaron el Peloponeso, la provincia de Gastuni fue colonizada por la estirpe real de los otománidas. Los habitantes, de Lalas, bravos y belicosos, vivían en un principio como bandidos o como mercenarios; pero el mercenario capaz no tarda en convertirse primero en aliado, poco después en amigo, luego en igual en rango y finalmente en superior del débil que le contrata. Así fue como estos hombres desarraigados, cuya suerte mejoraba de día en día a causa de su valor y

²⁰³ Cap. V, pág. 75.

laboriosidad frente a la buena vida y apatía de los otománidas, acabaron emparentando con ellos y sustituyéndolos cuando el poder en la provincia de Gastuni y Pírgos, una vez extinguida la línea masculina de la estirpe real, recayó en los destacados hermanos Mustafa Aga y Seid Aga y en su famoso pariente Ali Farmakis, como herederos por sus mujeres de dicha estirpe y como hombres fuertes; a partir de entonces, despegaron brillantes y poderosas familias en la villa, rodeada de extensos campos, hasta el punto de que las 800 casas de Lalas contenían vastos latifundios, cubiertos de árboles frutales. El aire de esta comarca es muy templado, el agua muy sana y los habitantes, vigorosos y de larga vida. Poco tiempo había transcurrido desde que se dieron al lujo y las diversiones que siguen a la abundante riqueza; por ello, a causa del ininterrumpido uso de las armas, guardaban aún en tiempos de la rebelión su primigenio carácter guerrero y se mostraron dignos de su azaroso origen.

Su exitosa expedición para romper el cerco de Chlumutsi les dio confianza para emprender otras más dignas de mención y, como eran fuertes, peinaron todas las aldeas cristianas de los alrededores de Lalas, incorporaron a la fuerza a 200 aldeanos y, sumando más de mil efectivos, marcharon el 2 de abril contra Pírgos.

Había en Pírgos 550 griegos mandados por diversos jefes, entre los cuales destacaban el nativo Charalambis Vilaetis y Alexis Moschulas, de Agulinitsa; se encontraban también los Kambaseos, de Zacinto, y los dos hijos de Kolokotronis, Panos y Yannis, desembarcados en Pyryí²⁰⁴ desde Zacinto el 25 de marzo, que iban a encontrarse con su padre; había otros mil no combatientes.

Los griegos decidieron enfrentarse a pecho descubierto con los atacantes y quisieron formar fuera de la ciudad; los laliotas tomaron posiciones el mismo día que emprendieron la marcha a una hora de distancia de ella e invitaron a los pírgios a someterse por medio de un escrito; éstos replicaron que había llegado el tiempo de que fuera el turco quien se sometiera al cristiano. En este intercambio de misivas se empleó el día y, al siguiente, los laliotas se dividieron en tres cuerpos y cargaron contra las fortificaciones exteriores; tras una breve resistencia, 300 griegos con sus diferentes jefes huyeron y se resguardaron maltrechos en Skafidiá y otros puertos próximos; los otros 250, mandados por Vilaetis, Moschulas, los hijos de Kolokotronis

²⁰⁴ Pequeña localidad en la costa próxima.

y los Kambaseos, se retiraron a la ciudad y se encerraron en varias casas resistentes, a donde los siguieron los laliotas mientras prendían fuego a diversos sectores, matando y haciendo prisioneros; mas los escasos griegos conservaron valientemente hasta el fin su posición en medio de la llamas. Siete horas duró la lucha y los laliotas, tras sufrir poco castigo y provocarlo en abundancia, volvieron a su base llevándose a más de 100 esclavos y también animales; los pirqios se quedaron en medio de sus ruinas.

Las felices operaciones de los laliotas mostraron a ojos vistas el error que cometieron los demás turcos del Peloponeso, y en especial los de Bardunochoria, que abandonaron simplemente por miedo sus territorios, desde los cuales podían perjudicar gravemente a sus enemigos. Encerrados en sus fortines no sólo no mejoraron su situación militar, sino que precipitaron su caída, ligada al veloz consumo de los víveres que contenían.

Pocos días después de esta batalla se supo que, en el sur, las fortalezas de Metona y Neókastro, estrechamente sitiadas por los griegos, estaban a punto de caer. Los laliotas, ensoberbecidos por su arrojo y éxito y como si fueran los defensores universales de sus correligionarios en peligro, decidieron hacer una expedición para romper el cerco y, tras cruzar el Alfeo a mediados de abril, marcharon hacia la laguna Agulinitsa, en la margen izquierda del río. Los griegos de la zona supieron a tiempo el plan y se atrincheraron al pie del Moschulas; llegó también un puñado de arkadios²⁰⁵ al mando del protosýnguelos²⁰⁶ Amvrosios Frantsís y ocuparon la posición de Klidí, de difícil acceso, por la que debían pasar los enemigos en su marcha hacia los castillos. Los laliotas derrotaron a los de Agulinitsa, pero encontraron una feroz resistencia y, tras sufrir 9 bajas, volvieron el mismo día a sus tierras, ya que se difundió la falsa noticia de que había venido gran cantidad de arkadios.

Como hemos visto, Pirqos contaba con Charalambis Vilaetis, una excelente persona que había servido a las órdenes de Francia e Inglaterra en el Heptaneso y que deseaba establecer una barrera al ímpetu de los laliotas contra Gastuni y su propia ciudad; pero como no le ayudaba el espacio intermedio, que era muy llano, marchó al frente de 500 hombres por Strefi, que está en lo alto de una cresta a 4 horas de Lalas, y ocupó

²⁰⁵ Naturales de la actual Kyparissía, como se ha aclarado en nota 4 del capítulo IV, donde también se sitúa Klidí, mencionado a continuación.

²⁰⁶ Cargo eclesiástico equivalente al de arcipreste. Frantsís (o Frantzís) fue el primer autor griego que escribió una Historia de la Insurrección (Vd. Bibliografía), pero se le acusó de parcial.

como un puesto avanzado Lantsoi, más cerca aún de Lalas, donde apostó otros 100. Este lugar es llano, como llana es la tierra que lo separa de Strefi; al sur de Lantsoi hay un torrente que fluye por una raja; tras él hay viñedos y, por la parte Este, una fila de lomas arboladas; el espacio que separa estas lomas de Stefi es también liso y tiene una anchura de dos millas. Tal era el emplazamiento del pequeño campamento de Vilaetis.

El 2 de mayo, mil laliotas marcharon hacia Lantsoi, a donde llegaron muy de mañana y, tras tomar algunas casas, se pusieron a combatir contra los griegos que ocupaban otras, quemando las de en medio. Al escucharse los disparos, dijo Vilaetis a los suyos: “Quien sea cristiano y *palikari*, que me siga”; y corrió por la llanura en auxilio de los que combatían en la parte de las colinas, donde había un molino a unos diez minutos de Lantsoi. A su vez los turcos, al verlo venir, corrieron hacia aquella parte y lo alcanzaron junto al molino. Vilaetis iba sólo con cien acompañantes; se enfrentó valientemente a más de quinientos y los rechazó, pero cayó herido su alférez y muerto Spyros Sarenitis, un jefe de los arkadios que luchaban con él; en su avance y persecución llegó junto al torrente, pero con pocos combatientes, ya que la caballería enemiga había interceptado a la mayoría, que no tuvo más remedio que subir a unos repechones por el lado de la torrentera; al ver que tenía a pocos consigo, cambió de plan y corrió a ocupar un viñado que tenía la cerca en la parte oeste; pero como lo de en medio era llano y muy peligroso por tanto, sólo le siguieron 26; el resto desertó, salvándose unos y muriendo otros. Vilaetis y sus 26 llegaron al viñado; pero, debido a su escaso número, dejaron las espaldas desguarnecidas, esperando quizá que bajasen a guardarlas los griegos que estaban sobre las lomas; mas los turcos se adelantaron y combatieron a los exiguos griegos por delante y por detrás. Vilaetis fue herido al principio en la cabeza, pero aun así luchó, animando a sus compañeros hasta morir él y todos los suyos, salvo uno que, herido en la pierna, se escondió en el hueco de un árbol. Los turcos cortaron las cabezas de los muertos según la costumbre y se retiraron después de clavar la de Vilaetis en un asta, sin quedarse a bloquear a los de la aldea y alegres por haberse librado de un enemigo reconocido por su impavidez y experiencia en la guerra.

Una vez que faltó dicho enemigo, los laliotas se hicieron más osados, recorriendo y saqueando todos los alrededores de Lalas e incendiando las aldeas de la provincia. Tan poco miedo tenían, que en sus incursiones llegaron hasta el límite de la provincia de Patras, donde había varios destacamentos

griegos. Entre los jefes había un tal Yoryis Yannópulos Prostopvitsiotis, que se distinguía por su temeridad; pues bien, murió peleando contra los laliotas en una correría de éstos a Katsarús y, con él, 8 compañeros.

El Heptaneso, aun separado políticamente de su hermana Grecia, se dispuso de buen grado a prestar ayuda a la incipiente insurrección por medio de generosas colectas y de valerosas aportaciones de voluntarios. El gobierno, que poco después se enfurecería, en un principio solamente se quedó atónito, sin mostrar mala disposición hacia la causa. En Zacinto y Cefalonia, los espontáneos seguidores de sus semejantes y hermanos en la fe que habían tomado las armas se vieron aún más obligados por las cartas que les enviaban desde el Peloponeso pidiendo su patriótica intervención. Zacinto fue la primera en acudir a la llamada de la fe y la patria: un grupo desembarcó en Mesenia al mando de Merkatis y otro en la costa que está enfrente de la dulce y agraciada isla. De este último, unos 150 al mando de Dimitris Pethamemos y Pavlos Antsetiris de Cefalonia se trasladaron al campamento de Patras, mientras otros 100 se quedaron en la provincia de Gastuni a las órdenes de Yoryis Solomós, Dionysios Sembrikós, Anastasis Yiannikesis y Panayotis Sturtsas. A fines de abril llegó desde Cefalonia a Glarentsa Evangelis Panás con 100 combatientes y, el 9 de mayo, arribaron al mismo puerto Andreas Metaxás, Konstandinos Metaxás y Yerásimos Víktoros Fokás, a bordo de un barco armado con matrícula local y bajo pabellón turco, el *Anastasis Fokás*, con bastantes municiones y 350 combatientes. Una vez que el barco entró en el puerto, los tripulantes arriaron la bandera turca, izaron en su lugar la revolucionaria, dispararon salvas, los combatientes fomaron en cubierta, se entonó sobre el barco una acción de gracias a cargo de dos sacerdotes que iban con la tropa y bajaron a tierra los referidos, siendo recibidos cordialmente por los del lugar. Al día siguiente, tras encargar al barco que costeara las aguas de Patras y dejar en él un retén de 70 para cualquier contingencia, partieron con los 280 restantes y llegaron al atardecer a la aldea de Manolada, donde se reunieron con Sisinis y Evangelis Panás. La fama fue engrosando el número de recién llegados y difundió que habían venido los hombres más importantes de Cefalonia, con muchos recursos monetarios y bélicos, y provocó una nueva oleada en los habitantes de las provincias vecinas, a quienes habían amedrentado las hasta entonces continuas y logradas incursiones de los laliotas. Amplió aún más el rumor una pomposa proclama que firmaron los que estaban al frente, autodenominándose “jefes militares y generales

de las fuerzas unidas del Heptaneso”. Este contingente se distinguía entre los demás por el orden cuartelario que mantenía; no era una mascarada tan inútil, en unos tiempos en que una charretera o un casco provocaban la admiración. He aquí la ordenanza: tres horas después de la puesta de sol se tocaba a oración, sonaban los tambores, se disponían guardias que se daban la contraseña a intervalos, se disparaba una salva y los soldados iban a sus puestos; por la mañana se tocaba de nuevo a llamada, se batían los tambores, sonaban las trompetas y se disparaba otra salva.

El contingente, que iba de aldea en aldea, llegó el 27 de mayo a Strefi y Kúkura y permaneció en alerta, pues estaba próximo al enemigo. Allí aumentó su número, al unírsele los de Zacinto y muchos del lugar. El 31 marcharon todos juntos a Kápeli y llegaron por la tarde a Gúmeron; como al día siguiente pensaban pasar por la gran llanura, enviaron vigías a diferentes posiciones y, al llegar la mañana, salieron llevando en el centro de la formación 4 cañones, las municiones y los bagajes.

Junto a la posición, Bodini, se yergue una loma. Mientras llegaban a ella sin sospechar nada, confiados como iban en sus vigías, se oyeron de repente muchos disparos y gritos que decían: “¡Laliotas, laliotas!”; sólo con oírlo, algunos lugareños de entre los de Gastuni que iban en la marcha se dieron a la fuga; el resto corrió con los heptanesios a lo alto de la loma y, al ver a los laliotas llegar a la base, les dispararon con sus cañones, provocando más miedo que daño. Poco después comenzó el intercambio de fuego de fusilería; los heptanesios y nativos, como tiraban desde arriba, hacían más perjuicio; mas los otros resistían valerosamente, a pesar de que su posición era la peor, hasta que vieron a los enemigos precipitarse hacia abajo; entonces se volvieron hacia Lalas, huyendo a través de Pymari; los heptanesios fueron detrás y cayeron sobre el llano hasta que apareció un grupo de hombres armados disparando a lo lejos y, entonces, suponiendo que eran enemigos emboscados, se detuvieron y ocuparon una arboleda cercana para cubrirse; pero los guerreros que avanzaban disparando sus fusiles fueron reconocidos: se trataba de gente de Kalávryta y venían contra el enemigo común; eran unos mil, mandados entre otros por Asimakis Fotilas, un notable de Kalávryta, y Lechuritis. El feliz suceso de aquella jornada llenó de alegría los corazones de los griegos y honró con justa gloria a los heptanesios, pues era la primera vez que, gracias a ellos, se cubrieron de oprobio los laliotas, que esparcían siempre por todas partes el miedo y el terror.

Al comienzo de la insurrección en el Peloponeso, un numeroso grupo de gente de Karýtena había tomado las aldeas de Betsi y Rénesi, al mando de los aguerridos hermanos Plaputas. El objeto de la ocupación era salvaguardar la provincia de las posibles incursiones de los vecinos laliotas; mas cuando se desperdigaron los sitiadores del castillo de Karýtena²⁰⁷, también se disgregaron los ocupantes de estas dos aldeas. No obstante, sobre el 20 de abril Yoryis Plaputas formó de nuevo un campamento con gente de Karýtena, Fanari y Arkadiá en Sykiá, a dos horas de Lalas, bajo el mando de Dimitrakis Diliyannis; a finales de mayo se cambió el emplazamiento de aquí a Pusi, a media hora de Lalas y donde, a su llamada, llegaron la noche del 1 de junio los heptanesios y los de Kalávryta y Gastuni. Al día siguiente se pusieron todos a fortificar sus posiciones y, con lo que tenían a mano, levantaron tantas chozas que, por la tarde, parecía una villa aquella cresta. Los laliotas respondieron construyendo otras fortificaciones cerca de Lalas. Al día siguiente los griegos, repletos de confianza, bajaron a la llanura para recoger hierba y observar. Los laliotas no se movieron ese día, salvo algunos pastores y cuidadores de caballos que se veían en la parte de atrás, apacentando el ganado.

Los griegos, hasta entonces no habituados a vencer, estimaron su hazaña en más de lo que valía y creyeron sinceramente que habían quebrantado a las fieras de Lalas; con esta confianza, concibieron la esperanza de que los laliotas se rendirían y, el 4 de junio, les mandaron al cefalenio Panayotis Messaris. Los laliotas, al ver aproximarse al enviado con bandera blanca, lo recibieron y le preguntaron a qué venía. Messaris les entregó una carta de los cefalenios y zacintios que decía literalmente lo siguiente: “Por orden de la nación griega y de su gobernador, Su Alteza Aléxandros Hypsilandis, hemos venido a haceros la guerra como enemigos de la fe y de la patria; mas como buenos vecinos bien avenidos desde antiguo, os proponemos, en caso de que os entreguéis sin lucha, el compromiso de respetar vuestra vida, honor y hacienda; de lo contrario, cumpliremos con nuestro deber y la culpa será vuestra.”

Los laliotas trataron bien al mensajero y lo devolvieron con la siguiente respuesta:

“Señor Metaxás y demás capitanes, amigos de Cefalonia y Zacinto: hemos recibido vuestro mensaje y visto lo que nos escribís; pero, ya que

²⁰⁷ Cf. comienzo del capítulo XIII

los beyes y los agás están alrededor de Lalas con los mandos militares, no podemos responder hoy con vuestro Sr. Panayotis, sino mañana con nuestro mensajero. Mientras tanto, ahí van como regalo unas cerezas de Lalas y unos *revanis*²⁰⁸; hasta entonces.”

El escrito tenía los sellos abajo, para honrar a aquéllos a quienes se enviaba.

Al día siguiente se vio a un jinete que venía desde Lalas al campamento griego con una bandera verde; conducido a donde estaban los mandos heptanesios, les entregó la siguiente carta:

“Queridos capitanes de Cefalonia y Zacinto: como os escribimos ayer por intermedio de Panayotis, ahí os enviamos a Beikos Kiaya, que goza de toda nuestra confianza para hablar con vosotros de viva voz todo lo que no tenemos tiempo de escribir más por extenso. Es verdad, como decís, que somos amigos y vecinos bien avenidos, pero quizá por eso no esperábamos nunca que creyerais las mentiras de los de Morea y, en especial, del embustero de Yoryis (se referían a Yoryis Sisinis) y vinierais a nuestros hogares a incordiarlos. La verdad es la verdad; lo que nos decís son infundios, que no sabemos cómo os habéis creído; por lo cual os lo decimos que vengáis a Lalas, donde os recibiremos como a buenos amigos y os llevaremos a Katákolon²⁰⁹ o a Glarentsa, para que volváis a vuestras casas y quedemos amigos para siempre; si, de lo contrario, no escucháis nuestros leales consejos, la culpa será vuestra.

Lalas, 5 de junio de 1821.”

Esta misiva, que no se parecía en el tono a la anterior, tampoco se parecía en la colocación de los sellos, pues éstos iban como encabezamiento, para indicar que era enviada por superiores a sus inferiores. Una vez leída, tomó la palabra el enviado y vino a decir lo mismo por extenso, añadiendo que, si los heptanesios iban a Lalas, los beyes y agás estaban dispuestos a darles la bienvenida y obsequiarles; por contra, si habían decidido quedarse para luchar, iban a tener que traer 40.000 guripas para conseguir su objetivo. Oído lo cual, los heptanesios respondieron, por boca de Andreas Metaxás,

²⁰⁸ Palabra de origen turco que designa un dulce hecho de sémola remojada en almibar.

²⁰⁹ Puerto de Pírgos.

lo siguiente: “Hemos venido como amigos a proponeros que os entreguéis sin lucha, para poder protegeros de la justa ira y cólera del pueblo griego. Pero como vuestros beyes y agás nos creen viles e inconscientes, la culpa será vuestra. Esta es nuestra respuesta: mañana lucharemos.”

Tras estas palabras, los heptanesios despidieron al mensajero, no sin darle algunos dulces y bebidas de su tierra, en correspondencia a las golosinas enviadas primero.

No habiendo obtenido fruto el intercambio de mensajes, los jefes de los distintos contingentes griegos, al ver que se habían reunido en los alrededores de Lalas casi cinco mil hombres armados, decidieron provocar al enemigo a una batalla y, el 6 de junio, bajaron al llano por diferentes sitios hasta unos 300, tuvieron una refriega con un puñado de atacantes a pie y a caballo y volvieron por la tarde al campamento. Hicieron los griegos un segundo ataque al día siguiente, pero fue en vano. Confiados en la inactividad del enemigo, decidieron atacar la propia villa de Lalas: Yoryis Plaputas debía caer con los de Karýtena y Fanari por la parte de Bastarás, los de Kalávryta avanzar con algunos de Gastuni y de Arkadiá hasta la pequeña aldea de Duka y los heptanesios lanzarse hacia el centro con los de Pírgos y el resto de los de Gastuni. Tras decidir esto, el 9 de junio se pusieron en marcha, al sonido de los tambores y trompetas, hacia los baluartes enemigos fuera de la villa; el enemigo se metió en la villa y esta maniobra, aunque era una añagaza, se tomó como efecto de la cobardía y animó a los griegos al avance; mas una vez que se aproximaron, cargaron 200 jinetes contra los de Kalávryta y Fanari y, contra todo pronóstico, los pusieron en fuga. Esta retirada anuló la táctica del asalto, confundió a todas las columnas y obligó a los heptanesios a dar la señal de retirada del centro y del ala que iba por el lado de la aldea de Duka y, de esta manera, se alejaron los griegos todos ilesos, pero sin conseguir nada y con vergüenza. No obstante, el pundonoroso Plaputas se quedó el último y a punto estuvo de caer en manos del enemigo; tanto corrió y tanto se apenó por esta inopinada derrota, que llegó medio muerto al campamento y expiró poco después.

La muerte de un jefe de irregulares provoca habitualmente la huida de toda su compañía. En este caso se dio al mismo tiempo el fracaso de la operación, aun sin ninguna causa justificada; por ello, la siguiente noche desertaron dos tercios del ejército.

Al capacitado jefe Yoryis Plaputas le sucedió su aún más capaz hermano Dimitris, que llegó al campamento el 12 de junio; pero ni siquiera la

presencia de este esforzado hombre animó a los desfallecientes, que temblaban incluso dentro de las fortificaciones; los laliotas se cansaron de luchar victoriosamente, por eso se tranquilizaron; mas cerciorados de que el movimiento afectaba no sólo a todo el Peloponeso, sino también a Grecia Oriental, a las islas navieras y a otras partes, e informados de que una escuadra griega había aparecido ante Patras y cruzado impunemente el inexpugnable golfo de Corinto, decidieron no afrontar el riesgo solos, cuando todos sus congéneres se habían refugiado en los castillos desde el comienzo mismo de la guerra; así que el día 12 Kutsoraip Aga partió de Lalas con sólo cuatro jinetes y, llegado a Patras sin problemas durante todo el largo recorrido, comunicó a Yusuf la decisión de los que le enviaban de trasladarse allí, pidiendo ayuda para transportar con seguridad sus familias y enseres. El pashá dispuso inmediatamente que se equiparan 700 jinetes para escoltar a los laliotas. La noticia se propagó entre los griegos que cercaban Patras; pero éstos, en vez de disponerse a un enfrentamiento, se apartaron y, notificando a los suyos que estaban en las afueras de Lalas lo que sabían, los instaron a tomar posiciones fuertes en el camino desde las que sorprender al enemigo por delante, prometiendo ellos golpearle por detrás.

Mientras tanto, Yusuf salió al frente de 700 a caballo el 20 de junio y entró en Lalas cuando se ponía el sol, sin que por el camino apareciera griego alguno, ni por detrás ni por delante. Los griegos previeron que los laliotas, reforzados con la nueva ayuda, los destrozaban; así que enviaron de noche a Tripolitsá a Konstandinos Metaxás y Yoryis Solomós a pedir socorro.

El 24 de junio por la mañana empezaron a salir de Lalas, a caballo y a pie. Los griegos supusieron que los que salían avanzaban contra ellos, y se organizaron para la batalla; pero al poco vieron que, en vez de marchar hacia Pusi, se dirigían hacia Kápeli por las colinas de enfrente y, de ahí, dedujeron que iban camino de Patras con sus mujeres e hijos, llevando además sus cosas. Ante este supuesto, Andreas Metaxás y Yerásimos Fokás tomaron hasta 100 heptanesios selectos y a bastantes peloponesios y corrieron a lo alto de una de las lomas próximas al campamento griego, para observar los movimientos del enemigo; al ver no muy lejos una gran bandera y unos pocos turcos en torno, comenzaron a disparar sus fusiles. Los turcos no respondieron al principio, pero poco después se oyó un gran griterío, se agitó la bandera y apareció una masa de jinetes e infantes lanzándose contra los que disparaban. Los griegos se dieron a la fuga y unos, entre los que estaban Metaxás y Fokás, corrieron a sus

fortificaciones, mientras otros se desperdigaban por la llanura, donde algunos de ellos pasaron dos días sin comer. Los turcos se lanzaron sin obstáculo en pos de los fugitivos hasta el campamento y allí se entabló la lucha, a la que llegaron los demás turcos por la llanura de Lalas; por lo cual quedó claro que los turcos que iban camino de Kápeli pensaban atacar por aquella parte, mientras los otros venían por delante. Comenzada la batalla, Lechuritis se lanzó fuera de su reducto, pero fue rechazado y, no pudiendo volver, se metió en el de Plaputas; al mismo tiempo, los de Fanari fueron atacados y dejaron su trinchera; mientras huían hacia Kápeli por una hondonada, 40 de ellos fueron atrapados por los enemigos y degollados todos al punto. Los enemigos se apoderaron de las dos barricadas y se lanzaron repetidas veces, dirigidos por el propio Yusuf, a adueñarse de las que estaban en posesión de Plaputas y los heptanesios, pero tuvieron que retirarse derrotados; cuando declinó el día, dejaron en el campo de batalla algunos tiradores, pero la masa principal bajó poco después al llano y, a las 5 de la tarde, se dio la señal de retirada, entrando todos en la villa. Murieron o fueron heridos 70 griegos y el quintuple de enemigos, ya que atacaban a pecho descubierto a quienes estaban protegidos. Aparte de los demás, murió el escudero de Yusuf. Entre los griegos heridos figuraban diversos oficiales, como Andreas Metaxás, en el brazo, y Sembrikós. Los turcos estaban tan seguros de que iban a vencer, que hasta llevaban sogas para atar a los prisioneros.

Terminada la batalla, los griegos vieron que ya no podían mantener su posición; además, los heridos tenían necesidad de atención médica; así pues, enterraron por la noche a los muertos y se retiraron a la una, abandonando los cañones; Plaputas fue con los suyos a Betsi, el resto a Megali Divri²¹⁰, donde permanecieron hasta el 27 y luego se separaron. La misma noche en que huyeron los griegos, los laliotas quemaron las cosas que no podían transportar y, al amanecer, empalaron a algunos prisioneros y se marcharon con sus mujeres e hijos a Patras, según su plan y al mando de Yusuf, incendiando las aldeas a su paso; al conocerse su éxodo, los griegos de alrededor entraron en la villa, saqueándola y prendiéndole fuego.

Como hemos dicho, la política anglojónica se mostró indulgente al comienzo de la guerra, pero desfavorable poco después. Además de la hostilidad genérica del momento por parte de todas las cortes hacia

²¹⁰ Actualmente se llama Lambia (Λάμπεια) y está en el interior de Élide, al N. de Foloi y Lalas

cualquier movimiento revolucionario, influyeron particularmente en la política anglojónica contra la lucha de independencia griega no sólo el sempiterno deseo de Inglaterra de conservar la integridad del imperio otomano, sino también el gran entusiasmo y la cálida simpatía de los jonios hacia los rebeldes, la sospecha imperante por doquier de que Rusia guiaba los pasos de Grecia y, finalmente, el odio sin tregua del gobernador general hacia Kapodistrias, al que suponía el dirigente secreto de la insurrección y quería avergonzar por el fracaso de ésta. Semejante a cualquier otra política que oculta sus verdaderos motivos tras uno u otro antifaz de bella apariencia, se proclamó neutral en el enfrentamiento entre griegos y turcos al estallar la insurrección y promulgó su primera Orden sobre neutralidad el 9 de abril. Esta disposición, dirigida a los jonios residentes en puntos donde se declarara la insurrección, decía que quienquiera que participara en la lucha sería excluido de la protección anglojónica y de toda mediación en su favor por parte del gobierno ante las autoridades turcas, en caso de caer prisionero. El 18 de julio, con motivo de la partida de los zacintios y cefalénios al Peloponeso, se publicó otra Orden diciendo que, el 1 de junio, muchos jonios habían editado un panfleto en el que se autodenominaban guías de los cefalénios y zacintios y ejecutores de las órdenes de un extranjero; que con este carácter falso y subversivo se habían arrogado, en compañía de muchos hombres armados, la participación en la guerra del Peloponeso, actuando así en contra del derecho internacional y contraviniendo el principio de neutralidad del gobierno jonio; que, si estos guías no regresaban a sus casas dentro de 51 días para ser juzgados, serían condenados al destierro de por vida y sus posesiones vendidas en pública subasta; si alguna vez caían en manos del gobierno, serían sancionados como fijaban las leyes; a cuantos hubieren seguido a estos líderes y a cuantos en general fueran participantes en la guerra de Grecia, se les conminaba a volver a sus hogares, ya que de otra forma serían castigados después como transgresores de la neutralidad.

La primera de las dos órdenes anteriores está dentro de los límites de la neutralidad. Es de observar que el gobierno anglojónico no ordenaba por medio de ella a los jonios la no participación en la guerra de Grecia, sino únicamente les advertía que con dicha conducta se quedarían sin su protección; así pues, los consideraba libres de adoptar la actitud que quisieran con respecto a la guerra y bajo su propia responsabilidad; establecía unos fundamentos tan sanos como los que, cuando la última

rebelión de Canadá contra el dominio inglés, observaron invariablemente los estados confederados de América del Norte. En esta disensión, un gran número de ciudadanos de los estados americanos vecinos de Canadá corrieron a alinearse al lado de los que habían tomado las armas contra el dominio inglés, mientras su gobierno se declaraba neutral. Inglaterra protestó, pero ni ella reclamó ni el gobierno neutral de América hizo otra cosa que decretar que aquel de sus ciudadanos que luchara por Canadá perdería su protección, en caso de caer prisionero de los ingleses. Por el contrario, la segunda Orden sobrepasaba los límites y mostraba una clara parcialidad a favor de los turcos, pues perseguía y sancionaba gravemente a los jonios que luchaban junto a los griegos. Las leyes de la neutralidad obligan a los gobiernos a prestar la misma ayuda a ambos contendientes o a no prestarla en absoluto a ninguno, pero el súbdito de un gobierno neutral no está sujeto a las mismas reglas y puede auxiliar en la lucha a uno u otro de los beligerantes con las armas o de cualquier otra forma, ateniéndose a su propia responsabilidad. Mas, al igual que éste no tiene derecho a solicitar la protección de su gobierno en tal circunstancia, porque está actuando en contra de la política de aquél, tampoco su gobierno puede hacer otra cosa contra él que abandonarle o negarle su protección, o suspenderle en el servicio si es un empleado suyo. Por esta razón vimos cómo, durante la guerra de independencia de Grecia, se constituían públicamente en muchos Estados asociaciones de particulares para apoyar la causa griega con el envío de víveres, dinero, armas, municiones y combatientes, mientras dichos Estados tenían relaciones diplomáticas y mantenían la neutralidad con Turquía y Grecia; y vimos a muchos europeos venir a Grecia y combatir con el nombre de filohelenos, sin que de ninguna manera fuesen perseguidos por sus neutrales gobiernos. Además esta segunda Orden, que transgredía los principios y los límites de la neutralidad, era más dura y torpe de lo debido porque, como no amnistiaba a los culpables en caso de volver arrepentidos, sino que hacía caer sobre ellos todo el peso de la ley, no estimulaba su regreso, que era el principal objetivo. Lord Byron y tantos otros ingleses abrazaron la causa griega oponiéndose a su gobierno, pero ni fueron condenados de por vida, ni llevados a juicio, ni privados de sus bienes. La corte neutral de Rusia depuró a Hypsilandis como subordinado suyo y lo abandonó como súbdito, pero nada hizo contra él, que fue el primero en rebelarse. Indudablemente, los jonios firmantes del llamamiento se equivocaron al denominarse “jefes y generales de los contingentes del

Heptaneso” y, tanto para aclarar la verdad como para satisfacer a la Puerta, el gobierno cumplió con su deber de Potencia neutral reprobando ese falso título; pero el gobernador general siguió en este caso los principios de su cólera y firmó el folio de sus pasiones; y sin embargo, ni esta Orden ni otras posteriores del mismo tenor consiguieron alterar el sentimiento y la proclividad a favor de los griegos por parte de los jonios, cuyo ardor patriótico permaneció inextinguible hasta el fin de la lucha en medio de amenazas, expropiaciones, persecuciones y castigos.

1821

CAPÍTULO XIX

EL CONGRESO DE KALTETSIÉS Y LA FORMACIÓN DE UNA GERUSÍA PELOPONÉSIA.- LLEGADA A GRECIA DE DIMITRIS HYPASILANDIS Y DISENSIONES ENTRE ÉL Y LA GERUSÍA.-

Al comenzar la guerra, dominaba un deseo unánime de constituir un Mando general para regular los asuntos urgentes, pero no era posible ni útil tal ordenamiento en el momento de empuñar las armas, pues podía distraer hacia los temas políticos a los hombres fuertes de Grecia, cuya atención era requerida en su totalidad por la guerra. Lo habitual en las revoluciones es subvertir el orden político anterior, pero conservando los servicios públicos, los que mantienen la sociedad. Mas en Grecia, cuando desapareció el poder del sultán, se destruyó con él todo servicio público, de forma que las carencias se solucionaban sólo a través de la influencia de los notables en las provincias. Es digno de hacer notar el mantenimiento del orden en las provincias; no sufrían los intereses de los ciudadanos y se cumplía el servicio. Ahora bien, puesto que la situación de los asuntos no permitía ni un congreso nacional ni unas elecciones regladas para constituir el citado organismo, los más prominentes del Peloponeso – eclesiásticos, políticos y militares– decidieron constituir provisionalmente una institución únicamente peloponesia, pero no con el concurso del pueblo, sino a través del poder en sí. El 25 de junio se había formado en Kalamata una “gerusía²¹¹ de Mesenia”, pero era sólo una autoridad local de aquella zona y aún ésta se constituyó a través del notable de Mani. Para encaminar bien el objetivo ya propuesto, se reunieron diferentes notables de la mayoría de las provincias del Peloponeso en el monasterio de Kaltetsiés, en los límites de Lacedemonia, por estar cerca de los campamentos que cercaban Tripolitsá, y con el conocimiento de los notables ausentes a causa

²¹¹ Se le da el nombre, por supuesto, a imitación del consejo de notables de la antigua Esparta.

de la guerra el 26 de mayo firmaron un documento que publicamos íntegro, ya que fue todo lo que hizo el congreso; en él se muestra con qué objeto se reunieron los que le dieron forma, quiénes integraron la institución, a la que llamaron gerusía del Peloponeso, qué poder le dieron y qué duración le fijaron:

“A la Patria²¹²:

“El buen orden de lo asuntos en nuestra tierra del Peloponeso y el favorable resultado de la actual guerra santa por la sagrada libertad de nuestra estirpe, puesto que exigían necesariamente el consenso y planificación generales, es por lo que los abajo firmantes, en representación de nuestras provincias y con la delegación de los demás miembros ausentes, nos hemos reunido en el venerado monasterio de Kaltetsiés por unánime decisión nuestra y de los ausentes; habiendo elegido a los muy patriotas Sres. Theodóritos (obispo) de Vrésthená, Sotirios Charalambis, Athanasios Kanakaris, Anagnostis Papayannáoulos, Theocharakis Rendis y Nikólaos Ponirópoulos^{bf}, con el consentimiento y asentimiento de los mismos a nuestra común proposición, los nombramos para que se reúnan con nuestro gloriosísimo general en jefe Petrobey Mavromichalis y todos ellos, con el cargo de miembros de la gerusía del pueblo de todas las provincias del Peloponeso, siendo presidente Su Excelencia, examinen, prevean y administren en particular y en general todos los asuntos y diferencias y todo lo que atañe al bien común, la armonía, la asistencia y el buen fin de nuestra guerra santa, por los medios con que los ilumine la Divina Providencia y ellos juzguen convenientes, teniendo según esto plenos poderes, sin que a nadie sea lícito oponérseles o desobedecerles en sus acuerdos u órdenes. La elección de estos cargos estará en vigor hasta la toma de Tripolitsá y una segunda deliberación general. Ambas partes hemos jurado ante Dios Todopoderoso por nuestra conciencia y nuestro honor cumplir la misión expresada supra fiel e imparcialmente y con el cuidado y la atención posibles y, por nuestra parte y la de los ausentes, obedecer, seguir y cumplir sus acuerdos y disposiciones sin oposición, excusa o tardanza algunas, y

²¹² El documento original se conserva en la sede del Parlamento griego en Atenas.

así se les ha remitido el presente documento justificativo firmado de nuestro puño y letra.”

Amplísimos y sin contrapartidas eran los poderes que la asamblea constituyente otorgaba a la gerusía del Peloponeso, pues no le imponía limitación alguna ni los que los asumían estaban sometidos a responsabilidad por el uso que de ellos hicieran. Los que se los confiaron les dijeron: “Gobernad como os ilumine la Divina Providencia y juzguéis conveniente.” Ni exigieron garantías ni recibieron otra que el juramento a Dios por su conciencia y honor; y lo más curioso, juraron por igual los que tomaron y los que dieron el poder: aquéllos servir fiel, imparcial y escrupulosamente, éstos cumplir sin discusión sus órdenes y obedecer sus acuerdos. Este juramento mutuo es típico de la época y pone de manifiesto la lealtad que se profesaban, pero cuanto más amplio y sin trabas era el poder recibido, tanto más limitado y sensato llegó a ser el ejercicio del mismo, pues los que lo recibieron tenían a la vista todo lo que contribuyó a la extensión de la lucha.

Una vez firmada el acta constituyente de la gerusía del Peloponeso, se entonó en la iglesia un canto de acción de gracias y, al final del oficio religioso, el virtuoso, humilde y patriota obispo de Helos²¹³, Ánthimos, tomó las dos pistolas del cinturón de Charalambis, hizo con ellas la señal de la cruz sobre el icono de Cristo y, tendiéndolas hacia los asistentes, dijo inspirado por Dios y con fuerte voz: “Griegos, el Señor bendice y santifica vuestro armamento.” Las belicosas palabras del santo electrizaron a todo el auditorio. Después se disolvió la asamblea, la gerusía se desplazó a Stemnitsa²¹⁴, donde celebró sesión y editó el día 30 una circular para todas las provincias del Peloponeso en la que ordenaba la constitución de eforados²¹⁵ generales en la capital de cada provincia y subeforados en las aldeas, delimitaba los deberes administrativos de estas autoridades públicas y, sobre todo, dirigía la atención de las mismas a la provisión de lo necesario para el ejército de cada provincia. La autoridad turca antes de la insurrección cobraba el diezmo de todos los productos agrícolas; los turcos que alquilaban sus posesiones percibían la quinta parte de la cosecha. La

²¹³ Corresponde a la actual Yeraki, a poca distancia de Esparta (recuérdese que las administraciones religiosas son antiguas y no concuerdan con las políticas).

²¹⁴ Localidad de Arcadia a 26 Km. al oeste de Tripolitsá.

²¹⁵ También denominados con el nombre de una antigua institución espartana, cf. nota 16 (cap. I).

gerusía dispuso que estos diezmos regulares y rentas de la tierra y los animales de toda especie pertenecientes a los turcos se percibieran para uso de la comunidad, así como los frutos de todos los predios turcos, ya dejados ya sembrados por los turcos, una vez que se dedujeran los costes de la recolección. Todos estos comestibles servían para mantener el ejército de la provincia, porque cada provincia alimentaba a su ejército con sus propios recursos, pero no le pagaba. Sólo los maniatas eran alimentados y pagados por las demás provincias. La gerusía prohibió además la exportación de todos los comestibles y demás productos griegos y dispuso que fueran alimentados por la comunidad las mujeres e hijos de los muertos en acción de guerra, y que se inscribieran sus nombres en el libro de honor de la provincia; ordenó también una vigilancia policial y la no intromisión del Mando de una provincia en los asuntos de otra y dio a las inspecciones el poder de castigar a los infractores según sus delitos, prohibiendo sólo la pena de muerte y la confiscación.

Ya fuera por lo urgente de las circunstancias o por la feliz ignorancia del momento sobre las teorías políticas, los miembros del congreso de Kaltetsiés y de la gerusía se limitaron en su acción a cuanto reclamaba el verdadero interés de la patria, es decir, al progreso de la guerra, y todo parecía tranquilo; pero esta situación duró sólo dos semanas.

El 7 de junio llegó a Hydra procedente de Trieste Dimitrios Hypsilandis, delegado plenipotenciario de su hermano Aléxandros. La noticia llenó de gozo y esperanza el corazón de los griegos, que esperaban saber por él lo referente al Mando secreto, confirmar la colaboración de Rusia y recibir refuerzos. Una vez desembarcado en Astros tras pasar por Spetses, bajaron allí todos los componentes de la gerusía y los eclesiásticos, políticos y militares más destacados que se encontraban en el cerco de Tripolitsá; el día 9 lo recibieron como a un nuevo Mesías y lo llevaron a San Juan; el 10, lo llevaron al campamento de Vérvena y, al día siguiente, le concedieron 200 guardias de corps a petición suya; el 12 se reunieron todos en las eras de Vérvena, donde glorificaron a Dios por haberles enviado a su libertador. Después del himno se leyeron delante de todos unas cartas, la primera de Aléxandros Hypsilandis y la segunda supuestamente enviada por el Mando Supremo, en las que se entregaba todo el poder a Dimitrios Hypsilandis. En medio de las salvas en su honor y los vítores a la patria y a la libertad se oyeron también voces diciendo: “¡Viva el señor del lugar!” Pero enseguida comenzaron las disputas y las disensiones.

Hypsilandis sabía lo que hasta entonces ignoraban los peloponesios, o sea, que el famoso Mando era un engaño; y sin embargo, en nombre de ese engaño reclamó la supresión de la gerusía y la concentración en sus manos de todo el poder político y militar. No cabe ninguna duda de que, por muy útil que fuera la gerusía en aquellas circunstancias, la concentración del poder en manos de un único hombre era más útil aún, porque cuando se exige efectividad, la multiplicidad de mandos es un obstáculo. Pero los gobernantes del Peloponeso rechazaron esta petición con el razonamiento de que los esclavizaba y rebajaba; sin embargo, estuvieron dispuestos a recibirlo como colaborador en la gerusía, proclamarlo presidente de la misma y no encomendarle ningún trabajo a ésta sin su conocimiento; el propio Mavromichalis, que era el que presidía, se apresuró a honrarlo como superior; pero ninguna concesión de esta índole contentó a Hypsilandis: quería ser en Grecia lo que su hermano en Moldavia y Valaquia; cuando vio que este propósito no se cumplía y que los de la gerusía discutían agriamente con él, no supo qué hacer y se disgustó tanto, que se marchó a Kalamata.

Grande era la predisposición de la gente a favor del Mando de la Filikí Hetería y grandes las esperanzas depositadas en ella. La gente vio la llegada de Hypsilandis como el cumplimiento de sus expectativas y los soldados como el que iba a darles sueldos, honores y grados; por ello, su retirada a Kalamata enfureció al ejército de Vérvena, tanto más cuanto que se difundió el rumor de que se disponía a dejar a Grecia completamente abandonada debido al mal carácter de los notables peloponesios. Irritaron aún más al estamento militar algunos de los del círculo de Hypsilandis, de manera que, en una ocasión en que la mayoría de los de la gerusía y otros notables estaban reunidos con Mavromichalis debatiendo sobre el conflicto y ocupados en informar sobre él a los notables de Hydra y Spetses, llegaron de fuera muchos militares gritando de todo contra los notables y amenazando con matarlos por haber echado al salvador de Grecia. Por fortuna, se hallaban fuera de la casa algunos maniatas y otros soldados acompañantes de los notables, los cuales estorbaron el primer impulso de los revoltosos. Salió después Kolokotronis, que también andaba por allí, los tranquilizó y los mandó a sus casas, prometiendo la rápida vuelta de Hypsilandis al campamento. De hecho, se le envió sin demora a sus partidarios, Anagnostarás y Dikeos, que eran además los inductores de la revuelta soldadesca;

lo alcanzaron en Leondari, lo convencieron y lo acompañaron al campamento de Tríkorfa²¹⁶.

Si Hypsilandis hubiera tenido tanta voluntad política como el valor que demostró siempre en la guerra, la circunstancia aquella habría sido la mejor para investirlo del poder que deseaba; le rendían honores y obediencia las islas navieras y toda Grecia Continental; los campamentos de Tríkorfa y Vérvena saludaron gozosos su llegada y estaban a su disposición; el pueblo del Peloponeso lo amaba, y los mismos notables sólo querían restringir su poder absoluto, pero no abolirlo, pues temían al Mando de la sociedad, aunque ignoraban que era un mito; en resumen: políticos y militares, por tierra y por mar, grandes y pequeños, todos confiaban en Hypsilandis; pero nada de esto le sirvió. Se quedó quieto en Tríkorfa y mantuvo correspondencia con sus rivales, que se reunieron en Zarákova²¹⁷. Se intercambiaron proyectos de organización y no se decidió nada; en una palabra, lo que, de haberse arriesgado en tan favorables circunstancias, debía haber hecho como revolucionario y podía haber conseguido en un momento sólo con agitar la espada y sin derramar ni una gota de sangre, lo trató cual negociador incapaz a través de embajadas pacíficas e inútiles cavilaciones. No habiendo podido ejercer su autoridad desde el comienzo mismo de su carrera, tampoco lo consiguió después a lo largo de la guerra nacional, siempre militando en la oposición a los gobiernos, a los que veía como usurpadores del poder que le correspondía a él, y siempre aliándose con los militares en contra de sus rivales políticos, pero siempre también encarando voluntariamente los peligros, brillando en la guerra y con desprecio de su vida por la salvación y la libertad de la patria. En aquellas circunstancias, muchos sospecharon que Hypsilandis tramaba en secreto la eliminación de sus rivales, porque de hecho algunos de sus partidarios fueron sorprendidos moviendo en la sombra manos asesinas contra ellos. Pero Hypsilandis no participó y quedó libre de toda acusación de palabra o de obra hasta el fin de su vida.

Una vez que él y los notables del Peloponeso se cansaron de negociaciones inútiles, aplazaron las discusiones y controversias escritas hasta la caída de Trípolitsá, que era cuando cesaba en sus poderes la gerusía, según la decisión del congreso de Kaltetsiés. Mientras, Hypsilandis levantó su

²¹⁶ En los alrededores de Trípoli(tsá).

²¹⁷ Otra localidad cercana.

tienda en Tríkorfa e instaló en ella su secretaría general, dirigida por el profesor Vamvas²¹⁸, actuando sin discusión como delegado con plenos poderes del consejo general del Mando de la Filikí Hetería en toda la Grecia de más allá del Istmo y enfrentándose siempre dentro del Istmo a la gerusía, discutiéndole el uso que hacía de sus atribuciones.

De esta forma, en el Peloponeso se dio el fenómeno de dos gobiernos armados y opuestos entre sí que no llegaban a enfrentarse; el uno era monárquico y el otro oligárquico, sin que ninguno fuera del pueblo.

²¹⁸ Vd. nota 116 (capítulo X).

Notas al final

NOTAS AL PROEMIO

^a La guerra de Grecia tuvo rasgos de *revolución* (ἐπανάστασις), porque subvirtió lo establecido, y de *guerra de independencia* (ἀποστασία), ya que separó a Grecia del imperio otomano, al que estaba sometida. Por lo cual, empleo indistintamente estos dos términos confundidos en uno entre nosotros, aunque se distinguían entre los antiguos (Cf. Tucídides III, 39).

^b Digno de atención y adecuado a las circunstancias de las que se trata es cuanto refiere Tucídides en el siguiente pasaje sobre la piratería, tanto por tierra como por mar, en los remotos tiempos de la Hélade:

“Pues los griegos de antaño, así como los bárbaros ribereños del continente y cuantos ocupaban islas, desde que empezaron a relacionarse entre sí gracias a sus naves, se dedicaron a la piratería. Iban a su frente los hombres más poderosos, que buscaban su propia ganancia así como medios de subsistencia para los más débiles, y cayendo sobre ciudades que carecían de murallas y se hallaban diseminadas en aldeas las saqueaban, obteniendo de ello su principal medio de subsistencia, ya que este comportamiento aún no significaba desvergüenza alguna, sino que conllevaba más bien incluso algo de gloria. Y aún hoy día prueban que esto es así algunos pueblos del continente, que tienen a gala hacerlo bien; y del mismo modo los antiguos poetas, que siempre dirigen a los que desembarcan en una costa la misma pregunta de si son piratas, en la idea de que ni aquéllos a quienes se interroga desapruban esta profesión, ni aquéllos a quienes interesa conocerla la censuran; y también en el continente se dedicaban a la rapiña unos contra otros, e incluso hasta hoy en día buena parte de Grecia vive a la usanza antigua: los locros ozolas, los etolios, acarnanios, y el territorio continental de esa región. Y la costumbre de llevar armas ha quedado en estos pueblos del continente como señal de sus antiguos hábitos de rapiña.” (Tucídides I, 5. Traducción de Antonio Guzmán Guerra en Alianza Editorial.)

^c Para un pleno conocimiento de este sistema de consejo de ancianos, remito al lector al capítulo XXV de esta Historia.

^d Se me ha preguntado por qué no incluí en la *Historia* que tenía entre manos lo referente a Rigas. He aquí mi respuesta:

Al escribir la historia de la insurrección griega, debí investigar en principio quién la organizó y quién la llevó adelante. Debido a ello, me entretuve en la Filikí Hetería, que fue la organizadora e impulsora; mas no existe ninguna relación entre ella y Rigas, ni se menciona a éste en los organismos ni en los juramentos de ella; testimonia lo dicho en sus *Memorias* Pervós, el asociado de Rigas y apóstol de la Sociedad. La Filikí Hetería sólo tuvo algún contacto con la Filómusos Hetería, fundada en Atenas en el año 1813, y esta relación no la callé. Nadie duda que los hechos de hoy son fruto de los de ayer y que, para el exacto conocimiento de aquéllos, se hace necesaria la exposición de éstos; pero, si por ello tuviera necesidad de incluir a Rigas, por la misma razón sería necesario incluir también a Paphthymios, las guerras entre Suli y Ali Pasha, la hegemonía de éste, Lambros Katsonis y Catalina II, echar una mirada a los distintos gobiernos del Heptaneso, recorrer las guerras turco-venecianas, repasar los hechos de Skanderberg y otros príncipes locales y remontarme incluso al momento de la toma de Constantinopla, cuando no más lejos, investigando cuál era la situación del pueblo griego y la del imperio otomano en el período intermedio y de dónde procede el progreso de aquél y la decadencia de éste. No era éste mi propósito, pero sí insinúo lo más importante. La economía de la obra exige que me imponga unos límites, y eso he hecho.

NOTAS AL CAPÍTULO I

^e El número de miembros fundadores no se limitó a dieciséis, como generalmente se cree. La idea prevaleció porque el carnet de los sacerdotes tenía 16 columnas y el número dieciséis a derecha e izquierda del signo de la cruz que figuraba en él y porque, preguntado el fundador o el sacerdote: “¿Cuántos tiene?”, respondió: “Dieciséis”, a causa de las 16 columnas de dicho carnet de socio. Cada miembro decano tomaba como distintivo la letra A y otra letra del alfabeto, la primera de las que quedaban. Aléxandros Hysilandis, uno de los últimos –quizá el último miembro decano– tenía la letra Ro, y de ahí se deduce cuál era el número de miembros del desconocido Mando, o lo que es lo mismo, de cuantos descubrieron que el supuesto Mando era un engaño.

^f Según otros sólo seis, sin el de los *archipastores*. Yo he asumido la graduación canónica, pero he encontrado que la acreditación de Grigorios Dikeos llevaba un sello con un cerco que decía “*archisacerdote de la justicia*”. Esto indica que no se observaba con exactitud la mencionada gradación, o al menos la mencionada nomenclatura.

NOTAS AL CAPÍTULO II

§ He aquí el documento:

“Los abajo firmantes, gestores conjuntos de la Filikí Hetería, en el momento de separarse de común acuerdo y asumir sus respectivas funciones para los presupuestos de la misma, deciden los siguientes puntos que servirán de normas para sus acciones y relaciones con los demás:

“1º Ninguno de los gestores actuará o hará nada en el futuro con un fin particular, y todas las acciones se emprenderán en beneficio de la Asociación. A esta obligación quedan sujetos los ausentes que conocen y toman parte en la gestión en el presente, con la salvedad de que para término y cese de sus actividades particulares se da un plazo de seis meses a partir de la fecha a Andonios Komizópulos y a Athanasios Sékeris y otro de tres meses a Ánthimos Gazís; los cuales, si no lo hacen según esta decisión, serán considerados en adelante como simples miembros; únicamente se permite a Panayotis Sékeris, puesto que su presencia en Constantinopla es buena, seguir con su negocio como él estime conveniente.

“2º Los gestores quedan obligados a informarse entre sí de sus acciones, disponiendo de común acuerdo sobre los asuntos de la sociedad en beneficio de ésta, así como sobre sus escritos, sin que ninguno tenga derecho a detentarlos o manejarlos según le agrade.

“3º Ninguno revelará el Mando gestor, ni el rango de los gestores, ni a sí mismo como gestor ni lo que sepa sobre el Mando; no aceptará ni establecerá acuerdos con miembros de otras nacionalidades; no intentará desvincularse en todo o en parte sin el consentimiento de los demás hermanos gestores; en caso de desacuerdo, prevalecerá la opinión mayoritaria.

“Se concede elección para desvelar sólo el Mando gestor a Emmanuél Xanthos, en su encuentro con el conde Ioannis; tiene licencia para revelar el Mando sólo a él, el cual, al entrar en el número de los promotores, firmará este documento; no obstante, Xanthos deberá informar directamente a los miembros del gabinete de todas sus relaciones y conversaciones con el Conde.

“En Constantinopla, a 22 de Septiembre de 1.818.

- “Ánthimos Gazís.
- “Emmanouíl Xanthos.
- “Athanasios Tzakálof.
- “Panayotis A. Anagnostópulos.
- “Panayotis Sékeris.
- “Nikólaos M. Patzimadis.
- “Yoryos Levendis.
- “Andonios Komizópulos.”

El documento, en el que aparecen ocho dirigentes de la Sociedad, se refiere a algunos de los firmantes como ausentes. De hecho, en el momento de su redacción en Constantinopla, no se encontraban en dicha ciudad Gazis, Patzimadis, Levendis ni Komizópulos, por lo que cada uno lo firmó donde residía entonces.

^h Muchos se preguntan cómo pudo ser que hombres con criterio y de elevada posición en Grecia, como el obispo de A. Patras, Andreas Zaímis, Panutsos Notarás y Andreas Londos, entre otros como ellos, aceptaran la Sociedad sin preguntar. He aquí lo que yo he oído: en 1.818, Andonis Pelópidas Karytinós fue enviado como catequista al Peloponeso por los socios de Constantinopla. Como algunos de ellos conocían al arzobispo de A. Patras y a Andreas Kalamogdartis, notable de dicha ciudad, se los indicaron al catequista. Pelópidas reveló primero el objeto de su misión a Kalamogdartis y, al no verlo receptivo, probó con el arzobispo, quien, aunque era sensato y taimado, acogió favorablemente la propuesta por el siguiente motivo:

Días antes, había recibido una carta muy amable de Aléxandros Mavrokordatos desde Pisa, en Toscana. En esa carta, Mavrokordatos le decía que esperaba “ser digno un día de besarle la mano para bien de Grecia”. Mavrokordatos había acompañado al príncipe Karatsás en su huida de Valaquia; el de A. Patras no tenía ninguna relación personal ni epistolar con él; por ello, la inesperada y enigmática carta a que nos referimos lo sumió en muchas reflexiones, pues se preguntaba cómo Mavrokordatos, un proscrito, esperaba besar su mano, cuando era totalmente inverosímil que él fuera a Italia como arzobispo en plena turcocracia. La frase “para el bien de Grecia” le parecía aún más misteriosa. Por ello, nada más oír la propuesta de Pelópidas, creyó haber dado con la solución a esta enigmática carta. Desde entonces supuso que los hombres más importantes e inteligentes de la nación eran miembros de la Sociedad, aceptó gustoso el desvelamiento del secreto y entró como sacerdote en el círculo de los Amigos; le ordenó a Pelópidas que no catequizara a nadie más en Patras, con la intención de catequizar él a los que lo merecieran; que fuera a Vostitsa a convertir al notable de allí Andreas Londos. Así lo hizo. Londos fue catequizado por recomendación del arzobispo y, por recomendación de ambos, lo fueron los Notarás y los Zaímis, entre otros.

NOTAS AL CAPÍTULO III

ⁱ Los llamados *panduri* son lugareños de Valaquia Menor, portadores de armas desde niños, que por pereza prefieren la caza antes que trabajar en el campo; son reclutados a sueldo para servir en el mantenimiento del orden; en una palabra, son los *palikaris* de Valaquia.

^j Según otros, Vladimirescu publicó la proclama en cuestión estando aún en Valaquia Menor. Durante su estancia en Cotroceni, izó por primera vez una bandera con las efigies de la Santísima Trinidad y de los mártires Jorge y Demetrio sobre fondo de seda azul, con el lema “Viva la Libertad” en letras doradas.

^k Según otros, Yoryos Kandakuzinós llegó a Iasi el día siguiente al de la llegada de Hypsilandis.

^l El nuevo comandante se topó con tres pobres buhoneros turcos y les dijo: “Os bautizáis, u os mato.” Dos se bautizaron y el tercero fue asesinado.

NOTAS AL CAPÍTULO IV

^m Se ha oído decir a menudo que Petrobey recibió importantes sumas de dinero para preparar la lucha. Preguntado por mí sobre el tema, me dijo que una vez recibió cien mahmoudiedes de manos de Perevós y nada más. (Monedas turcas de poco valor, con la efigie de Mahmud, *nota del traductor*).

ⁿ Para dar a conocer el talante de Hurshid Pasha, insertamos las siguientes anécdotas:

Nombrado gobernador del Peloponeso, llegó por mar a Nauplion; como traía carros, mandó que se aplanara la carretera a Tripolitsá; pero, la noche antes de emprender la subida, cayó una lluvia tan torrencial que uno de los carros se atascó, obstaculizando el paso a los demás del séquito. Hurshid echó la culpa al conductor y le pegó un tiro sin preguntar; pasó la noche en Achladókambos y al día siguiente supo que, debido a la intensa lluvia que cayó de nuevo y al frío nocturno, algunos cocheros habían huido subrepticamente, dejando abandonados a sus animales; al punto mandó venir de Tripolitsá al vicegobernador, Mustafa Bey, y le ordenó cortar la cabeza enseguida al notable de Hagios Petros, Yannulis Karamanos, por la huida de sus cocheros. El bueno de Mustafa Bey aplazó hábilmente el cumplimiento de la orden hasta que los notables del Peloponeso, aprovechando el tiempo, se congraciaron al salvaje pashá con un bonito regalo. El día de su entrada en Tripolitsá, iba en un magnífico carro tirado por seis caballos blancos. A unos tres cuartos de hora de la ciudad, se desenganchó uno de los caballos, se desbocó y huyó. Hurshid, tomándolo por un mal augurio, rompió lleno de ira el cristal de la ventanilla y ordenó al séquito que diera marcha atrás. “Mi mandato es desgraciado –dijo–. No entraré en mi capital.” No obstante Sehnetsip, respetado por su piedad, se arrodilló ante él y lo persuadió a no hacer caso del mal presagio. Al entrar en palacio, quiso ver las habitaciones de los cortesanos; no hallado el portero y venido poco después, ordenó que le arrancaran los dientes delanteros. Al día siguiente, organizado un espectacular desfile militar, al leerse el nombramiento ante los agás y los notables, se levantó de su trono, echó una tremenda mirada en círculo y disolvió la parada diciendo con voz ronca: “¡Dios libre al justo de mi espada!” ¡Menudas fieras enviaban a gobernar a los pobres griegos!

^ñ Este volvió poco después a Mani, con permiso de la autoridad, para armar a los maniatas contra los conspiradores.

^o Es falsa la idea extendida en Grecia de que en el monasterio de Santa Laura se izó por primera vez la bandera de la insurrección griega. Esta idea la expresé yo también, en mi discurso fúnebre en memoria de Andreas Zaímis, antes de constatar la verdad.

NOTAS AL CAPÍTULO V

^p No he conocido hombre de menos palabras que Asimakis Zaímis: lo vi a menudo en compañía de mucha gente, fumando y guardando un profundo silencio durante toda la conversación.

^q Se acusó a Vartholdis Stavrodromitis, intérprete del cónsul inglés, de delatar la galería. Los griegos que sitiaban y combatían a los turcos de Patras siempre vieron al cónsul de Inglaterra en la ciudad hostil a la causa griega y dispuesto a ayudar a los turcos por todos los medios posibles, con el pretexto de la neutralidad; también se protestó contra su actitud, mas él negó ser culpable. Vd. Green: *Sketches on the War in Greece*.

^r Los enemigos alcanzaron mientras huía al infeliz Anastasis Chamantsópulos cerca de la aldea de Manolada; lo llevaron a la acrópolis y lo descuartizaron.

^s Manifiesto

“A las cortes de Europa de parte del patriota general en jefe de los ejércitos espartanos, Petros Mavromichalis, y la gerusía de Mesenia en Kalamata.

“El insufrible yugo de la tiranía otomana durante el transcurso de varios siglos ha llegado a tal plenitud, que a los desgraciados griegos del Peloponeso no les ha quedado más que el aliento, y sólo para exhalar los lamentos que salen de sus entrañas. Estando en tan desolada situación, privados de todos nuestros derechos, hemos decidido unánimemente y a una sola voz tomar las armas y alzarnos contra los tiranos. Todo partidismo y discordia, frutos de la tiranía, han sido arrojados a la sima del olvido y todos respiramos el aire de la libertad. Nuestras manos, atadas hasta ahora por las férreas cadenas de la tiranía bárbara, se han liberado y han tomado las armas contra los tiranos. Nuestros pies, que vagaban noche y día en brazos de la crueldad, corren a conquistar nuestros derechos. Nuestra cabeza, que inclinaba la cerviz bajo el yugo, se lo ha sacudido y no piensa más que en la libertad. Nuestra lengua, incapaz de proferir palabra alguna salvo súplicas vanas para congraciarse a los tiranos, grita ahora con gran voz y hace resonar el dulcísimo nombre de la libertad. En una palabra: hemos decidido ser libres o morir. Por ello, solicitamos la ayuda de todas las nobles

naciones de Europa, para que podamos alcanzar nuestro justo y sagrado objetivo, ganarnos nuestros derechos y resucitar nuestra extenuada estirpe griega. Con justa razón nuestra madre Grecia, por la cual también vosotros fuisteis iluminados, solicita cuanto antes vuestra humanitaria ayuda, a la cual mostraremos a su debido tiempo con hechos nuestro reconocimiento.

“En el campamento espartano de Kalamata, a 25 de marzo de 1821.

“Petros Mavromichalis, gobernador y general en jefe, y gerusia de Mesenia con sede en Kalamata.”

[†] En esta obra, las noches se numeran con el mismo día del mes del día anterior, como es nuestra costumbre; por ejemplo, llamo noche del 25 de marzo a la noche que sigue al día 25.

NOTAS AL CAPÍTULO VI

^u Helas a continuación:

“Gregorio, por la gracia de Dios arzobispo de Constantinopla, la nueva Roma, y patriarca ecuménico

“Venerables metropolitános y muy honorables y amados en Dios arzobispos y obispos sujetos a nuestra santísima, patriarcal, apostólica y universal cátedra; amados hermanos y vicarios en el Espíritu Santo, honorables miembros del clero de nuestra Gran Iglesia de Cristo y de cada provincia; piadosos sacerdotes y santos monjes que oficiáis en las iglesias de la Ciudad, de Galatás, de los Estrechos y más allá; benditos cristianos, hijos nuestros amados en el Señor: la gracia y la paz de Dios sean con vosotros y nuestros votos, nuestra bendición y nuestro perdón.

La base principal de la moral, esto es, la gratitud para con nuestros bienhechores, es clara como la luz del sol; y el que, beneficiado, no es agradecido, es el peor de los humanos. Es un mal que vemos reprobado en todas partes en las sagradas escrituras e imperdonable a los ojos de nuestro señor Jesucristo, como podemos ver por el ejemplo de Judas. Pero cuando la ingratitud va acompañada de un espíritu malhechor y de rebeldía contra nuestro común benefactor que nos da el pan, contra el poderoso e invencible reino, entonces adopta una forma diabólica, pues no hay, según se dice, monarquía ni poder si no es ‘de procedencia divina’: de ahí que todo el que se ponga frente al poderoso reino, que nos ha impuesto Dios, se opone a la ley de Dios. Y estos dos esenciales y básicos deberes morales y religiosos los han pisoteado, con osadía y arrogancia sin parangón, el que no debía haber sido nombrado príncipe de Moldavia, Michail, y el ingrato hijo del reconocidamente ingrato exiliado Hypsilandis, Aléxandros. De todos nuestros hermanos son conocidos los infinitos favores que la inagota-

ble fuente del poderoso reino que se nos ha impuesto ha derramado sobre el malvado Michail: de pequeño y mezquino que era, lo elevó a dignidades y grandeza; de infame e insignificante, lo condujo a la gloria y el honor; lo enriqueció, lo ensalzó y, finalmente, lo honró con el brillante solio del gobierno del principado y lo convirtió en gobernante de pueblos. Sin embargo él, malvado por naturaleza, se ha revelado como un monstruo de ingratitud, confabulándose con el hijo de aquel fugitivo y evadido, Aléxandros Hypsilandis, que, tomando como auxiliares a otros como él, ha osado marchar de súbito contra Moldavia; y ambos, insensatos por igual, arrogantes y ambiciosos, o por mejor decir, vanidosos, han proclamado la libertad de la nación y, a una sola voz, han arrastrado a muchos inmorales e insensatos del lugar, diseminando apóstoles por distintas partes, para engañar y arrastrar al mismo abismo de perdición a otros muchos hermanos nuestros. Para poder animar de alguna manera a sus oyentes, han manejado el nombre de la Potencia rusa, presumiendo que está de acuerdo con sus ideas y sus operaciones; presunción del todo falsa e imaginaria, fruto y engendro sólo de su perversidad y delirio; pues, a más que algo así es moralmente imposible y causa de gran descrédito para el Imperio Ruso, Su Excelencia el embajador de Rusia ha entregado un informe escrito negando todo conocimiento o participación del Estado ruso en dicha maquinación y censurando y rechazando la perversidad del acto; y aún más, Su Excelencia ha notificado de oficio lo que ocurre, advirtiendo al poder real que es necesario de toda necesidad que se ocupe en eliminar y suprimir de cuajo tales males; y tanto por esta información como por los escritos interceptados por parte de los agentes de los servicios reales y por otros fieles de nuestra nacionalidad que han dicho la verdad, han llegado a conocimiento del ancestral poder la raíz y la base de todo ese pérfido plan. Con tales maquinaciones han montado la mortífera escena esos dos y sus agentes liberales, o mejor liberticidas, y han emprendido una acción execrable, odiosa a los ojos de Dios y demencial, queriendo perturbar la paz y tranquilidad de nuestros fieles hermanos vasallos del poderoso reino, de las cuales disfrutaban al amparo de su majestuosa sombra, con tantas prebendas de libertad como no goza ninguna otra raza tributaria y sometida, viviendo sin ser importunados con sus mujeres e hijos, con sus haciendas y estado y con el mantenimiento de su honor y, sobre todo, con la prerrogativa de practicar su religión, que ha sido preservada y se mantiene sin ser cuestionada hasta hoy para salvación de nuestras almas. En conclusión, en vez de amar la libertad la odian y, en vez de patriotas y religiosos, se muestran antipatriotas, antirreligiosos y enemigos de Dios, ay, provocando los insensatos, con sus enloquecidas acciones, la cólera del benévolo y poderoso reino, en contra de nuestros iguales, súbditos de él, y prestos a provocar una catástrofe común y general contra toda la nación. Y aunque es bien sabido que cuantos están formados realmente en la piedad, cuantos son sensatos y honorables y guardianes estrictos de las sagradas normas y leyes divinas no prestarán oídos a los engaños de esos abominables malvados; ya que, sin embargo, es posible que algunos se dejen seducir y arrastren a otros, por ello, anticipándonos por previsión eclesiástica, os prescribimos a todos vosotros los elementos de salvación y, escribiendo con nuestros santísimos hermanos, Su Beatitud

el patriarca de Jerusalén, los ilustrísimos y renombrados próceres de la nación, los honrados comerciantes, los maestros de las corporaciones y los miembros ortodoxos de toda clase y graduación de la capital, aconsejamos, exhortamos, ordenamos y mandamos a todos vosotros los obispos de las sedes, abades de los santos monasterios, párrocos de las iglesias, padres espirituales de las parroquias, notables y hacendados de las villas y aldeas y, en una palabra, prohombres de cada lugar, que proclaméis la mentira de los malhechores y perversos antecitados, los mostréis y señaléis por todas partes como plagas sociales y casquivanos y que prestéis atención en lo posible a sus engaños y fechorías, sabiendo que la única prueba de su inocencia es que den a conocer cuantos escritos obren en su poder sobre el asunto, o cuantas informaciones posean, y que los que están en la capital hablen francamente con nosotros, y los de los puntos exteriores con los obispos y los maestros y gobernadores reales y locales nombrados por nosotros, delatando y entregando a aquellos más simples que fueren sorprendidos ejerciendo acciones impropias de su carácter de *rayades*, pues que ellos perturban la paz y despeñan a nuestros débiles e inocentes congéneres por el abismo de la destrucción. Y tanto los obispos, los monásticos, los ordenados, próceres, hacendados y notables de todos los lugares, con vuestra atención alerta, como los demás hombres de todo orden y graduación, con vuestros ininterrumpidos consejos y admoniciones, siguiendo nuestras paternas y previsoras directrices eclesiásticas, manteneos firmes e incommovibles entre el pueblo de *rayades*, y preservad con toda vuestra alma y vuestro corazón la fidelidad, sumisión y obediencia a este reino fuerte e invencible impuesto a nosotros por Dios y mostradlo enteramente con todos los signos reales de la sinceridad, puesto que la sumisión agradecida y sincera caracteriza el amor y la fe en Dios y la obediencia a sus divinos preceptos y los dictados de las leyes divinas y las normas sagradas y el reconocimiento de nuestro corazón por las infinitas mercedes que recibimos de la magnanimidad real. Y puesto que, además, se ha sabido que los que concibieron el satánico levantamiento popular y constituyeron tal sociedad se conjuraron entre sí con el vínculo del juramento, que sepan que tal juramento es una mentira, es indistinguible e igual del juramento de Herodes, que decapitó a Juan el Bautista para no quedar como transgresor de su juramento. Si hubiera faltado a su absurdo juramento, que le inspiró su desmedido apetito, entonces seguramente habría vivido el divino precursor; así que la persistencia en un simple juramento causó la muerte del precursor. Así pues, la fidelidad al juramento para mantener lo prometido a la facción que planea la destrucción de un pueblo entero, es evidente cuán deletérea es y enemiga de Dios; por el contrario, la deposición del mismo juramento, que libra al pueblo de los inconsolables males que se aproximan, es respetuosa con Dios y salvadora. Por ello la iglesia les ha dispensado de él con la gracia del Santísimo Espíritu y acoge y perdona de corazón a los arrepentidos que rectifican, confiesan su pecado y abrazan con sinceridad su leal status de *rayades*. Id inmediatamente a anunciar esto a todos vuestros conocidos y estad todos atentos para desbaratar y romper cual tela de araña la mentira y perversión que los promotores han tejido por doquier. Porque si –Dios no lo quiera– no se lava esta mancha mortífera y se sorprende a algunos

que se atrevan a atentar contra los deberes de los *rayades*, a más de que estos deberán ser castigados sin piedad ni lástima, al punto (¡que no ocurra, Cristo rey!) se inflamará contra nosotros la justa ira del Estado y el ansia de venganza de los islamistas y se verterá injustamente y sin razón la sangre de muchos inocentes, como ha divulgado en respuesta el fuerte e invencible reino en el respetable decreto del altísimo rey publicado y leído en presencia de todos vosotros. Odiad y rechazad de corazón y de palabra a aquellos impíos promotores e insensatos exiliados y rebeldes perniciosos, al igual que los odia la iglesia y la nación, acumulando contra ellos las más horribles y pavorosas maldiciones; como a miembros podridos los ha cortado de la limpia y saludable comunidad cristiana; como transgresores de las leyes divinas y las órdenes positivas, como incumplidores del sagrado deber de respeto y gratitud a los benefactores, como enemigos de los condicionantes morales y políticos, como artífices sin escrúpulos de la perdición de nuestros inocentes y no responsables hermanos, permanezcan apartados, malditos y sin perdón, no absueltos después de la muerte, reos de eterno anatema, ellos y cuantos han ido tras sus huellas o las sigan en adelante, si se niegan a considerar el error y la mentira, a dar vuelta atrás y recorrer el camino recto de la salvación, esto es, si no asumen por completo el carácter de su fiel condición de *rayades*. Lo mismo hacemos extensible a vuestra prelatura obispal o arzobispal si no seguís cuanto como iglesia os hemos mostrado en el Espíritu Santo por la presente, si no mostráis de obra el cuidado y la disposición para terminar con las maquinaciones, reprimir los abusos y desórdenes, hacer volver a los descarriados y perseguir y castigar directa o indirectamente a los que persistan en sus ideas subversivas, si no estáis de acuerdo con la iglesia de Dios y, en una palabra, si de cualquier forma conspiráis o habláis contra nuestro común benefactor el poderoso reino, os declararemos excluidos de toda práctica sacerdotal y, con el poder del Santísimo Espíritu, despojados del grado obispal y arzobispal y sujetos a las llamas del infierno, por preferir la común destrucción de la nación. Sabiéndolo así, recapacitad en Dios y haced como decimos constituidos en iglesia en esta exhortación general, y no de otra manera, en el convencimiento de que aguardamos con prontitud el feliz cumplimiento de este escrito, para que la gracia de Dios y su infinita misericordia sean con todos vosotros.

“Marzo de 1821

“Firmado en sínodo sobre el sagrado altar por nos y Su Beatitud y todos los santos hermanos obispos.

“Gregorio, patriarca de Constantinopla.

“Polýkarpos, patriarca de Jerusalén.

“Ioannikios, de Cesarea.

“Athanasios, de Nicomedia.

“Grigorios, de Derkos.

“Dorótheos, de Adrianópolis.

“Hieremías, de Bizya.

- “Kalínikos, de Sifnos.
- “Meletios, de Heraclea.
- “Makarios, de Nicea.
- “Iosif, de Tesalónica.
- “Zacharías, de Tarnovo.
- “Kalínikos, de Dydimóticho.
- “Filótheos, de Varna.
- “Dionysios, de Reon.
- “Konstandios, de Cízico.
- “Grigorios, de Calcedón.
- “Ioannikios, de Turnovo.
- “Athanasios, de Pisidia.
- “Ánthimos, de Drista.
- “Paisios, de Sozópolis.
- “Damaskenós, de Fanari y Fersala.
- “Ánthimos, de Naupacto y Arta.”

“Gregorio, arzobispo de Constantinopla, la nueva Roma, y patriarca ecuménico por la gracia de Dios.

“Venerable metropolitano excelso prelado, querido hermano en el Espíritu Santo y concelebrante de nuestra diócesis, Sr. La gracia y la paz de Dios sean con tu santidad.

“Cuánto ha perturbado los espíritus no sólo de los eclesiásticos, sino también de todos los feligreses habitantes de la capital, del más humilde al más grande, el inesperado movimiento rebelde, no podemos entregarlo a la escritura. Estamos tristes y cabizbajos al comprobar el grado de desconsideración e ingratitud, contra la iglesia y el poderoso e invencible reino que nos ha sido impuesto por Dios, al que ha llegado Michaíl, que no debía haber sido enviado a aquel principado, y cómo con el disfraz de la libertad se ha proclamado de hecho y en verdad enemigo señalado de la nación, confabulándose con ese desterrado e igual de ingrato Aléxandros Hysilandis. Sin observar ni los preceptos de Dios ni los derechos de los hombres, pisoteando la moral y la religión, no sólo han engañado a los ingenuos e insignificantes del lugar, sino también calumniado inconscientemente a todo el pueblo presentando su inmoral plan como una empresa nacional. Pero la divina providencia y la vigilancia del poderoso e invencible reino, a través de las cartas interceptadas y de la propia información oficial facilitada por Su Excelencia el embajador de Rusia, ha descubierto la impostura y se ha conocido la base y el origen y visto la falsedad y el engaño de la propaganda que desvergonzadamente manejan de que tienen por colaboradora en estos mortíferos objetivos a la Potencia rusa, según ha sido todo divulgado por el alto y respetable decreto real publicado

y leído hoy para público conocimiento de todos nosotros.

“El Estado imperial ha tratado de desbaratar ordenadamente el inmoral plan y la santa iglesia de Cristo, velando con deber inexcusable por sus hermanos de todos los lugares, ha publicado pastorales, distribuidas por medio de sus ministros, dictando a los hermanos en común y por partes los remedios y sosteniendo a todos en su fidelidad de *rayades* y en los deberes de la sincera obediencia y sumisión; castiga con maldiciones indisolubles y con anatemas a los promotores y a sus imprudentes seguidores y secuaces, como manifiestos genocidas que desean sin entrañas ni humanidad que se vierta la sangre inocente de tantos y tantos hermanos. Tales pastorales se están enviando convenientemente a la diócesis de tu santidad y de los amadísimos obispos; por ellas te informarás correctamente; privadamente por conducto de la presente te encargamos como iglesia que proclames a todos los cristianos bajo tu guía espiritual el contenido de nuestras cartas pastorales, que luches por todos los medios para desvelarles el error en que se encuentran, que desbarates sus vanos pensamientos y, finalmente, les muestres que con su persistencia en este insensato movimiento están preparando el exterminio de toda la nación y les informes de que, si no rectifican su error con un completo y sincero arrepentimiento, la iglesia los aparta de la grey de los fieles con excomunión perpetua, por su abyección y culpabilidad.

“Ante todo sé prudente, amado hermano. Medita que tendrás que defenderte en el incorruptible tribunal de Nuestro Señor, en el terrible día del juicio, por todos los hermanos de ahí y los de otros lugares que cometan algún mal por causa de ellos. A tu mano se atribuirá la sangre derramada si no aplicas de palabra y obra la necesaria curación y corrección, si no cumples tus deberes pastorales persuadiendo a los engañados, acogiendo y perdonando a los arrepentidos y desligándolos de sus satánicos juramentos, odiando, rechazando, enfrentándote y persiguiendo a los desertores y, ante todo, secundando a la iglesia de Dios y al poderoso reino que ÉL nos ha impuesto; y si te opones y –Dios no lo quiera– emprendes actos contrarios a las directrices emanadas de la iglesia de palabra, obra o intención, desde ese mismo instante te despojamos del grado arzobispal, como autoexcluido y miembro ajeno y extraño de la iglesia de Dios, reo de degradación irrevocable. Así pues, amadísimo hermano, esfuérgate cuanto puedas, para no poner en peligro tu alma, que en un mar de lágrimas ha sido firmado sobre el altar de Dios este escrito sinodial que se te envía; así se extinguirá la justa ira de la iglesia contra los comunes destructores y devastadores. Esperamos alegrarnos con tu pronta respuesta mostrando el feliz cumplimiento de lo escrito, para que te coronemos con nuestras bendiciones y buenos deseos.

“Tu hermano en Cristo.

“Constantinopla 21 de marzo de 1821.”

“Gregorio, arzobispo de Constantinopla, la nueva Roma, y patriarca ecuménico por la gracia de Dios.

“Venerable metropolitano excelso prelado, querido hermano en el Espíritu Santo y concelebrante de nuestra diócesis, Sr., nobles dirigentes de la provincia, autóctonos y del lugar, honrados funcionarios, maestros de los afamados oficios, benditos cristianos de toda clase y condición, hijos nuestros muy amados en el Señor, la gracia y la paz de Dios sean con vosotros.

“La base principal de la moral, esto es, la gratitud para con nuestros bienhechores, es clara como la luz del sol; y el que, beneficiado, no es agradecido, es el peor de los humanos. Es un mal que vemos reprobado en todas partes en las sagradas escrituras e imperdonable a los ojos de nuestro señor Jesucristo, como podemos ver por el ejemplo de Judas. Pero cuando la ingratitud va acompañada de un espíritu malhechor y de rebeldía contra nuestro común benefactor que nos da el pan, contra el poderoso e invencible reino, entonces exhibe una forma diabólica, pues no hay, según se dice, monarquía ni poder si no es ‘de procedencia divina’: de ahí que todo el que se ponga frente al poderoso reino, que nos ha impuesto Dios, se opone a la ley de Dios. Y estos dos esenciales y básicos deberes morales y religiosos los han pisoteado con osadía y arrogancia sin parangón el que no debía haber sido nombrado gobernador de Moldavia, Michail, y el ingrato hijo del reconocidamente ingrato exiliado Hypsilandis, Aléxandros. De todos nuestros hermanos son conocidos los infinitos favores que la inagotable fuente del poderoso reino que se nos ha impuesto ha derramado sobre el malvado Michail: de pequeño y mezquino que era, lo elevó a dignidades y grandeza; de infame e insignificante lo condujo a la gloria y el honor; lo enriqueció, lo ensalzó y, finalmente, lo honró con el brillante solio del principado y lo convirtió en gobernante de pueblos. Sin embargo él, malvado por naturaleza, se ha revelado como un monstruo de ingratitud, confabulándose con Aléxandros Hypsilandis, hijo de aquel fugitivo y evadido, que, tomando como auxiliares a otros como él, ha osado marchar de súbito contra Moldavia; y ambos, insensatos por igual, arrogantes y ambiciosos, o por mejor decir, vanidosos, han proclamado la libertad de la nación y, con esta voz, han arrastrado a muchos del lugar, diseminando apóstoles por distintas partes, para engañar y arrastrar al mismo abismo de perdición a otros muchos hermanos nuestros. Para poder animar de alguna manera a sus oyentes, han manejado el nombre de la Potencia rusa, presumiendo que está de acuerdo con sus ideas y sus operaciones; presunción del todo falsa e imaginaria, fruto y engendro sólo de su perversidad y delirio; pues, a más que algo así es moralmente imposible y causa de gran descrédito para el Imperio Ruso, Su Excelencia el embajador en esta ha entregado un informe escrito negando todo conocimiento o participación del Estado ruso en dicha maquinación y censurando y rechazando la perversidad del acto. Con tales maquinaciones han montado la mortífera escena esos dos y sus agentes liberales, o mejor liberticidas,

y han emprendido una acción execrable, odiosa a los ojos de Dios y demencial, queriendo perturbar la paz y tranquilidad de nuestros fieles hermanos vasallos del poderoso reino, de las cuales disfrutaban al amparo de su majestuosa sombra, con tantas prebendas de libertad como no goza ninguna otra raza tributaria y sometida, viviendo sin ser importunados con sus mujeres e hijos, con sus haciendas y estado y con el mantenimiento de su honor y, sobre todo, con la prerrogativa de practicar su religión, que ha sido preservada y se mantiene sin ser cuestionada hasta hoy para salvación de nuestras almas. En conclusión, en vez de amar la libertad la odian y, en vez de patriotas y religiosos, se muestran antipatriotas, antirreligiosos y enemigos de Dios, ay, provocando los insensatos, con sus enloquecidas acciones, la cólera del benévolo poderoso reino, en contra de nuestros iguales, súbditos de él, y prestos a provocar una catástrofe común y general contra toda la nación.

“Al oír esto nosotros y toda la comunidad clerical de nuestro entorno y todos los miembros locales de cualquier condición de nuestra piadosa nación, nos hemos llenado de tristeza y profundo dolor, que nos ha llevado, guiados del amor paternal y la providencia eclesiástica, a inspiraros la salvación. Y con este escrito te encargamos y pedimos que inmediatamente, en tu calidad de arzobispo y a través de tus subordinados abades, monjes y padres espirituales denuncies el engaño de los perversos hombres antecitados y formes a los cristianos de toda clase bajo el amparo de tu guía espiritual en la observación de su condición de fieles *rayades* y la extrema sumisión y servil obediencia al poderoso reino impuesto a nosotros por Dios; que desbarates, con las pruebas efectivas de la verdad, las maquinaciones de esos perniciosos hombres y los muestres como plagas públicas y casquivanos, sin que ni tú como sacerdote ni tu grey espiritual hagáis caso alguno a sus palabras ni a sus acciones, más bien los odiéis y los rechacéis, al igual que los odia la iglesia y la nación y acumula contra ellos las más pavorosas maldiciones; como a miembros podridos los ha cortado de la limpia y saludable comunidad cristiana. Como transgresores de las leyes divinas y las disposiciones apostólicas, como incumplidores del sagrado deber de respeto y gratitud a los benefactores, como enemigos de los condicionantes morales y políticos, como artífices sin escrúpulos de la perdición de nuestros inocentes y no responsables hermanos, permanezcan apartados, malditos y sin perdón, no absueltos después de la muerte, reos de eterno anatema público; libérense las rocas, la leña y el hierro, pero nunca ellos; que se abra la tierra y se los trague, no como a Datán y Abiram sino de una forma extraña, para admiración y ejemplo. Que el Señor los golpee con el frío, la fiebre, la asfixia y la palidez; que el cielo sobre sus cabezas se vuelva de bronce y el suelo bajo sus pies, de hierro; que sean aniquilados a destiempo de la vida presente y castigados en la venidera; caigan sobre sus cabezas los rayos de la cólera divina; que sus bienes sean borrados y exterminados totalmente; que sus hijos sean huérfanos y sus mujeres viudas; que en una generación se borren sus nombres con el eco y no quede para ellos piedra sobre piedra; que el ángel del Señor los expulse con espada de fuego con las maldiciones de todos los santos y padres de la iglesia, a ellos y

a cuantos han seguido sus pasos sin importarles, o los sigan en el futuro. Así les maldecimos, echando manantiales de lágrimas por los ojos y llenos de justa cólera. Y puesto que, además, se ha sabido que los que concibieron el satánico levantamiento popular y constituyeron tal sociedad se conjuraron entre sí con el vínculo del juramento, que sepan que tal juramento es una mentira, es indistinguible e igual del juramento de Herodes, que decapitó a Juan el Bautista para no quedar como transgresor de su juramento. Si hubiera faltado a su absurdo juramento, que le inspiró su desmedido apetito, entonces seguramente habría vivido el divino precursor; así que la persistencia en un simple juramento causó la muerte del precursor. Así pues, la fidelidad al juramento para mantener lo prometido a la facción que planea la destrucción de un pueblo entero, es evidente cuán deletérea es y enemiga de Dios; por el contrario, la deposición del mismo juramento, que libra al pueblo de los inconsolables males que se aproximan, es respetuosa con Dios y salvadora. Por ello la iglesia les ha dispensado de él con la gracia del Santísimo Espíritu y acoge y perdona de corazón a los arrepentidos que rectifican, confiesan su pecado y abrazan con sinceridad su leal status de rayades. Dirigiendo la palabra en particular a tu prelatura, declaramos que, si no sigues cuanto como iglesia hemos mostrado en el Espíritu Santo por la presente, si no muestras de obra el cuidado y la disposición para terminar con las maquinaciones, reprimir los abusos y desórdenes, hacer volver a los descarriados y perseguir y castigar directa o indirectamente a los que persistan en sus ideas subversivas, si no estás de acuerdo con la iglesia y, en una palabra, si de cualquier forma conspiras o hablas contra nuestro común benefactor el poderoso reino, te declaramos excluido de toda práctica sacerdotal y, con el poder del Santísimo Espíritu, despojado del grado arzobispal, rechazado de los recintos sagrados, privado de la gracia de Dios y sujeto a las llamas del infierno, por preferir la común destrucción de la nación.

“Marzo de 1821

“Firmado en sínodo en el sagrado altar por nos y Su Beatitud y todos los santos hermanos obispos.

“Gregorio, patriarca de Constantinopla.

“Polýkarpos, patriarca de Jerusalén.

“Ioannikios, de Cesarea.

“Meletios, de Heraclea.

“Konstandios, de Cízico.

“Athanasios, de Nicomedia.

“Meletios, de Nicea.

“Grigorios, de Calcedón

“Grigorios, de Derkos.

“Iosif, de Tesalónica.

“Ioannikios, de Turnovo.

“Dorótheos, de Adrianópolis.

“Meletios, de Prusa.

“Kalímachos, de Didimóticho.

“Athanasios, de Ancira. Etc., etc.”

^v He aquí otros dos escritos más recientes del sultán sobre el mismo asunto, el primero al kiaya bey (lugarteniente del gobernador) y el otro a toda la nación musulmana. El del kiaya bey decía:

“Nadie desconoce lo ocurrido últimamente en las provincias de Valaquia y Moldavia, ni la persistente deslealtad de la nación griega. Confíemos en Dios que retorne la paz. No obstante, es necesario que cada musulmán se adapte a las nuevas circunstancias, las cuales exigen la renuncia a todo relajamiento, la vuelta a la vida en los cuarteles como antiguamente y la inminente emulación de los hábitos de nuestros antepasados. Igualmente es preciso que los ministros del Estado, los empleados y los burócratas renuncien a la vida regalada y se dispongan al susodicho cambio de las costumbres, comprando armas y caballos.”

He aquí la dirigida al pueblo musulmán:

“Los infieles, testigos de los desmanes de nuestros ministros y funcionarios de mi Estado, y previendo que estos no eran capaces de ofrecer resistencia, se han atrevido a levantar la mano armada. Esto lo saben todos los grandes señores, ministros y funcionarios de mi Estado y, aún así, ninguno muestra el debido celo: los secretarios apenas van a sus trabajos a 3ª hora y, de esa manera, la administración no funciona adecuadamente; no todas las horas han de ser de haraganeo. Estos son los lamentables resultados de tal género de vida. Los musulmanes están descontentos. Algunos desalmados no dejan de divertirse y acusar a los demás; por ello, en el futuro no les reñiré, sino entregaré en manos del verdugo a los que vivan esa vida, a los que desprecien la tarea de considerar a los demás como hermanos, a los que alimentan el odio contra ellos, a los que no se preocupan por cumplir su deber, a los que llegan tarde al trabajo y a los que hablan mal unos de otros. Que tengan los ojos bien abiertos. Las circunstancias actuales no son como las pasadas. Se trata de la religión. Mi imperial objetivo es ganar los corazones de los auténticos creyentes y reforzar la ley de Mahoma ¡Estad todos alerta, amén!”

A remarcar que todos los escritos en turco que publico han sido traducidos de traducciones al francés.

^w Unos días después, la Puerta decapitó a un hijo y al hermano de Paparigópulos.

^x Que los turcos mataban a los cristianos indiscriminadamente, sin investigación y por una simple sospecha, baste referir que el acta de acusación contra Yoryos Mavrokordatos decía que “ha sido condenado a muerte por llevar cañones delante de su

casa para derribar a la autoridad turca.” La desfigurada realidad es que su casa estaba junto al mar y, delante de ella, anclaban los barcos y desembarcaban habitualmente sus cañones para repararlos.

^y Este gran intérprete fue desterrado y, durante su exilio, invitado a cenar por el gobernador, que vivía en el campo, fue asesinado en el camino por unos servidores del propio gobernador que fingían ser bandidos.

^z He aquí las instrucciones que el sultán dio al nuevo gran visir Bederli Ali Pasha:

“Ali Pasha,

“Mi muy estimado gran visir y administrador general, con mis imperiales saludos: Tu antecesor, Said Ali Pasha, no mostró la firmeza necesaria; amaba las diversiones y el lujo y no era el hombre que exigen las circunstancias actuales, por eso lo he depuesto; te he elevado a la dignidad de primer ministro mío porque te distingues entre mis visires por tu celo, valor, lealtad y rectitud y porque hasta hoy has dado muestras de prudencia en la gestión de los asuntos que te he confiado; espero ver lo que haces en tu servicio actual. El momento actual no se parece a ningún otro. Enseña mediante tu recto entendimiento, tu honradez y tu devoción religiosa que es necesario que todos los fieles se unan como dice el sagrado pasaje del Corán: “Dios ve con agrado a los fieles que lo adoran bajo el árbol y a los merecedores de la gracia divina.” Encomienda a mis amados ulemas, visires, ministros de mi imperio y mandos de los jenízaros que vivan en la concordia y no se acusen los unos a los otros; los ministros, magnates, agás de los jenízaros, mis servidores en general deben dejar en adelante toda molición y suntuosidad y, en general, su habitual modo de vida, sólo soportable en tiempo de paz; no deben entregarse al desenfreno ni a la inactividad sino, como manda la ley del profeta, los prohombres de mi imperio deben orar en privado y en público, el pueblo llano en las mezquitas y capillas. Ante todo provee a la capital de víveres de todo tipo y, con la ayuda de la gente decente, así como la de los ministros y demás subordinados, mantén la seguridad en la capital y los confines. Comunicame todo asunto importante, de manera que ninguno se descuide o aplace.

“Así el Todopoderoso bendiga en la época actual y en el futuro a todos cuantos te asistan y atiendan la voz divina que dice: “Sea humilde delante de Dios y respetuoso con el profeta.” Este es el primer encargo que te hago.”

^{aa} He aquí el *hatt-i sherif* sobre la destitución de Bederli Ali Pasha y el nombramiento de su sucesor, Sali Pasha:

“Recibe mis imperiales saludos y sabe que, desde que quedó clara la inesperada rebelión de la nación griega, todos los visires, todos los hombres de leyes, todos los mandos y oficiales de mis ejércitos, conociendo la hermandad de todos los musulmanes, se han unido en la gracia de Dios y velan en armas noche y día para sofocar la

secesión castigando a sus promotores; mas tu antecesor Bederli Ali Pasha, que desde el comienzo mismo de su servicio mostró no tener conocimiento de las leyes de mi imperio ni de los motivos de la rebelión, ha querido *ahorrar sangre de los griegos*, cuya traición es mundialmente conocida, sin comprender el alcance de la conjura descubierta. Se ha atrevido a hacerlo a causa de su desconocimiento y ha actuado políticamente como no se debía; por ejemplo, ha tenido la osadía de oponerse al castigo de esa miserable raza, enfriar el celo de los musulmanes, romper el amor y la concordia existentes entre ellos y sembrar la cizaña de la disensión entre las clases. Puesto que tal actitud podía conllevar deplorables resultados, se ha juzgado conveniente no sólo no diferir su caída, sino alejarle y dejarlo fuera de todo servicio.

“Dado que eres uno de mis ministros más antiguos y conoces igual de bien las causas y consecuencias de cualquier obra, espero de ti honestidad y dedicación; por ello te nombro gran visir. Muéstrate, pues, tal como te considero: actúa políticamente con tus acostumbrados honor y celo; únete a mis visires, a los servidores de la ley, los ministros de mi imperio y los jefes de mis ejércitos según el precepto del profeta y procura no descuidar ningún asunto, informándome con rapidez de los más urgentes; ordena a todos los musulmanes que se nieguen a la molicie, el lujo y la disolución, cambiando las condiciones de la paz por las de la guerra y actuando de acuerdo con las leyes del profeta. Procura que se cumplan estas órdenes.

“Ojalá el Todopoderoso premie en este tiempo y en el venidero a cuantos no consideran insignificante esta rebelión, a los que ven en mi reino el reino de Mahoma, a los convencidos de que el bien de todos los musulmanes depende de la sincera unidad de todos y a los que actúan de común acuerdo y veneren tus disposiciones. Este es mi deseo.”

NOTAS AL CAPÍTULO VII

^{ab} He aquí el edicto imperial contra Hypsilandis:

“1. Su alteza Aléxandros Hypsilandis es excluido de su servicio a Rusia.

“2. Notifíquesele que Su Majestad Imperial desapruueba oficialmente su empresa y que no debe esperar ninguna colaboración de Rusia para apoyarla.

“3. Envíense al conde Wittgenstein, comandante en jefe de las tropas rusas en el Prut y Besarabia, instrucciones expresas para que observe una estricta neutralidad e imparcialidad con respecto a los disturbios que han estallado en los principados.

“4. Comuníquense estas decisiones al embajador de Rusia en Constantinopla, para que las dé a conocer a la Sublime Puerta, reiterando en el mismo oficio sincera y nítidamente las seguridades dadas por nos sobre la rebelión de los principados; anúnciele

expresamente que la política de S.M. imperial es y será ajena a los revolucionarios, que amenazan la paz en todas partes; y que toda falta de esa naturaleza se opone a la rectitud de sus intenciones y que, en sus planes con respecto a la Puerta, S.M. no busca otro objetivo ni alberga otro deseo que la observación y el estricto cumplimiento de los tratados entre las dos Potencias.”

NOTAS AL CAPÍTULO VIII

^{ac} Cuando Penedekas usurpó el poder, los gobernantes de Moldavia salvaron a dichos turcos enviándolos a Besarabia.

^{ad} Alude a la carta enviada a él por Kapodistrias en nombre del emperador, insertada aquí tal como fue publicada en su momento en los principados:

“Liubliana, 14 de marzo de 1821.

“Al recibo de su carta de 24 febrero, el emperador experimentó un dolor tanto más profundo cuanto más estimaba la nobleza de sus sentimientos, de los cuales ha dado Vd. prueba en el servicio de Su Majestad. Su Majestad Imperial, por lo demás, estaba lejos de temer que Vd. pudiese de repente verse arrastrado por este espíritu turbulento que lleva a los hombres de nuestro siglo a buscar, dando al olvido sus deberes primordiales, un bien que nadie puede esperar sino de una estricta observación de las normas de la religión y la moral. Lo ilustre de su familia, la carrera que ha iniciado, la justa estima que ha conseguido, todo eso le proporcionaba la ocasión y los medios de alumbrar el camino hacia lo que les conviene a los griegos que ocupan los primeros puestos, que tan justa confianza le demostraban. Sin duda es humana su aspiración a mejorar su destino de Vd.; sin duda, antiguas circunstancias inspiran a los griegos el deseo de no permanecer ajenos a su propio destino, pero ¿es con la sedición y con la guerra civil como pueden confiar en el cumplimiento de su alto ideal? ¿Es con oscuros complots y tenebrosas intrigas como puede un pueblo tener la esperanza de resurgir y elevarse al rango de las naciones independientes? El Emperador no lo piensa así, y se ha apresurado a asegurar a los griegos su protección a través de los tratados suscritos entre Rusia y la Puerta. Hoy en día se obliteran los beneficios de la paz, se abandonan los métodos legales y parece que desea Vd. ligar su nombre con unos sucesos que no pueden ser admitidos por S. M., el Emperador de todas las Rusias. Rusia está en paz con la monarquía otomana. El alzamiento popular que ha estallado en Moldavia no puede justificar de ninguna manera una ruptura entre las dos Potencias. Sería una ruptura con la administración otomana, una actitud hostil contra ella; sería, en una palabra, una quiebra de la confianza en los tratados apoyar, aun con el silencio, una secesión cuyo propósito es acabar con una Potencia con la cual Rusia ha declarado y declara que tiene la firme decisión de mantener relaciones estables de paz y amistad.

“Por otra parte, ¿qué momento ha elegido Vd. para hacer la guerra a la Puerta? El preciso instante en que actividades cada día más fructíferas, con felices resultados, envolvían la paz con nuevas garantías; el momento en que iban a ser satisfechas las reclamaciones de la familia de Vd. Sabe Su Excelencia que el sultán tendía a restituirle una plena y completa justicia. Viendo estas circunstancias y conociendo los principios que han de regir siempre la política de la monarquía, ¿cómo se ha atrevido a sugerir a los habitantes de los principados el apoyo de una gran Potencia? Si pone Vd. sus ojos en Rusia, los compatriotas de Vd. la verán inmóvil y en breve sentirá que cae sobre Vd. con todo su peso la defensa de una intentona que sólo locas pasiones podían dictar. No obstante, no tardará mucho en prestar el debido respeto a la recta razón y a la verdad; aún tiene en sus manos la salvación de los hombres equivocados que le rodean, puede llevarlos a reconocer las consecuencias de su plan y del suyo propio. Vuelva atrás de esta ceguera nefasta; puede apartarlos y escapar Vd. a la venganza de una administración cuyos intereses más preciados aconsejan exponer contra ti y contra ellos una justísima severidad. Ninguna ayuda a corto o medio plazo le será prestada por el emperador, puesto que, repetimos, es indigno socavar los cimientos de la monarquía otomana a través de la actividad reprobable e irresponsable de una Sociedad secreta. Si Rusia tuviera quejas legítimas contra la Puerta y la Puerta se negara a justificarlas, en una palabra, si resulta inevitable el uso de la fuerza armada, sería necesario recurrir a dicha fuerza; mas por el contrario, existen relaciones totalmente pacíficas entre las dos Potencias y los tratados debidos a la iniciativa de sus ministros confirman cada día más la esperanza en los más favorables resultados.

“Pondere, Alteza, las observaciones que el emperador le ha hecho para restituirle la última muestra de su bondad hacia Su Excelencia, benefíciense de un consejo salvador, enmiende el mal que ha hecho, evite la catástrofe que va a causar a su bella y desgraciada patria. Si nos muestra los medios de hacer cesar los disturbios sin debilitar los pactos existentes entre Rusia y la otomana Puerta, sin causar la más mínima infracción de nada de lo convenido, el Emperador no rehúye intervenir ante la administración otomana para obligarla a adoptar medidas prudentes que devuelvan la paz a Moldavia y Valaquia, que tanta necesidad tienen de ella; en cualquier otro supuesto, Rusia será espectadora de los acontecimientos y los ejércitos del emperador permanecerán desmovilizados.

“Ni Su Excelencia ni sus hermanos están ya al servicio de Su Majestad imperial. No obstante, la princesa Hysilandi seguirá bajo su protección; mas en lo que respecta a Vd., el emperador no concede bajo ningún supuesto que vuelva a Rusia.

“Esta carta le será enviada por intermedio del barón Sr. Stroganof, quien, una vez que la dé a conocer a la Puerta, ha recibido la orden de hacérsela llegar; se adjuntan recomendaciones que el emperador le exhorta una vez más a seguir.

“Suyo affmo.

“Aléxandros Pinis.”

NOTAS AL CAPÍTULO IX

^{ae} Este pope se refugió en el lazareto austríaco y, expulsado a petición de los turcos, volvió a Valaquia y fue hecho prisionero en un combate y enviado a Silistra, donde lo ahorcaron. Este valeroso pero descerebrado pope acostumbraba a llevar sobre el pecho muchas cruces, a modo de condecoraciones.

^{af} Estos preparativos nos recuerdan las disposiciones de Leónidas y los suyos antes de morir en las Termópilas.

^{ag} Fueron Thanasis de Karpenisi, Kondogonis del Peloponeso, Sofianós de Ceos, los dos hermanos Mingliaris de Cefalenia, Stavrakis Hagiomavritis, Intsés, Tryfon Kliris y Patros Karbunov. Dice Rizos al narrar las gestas de Sculeni: “Vi al gobernador militar de Besarabia cuando volvía del lazareto, a donde había ido a ver la batalla, y le oí decir que si Aléxandros Hypsilandis tuviera la suerte de contar a sus órdenes con diez mil iguales a los combatientes de Sculeni, podría hacer frente con facilidad al cuádruple de turcos.”

^{ah} Hypsilandis fue acusado de colocar durante su estancia en Târgoviste una escalera que llevaba directamente a sus habitaciones, para uso exclusivo de sus hermanos y de los oficiales; mas a mí se me ha asegurado que el uso normal de dicha escalera estaba prohibido con el solo objeto de impedir por ella el acceso de sospechosos a sus habitaciones particulares.

NOTAS AL CAPÍTULO X

^{ai} El sistema descrito para el movimiento de barcos es concretamente el de Hydra, que era prácticamente como el de Spetses. El de Psará era diferente, sus barcos normalmente se fletaban.

^{aj} He aquí el documento de la toma del mando:

“Por el presente escrito público, sellado y firmado, se manifiesta que, habida una asamblea pública para el recto gobierno de nuestra tierra, hemos juzgado digno de asumir el ejercicio de la administración local a nuestro honradísimo convecino Sr. capitán-Andonios Ikonomu, al cual damos plenos poderes para que gobierne con los notables votados en su momento y relacionados abajo según este reglamento, juzgando y enjuiciando cualquier asunto político y económico.

“El proclamado gobernador por votación pública, Sr. y capitán-Andonios, tendrá consigo un equipo de doce consejeros elegidos por él y ambos tendrán en cada asamblea voz y voto igual al de los notables representados para la ocasión, y sólo ellos la representación personal del pueblo.

“El mencionado gobernador capitán-Andonios tiene poder absoluto, en caso de necesidad, para organizar una expedición por tierra y por mar con todas las fuerzas necesarias y a voluntad, en cabeza de la cual puede partir él mismo cuando lo desee. Los notables abajo firmantes, que tenemos la representación del Estado, nos comprometemos sin oposición a proveer dichas fuerzas y el coste de dicha expedición.

“La necesaria custodia del lugar correrá a cargo del Sr. gobernador capitán-Andonios y será obligación suya mantener la paz, la justicia y el buen comportamiento de todos los habitantes, sin consentir el más mínimo desorden.

“Los notables temporales serán independientes del Sr. gobernador capitán-Andonios.

“Así ha sido acordado con nuestro completo beneplácito y, en muestra de ello, firmamos de puño y letra...

“Hydra, a 31 de marzo de 1821.”

^{ak} “En nombre de Dios Todopoderoso.

“La nación griega, cansada ya de gemir bajo el yugo que la ha abrumado vergonzosamente durante cuatro siglos, recurre con general y unánime impulso a las armas para romper las pesadas cadenas con que la han cargado los bárbaros mahometanos. El sagrado nombre de la libertad resuena en todos los rincones de Grecia y todos los corazones griegos se inflaman con el deseo de recuperar este preciado don de Dios o morir luchando por él.

“Los habitantes de la isla de Hydra no serán menos partidarios de esta noble causa; por el contrario, menospreciando el peligro para destruir a quienes los tiranizan, emplearán para dicho objetivo el único medio que les ofrece la naturaleza por su posición geográfica. Los notables que integramos la administración de la isla confiamos a Yakumakis Nikolau Tombazis, capitán del barco *Temístocles*, con diez cañones y otras armas y bajo pabellón griego, la misión de ir con dicho barco a donde lo crea útil y necesario para la causa común y emprender por tierra y mar contra las fuerzas otomanas todo lo que está permitido en una guerra legal, hasta que se establezcan sólidamente la libertad y la independencia de la nación griega.

“Rogamos a los mandatarios de las Potencias marítimas y continentales de todos los países de Europa, no ya que no pongan ninguna traba a este barco ni a las acciones que conlleva su misión, sino incluso que le presten toda la ayuda y protección acorde con la neutralidad. Lo esperamos de la generosidad de las naciones civilizadas, y que recaiga sobre nosotros el oprobio si dudáramos un instante de su bien dispuesta benevolencia para con nuestra causa, que es en defensa de los derechos de la humanidad.

“Los descendientes de aquellos ilustres hombres que honraron al género humano e ilustraron al mundo con sus excelsas virtudes luchan ahora por la libertad contra sus

tiranos, los bárbaros descendientes del bárbaro Otmán, aniquiladores de las ciencias y las artes y enemigos de la sagrada religión cristiana. ¿Quién será tan inhumano como para poner obstáculos a nuestra horrible situación o no hacer votos por nosotros?

“Dado en la cancillería de la isla de Hydra el 16 de abril de 1821.

“Los habitantes de la isla de Hydra.”

al “Disposición sobre distribución de los botines.

1. El reparto de los apresamientos marítimos será como sigue: Un tercio de estos se distribuirá entre los barcos combatientes, otro tercio entre los marineros y el tercio restante se reservará para la comunidad ciudadana. Los despojos de que sean provistos nuestros marineros en su primer enfrentamiento contra el enemigo, como armas, ropa y otros adminículos que no sobrepasen la cantidad de cien *grosia*, se distribuirán proporcionalmente entre los veleros que se hayan enfrentado a los enemigos.
2. Los barcos que se entreguen sin luchar se consideran comunes, y ningún marinero de las embarcaciones que hayan hecho la presa tiene derecho a tomar ni lo más mínimo, perteneciendo todo a la comunidad.
3. Para el buen orden y la concordia en todos nuestros veleros que luchan por la patria, se ha declarado justo y legítimo que todas las capturas que se hagan sean comunes entre todos los barcos que intervengan en el combate, los asedios y persecuciones, excluyendo a cuantos permanezcan inmóviles en el puerto o en algún otro lugar.
4. Igualmente consideramos de justicia que cuantos veleros se extravíen en una persecución, vuelvan a su lugar de origen después de una ausencia de un mes para cambiar su salvoconducto, siendo dirigidos de nuevo a donde delimiten los éforos. En caso de no volver sin justificación dentro de dicho plazo, se considerará responsable a su capitán.
5. Debiendo la patria premiar al conciudadano que haya sufrido luchando en este sagrado coliseo, consideramos de justicia que se le subvencione de por vida a expensas de la comunidad y, en caso de muerte, que la familia que deja sea alimentada a expensas públicas, inscribiendo el nombre de cada uno en el libro de honor de la ciudad, para que sea alabado por las generaciones venideras y sean honrados sus descendientes.
6. Una vez que los capitanes por unanimidad han considerado razonable compartir con sus marineros el tercio del botín capturado por los barcos que salgan de puerto en defensa de la patria, dichos capitanes creen justo y correcto que dichos marineros trabajen sin otro sueldo hasta completar dos mensuali-

dades; y que al final de estos dos meses, vueltos aquí los veleros, se reparta el botín y haya una segunda deliberación de los éforos para una nueva salida de dichos veleros y sobre la manera de dar las gracias a sus marineros.

Spetses, 22 de abril de 1821.”

^{am} “Muy apreciados señores capitanes de la flota griega:

“El levantamiento de la nación griega contra sus tiranos y el envío de nuestra flota tiene lugar sólo con el objeto de perjudicar al enemigo común. Hasta que obtengamos nuestros derechos y libertad, todos nuestros recursos deben encaminarse a este fin, cuyo logro deseamos y sin duda disfrutaremos si nos guiamos con talante de hombres libres.

“Las naciones civilizadas de Europa alabarán sin duda nuestra decisión; no obstante, debemos conducirnos ante ellas con suma reverencia, respetando sus derechos y guardando la consideración debida a su neutralidad.

“Así pues, debemos recordaros que la bandera neutral cubre y protege las mercancías enemigas; os ordenamos en especial que os abstengáis de cualquier acción que provoque confusión o desagrado a los capitanes de los navíos mercantes con bandera de una Potencia europea, que evitéis hacerle inspecciones por la fuerza y pedirles sus cartas de navegación para examinarlas; vuestra única atención se limitará a aseguraros de que dichos barcos transportan suministros bélicos y tropas enemigas y, sólo en dicha circunstancia, detendréis su marcha y tomaréis los suministros abonando el flete o, si llevan tropas, mandaréis que sean devueltas al lugar de donde las han tomado. Salud.

“Hydra, 19 de abril de 1821.

“Los habitantes de Hydra.”

^{an} “Reverendísimos sacerdotes y reverendos monjes de los fieles cristianos ortodoxos:

“Nuestra tierra, tan amante de la patria, al ver el levantamiento general de nuestros correligionarios y hermanos para sacudir el yugo de la tiranía, ha movilizado todas sus fuerzas e izado en sagrada y pública ceremonia la bienaventurada enseña de la libertad de los fieles cristianos ortodoxos e invita a todos, en compañía de la patria común, a la guerra santa en su defensa. Hombres al servicio de Dios, mediadores entre Dios y los hombres: sed libres con nosotros, vestid la armadura del Rey celestial y las armas terrenales contra los que ultrajan el santísimo nombre del Altísimo, los que profanan sus divinos templos, los impíos y despóticos otomanos. Que las sagradas manos que bendicen a los cristianos ortodoxos tomen ahora la espada y el fuego contra los opresores de los ortodoxos. Imitad a Moisés, que abatió a Egipto; a Jesús de Naín, que combatió a los amalecitas; al tesbita Elías, que aniquiló con la daga en la boca a los sacerdotes de la iniquidad. Despertad, héroes de la cristiandad. El Señor de los Ejércitos está con vosotros en la lucha de la nación por la libertad; combatid por la libertad de

la fe, bendecid, confortad, que nadie quede inactivo en esta guerra santa. Os pedimos que nos informéis sobre vuestros progresos victoriosos.

“Publicado por la flota griega con el beneplácito de los notables de las tres islas de Hydra, Spetses y Psará.”

“Proclama nacional.

“Nobles hermanos, griegos amantes de la libertad: llegó el final de nuestros gemidos por la injusticia, los ultrajes, las vejaciones y todo el sinfín de calamidades que venimos soportando. Nuestro Salvador nos ha venido a ver desde lo alto. Dios ha inspirado a todos el firme deseo de sacudir el crudelísimo e insoportable yugo de nuestros bárbaros e impíos tiranos. Miles de valientes hermanos nuestros, con Su Alteza el general Aléxandros Hyspilandis a la cabeza, avanzan con pasos de gigante desde el Danubio hasta Constantinopla para derribar de su pedestal al tirano, que ya siente las sacudidas. El Peloponeso y Grecia entera han levantado la bandera de la libertad, y ahora reina la cruz. Píadosos descendientes de los más valerosos de los hombres, habitantes del continente y de las islas que aún permanecéis bajo el yugo turco: levantaos, empuñad las armas por la libertad de todos; cuantos tengáis veleros, grandes o pequeños, armadlos y uníos a la escuadra griega, que se está formando a partir de las fuerzas navales de Hydra, Spetses y Psará y os promete la libertad de todo el archipiélago. No desfallezcáis, descendientes de Milcíades y Temístocles; no os mostréis indignos de vuestra libertad. Esta guerra es por la fe y por la patria. Haced recuento de los males y los oprobios que sufrís de manos de los turcos. Haced recuento del mal que nos harán si vuelven a tomar las armas (Dios no lo quiera). No debéis hacer aprecio ni del alma ni del cuerpo, ni de ninguna otra cosa, para ganar la vida y la libertad. Éste es el momento en que, quien quiera salvar su vida, debe perderla. Quien pudiendo participar en la lucha y acudir de la forma en que pueda permanezca indiferente a la guerra de toda la nación, ese tal es maldito para la patria, una abominación para los hombres y la perdición del pueblo. Que no le ocurra a nadie mostrarse así: levantaos con toda el alma y de todo corazón; tomad las armas y destrozad al tirano, para conquistar la libertad que todos deseamos.

“A difundir por entre la flota griega.”

“Proclamación de la flota griega:

“Queridos hermanos, notables de las islas y costas de Grecia y demás habitantes:

“La guerra que hacemos contra los impíos tiranos no es de bandoleros, sino de toda nuestra nación, decidida por Dios y organizada por grandes hombres. Buscamos

la independencia de nuestra estirpe y a ella contribuimos con armas, barcos y vida. Debemos, pues, ser precavidos en todas nuestras operaciones: unir el valor con el honor, los cuales caracterizan a los verdaderos amantes de la libertad; no perturbar a nuestros correligionarios y compatriotas y, por el contrario, apoyar su buena disposición a favor del país; igualmente, debemos respetar los barcos y súbditos de las demás Potencias. Nosotros no sólo luchamos contra nuestros déspotas otomanos, también respetamos y tratamos con honor a las demás Potencias. Procurad pues, hermanos, que nadie importune a ningún hombre de nuestra estirpe ni a ningún barco griego, comportaos entre vosotros con amor y humanidad y con santa ira contra el tirano. Quien ose tratar con la injusticia del pirata a un barco griego o a un hombre cristiano o de otra Potencia neutral, será declarado enemigo de la nación y perseguido como tal.

“Salud y felicidad en fraternidad y concordia contra el enemigo común.

“Editado por la flota griega con el acuerdo de las islas de Hydra, Spetses y Psará”.

^{añ} El rencor mutuo entre los fieles de un rito diferente dentro de la misma religión es más ciego y letal que el que hay entre los practicantes de religiones distintas. Lo dicho lo demuestran ampliamente los males que soportaron los luteranos y calvinistas, a los que abrumaba el dogma de la iglesia romana. He aquí una anécdota estremecedora:

El rey de España, Felipe II, garantizó a los mahometanos de Granada el ejercicio de su religión cuando pasaron a ser súbditos suyos; en cambio, a los cristianos luteranos de los Países Bajos, que eran súbditos suyos fieles y útiles desde hacía mucho tiempo, los oprimió tanto por no profesar el dogma de la iglesia romana –que era el que profesaba él– que los condujo a levantarse en abierta rebeldía. Este cristianísimo rey fundó en España dieciocho tribunales dedicados sin tregua a condenar a muerte en la hoguera a todos los cristianos que no aceptaban el dogma romano. Trece fueron quemados el mismo día delante de él y no sólo no se dejó conmovido, sino que dijo abiertamente a uno de los nobles que llevaban a la hoguera e invocaba su misericordia, que estaba dispuesto a quemar con sus propias manos a su hijo si fuera un hereje. ¡Así adulteran el clemente espíritu del cristianismo de Dios las sectas, sobre todo si son guiadas por curas fanáticos!

^{ao} He aquí lo que escribieron simultáneamente los hydeos a la escuadra: “Hermanos, guardaos escrupulosamente, y anunciadlo a los de Psará y a los demás griegos, de molestar a ninguna de las naciones de Europa, pues incurriréis, de hacerlo, en la ira de ellas y de nuestra nación.

“Hydra, 20 de abril de 1821.

“Los habitantes de la isla de Hydra.”

NOTAS AL CAPÍTULO XII

^{ap} Vd. la importancia de los nombramientos de Grecia Oriental y Occidental en el capítulo XXV.

^{aq} Según algunos historiadores locales, los habitantes de la isla se calculan en 200.000 cristianos y 150.000 turcos.

^{ar} Si alguien duda de lo que digo, que lea la obra sobre Creta del viajero inglés Pashley, editada en 1837, donde encontrará confirmación de lo dicho no sólo por su testimonio, sino también por citas de cartas oficiales de los entonces cónsules de Francia y Austria en Creta.

^{as} Cf. los documentos oficiales en la obra de Pashley (Vd. bibliografía. N. del T.)

NOTAS AL CAPÍTULO XIII

^{at} Los de Argos, al oír de la invasión del kiaya bey, queriendo asegurarse de que era así, enviaron a caballo a un paisano suyo para espíarle, dándole además una carta para Dikeos, si lo encontraba. Resultó que el enviado era un borrachín y no paró de beber en su camino a Corinto, hasta que se embriagó. Llegó de noche y se topó con la guardia enemiga. “¿Quién eres?” le preguntó el centinela. “Soy yo, hermanos –respondió creyendo que estaba entre amigos– Cristo ha resucitado y el año que viene habrá huevos de Pascua.” Entonces el centinela le hizo bajar del caballo y lo condujo ante el kiaya bey, mientras por el camino, con lengua estropajosa a causa de la borrachera, iba diciendo lo siguiente: “¡Gloria a Dios, hermanos! Hemos ganado, hemos ganado los griegos.” Al ver la barba del kiaya bey, confundió a este con un obispo y le dijo: “Nos postramos ante ti, amo y señor.” El kiaya bey, al tener conocimiento de la carta, creyó que estaba haciéndose el beodo y ordenó que lo empalaran y lo echaran a la hoguera.

Esta tragicómica anécdota fue referida después de la caída de Tripolitsá por unos albaneses que venían en la expedición del kiaya bey.

^{au} Tanta era la fama de Kolokotronis al principio de la guerra que Staikos, por consideración a la estima en que se le tenía, firmaba Kolokotronis.

^{av} Consigno aquí por provincias las cifras de turcos y griegos durante la Epanástasis, según el censo que elaboraron los notables del Peloponeso en tiempos del gobierno de Kapodistrias a petición de los embajadores de las tres cortes aliadas, reunidos en Poros.

<u>Provincias</u>	<u>Habitantes cristianos.</u>	<u>Habitantes turcos</u>
Corinto y Dervenochoria	38.000	2.000
Vostitsa	10.000	300
Kalávryta	40.000	450
Patras y Río	30.000	3.500
Gastuni, Pirgos y Lalas	40.000	5.000
Fanari	13.000	2.500
Arkadiá	26.000	3.000
Neókastró	3.000	1.000
Metona	6.000	2.500
Koroni	12.000	1.000
Kalamata	12.000	50
Emblákika	15.000	
Andrusa y Nisi	10.000	750
Mikromani	2.000	
Leondari	13.000	1.500
Karýtena	40.000	200
Mistrás y Prastós	60.000	6.000
Tripolitsá	25.000	7.500
Monemvasía	8.000	1.500
Hagios Petros	10.000	
Argos	18.000	1.000
Nauplion y Kato-Nachayés	10.000	3.500
Mani	30.000	
	-----	-----
	471.000	42.750

(Para situar estas provincias en un contexto geográfico más conocido, se puede consultar la reforma territorial que se llevó a cabo durante el gobierno de Kapodistrias, que el autor detalla en capítulo LXXII). *Nota del traductor.*

NOTAS AL CAPÍTULO XIV

^{aw} Según otros, quien mató al derviche fue el mahometano Mustafá, que iba siempre con Odiseo.

NOTAS AL CAPÍTULO XV

^{ax} En la primera expedición, como vimos, Yakumakis Tombazis fue nombrado jefe de la escuadra de Hydra por los capitanes; en esta segunda, por la comunidad de Hydra.

^{ay} Los antiguos griegos tenían también sus brulotes. Tucídides, en el libro VII de su *Historia*, donde refiere que los siracusanos y sus aliados vencieron por mar a los atenienses y se apoderaron de 18 de sus naves, añade: “Contra las demás lanzaron, tratando de incendiarlas, un transporte viejo que llenaron de leña seca y madera de pino, a la que prendieron fuego previamente, pues el viento soplabla en dirección a los atenienses. Temiendo éstos por sus naves, ingeniaron a su vez medios de apagar el fuego, y cortando la llama e impidiendo que el transporte se acercara se libraron del peligro.” (53) (Traducción de Francisco Rodríguez Agrados en Biblioteca Clásica Hernando).

También los tirios dispusieron un barco con tales características en el curso de su asedio. Véase cómo describe su preparación Arriano (*Anábasis de Alejandro II* 19):

“Ante esta táctica, los tirios contraatacaron de la siguiente manera: llenaron una nave, de las que se utilizan para transportar caballos, con sarmientos secos y matojos combustibles, y en su proa hincaron dos mástiles y a su alrededor idearon poner unas prolongaciones lo más abiertas posible, a fin de dar cabida en ellas a gran cantidad de rastrojos y material de fácil combustión; a todo ello añadieron pez, azufre y otras cosas que pudieran contribuir a provocar una gran llamarada. Sobre los dos mástiles extendieron una doble viga desde la que cargaban en calderos todo tipo de materiales que pudiera luego avivar el fuego al ser apilado y depositado sobre él; en la popa echaron un lastre para que al estar cargada la nave en la popa levantara a mayor altura la proa. Tuvieron ahora que aguardar a que el viento soplara en dirección al terraplén, y cuando así ocurrió ataron la popa de la nave a unas trirremes y la remolcaron. Cuando se encontraba ya cerca del terraplén y de las torres, prendieron fuego a la leña, y tirando de ella las trirremes con toda fuerza hacia adelante estrellaron la nave contra el extremo del terraplén. La marinería de la nave, incendiada ya ésta por completo, se echó a nadar sin mayor dificultad. La gran llamarada cayó contra las torres, y al romperse las vigas que apoyaban sobre los mástiles descargaron sobre el fuego toda su carga combustible, que vino a dar, como estaba previsto, nuevo pábulo al fuego.

Los soldados, aglomerados en las trirremes cerca del terraplén, disparaban contra las torres, impidiendo que nadie pudiera acercarse a apagar el fuego. En este momento, demolidas ya las torres por los efectos del fuego, los tirios salieron a la carrera desde su ciudad y embarcando en sus naves ligeras abordaron el terraplén por diversos puntos; destrozaron fácilmente la empalizada levantada delante del terraplén y prendieron fuego a todos los ingenios que hasta entonces habían quedado fuera del alcance de las llamas.” (Traducción de Antonio Guzmán Guerra en Biblioteca Clásica Gredos).

Valga esto sobre los brulotes entre los antiguos. En cuanto a los de nuestros días, expondré algo aquí, gracias a las curiosidades que tomé de unas memorias inéditas del *brulotier* Konstandinos Nikodimos, a fin de que se conozca su fábrica, su armamento y su uso:

La embarcación transformada en incendiaria debe tener dos pisos: el de arriba, es decir, la cubierta o *κατάφραγμα*, y el de abajo o cubierta inferior, llamada comúnmente corteza. Cuando la embarcación tenía sólo el de arriba a causa de su exiguo tamaño, se hacía el de abajo con lo que había a mano, pues sobre él se disponía el material incendiario. En los bordes del piso de arriba y en la mitad de su longitud se abrían en fila unos boquetes, comúnmente llamados *ρούπτοι*. Su número era proporcional a la longitud de la embarcación y su forma cuadrada, con dos pies franceses de lado. Se abrían otros cuatro orificios a derecha e izquierda del mástil de proa; por debajo de ellos y de otros dos o tres de los de en medio del barco, se colocaban unas cubas (toneles) clavadas, inclinadas hacia delante y con la parte de arriba abierta y la de abajo perforada; por debajo de cada uno de los restantes ventanucos se ponía un caldero soportado por cuatro vigas fijadas sobre las cuatro esquinas de la abertura y apoyadas sobre el piso de arriba; se ponían también unas tapaderas para cubrirlas de la lluvia y del agua del mar, que no se quitaban hasta el momento de estar a punto de quemar la embarcación; en el piso de abajo se clavaba en todo el perímetro del barco desde una ventanilla de popa hasta la otra un tubo sin tejado de cuatro lados hecho de planchas, con dos dedos de alto y dos y medio de ancho; de este tubo salían otros más pequeños con la misma forma que acababan bajo el caldero y las cubas; la lancha (llamo lancha en esta obra al bote del brulote) era remolcada siempre sobre el agua y, para protegerla de cualquier disparo enemigo, se abrían habitualmente dos ventanas a ambos lados de la popa, a través de las cuales se remolcaba la lancha, a la derecha o a la izquierda según las circunstancias, por medio de cables atados a la proa de la embarcación; se abrían más ventanas a los lados de la embarcación, para asegurar una mejor combustión debido a la corriente de aire y para una transmisión más rápida de las llamas al exterior. Los materiales que se usaban eran pólvora, alcohol de entre 36 y 42 grados, nafta, azufre, carbón, pez, resina, tea y brezo (maleza). Con los cinco ingredientes primeros se hacían bolas inflamables de la siguiente manera: en un cuenco de madera se echaba cierta cantidad de pólvora, se vertía encima alcohol y nafta y, una vez que la pólvora había absorbido este líquido, se echaba en el recipiente azufre y carbón triturado, se mezclaba bien, se volvía a echar alcohol y nafta para que fermentara y, con este material inflamable mixto, se formaban las bolas en cuestión y se secaban al sol. El interior de la embarcación, esto es, el piso de abajo, junto con la cara del piso de arriba que daba a él y sus costados se untaban con pez, resina, alcohol, azufre y nafta. Estos eran los preparativos antes de la salida de un brulote.

Después de zarpar, en primer término se echaban en cada uno de los calderos de proa entre 15 y 20 *okades* de pólvora, dentro de las tinajas agujereadas, o más según la potencia del barco; se disminuía gradualmente la cantidad arrojada en cada uno de los

demás calderos del centro del piso de arriba en proporción a su distancia de la proa y se depositaban bajo cada uno de los demás dos o tres bolas inflamables y, encima, maleza hasta el caldero entre las cuatro vigas, y resina encima. Se rociaba esta y la maleza con nafta o alcohol. Cuando la flota griega se aproximaba a la enemiga, echaban pólvora en el tubo principal que iba de un extremo a otro, con cuidado de que ningún tramo quedara vacío; vertían pólvora también en los canales que salían de él, destapaban los boquetes del piso superior y ponían tinajas, perforadas por abajo y abiertas por arriba, que contenían cada una 40 o 50 bolas y un poco de pólvora; colgaban sobre la viga otra tinaja con tales materiales; echaban además en diferentes partes del piso de arriba sacos llenos de alquitrán y resina y vasijas llenas de alcohol y nafta; envolvían los cables detrás del timonel para protegerlo; transportaban al barco de guerra más próximo los alimentos, la ropa y lo que sobraba y el capitán preguntaba a la marinería si alguno de ellos se amilanaba ante el peligro y quería ser trasladado a otro barco.

Una vez declarado el zafarrancho de combate por parte del capitán, los brulotiers colgaban sobre los cabos de las vergas ganchos (garfios) para agarrar, entraban algunos marineros en la lancha, que tenía dos cañones como mucho, uno en la proa y otro en la popa, y disponiéndolo todo para navegar y remar, prendían fuego a una artesa de hierro que estaba en la proa y la trasladaban de una a otra parte del barco según las circunstancias, para que no recibiera ningún impacto de cañón, porque en ella depositaban su salvación.

Estando así las cosas, el brulote se lanzaba por en medio de la escuadra enemiga, sometido en la mayor parte de los casos a un intenso fuego de artillería y fusiles. Los del brulote también peleaban, pues habitualmente llevaban dos cañones a popa. A veces había calma chicha y los bajeles turcos enviaban lanchas rápidas a capturarlo, para casi siempre se volvían sin éxito, a causa del valor y la habilidad de los griegos.

En el momento de lanzar el brulote contra la nave enemiga, se examinaba si estaba todo en orden, se quedaban el capitán y tres o cuatro marineros y los demás bajaban a la lancha; los que quedaban, una vez pegado el brulote, ataban el timón donde convenía y se arrojaban a la lancha, en último lugar el capitán, y entonces el que estaba en la lancha junto al brasero ardiendo lo lanzaba en una caja de bronce al interior de las ventanas de proa o de los costados del brulote, es decir, donde el peligro era menor, e inmediatamente se alejaba la lancha, salvándose los que había en ella en el barco de guerra que con este fin seguía al brulote lo más cerca posible. El temor que se apoderaba de los turcos al ver como se aproximaba un brulote y la confusión y el alboroto subsiguientes eran indescriptibles.

^{az} Sobre este barco, vd. capítulo XVIII.

NOTAS AL CAPÍTULO XVI

^{ba} Para que se vea el gran temor que sobrecogió a los cónsules de las cortes europeas, incluso antes de que tuvieran lugar estas desgracias, edito la siguiente carta, que fue enviada por todos ellos sin excepción a mediados de mayo al gobernador civil del lugar. En ella se muestra la horrible situación de Esmirna:

“Todos nosotros confiábamos sin vacilar en el cumplimiento de las promesas hechas por Vd.; pero, en contra de sus aseveraciones, no sólo no han cesado los males, sino que se han incrementado; por lo cual, ha aumentado el terror de nuestras mujeres e hijos. Creemos que ha hecho Vd. lo que ha podido, pero ¿no hay un modo más efectivo de cumplir sus promesas? Cada día se perpetran por parte de la masa concentrada nuevos ultrajes y amenazas que hacen cundir tanto pánico entre la colonia franca, que la parte menos protegida de ella se ha refugiado en la otra. Tal estado de cosas no puede prolongarse. Los francos de aquí están bajo el amparo de los tratados; el sultán los ha puesto siempre bajo la protección de sus valientes jenizaros; los tratados les prometen seguridad; si, en contra de estos sagrados derechos, no acaban los ultrajes a sus personas y las intimidaciones hasta la muerte por una guerra que no les incumbe, por su propia seguridad se verán obligados a echar mano de su marina y marcharse para siempre de una ciudad que tanto ha prosperado en tan poco tiempo gracias a la concordia de sus pobladores y hoy pisotea todos los deberes de la hospitalidad ¿Qué le espera a esta ciudad si se desploma el comercio que durante tantos siglos la ha enriquecido? ¿Qué les espera a las campiñas que la rodean si nadie compra sus productos? No olvide que por tales motivos decayeron ricas ciudades antiguas. Debido a la interrupción del comercio esmirnense, han cesado actualmente los ingresos de aduana. Muchos miles de habitantes están en el paro. La noticia de los perjuicios se propagará por toda Europa y acabará llegando a América. Los que venían a aportar riquezas ya no vienen, y las importaciones se encarecerán el doble o el cuádruple. Bravos jenizaros, sensatos ancianos, jefes militares que controláis las armas, usadlas para acabar con la desconfianza general: vigilad a vuestros *rayades*, quitadles las armas, pero no prescindáis de sus manos trabajadoras; y ante todo, no los confundáis con nosotros; estad seguros de que si los nuestros tuvieran malas intenciones, nosotros seríamos los primeros en oponernos. No tenemos el menor interés. El interés de los francos es el de los musulmanes. Así pues, no dejéis que los ignorantes os arrastren a sus planes de venganza; impedidles castigar a los inocentes por las faltas de los separatistas. Sólo estos merecen el castigo, que no ha de tardar. Enseñad al que no sabe, iluminad a los ciegos que os arrojan al peligro, decidles que no crean que tenéis un *firmán* que ordena el exterminio de todos los cristianos. Si aseguráis nuestra vida, no cesaremos de traer a vuestra ciudad riqueza y abundancia; pero en caso de que no cesen los ultrajes e intimidaciones, os comunicamos que volveremos a nuestras casas.”

^{bb} Si alguien piensa que acuso a los turcos más de lo debido, le remito al capítulo XI de la *Historia del alzamiento griego* de Raffanel, historiador católico de otra

nacionalidad, que fue testigo presencial de todo lo que se relata sobre Esmirna. (Vd. Bibliografía, N. del T.)

NOTAS AL CAPÍTULO XVII

^{bc} Se quedaron algunas mujeres con sus hijos, en ausencia de los hombres.

^{bd} Algo parecido hicieron los persas cuando sitiaban Atenas. Vd. lo que dice Heródoto, libro VIII:

“Por su parte, los persas tomaron posiciones en la colina que se encuentra frente a la acrópolis, y a la que los atenienses denominan Areópago, y llevaron a cabo el asedio de la siguiente manera: por lo regular, envolvían sus flechas con copos de estopa, les prendían fuego y las lanzaban hacia la barricada.” (Traducción de Carlos Schrader en BCG).

^{be} Creo digna de nota la siguiente carta, dirigida al notable de Kalarytes Konstandinos Turturis por un albanés inculto, Ibrahim Premetis, por los rectos y nobles pensamientos contenidos en ella. Dicha carta, que copié literalmente del original, sirve también como ejemplo de la forma de escribir las cartas que se estilaba entre los semicultivados agentes del poder en tiempos de Ali Pasha Tepelenlis:

“Mi muy querido Sr. Konstandís te saludo fraternalmente y te beso en la cara.

1821, 4 de julio, Kalarytes.

Recibí tu estimable carta a mí y agradezco tu fraternal cariño y amistad; también veo lo que amistosamente me dices y lo entiendo, por eso te respondo. Yo, querido amigo, bien sabes que he sido enviado aquí por los visires –larga vida a ellos– para vigilarlos; así es la ley de la guerra, amigo, yo no he tomado vuestra tierra ni espero llegar a voivoda, aunque llegué aquí a ganarme el pan en vuestra tierra, no os he querido daño y he puesto la cabeza por vuestro interés y por vuestro amor. Sin embargo, lo habéis hecho equivocado, debíais habernos dicho por escrito que no hemos merecido que nos hagáis la guerra y que es vuestra firme decisión tomar vuestras medidas; entonces en verdad nosotros hemos tomado las nuestras y las cosas han salido como han salido; así son las cosas de la guerra; de lo que me escribes que somos cinco hermanos y todos están en la guerra, es verdad, y yo que estoy vivo, Dios me dio vida y tierras y puedo vivir como un señor; pero en este mundo engañoso, el hombre sólo muere una vez, igual que sólo nace una vez; pero hay que morir con fidelidad, con honor y con estima y fiel a las órdenes del rey; quien muere así, es honrado en esta vida. Yo, amigo, creo que soy fiel, honorable, estimado y leal al poder, y no lo perjudico, que garantizo mi fidelidad y mi honra y he decidido por mi honor permanecer junto a Husein Aga y Matusi Aga y que muramos por ella. Nosotros por ese honor hemos decidido luchar

fieramente mientras tengamos vida, y hasta que Dios disponga de nosotros. No debías haber cometido este error, sobre todo tu hermano, cuando salimos de Yánnina, me dio toda su confianza y yo le di la mía, que por esa confianza lo consideré como a un hermano, y por eso no debió cometer ese error y poner su honor en mí y pasar lo que ha pasado; y ante todo sepas que, como lo escribes, en un año me ha enviado Dios muchas cosas. Por lo demás, amigo mío, si decidís matar a setecientos arvanitas, no penséis conservar a los arvanitas; y quien quiera estas catástrofes y estas maldades, que las reciba de Dios. Yo pongo fin a mi carta con lo siguiente, que no penséis que nosotros estamos acorralados; porque quien sabe de fusil, pensad que se encierran por su honor y llegan a tener la confianza de sus reyes y no hay vergüenza. Amigo mío, me encontraré con Husein Aga y con Matusi Aga y los saludaré de tu parte, para que me den su decisión y yo te dé la respuesta. Sigue con salud.

Tu amigo

Ibrahim Premetis.”

NOTAS AL CAPÍTULO XIX

^{bf} Después se nombró miembros de la gerusía al obispo de Patras Yermanós y a Asimakis Zaímis.



ISBN: 978-84-95905-49-9